

FEDERICO
ANDAHAZI

LOS AMANTES
BAJO EL DANUBIO

Lectulandia

Budapest, 1944. Hanna y Bora se reencuentran muchos años después de su doloroso divorcio. Jamás imaginaron que volverían a convivir en circunstancias tan extremas. Los nazis han ocupado la ciudad y cazan judíos. Bora, un aristocrático pintor y diplomático, refugia en el sótano de su casa a su exmujer y a su actual marido, los dos judíos. Andris es el hombre con quien Hanna lo engañó. La trama se desarrolla en dos planos: el del subsuelo y el de la casa, donde Bora vive con Marga, su segunda esposa.

Ambos mundos entrarán en un conflicto silencioso que modificará dramáticamente la vida de los personajes. Mientras Bora recibe la visita diaria de un oficial nazi que quiere ser retratado por el eximio artista, los cautivos encontrarán la salvación en el placer. El sexo será el vínculo más puro con la vida frente al acecho de la muerte.

Lectulandia

Federico Andahazi

Los amantes bajo el Danubio

ePub r1.0

Titivillus 18.05.15

Federico Andahazi, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A la memoria de Béla Andahazy-Kasnya y Margarita Hollos

Había pasado mucha agua bajo el puente desde los tormentosos acontecimientos que precipitaron el divorcio. Durante los últimos diez años Hanna y Bora levantaron un muro con la piedra del silencio y la argamasa del rencor. No habían vuelto a verse desde el día en que salieron de los tribunales, cada uno por su lado, con la sentencia del juez bajo el brazo. Sin embargo, después de tanto tiempo de fingida indiferencia, una vez más, Hanna y Bora volvían a cruzar juntos el viejo Puente de las Cadenas que unía Buda con Pest.

En el pasado, durante los días felices, todos los domingos al atardecer emprendían el largo regreso desde la casa de campo hacia la ciudad. Tibor, el chofer de la familia, conducía en silencio el Mercedes azul como el Danubio. En aquellas épocas lejanas, el matrimonio iba plácidamente recostado en el asiento trasero, aislado por el vidrio que dividía la cabina. Ella apoyaba la cabeza sobre el hombro de él. El pelo de Hanna se precipitaba como un torrente de cobre sobre la solapa del traje claro de Bora. Rodeada por el brazo protector de su esposo, la mujer canturreaba una canción mientras al otro lado del puente surgían las cúpulas del Bastión de los Pescadores recortadas contra el cielo rojizo del crepúsculo.

El amplio baúl del coche no alcanzaba para guardar los utensilios de pintor que Bora siempre llevaba consigo: bastidores, telas, maletines repletos de óleos, pinceles, el caballete de viaje y la banqueta plegable. Al regreso venían aún más cargados que a la ida: los cazadores que establecían coto en los bosques de la familia solían regalarle varias codornices, un par de cervatillos y algunas pieles de zorro. Cada vez que iban al campo, Tibor colocaba sobre la tapa del baúl un cofre de madera lustrada sujeto con cintos de cuero y hebillas de bronce para repartir la carga entre ambos. Aquellas sencillas ofrendas, semejantes a los motivos de las porcelanas que adornaban las cocinas de los campesinos, eran una metáfora de la abundancia y la felicidad.

Ahora las cosas eran bien diferentes. Viajaban separados, sin mirarse ni dirigirse la palabra. Era el viaje más difícil que les tocaba emprender. Esta vez Hanna no iba junto a Bora en el asiento purpúreo sino escondida en el baúl, debajo del cofre junto a los animales muertos, cubierta por las pieles y los bastidores. No estaba sola; doblado como un contorsionista también viajaba Andris, su marido en segundas nupcias.

Tibor conducía impávido como si desconociera la situación. Bora, en cambio, mal podía disimular los nervios. Una y otra vez se secaba el sudor de la frente con un pañuelo que ocultaba entre la concavidad de la mano y la manga del saco, como un mago de vodevil. En el bolsillo interior de la chaqueta guardaba una pistola FN belga calibre 7,65; cada tanto llevaba la mano al bolsillo y acariciaba el mango de madera

bruñido como si quisiera asegurarse de que aún estaba en su lugar.

Bora era un excelente tirador; así lo había demostrado como teniente de la reserva durante la Primera Guerra. Sin embargo, no hacía falta una gran puntería para dispararse en la sien. Aunque sabía que no debía confiarse demasiado de la eficacia de las balas: de hecho, todavía tenía una alojada en el cráneo como recuerdo de la batalla de Kobarid. No había tocado ningún punto vital pero por temporadas le producía unas jaquecas insoportables. Esta vez no podía permitirse la torpeza de fallar si era descubierto.

Bora nunca pensó que los alemanes habrían de ocupar Budapest como si se tratara de una ciudad enemiga: Hungría se había amoldado a los designios de Alemania sin discutir demasiado. Aquí y allá podían verse los tanques, las patrullas, los puestos de vigilancia y los camiones de asalto colmados de soldados con uniforme nazi. La Operación Margarethe había hecho de Budapest un coto cerrado. Cazaban judíos del mismo modo que los cazadores atrapaban aves, ciervos y zorros en los bosques de la hacienda de Bora.

El ser humano es proclive a confundir la realidad con sus propios anhelos. Eso fue, precisamente, lo que les había ocurrido a Hanna, a su esposo Andris y a tantos otros judíos. A pesar de la tenaza legal, cada vez más opresiva, jamás imaginaron que podían ser deportados a un infierno en el que muchos se resistían a creer, pero del que nadie regresaba. ¿Dónde quedaba aquel averno? ¿Qué forma tenía? ¿Qué sucedía con los que descendían? ¿Existía realmente? Eran preguntas que Hanna ni siquiera había podido formularse. Y ahora, mientras jadeaba en la penumbra de un baúl para evitar los vahos de los animales muertos y las emanaciones de la trementina, rezaba para que no fueran descubiertos por las patrullas alemanas.

Eran muy pocos aquellos que, como Bora Persay, eran capaces de semejantes actos de filantropía. Andris no solo era el marido de Hanna sino, además, el peor enemigo de Bora: el hombre con quien su mujer lo había traicionado mientras estaban casados.

Cada vez que pasaban por un puesto de control, a Bora se le cubría la frente con un rocío de sudor gélido. El auto debía detenerse de acuerdo con las indicaciones de los carteles de alerta. Bora Persay era un personaje destacado en Budapest. Su apellido pertenecía a la más rancia aristocracia y formaba parte del árbol genealógico patricio, cuyas raíces se hundían en lo más profundo de la historia húngara. Junto al caño de la pistola, en el fondo del bolsillo interior de la casaca, llevaba su tarjeta personal:

Bora Persay
Ancien Député
Ex Ministre en Qualité de Commissaire
des Biens Nationaux Hongrois A L'étranger
Ex Ministre Plénipotentiaire en Turquie

En realidad, la foja de servicios de Bora no cabía en una pequeña tarjeta. Sin embargo, bajo la ocupación alemana no existían títulos ni honores que valieran. De hecho, el primer ministro, el mismo que había aceptado todas y cada una de las exigencias del Führer, había sido arrestado por las tropas ocupantes.

El Mercedes Benz 770 azul era un arma de doble filo: demasiado señorial para levantar sospechas y excesivamente vistoso para pasar inadvertido. En los sucesivos puestos de control, los soldados se cuadraban ante el paso del auto alemán con identificación diplomática conducido por un chofer de librea. El garboso personaje que viajaba en el asiento trasero vestía un impecable traje veraniego algo extemporáneo para el cuadro bélico que presentaba la ciudad. Aquel aire frívolo, ajeno a las circunstancias, lo eximía de sospechas frente a los ojos vigilantes de los alemanes.

Habían pasado sin sobresaltos todos los controles; nadie los detuvo desde el camino serpenteante que surcaba los bosques y praderas hasta la entrada de Pest ni, luego, al avanzar por la avenida Andrásy. Faltaba poco. Ingresaron sin problemas en el puente. Cuando llegaron a la orilla de Buda, muy cerca de la casa, los detuvo el centinela del puesto de control. Tibor frenó con la mayor suavidad. El soldado dio una vuelta entera alrededor del coche, examinó las placas, oteó hacia el interior y se inclinó frente a la ventanilla de Bora.

—¿Qué trae en el auto?

—Vengo del campo. Traigo algunas piezas de caza y...

—¿Armas? —lo interrumpió el centinela.

—No —mintió Bora mientras el corazón retumbaba contra el mango de la pistola que llevaba en el bolsillo interior—, no me dedico a la caza. Son regalos de los hombres que cazan en mi finca.

—Identificación —volvió a interrumpir el soldado de mala manera.

Bora recorrió el vidrio que separaba el asiento trasero de la butaca del chofer y pidió a Tibor la documentación del auto que guardaba en la guantera del tablero. Tuvo el impulso de exhibir su tarjeta personal pero temió que pudiera parecer un acto de presunción innecesario. El soldado cotejó las cédulas del auto con la placas y asintió. Estaba a punto de devolverle los papeles cuando volvió a dirigir la mirada hacia la caja de madera sujeta sobre la cola del coche.

—¿Puede abrir el cofre, por favor?

—Por supuesto —dijo Bora con tono sereno al tiempo que descendía del auto.

Se tomó su tiempo. Destrabó las hebillas y, morosamente, hizo correr las tiras de cuero por las presillas; primero una, luego la otra. Abrió la tapa de madera y se hizo a un lado para que el centinela inspeccionara el interior. Más abajo, en el baúl del auto, Hanna y Andris habían podido escuchar las órdenes en alemán que profería el soldado. El cofre de madera estaba asegurado a una rejilla metálica que transmitía perfectamente los sonidos y las vibraciones al interior del baúl. Podían sentir el recorrido de la mano del soldado mientras examinaba el contenido de la caja. Hanna

distinguió, incluso, el roce áspero de un anillo. Imaginó la alianza de casamiento, conjeturó la cara de la esposa del centinela y la de sus hijos, rubios y pequeños, que lo esperaban en algún pueblo de Alemania. Necesitaba otorgarle cualidades humanas como el amor a la familia, la piedad, la justicia y la razón. Sabía, sin embargo, que en cuanto el soldado abriera la tapa y los descubriera, los acribillaría sin vacilar. Era el procedimiento.

El soldado levantó los bastidores, miró los paisajes campestres sin distraerse en los detalles pictóricos, extrajo la banqueta plegable y luego abrió los maletines de madera que contenían los óleos y los pinceles.

—Puede cerrarlo —dijo el soldado.

Bora obedeció. Con la misma parsimonia bajó la tapa de madera, volvió a pasar las cintas de cuero por las presillas y finalmente trabó las hebillas.

—¿Puedo seguir mi camino? —preguntó Bora con una sonrisa serena.

El centinela, al ver las gotas de sudor que cubrían la frente del hombre, inquirió:

—Me dijo que traía unas presas de caza...

—Sí, en el baúl.

—Ábralo, por favor.

—Si, claro —dijo Bora, al tiempo que llevaba la mano derecha al interior del saco en cuyo bolsillo guardaba la pistola. Accionó el martillo y calculó el trayecto del brazo para pegarse un tiro certero antes de dejar esa tarea al soldado. Ya habían errado el disparo una vez. Bora no podía permitir que fallaran nuevamente.

En el mismo momento en que iba a extraer el arma, atronó otra voz en alemán.

—¡Pero si es el embajador Persay! —dijo un oficial que había salido del puesto y se dirigía hacia Bora con la mano tendida.

Más pálido que su traje blanco, Bora soltó la pistola, la dejó caer al fondo del bolsillo y estrechó la diestra del mayor del ejército.

—¿No me recuerda? Turquía, 1926... —agregó el militar.

Entonces el húngaro, en medio de la conmoción, a solo un par de segundos de haber podido quitarse la vida, recobró la vista y la memoria que, por cierto, se le habían nublado por completo.

—Müller, el mayor Roderich Müller —titubeó Bora.

El oficial alemán resultó ser el agregado militar de la Embajada alemana en Turquía cuando él era embajador en Estambul. Las estrechas relaciones políticas y militares entre Hungría y Alemania los reunieron en más de una oportunidad en una u otra sede diplomática. El mundo es más pequeño que la providencia. Sin soltar la mano de Bora, el oficial, dirigiéndose al centinela, dijo:

—Soldado, está en presencia del mejor pintor de Hungría.

El vigía ignoraba si correspondía cuadrarse ante tan inusual título. De modo que permaneció en silencio con la vista al frente y la certeza de que la requisa había concluido. Bora le dio la bienvenida a su país con una sonrisa tan amplia como forzada, entró en el auto y antes de ordenar a Tibor que prosiguiera la marcha, volvió

a meter la mano en el bolsillo interior del saco. Sintió la empuñadura áspera de la pistola y en un movimiento rápido extrajo la tarjeta.

—Venga a verme cuando quiera, mayor Müller.

—No le quepa duda; así lo haré. Cuídese —le dijo, y el pedido se pareció más a una advertencia que a una mera formalidad.

Roderich Müller sabía que la esposa del embajador a la que había conocido en Estambul —recordaba incluso que se llamaba Hanna— era judía.

2

¿Cuándo se consuma una traición urdida entre un hombre y una mujer? ¿A partir del primer cruce de miradas? ¿Durante el imperceptible estremecimiento que sacude las certezas más firmes como un sismo cuyo epicentro se origina en las entrañas? ¿En el momento en que surge el pensamiento que, con premeditación y alevosía, abre las puertas de la imaginación hacia el abismo de un futuro diferente? ¿Con el primer contacto, un mero roce de manos o, menos aún, con el aire de un susurro que acaricia la piel tras el lóbulo de la oreja? ¿A partir del primer abrazo? ¿Desde el primer beso? ¿Cuando la mano percibe las formas por encima de la ropa? ¿Con el entrelazamiento animal de los cuerpos desnudos? ¿Acaso es la aparición de la palabra que pone nombre a los hechos y a los sentimientos? ¿O la traición se consuma con la sola enunciación de un plan secreto?

Bora se había formulado todas estas interrogantes desde el momento en que descubrió la relación de su esposa con Andris mientras aún estaban casados. Y aun cuando Bora Persay rehízo su vida y se volvió a casar, nunca pudo dejar de preguntarse lo mismo una y otra vez. Incluso mientras Hanna y Andris iban ocultos en el baúl del auto, él, sentado en el asiento trasero, no dejaba de buscar una respuesta a los pensamientos que lo acosaban con la persistencia de una mosca. ¿Realmente lo impulsaba un sentimiento humanitario de piedad o quería impedir que la muerte de Hanna lo condenara a vivir con todas aquellas dudas?

Ninguna de las respuestas que ensayaba Bora se aproximaba a la verdad porque, en rigor, las preguntas no eran las correctas. Hanna había herido a Bora hasta lo más profundo de su corazón. Ella no ignoraba que lo había ofendido de la peor manera que una mujer puede ofender a un hombre. Pero estaba segura de que no lo había traicionado. Hanna nunca había dado una explicación a Bora y Bora jamás se la habría pedido. Procedió de acuerdo con las normas que debía cumplir un hombre bajo aquellas circunstancias: desafió a duelo al ofensor. De hecho, esta era la segunda vez que Bora se apiadaba de la vida de Andris.

El auto avanzó hacia la entrada de la casa. Tibor estacionó frente al portón que antiguamente era la entrada para carruajes, descendió del coche, abrió las pesadas hojas de madera, volvió a sentarse frente al volante, aceleró, entró en la vieja cuadra y, una vez dentro de la residencia, cerró el portón a sus espaldas. En la privacidad del garage, lejos de cualquier mirada extraña, Bora levantó la tapa del baúl y ayudó a salir a Hanna y luego a Andris.

Ella abrió los ojos y reconoció de inmediato la antigua cuadra de los caballos, pese a que ahora estaba techada y convertida en garage. Era la misma casa en la que había vivido hacía más de una década. Intoxicada a causa del encierro, el hedor de los animales muertos y los solventes, tosió como si fuese a expulsar los pulmones por la boca. Cuando al fin cesaron los espasmos, se llenó el pecho con el aire fresco proveniente del jardín.

El perfume de los naranjos amargos que ella misma había plantado le devolvió el oxígeno y le trajo una riada de recuerdos. Presa de la angustia contenida y la emoción de sentirse cobijada otra vez en aquel hogar en el que había sido tan feliz, rompió a llorar como no lo hacía desde que era una niña. Era un llanto desconsolado y silencioso; sabía que nadie debía oírla. Bora sintió el natural impulso de abrazarla como tantas veces lo había hecho; pero ahí, de pie e intentando recomponerse, estaba su marido. Andris tomó las manos temblorosas de Hanna y le susurró unas palabras al oído. Ella asintió y como quien deglute un inmenso bocado hizo desaparecer el llanto de la misma forma en que lo haría una boa que se tragara un erizo áspero y amargo.

Tibor se limitaba a descargar el auto con una discreción rayana en la inexistencia. De pronto se abrió la pequeña puerta que comunicaba el garage con la casa. Todos dirigieron la mirada hacia la figura que apareció recortada contra la luz de la recepción. No hacían falta presentaciones; Hanna y Andris supieron de inmediato que aquella mujer esbelta y curvilínea era Marga, la actual esposa de Bora.

La dueña de casa cruzó los brazos por delante del pecho generoso y prominente. En esa posición, de pie en el vano de la puerta, contempló a los visitantes con una mirada sumaria, casi despectiva.

—No hay tiempo que perder —dijo Marga con una voz grave y un tono perentorio—, adelante, pasen.

A Hanna le resultó extraño que otra mujer la invitara a entrar en aquella casa que había sido la suya. Hanna y su marido no tenían palabras para agradecer el gesto de la nueva esposa de Bora que, aunque hosca y adusta, recibía a su rival con una generosidad infinita. Los nuevos huéspedes permanecían en silencio mientras la anfitriona los conducía hasta el lugar donde iban a vivir durante los próximos tiempos.

Todas las cortinas de la casa permanecían cerradas para evitar miradas ajenas. Guiados por el paso corto y ligero de Marga, Hanna y Andris recorrían el antiguo caserón de la familia Persay. Detrás iba Bora como un soldado que protegiera la retaguardia de una escuadra.

La casa permanecía inmutable. Nada había cambiado. Hanna la encontró exactamente igual al último día en que vivió en ella. En rigor, la fastuosa residencia no se había modificado desde que la inauguraron. La dura mirada de Béla Persay, bisabuelo de Bora, vigilaba desde el retrato que presidía el salón que el orden de las cosas se mantuviera inalterado. El papel de seda que revestía las paredes, los cuadros, el perfume, las alfombras, los tapizados de los sillones, las cornamentas de ciervos cazados por el propio Béla, el arreglo de flores sobre la mesa —que parecía renovarse por generación espontánea—, el fuego del hogar —que ardía eternamente como si su extinción significara el fin de la familia cuyo escudo aún se alzaba sobre la columna de la chimenea—, todo permanecía exactamente igual.

A medida que avanzaban entre los amplios salones contiguos, Hanna descubrió que el único factor que alguna vez alteró el orden de la casa había sido ella. Su

presencia resultó una excepción, un desorden incidental en aquella sucesión de objetos y de personas admisibles para las tradiciones inmutables de la familia Persay. Mientras recorría su antiguo hogar, Hanna tuvo la súbita revelación de aquello que nunca había podido ver durante los años en los que vivió en la casa: jamás había sido su hogar.

La pertenencia a la casa no era una decisión que alguien pudiera tomar. Al contrario, era la casa quien admitía y quien expulsaba a sus moradores. Ninguno de los cuadros que adornaban las paredes lo había pintado Bora. Ni siquiera él, uno de los mejores pintores europeos, se había atrevido a romper la disposición de los retratos familiares que se sucedían en orden generacional. Todo estaba dispuesto de acuerdo con un dogma tácito que parecía transmitirse por mandato de sangre.

A diferencia de Hanna, Marga combinaba a la perfección con la casa. Parecía una figura tallada por el mismo escultor que había cincelado las pequeñas estatuillas que decoraban la sala. Incluso guardaba un cierto parecido de familia con los Persay, según atestiguaban los retratos. La casa, Hanna lo advertía ahora, había hecho su parte para separarla de Bora.

Al pasar frente a la puerta del escritorio, Hanna reconoció a Helen, el ama de llaves que parecía eterna como la casa. Era la misma anciana de siempre. Se detuvieron y las miradas de ambas se encontraron. Tuvieron el impulso de estrecharse en un largo abrazo. Pero hubiese sido un menoscabo a la autoridad de Marga, una deshonra para Andris y un acto inadmisibles entre una empleada de la casa y una invitada de la familia. De modo que se limitaron a dedicarse una mutua inclinación de cabeza y una sonrisa silenciosa cargada de señales que solo ellas conocían.

Andris, en tanto, se sentía un intruso, un convidado de piedra. Sabía que cualquiera fuese el motivo que tuviera Bora para acogerlo, no estaba relacionado con él sino con Hanna. Tenía un sentimiento ambiguo; por un lado estaba agradecido y por otro, lo invadía una sensación humillante. Él, el tercero en discordia, el responsable del divorcio, era recibido por el marido engañado, por el noble caballero que hacía honor a su linaje. Andris no podía competir con la talla moral de Bora. Era, a los ojos de todos los moradores de la casa, un canalla, un miserable sin dignidad ni orgullo. Bora, su viejo enemigo, pagaba la traición con altruismo.

Hanna conocía cada rincón de la casa en la que había vivido durante tantos años. O al menos eso creía. Daba por hecho que se dirigían al sótano bajo la cocina que servía de despensa. Sin embargo, cuando llegaron al pasillo, Marga encaminó los pasos en dirección opuesta. Los condujo hasta la puerta que daba a los jardines, se paró delante del vidrio y elevando una mano ordenó que todos se detuvieran. Debían ser cuidadosos. Tenían que atravesar el jardín hacia la pequeña dependencia del fondo en la que Bora tenía su *atelier*. Si bien los jardines eran internos y los árboles tenían copas bien frondosas, algunas de las ventanas de las casas vecinas daban al verde fondo de la casa Persay. Bora abrió la puerta y se detuvo en el centro del jardín. Se aseguró de que no hubiese nadie cerca de las ventanas y cuando comprobó que no

había peligro, hizo una seña al grupo para que se dirigiera hasta su lugar de trabajo.

Una infinidad de telas pintadas se amontonaban aquí y allá, muchas de las cuales le eran familiares a Hanna; Bora las había pintado hacía muchos años y todavía permanecían en ese mismo sitio esperando la pincelada final. La exesposa del dueño de casa dio una vuelta completa sobre sí misma para reencontrarse con aquel *atelier* en el que tantas horas había posado para su esposo. Ya no quedaba ningún retrato de ella. Marga se había ocupado de borrar todo vestigio de la antigua moradora. Si hubiese sabido que los naranjos que perfumaban el jardín los había plantado Hanna, los habría quitado de raíz.

Bora abrió la puerta de un pequeño desván contiguo y le pidió a Andris que lo ayudara a mover un pesado aparador. Luego de grandes esfuerzos, los hombres consiguieron arrastrarlo hasta la pared opuesta. El piso de madera estaba desteñido en la superficie que ocupaba el mueble. Bora se puso en cuclillas e introdujo cuatro dedos entre dos listones. Tiró fuertemente hacia arriba y entonces se levantó una tapa secreta formada por tres gruesas tablas. Con la ayuda de Andris consiguió abrirla por completo. Hanna ignoraba la existencia de aquel sótano. ¿Cuántas otras cosas desconocía de la casa? ¿Qué más le había ocultado Bora durante los años en que vivieron bajo el mismo techo?

Era hora. Antes de descender al subsuelo, Hanna miró por última vez el cielo nocturno al otro lado del amplio vitral del *atelier*. Era una noche clara y despejada. La pálida luna en cuarto menguante permitía que las estrellas se vieran brillantes y titilaran con intensidad. ¿Volvería a ver el cielo? Hanna cerró los ojos como si los párpados fuesen el obturador de una cámara fotográfica y guardó esa imagen en la memoria por si acaso nunca más pudiera ver la noche ni el día. Ambos matrimonios evitaron la despedida para despojar el momento de todo dramatismo y, finalmente, Hanna y Andris iniciaron el descenso a través de una escalera vertical de madera. Una vez que los huéspedes desaparecieron en la oscuridad del subsuelo, Bora cerró la abertura. Luego pudieron escuchar con angustia el trepidar de las tablas cuando el dueño de casa volvió a arrastrar el pesado mueble que ocultaba la entrada secreta, como si aquellos movimientos fuesen las paladas finales de un enterrador.

A partir de ese momento los puntos cardinales dejaron de ser cuatro para ser solo dos: ya no había oriente ni occidente; no había norte ni sur. Solo había arriba y abajo. Cielo e infierno. Abajo, solos en las oscuras entrañas del averno, Hanna y Andris se abrazaron como quien se afirma a una tabla en medio del río de Caronte. Hubiesen querido llorar hasta deshacerse en lágrimas y, convertidos en agua, correr libres a través de los desagües para fundirse con el Danubio que discurría, caudaloso, tan cercano como inalcanzable. Pero aquella angustia sin medida no pasaba por la garganta. Solo dejaron escapar una breve queja aguda, espasmódica e inaudible como lo es la tristeza cuando no puede alcanzar su cauce.

Arriba, antes de abandonar el *atelier*, Bora y Marga se miraron en silencio y así, sin emitir palabra, se dijeron todo. Ella lo atravesó con una mirada gélida e

implacable, como si le dijera: «¿Estás conforme ahora que has arruinado la paz de esta casa?».

3

Bora y Hanna se conocieron cuando él tenía dieciséis años y ella estaba por cumplir los quince. Aquella mañana de verano el padre despertó a Bora poco antes del alba. Todavía tenía las marcas de la almohada en las mejillas; entre sueños, escuchó cómo su padre le ordenaba que preparara los caballos sin explicarle el motivo de la urgencia. Debían emprender un viaje imprevisto. Bora obedeció sin discutir; no entendía por qué no dejaba ese trabajo a los mozos de la cuadra. Se vistió tan rápido como pudo, bebió una taza de té de un sorbo y a la carrera tomó unas rodajas de pan. Corrió hasta el cobertizo mientras tragaba el último bocado. Para su sorpresa, no encontró a los caballos. Tampoco estaban los mozos ni el viejo palafrenero que conducía los carruajes. Deambuló entre las caballerizas vacías sin comprender qué estaba sucediendo. Entonces apuró el paso de vuelta hacia la casa. Su padre leía el diario cómodamente sentado en un sillón de la sala.

—¡Se robaron los caballos! —anunció Bora con el aliento entrecortado.

—No es posible —repuso el padre con el ceño fruncido mientras se ponía de pie.

Padre e hijo se dirigieron a la cuadra. Esta vez salieron por la puerta principal de la casa que conducía a la entrada para carruajes. Entonces, Bora, incrédulo, se frotó los ojos como si todo aquello fuera un sueño o una alucinación. En el lugar donde se estacionaba el landó que utilizaban habitualmente, había un enorme y reluciente Mercedes 90 HP. El auto combinaba una carrocería de madera con un *capot* metálico negro y brillante como un espejo de obsidiana. Desde el perfil delantero surgían tres tubos de escape tan plateados que encandilaban. Bora pudo ver su propia y asombrada expresión en el reflejo del marco cromado del radiador. Era el primer Mercedes cabriolet que había llegado a Budapest.

De pie junto al auto, sosteniendo la gorra bajo el brazo, firme como un soldado, había un chofer de librea. Más allá, en un rincón lejano, permanecía el palafrenero con una expresión desolada. De hecho, el viejo cochero nunca antes había visto un automóvil. Lo contemplaba a la distancia como si se tratara de un monstruo que se impulsara tirado por dragones rugientes y fantasmagóricos. Podía asegurar que la bestia de metal y madera lo miraba con un par de feroces ojos de vidrio y acetileno; la boca voraz del radiador dispuesta a devorarse el mundo era una amenaza a su trabajo. Con expresión de derrota, sentado sobre un fardo de heno en un rincón de aquel lugar al que ahora llamaban garage, el palafrenero miraba al chofer con su impecable librea.

Todo el personal de la casa estaba reunido en torno de aquella flamante maravilla autopropulsada. El ama de llaves, la cocinera y la lavandera contemplaban al nuevo integrante de la casa como si fuese un sabio llegado del futuro. No alcanzaban a comprender cómo alguien podía gobernar ese sinfín de pedales, palancas, perillas y manivelas sin soltar el volante. Además, debía leer los relojes del tablero de raíz de nogal que indicaban una cantidad de información vital e indescifrable para los legos.

Con oído de músico, podía interpretar cada sonido del motor y, como un domador, administrar la fuerza de la tropilla de caballos de vapor que habitaban los cilindros.

Cuando Bora y su padre se hicieron presentes, el personal se dispersó de pronto como si hubiesen sido descubiertos delinquiendo. Solo quedó el chofer en su puesto junto al auto, mientras el viejo cochero arrastraba los pies hacia el interior de la cuadra. Bora daba vueltas en torno del Mercedes hasta que su padre lo sacó del ensueño.

—Él es Tibor, el chofer.

Luego, en tono confidencial pero lo suficientemente alto como para que escuchara Tibor, el padre le dijo a Bora que debía obedecer sus indicaciones igual que al capitán de un barco.

La estrella sobre el radiador del Mercedes ejercía una atracción gravitatoria: todas la cabezas giraban a su paso. Los peatones se detenían para mirarlo o incluso cambiaban la dirección de la marcha si venían en sentido opuesto. El auto se adelantaba a los carruajes y a los tranvías como si flotara sobre el empedrado. Bora no podía evitar una gran incomodidad al sentirse el centro de todas las miradas. La expresión del padre, en cambio, era la del orgulloso propietario del único Mercedes 90 HP que rodaba por las calles de Budapest. Como todos los jueves, iban a los baños turcos del Hotel Gellért. Podían haber recorrido a pie las escasas calles que separaban la casa del hotel. Pero el padre de Bora se había impuesto un trámite en Pest para justificar el paseo inaugural e inventar una excusa para llegar al hotel con el auto.

Luego de recorrer la ciudad de un extremo al otro, finalmente ingresaron en el Gellért. Llegaron con el tiempo justo para adelantarse al grupo de amigos del *Vítez Persay*, de modo que lo vieran en la explanada con la flamante adquisición. Bora se apuró a descender del coche y se alejó hacia el parque para evitar el suplicio de la exposición que tanto disfrutaba el padre, mientras los amigos lo felicitaban como si él hubiese sido el creador de aquella maravilla mecánica.

Era tal el revuelo que había causado el Mercedes que nadie prestaba atención a otra cosa. Entonces la mirada de Bora se encontró con un par de ojos negros que, indiferentes al espectáculo que tenía lugar en la entrada, lo observaban con sarcástica compasión. Sentada en un banco del parque, la hija de Jacob Gretz, un comerciante conocido del padre de Bora, resplandecía con la misma intensidad que los rayos del sol que entibiaban el aire de la mañana.

—Rojo bermellón, ocre, una pizca de amarillo de cadmio... —murmuró involuntariamente entre labios Bora quien, con ojos de estudiante de pintura, compuso in mente el color de aquel pelo idéntico al fuego.

—¿Perdón? —dijo la muchacha que había visto cómo se movían los labios del joven sin que emitieran sonido.

Pese a que se habían visto varias veces, Bora se preguntó cómo jamás había reparado en ella; ni siquiera recordaba cómo se llamaba. Fue para él un

descubrimiento. En rigor, sucedió que la pequeña hija del comerciante había crecido de un día para el otro. Tenía la belleza de las flores cuando acaban de abrir el capullo; una hermosura inaugural, todavía frágil como los pétalos tiernos que por primera vez se exponen al rigor de los elementos.

—Rojo, ocre, una pincelada de amarillo... —repitió Bora esta vez en voz alta con los ojos extraviados en aquel pelo flamígero.

Entre la gente que se arremolinaba en torno del Mercedes, el padre de Bora vio a lo lejos cómo su hijo se sentaba en el banco del jardín junto a la muchacha. Le hizo un gesto a la distancia para que entrara con él, pero al ver que Bora lo ignoraba por completo, enfiló hacia la puerta mientras uno de sus amigos le decía:

—¿Quién no hubiese hecho lo mismo a su edad? Entre el perfume de una mujer joven y los vahos de un grupo de viejos semidesnudos cocinándose al vapor no hay mucho que pensar.

—¿Quién es ella? —preguntó el *Vítez Persay*, entre divertido e intrigado.

—La hija de Gretz.

—¿De Jacob Gretz? —Se sobresaltó el padre de Bora.

Por fin entró en el hotel junto al grupo. Un gesto de inquietud se le dibujó entre las cejas formando una pequeña arruga vertical que habría de permanecer ahí durante el resto de la mañana.

Por entonces nadie podía imaginar que aquel encuentro fortuito sería el inicio de una historia que habría de trascender generaciones y geografías.

Hanna y Andris no se atrevían a separarse ni a abrir los ojos. Como siameses que hubiesen sobrevivido a la muerte de la madre, habitaban de pronto un vientre helado, negro, húmedo y oliente a descomposición. La única fuente de calor era la de sus propios cuerpos, cuya tibieza se multiplicaba en virtud del contacto del uno con el otro. El verano jamás había llegado a las profundidades de la casa. El silencio era tal, que podían oír el latido de ambos corazones retumbando como los cascos de un caballo contra el empedrado; la respiración, todavía agitada, era una sibilancia semejante a la del viento antes del temporal. Estaban fundidos en un abrazo primitivo, arcaico; los cuerpos se atraían obedeciendo al mismo instinto que mantiene unidos a los animales de sangre caliente cuando experimentan frío, miedo o perciben el peligro. Hanna necesitaba dejar de llorar: las lágrimas que le bañaban las mejillas eran una fuente de frío insoportable que mojaba también la cara del marido. «Basta», se dijo. Ya era suficiente.

Andris tomó a Hanna por los hombros, la apartó con suavidad y le secó las lágrimas de la mejillas con el pulpejo del pulgar. Permanecían en la más cerrada de las penumbras. Cuando se aseguró de que la mujer había dejado de llorar, buscó el encendedor que guardaba en un bolsillo del abrigo. Mantuvo el fuego durante el tiempo suficiente para hacerse una composición del lugar y de los víveres. Era un espacio algo mayor al que imaginaban; la tenue llama apenas alcanzaba a iluminar los no muy lejanos confines. El fuego vacilaba a merced de una corriente de aire cuyo origen permanecía invisible. Cerca de ellos había un farol y unas cuantas cajas apiladas. Andris apagó el encendedor para ahorrar combustible. Se sentó en el piso, tomó la lámpara a tientas, la recorrió con los dedos hasta encontrar la mecha y, solo entonces, volvió a hacer fuego para encender la bujía. El olor del querosén quemado y el calor que brotó del farol les devolvió algo de calma al poder mirarse otra vez a los ojos.

Las cajas contenían conservas de ave en aceite, carne en salmuera, frascos con bacalao y sardinas en salazón, un jamón entero con hueso, quesos duros, frutas secas, nueces, almendras, pistachos, semillas de girasol y de zapallo saladas, frascos con aceitunas, aceite y varias botellas de vino. El primer sentimiento que experimentaron fue una inmensa gratitud frente a la generosa hospitalidad de Bora; eran muy pocos quienes podían llevar a la mesa semejantes exquisiteces, aun gozando de la libertad. Pero de inmediato cayeron en la cuenta de que eran todos alimentos que podían almacenarse durante una larga temporada sin descomponerse. La cantidad de conservas les ofreció la dimensión del tiempo que podrían pasar dentro de ese sótano sin ver a nadie más. Estaba claro que los dueños de casa no tenían previsto visitarlos, al menos mientras duraran los víveres. Era una idea desoladora pero comprensible; los Persay, igual que el personal de la casa, debían actuar como si realmente ellos no existieran. De pronto, todos aquellos manjares tuvieron el sabor amargo de la última

voluntad que se ofrece a un condenado.

Andris tomó la lámpara y se dispuso a examinar el sótano. Bordeó una de las paredes de ladrillo sin revoque hasta que se topó con una cañería desnuda que descendía desde las alturas y concluía en un pequeño grifo. Lo accionó y vio que salía un delgado chorro de agua clara; con la punta de la lengua comprobó que fuese potable y, cuando estuvo seguro, bebió con una sed animal. Hanna lo miraba sin moverse. Próxima al ángulo formado entre la pared de ladrillo y otra, mucho más antigua, de bloques de piedra dispares, había una rejilla alargada. Andris pidió a Hanna que no lo mirara y orinó; primero dejó salir un delgado hilo para cerciorarse de que el desagüe no estuviese obstruido. Solo cuando el líquido se perdió a través de las hendiduras de metal, vació el contenido de la vejiga inflamada y doliente luego del largo e incómodo viaje en el baúl del auto.

Hanna era sumamente pudorosa y su marido lo sabía. Luego de prometerle que no la miraría, le rogó que también ella orinara. Hacía largo rato que Hanna padecía en silencio mientras tensaba los músculos del bajo vientre doblada sobre sí misma. Pero aun así, se mostró avergonzada; le pidió a Andris que no solo cerrara los ojos sino que además se tapara los oídos. Su marido asintió con una sonrisa comprensiva y resignada. Caminó hacia el rincón opuesto y como un niño castigado se puso contra la pared de espaldas al recinto, mientras se tapaba los oídos con ambos índices. Hanna, en cuclillas, sintió que el vapor del orín caliente le devolvía el alma al cuerpo.

Hanna y Andris se sentaron enfrentados, cada uno sobre una caja de madera, y se dispusieron a comer. La claraboya del techo era tan pequeña que no dejaba pasar ni siquiera una silla. Andris miró el reloj: eran las diez. Sabía que era de noche porque acababan de llegar. Hubiese sido imposible deducirlo de otro modo, ya que en ese sótano no entraba el más mínimo haz de luz natural. Desde que había descendido a la nueva morada, Andris daba cuerda al Omega de bolsillo una y otra vez de manera compulsiva. El reloj se había convertido en el delgado hilo que lo mantenía unido con la realidad exterior. Entre aquellas cuatro paredes húmedas el tiempo respondía a una mecánica diferente sujeta a leyes cambiantes. El reloj pasó a tener para Andris la misma importancia que el calendario de piedra para los antiguos. El círculo del Omega de oro era el breve firmamento que ordenaba los ciclos invisibles de ese universo estático sin sol ni luna.

Sobre las cajas con víveres había un atado hecho con un edredón de plumas que guardaba otras dos mantas con los correspondientes juegos de sábanas y un par de almohadas. La fina factura de las cobijas hacía más evidente no ya la falta de una cama, sino la ausencia de un simple colchón. Ninguna de ambas cosas hubiesen pasado por la claraboya del techo. Como si fuese una gran cebolla de telas, el atado contenía, además, varias prendas de hombre y de mujer. A juzgar por el talle y la hechura, las camisas, los pantalones y los abrigos pertenecían a Bora. Las faldas, vestidos y blusas coincidían con el estilo y las medidas de Marga. Las ropas no se veían viejas, pasadas de moda o en desuso; al contrario, parecían nuevas.

Para Andris, aquel gesto, que en apariencia pretendía evitar en ellos el más mínimo sentimiento de humillación, resultaba doblemente agravante, como si de ese modo Bora le echara en cara su condición de traidor. De acuerdo con la lógica algo retorcida de Andris, el dueño de casa devolvía con altura cada una de las heridas que él le había provocado. Eran especulaciones propias de quien carga con el peso de la culpa. Andris jamás se hubiese atrevido a confesar sus turbias conjeturas a Hanna. De hecho, no se sentía orgulloso por albergar semejantes pensamientos de los cuales, sin embargo, no podía deshacerse.

Mientras Andris se flagelaba en silencio, Hanna se dispuso a improvisar un jergón que sirviera de cama. Extrajo el papel de diario que había en el fondo de las cajas con alimentos y le pidió al marido que desarmara los endeble cajones de madera. Con las tablas y el papel improvisó una suerte de litera sobre el piso de cemento vivo. Plegó en dos la frazada más gruesa y la tendió a guisa de colchón sobre el petate de diarios y maderas. Aquel lecho que apenas levantaba unos pocos centímetros del suelo no se veía precisamente mullido; sin embargo, conseguía aislar el frío helado que provenía de la superficie toscamente alisada del material crudo. Las frazadas de lana y el edredón de plumas eran una buena protección contra la corriente de aire gélido que soplabla como el aliento de un lagarto gigante e invisible.

Andris se durmió de inmediato. No bien cerró los ojos se apagó igual que la luz del candil al ahogar la llama. El sueño lo preservaba de la pesadilla en que se había convertido la realidad. Hanna, envuelta en la penumbra, helada y tiritando, permanecía despierta. De pronto la invadió una confusión desesperante. En medio de un torbellino de imágenes vívidas, perdió toda noción del tiempo y el espacio. No sabía exactamente dónde estaba ni cuánto tiempo había pasado desde que se acostó. No se trataba de las distorsiones de la conciencia propias de la antesala del sueño. Al contrario, estaba en un estado de vigilia superlativa. Con la respiración agitada y el corazón inquieto, no podía evitar que sus pensamientos tomaran un rumbo y una velocidad incontrolables. Escuchaba los suaves resuellos del hombre que dormía a su lado y de repente la asaltó una duda: ¿era Andris o Bora? Realmente no podía precisarlo.

Durante el insomnio suele producirse un estado de conciencia en el que la vigilia resulta más irreal que el más extravagante de los sueños. No solo el tiempo y el espacio se tornan difusos; los recuerdos se confunden con los viejos anhelos y una sensación de nostalgia se extiende sobre el presente como si la vida se hubiese convertido en algo fallido. «¿Cómo llegué hasta aquí?». Se preguntaba Hanna sin saber claramente dónde y cuándo era «aquí». Entonces se propuso ordenar los recuerdos como quien decide recomponer un álbum de fotografías mezcladas. Cada uno en su universo, Hanna y Bora se trasladaron con la memoria al mismo día. Ella, abajo, tiritando de frío; él, arriba, sentado frente al fuego, ambos recordaban aquel lejano día en que hablaron por primera vez en los jardines del Hotel Gellért.

Desde la primera conversación puede anticiparse todo lo que ocurrirá entre un hombre y una mujer. Ambos sabrán qué los atrae y qué los rechaza. Advertirán los resquicios del espíritu donde puede anidar el amor, la indiferencia o, incluso, más tarde, el odio. En la primera charla se verán las coincidencias y las diferencias más elementales: la condición social, las creencias, la fe religiosa, las tradiciones, las rebeliones contra el dogma familiar e, incluso, podrá mirarse más allá del follaje y la hojarasca del árbol genealógico.

Todo aparece claramente expuesto en el primer encuentro. Los rasgos, las expresiones, los gestos, los leves matices en el color de los ojos, las bellezas y las fealdades, los pequeños defectos físicos, las concavidades y las convexidades de la anatomía, el talle, el modo de sonreír, de mirar, de afirmar y de negar; se sospecharán las virtudes, las miserias y los vicios; quedará en evidencia aquello que, con el correr del tiempo, determinará el nacimiento, el cenit, el ocaso e, incluso, el fin de una relación entre un hombre y una mujer. Todo esto se ve con claridad meridiana en la primera conversación. Uno, o acaso ambos, pueden cerrar los ojos y decidir clausurar ese examen preliminar. Pero como en una bola de cristal, ya se ha visto lo que habrá de suceder.

El otro nunca engaña; es uno quien decide engañarse a sí mismo y construye al otro a su imagen y semejanza. Este engaño puede durar un instante, un tiempo más o menos extenso o, acaso, toda una vida. Pero cuando el amor desaparece o, por la razón que fuere, el vínculo entre un hombre y una mujer se disuelve, ninguno de los dos podrá declararse la víctima de un engaño.

Igual que las obras arquitectónicas, los matrimonios muestran desde el principio las pequeñas fisuras por donde sobrevendrá el colapso. Son fallas de construcción, defectos en los materiales que no se han aglutinado desde el origen. Se las podrá disimular con yeso y con pintura. Pero siempre volverán a aparecer, cada vez con mayor profundidad. Las primeras palabras, los gestos tempranos, las frases formales y las más sinceras, las impresiones iniciales, los motivos de las sonrisas y las risas, las causas de las pequeñas indignaciones son los planos maestros de una relación. En ellos quedará determinado el emplazamiento de las vigas que sostendrán la relación y los puntos críticos que habrán de ceder antes del derrumbe. Los motivos del fracaso de un matrimonio siempre están expuestos a todas luces en la primera conversación. Hanna y Bora no fueron la excepción.

Desde aquella charla inaugural en los jardines del Hotel Gellért, ambos lo supieron todo. Bora supo que ese pelo rojo podía componerse con tres pigmentos. Hanna comprendió que los ojos transparentes de Bora guardaban el silencio y la nobleza de los perros siberianos. Él supo que atrapar la voluntad de Hanna no le sería tan fácil como capturar los colores en una paleta. Y que tampoco se conformaría con contemplarla como se contempla una pintura. Ella, con temor y fascinación, quería

aproximarse, extender su mano a ese perro lobo, bello y peligroso, que no ladraba. Pero que podía morder letalmente.

Ajena a lo que sucedía alrededor, Hanna inclinaba hacia adelante el torso delgado como el tallo de un girasol. Su cuerpo seguía los movimientos de Bora como si él fuese el sol. Los codos apoyados sobre las piernas cruzadas y el modo en que acercaba la cara a la de él le conferían una actitud desenfadada y algo provocadora. Bora, en cambio, estaba reclinado sobre el respaldo con los brazos cruzados sobre el pecho. Ella estaba en posición de ataque y él, de defensa. Todo era parte de un imperceptible juego de seducción.

En medio de risas y frases de circunstancia, ambos advirtieron que provenían de mundos diferentes. Bora era el hijo de un *Vítez* y aunque no creyeran en los títulos nobiliarios ni en la sangre azul, los dos supieron que sendos árboles genealógicos pertenecían a bosques muy lejanos. Se puede aborrecer a la humanidad, pero es imposible desertar de la especie. Lo mismo sucede con la familia: no hay forma de quitarse la sangre y permanecer con vida. Hanna era judía. El padre era menos religioso que la madre: ella observaba el Shabbat; el padre no: solo guardaba ayuno en Yom Kippur. Hanna, en cambio, no hacía ni lo uno ni lo otro. Pero a su modo, se sentía más judía que sus padres.

—Existe una sola manera de ser judío y es obedeciendo la ley —solía reconvenirla su madre.

—Obedezco la ley —porfiaba Hanna desde pequeña—, a mi modo.

—La ley no la decide cada quien, es la ley de Moisés.

—Obedezco a la ley de Moisés de acuerdo con la única manera que tengo de entender: la mía. Es decir —insistía—, a mi modo.

Aunque jamás lo hubiese admitido, tenía una manera ciertamente paulista de concebir el judaísmo.

Bora vivió convencido de que por sus venas corría sangre azul hasta el día en que, siendo un niño, accidentalmente se cortó con un juguete de hojalata. Se quedó observando el río de sangre que brotaba desde la hendidura en la muñeca mientras la madre corría como loca hacia él para detener la hemorragia antes de que se desangrara. Miraba la sangre roja, absorto e incrédulo, hasta que se desvaneció. Cuando recobró el conocimiento se dio cuenta de que había perdido para siempre la posibilidad de seguir creyendo en aquel mundo ilusorio en el que vivían sus padres. Creció renegando de la nobleza en la cual, a su pesar, había forjado su espíritu. Hablaba como un noble, procedía como un noble, blandía el florete como un noble, se apellidaba como un noble, estudiaba con los hijos de otros nobles y pretendía no ser noble de la manera en que los nobles se rebelan contra el linaje. Estaba convencido, incluso, de que debían abolirse los títulos de nobleza. Pero lo hacía con la filantropía propia que exige la nobleza.

De hecho, Hanna, en aquella primera charla, no podía dejar de sentir que Bora se dirigía hacia ella como si se compadeciera de su condición plebeya. La manera de

sentarse, de inclinarse y de poner distancia era una forma de establecer jerarquías. Del mismo modo, Bora percibía que ella le dispensaba el respeto que los judíos menos ortodoxos conceden a los gentiles. Había en el judaísmo de Hanna cierta aristocracia —finalmente descendía del árbol genealógico de Abraham— comparable a la nobleza de Bora. En esta mutua gracia que se concedían comenzó a construirse el nido donde habría de incubarse el amor. Pero esa afinidad se edificaba sobre las diferencias: ella era judía de la misma forma en que él era noble; Bora era gentil de igual manera en que Hanna era plebeya.

Fue aquel el inicio de una relación entre un noble de tradición protestante y una judía. Y en estas divergencias podían advertirse las pequeñas grietas por donde habría de escribirse el comienzo de la tragedia.

En esta primera charla no hubo una sola palabra discordante ni un mínimo gesto de rispidez; al contrario, fue una conversación amable en la que, incluso, podían advertirse las estrategias de seducción de cada uno. No hablaron de religión ni de asuntos de familia. Y sin embargo, ambos supieron que la religión habría de ser un problema entre ambas familias. Si Hanna le hubiese podido hablar con la razón, habría prevenido a Bora citando el versículo del Taanít que rezaba: «Joven, alza tus ojos y mira a la que elegirás para ti: no dirijas tus ojos hacia la belleza, sino hacia la familia». Pero ya en aquella primera charla, habían comenzado a perder la razón.

Desde ese día decidieron establecer una relación de amistad. Hablaron de pintura. Ambos eran jóvenes, pero Hanna, además, ejercía la juventud con vigor. Bora, en cambio, tenía un modo más adulto de ver las cosas. Ella participaba, aunque más no fuera como una entusiasta espectadora, de las nuevas tendencias que venían a profanar las tradiciones de la pintura clásica. Él no era un simple admirador del arte, sino una temprana promesa que despertaba los más cálidos elogios de su maestro. Se mostraba menos apasionado respecto de las ideas; su pasión era pintar. Respetaba a los nuevos artistas que descomponían la figura y el color hasta hacerlos estallar en mil pedazos. Pero Bora prefería continuar el camino de sus predecesores.

—No tengo un espíritu parricida —le dijo a Hanna.

Fue una frase dura. Innecesaria. Mucho tiempo después supieron que aquella sentencia implicaba una temprana acusación, una ofensa por entonces inaudible. Ella suspiró profundamente y luego dibujó una sonrisa de circunstancia.

Ambos dejaron asentado su punto de vista. No discutieron. De hecho, se negaron a admitir para sí que aquella diferencia, en apariencia insignificante, habría de ser la fisura por la cual habrían de filtrarse las futuras discordias.

Se gustaron mutuamente. Quedaron enteramente fascinados. Por momentos se hacían largos silencios que eran besos, apasionados besos in mente en los que no participaban sus cuerpos. Besos in pectore que aceleraban sus corazones pero en los que no intervenían los labios. Besos *in cogitans* que confundían el entendimiento sin que sus bocas entraran en contacto. La belleza encandila, embriaga. El versículo del Taanít proseguía: «La gracia es engañosa y la belleza es vana».

Envueltos en el humo opiáceo de aquella vana belleza, ambos deseaban que aquel momento se eternizara. Pero el encuentro había llegado a su fin. Desde la puerta que daba a la galería salió el grupo de hombres conversando animadamente. Los ojos de Bora se encontraron con la mirada severa del padre. Junto a él venía Jacob Gretz, quien dedicó una sonrisa incómoda al *Vítez Persay* como si quisiera disculparse por el atrevimiento de su hija.

Bora besó la mano de Hanna a la antigua usanza y le suplicó que volvieran a verse la semana próxima. Ella asintió con una sonrisa. Le divertían aquellas formas algo anacrónicas. Bora fue al encuentro del padre mientras Jacob Gretz iba hacia donde estaba su hija. Cuando ambos hombres se cruzaron, el joven hizo una inclinación de cabeza que no fue correspondida. Ni siquiera le devolvió la mirada. Los primeros párrafos de la tragedia ya estaban escritos mientras aparecían en escena los otros personajes.

6

El amanecer era una conjetura en el reloj de Andris. Hanna y su marido habían conocido las interminables noches del invierno nórdico durante un viaje de negocios a Suecia, donde la bóveda del cielo tenía el color cerrado de la angustia. Pero había cielo. En aquel pequeño subsuelo no existía el día ni la noche, no llegaba la luz del sol, el canto de los pájaros, ni otras voces que no fuesen las propias. Era como permanecer en estado de latencia dentro de una crisálida incierta, sin saber si algún día habrían de renacer.

Durante aquella primera noche, Hanna no había podido pegar un ojo. Andris, en cambio, durmió con un sueño tan profundo, oscuro y compacto que experimentó la sensación de haber muerto. Pero al despertar no sintió que hubiese resucitado. Fue como pasar de una muerte a otra sin que quedara registro alguno en su memoria: ni sueños ni pesadillas ni pensamientos. Una ausencia absoluta. No encontraba razón para levantarse ni para seguir acostado. Se negaba a entregarse a un ocio inerte, a la mera contemplación de ese inframundo diminuto e intrascendente. No podía ir más allá de los diez pasos que separaban la cama de la pared más lejana. No tenía en qué trabajar ni motivo para descansar. Era un cadáver en vigilia.

Andris sintió que el mundo podía prescindir de él. Preso en ese Hades invisible, dejó de ocupar un lugar en el tiempo, en el espacio y en la memoria de quienes vivían en la superficie. Sin descendencia ni pasado ni presente ni futuro, desterrado del mundo de los vivos, no había cobijo para él en el corazón de ningún otro ser humano. Siempre tuvo dudas sobre el amor de su esposa; pero desde que había descendido a las entrañas de la casa del exmarido de Hanna se consideraba el ser más despreciable del universo. Se sentía humillado. Cuanto mayor era la generosidad, la filantropía y la protección que le brindaba su anfitrión, tanto más pequeño y miserable se percibía Andris frente al espejo de su conciencia.

De acuerdo con el criterio de los padres de Hanna, Andris era el marido perfecto. De igual forma, Hanna era la esposa ideal según la opinión de la familia de Andris. Consideraciones que, ciertamente, compartían los propios consortes. Aunque por momentos Andris no lo advirtiera, ella lo amaba de la forma más noble en que una esposa puede amar a su marido. Él la quería con desesperación, de una manera sufriente. Toda demostración de cariño le resultaba exigua en comparación con el amor que él le prodigaba. Andris siempre había vivido bajo la enorme sombra que proyectaba Bora sobre su matrimonio; sabía lo que había significado el hijo del *Vítez Persay* en la vida de Hanna y tenía la certeza de que ella jamás lo había querido a él con la pasión con la que había amado a Bora. Lo alemanes habían invadido Hungría, pero Bora había ocupado por completo la voluntad, el espíritu y la razón de Andris. Le resultaba intolerable que un enemigo lo protegiera de otro enemigo. Con un agravante: las armas de su contendiente íntimo eran las de la compasión y la

generosidad. Contra ese arsenal, Andris no tenía forma de defenderse.

Hanna y Andris se conocían desde la infancia. Sus familias tenían una amistad tan estrecha, que ellos, de niños, creían ser primos. Cuando crecieron les costó comprender que, en verdad, no eran parientes. Aquel descubrimiento significó para Andris un enorme alivio: pudo confesarse a sí mismo que el amor que le profesaba a Hanna no era el que se siente por un familiar. Estaba enamorado de ella desde que tenía memoria. No podía concebir el concepto del amor por fuera de la imagen de Hanna. A ella, en cambio, la embargó una tristeza inconsolable al enterarse de que no los unía ningún lazo de sangre. Era la pena genuina de quien pierde a un pariente cercano. Para Hanna, la ruptura de aquel lazo alteró la distancia que los mantenía cerca pero cautamente separados. A partir de ese momento el amor de Andris se desató con euforia: la festejaba con torpeza, de la manera desbordada y tumultuosa con que los perros se abalanzan ante la llegada del amo. Ella lo llamaba al orden con afecto y firmeza. Andris, igual que los perros, entendió que para conservar su cariño tenía que guardar cierto espacio y, fundamentalmente, obedecer. Hanna debió reemplazar el lazo roto del parentesco por el bozal de la amistad. Con el tiempo, él aprendió a templar sus sentimientos, a disimularlos, a sufrir siempre con una sonrisa en los labios. Por su parte, ella jamás se aprovechó de la posición de inferioridad de Andris ni alimentó en vano sus ilusiones. Era una amiga incondicional; la persona en la que él más podía confiar.

Seis meses y un día después de su duodécimo cumpleaños, Hanna se convirtió en *naará*. Por fin era una mujer. Luego de los festejos, ella y la madre quedaron a solas en la sala. Sentadas en el sillón frente al ventanal, madre e hija mantuvieron la primera charla de mujer a mujer. Después de un largo prólogo, la madre le dijo a Hanna que su destino ya tenía nombre: Andris. Ambas familias estaban de acuerdo en ese punto. Le habló con la voz clara y severa con la que debieron pronunciarse los oráculos de la antigüedad. Cuando terminó de hablar la madre, Hanna asintió. No fue sin embargo un gesto de acuerdo. Sencillamente le comunicó en silencio que había comprendido. Frente a la voz del oráculo se puede mostrar disconformidad e incluso enojo. Pero no hay forma de escapar de la sentencia del destino. Hanna no dijo una sola palabra.

No hacía falta que Andris expresara el amor que sentía por Hanna. Todo el tiempo se lo declaraba al mirarla, al hablarle, al callar. Incluso, cuando pasaban semanas sin verse, el amor de Andris quedaba en el aire como el perfume de un incienso empalagoso y persistente. Ambas familias podían advertir los sentimientos de Andris hacia Hanna. Pero ignoraban qué pensaba ella.

—Hanna no está enamorada de Andris —le reprochó la madre de él a la de ella.

—Tal vez no ahora. Pero lo querrá —profetizó la madre de Hanna.

—No quiero que mi hijo sufra —se quejó la madre de Andris del modo en que se lamentan las madres judías.

—Si sufre no será a causa de mi hija. Ella lo querrá —insistió con la seguridad de

una pitonisa.

A pesar de que todos ignoraban qué pensaba Hanna, nada parecía interponerse en el camino hacia la boda. Ambos obedecían al destino escrito por las familias, por las tradiciones y, en cierta medida, por el afecto.

Los padres de Hanna y los de Andris compartían amistad y negocios. Jacob Gretz era un rico financista y arrendatario de campos en los que criaba animales. El padre de Andris era un dentista próspero. Para muchos, el oficio de odontólogo era un arte menor en comparación con la profesión médica. En una reunión, alguien alguna vez se atrevió a sugerir que el padre de Andris era un médico frustrado. El hombre sonrió dejando ver una boca reluciente, blanca y perfumada; sin mostrarse agraviado, expuso con la claridad de un profesor:

—Los seres humanos tienen un solo corazón; cuando comienza a fallar, por lo general y para desgracia de los cardiólogos, se detiene para siempre más temprano que tarde. El negocio se acaba rápidamente. Los urólogos y proctólogos, por ejemplo, también tienen un solo órgano al que dedicarse. Los oculistas, por obvias razones, duplican su mercado. Además, cuando se deteriora un ojo, el otro, en la mayor parte de los casos, corre la misma suerte. Los dentistas, en cambio, contamos con treinta y dos piezas dentarias, además de las veinte que cambian los niños; de modo que, en toda su vida, un ser humano ha tenido cincuenta y dos dientes.

»La ciudad de Budapest tiene un millón doscientos mil habitantes, es decir, hay más de sesenta y dos millones de piezas dentarias. Me hubiese conformado con tener el 0,01 por ciento de los habitantes de la ciudad. Pero he tenido la fortuna de llegar a atender al 0,4. Esto significa ocuparse de cerca de doscientos cincuenta mil dientes. El tratamiento de un diente cuesta unas 20 coronas. En promedio, una persona debe arreglarse tres dientes de leche durante su infancia y seis durante su adultez. A 20 coronas por tratamiento, cada paciente representa 180 coronas en toda su vida. Si calculamos cuatro mil ochocientos pacientes a razón de 180 coronas cada uno, la cuenta alcanza la nada despreciable cifra de 864 000 coronas.

»De manera que yo podría vivir sin sobresaltos hasta los trescientos cuarenta años. Pero no tendría tanta paciencia para soportar a mi esposa que, de seguro, me sobreviviría. En resumen: que los médicos se queden con su reputación y yo con mi colección de dientes picados. Si tuviese que elegir entre el dinero y el prestigio, no dudaría en quedarme con el primero. El prestigio es uno de los bienes más baratos y fáciles de comprar.

Concluida la exposición, el señor Lasker abandonó la sonrisa, cerró la boca reluciente y dejó la sala casi en penumbras.

El padre de Andris era una suerte de ratón de los dientes de alto vuelo. El dinero que el dentista ganaba con cada intervención dental lo confiaba a la sabia administración de Jacob Gretz para que él lo invirtiera y multiplicara en títulos, bonos, papeles y propiedades. En su extensa relación, el padre de Andris y el de Hanna jamás tuvieron una diferencia. El acuerdo matrimonial entre ambas familias

era un contrato tácito, una suerte de fusión sanguínea y comercial que resguardaba la descendencia y la herencia. Por otra parte, Andris no solo tenía condiciones naturales para heredar el oficio de dentista; a diferencia del padre, que había sido un autodidacta, el hijo era un buen estudiante con un promisorio porvenir profesional.

Alguna vez le confesó a Hanna, lleno de orgullo y con gesto épico:

—Mi ambición es quedarme, al menos, con la cuarta parte de los dientes del Imperio austrohúngaro.

—Un Napoleón de los dientes —murmuró Hanna.

Hanna era una muchacha impetuosa, carismática y vital, capaz de tomar las riendas de la casa y ocuparse de la familia. Aquella rebeldía de juventud era, a juicio de la madre, una muestra de carácter que, con el tiempo, habría de encauzarse hacia la firmeza necesaria para ser una buena madre y esposa.

—Las mujeres fuertes crían hijos fuertes. Las mujeres demasiado sumisas no son buenas madres —solía decir la madre de Hanna, tal vez aludiendo a la idea que tenía de su propia fortaleza.

Andris era feliz ante la sola idea de aquel porvenir junto a Hanna. Ella, por su parte, aceptaba ese destino como el orden natural de las cosas. La sensación de seguridad que le transmitía Andris le producía un sosiego semejante a la dicha. Ambos se correspondían como el frío corresponde al invierno y el calor, al verano.

Sin embargo, un vendaval llamado Bora^[1] iba a cambiar de una vez y para siempre aquel orden preestablecido.

A partir de aquel primer encuentro en el parque del Hotel Gellért, Hanna y Bora supieron que ambos habían sido señalados por un mismo y misterioso índice. Pueden sucederse varias generaciones con sus múltiples descendencias sin que dos personas alcancen esa certeza. Por otra parte, la relación de ella con Andris estaba tan sobreentendida por él y la familia de ambos, que nadie consideró necesario hacerla explícita. Era tan clara e inapelable como un edicto que solo debía promulgarse cuando llegara el momento. A Andris nunca se le había ocurrido cotejar sus anhelos con los de Hanna. Jamás le hizo una declaración ni, mucho menos, se atrevió a entregarse al torrente de sus efluvios juveniles para besarla o abrazarla. Ella, por su parte, nunca quiso pensar cómo habría de reaccionar cuando llegara ese momento inevitable.

Bora, en cambio, estaba por encima de aquellos menesteres administrativos que imponen los arreglos sentimentales largamente planificados. Jamás le preguntó a Hanna si había alguien en su vida porque hubiese significado rebajarse y, de hecho, estaba claro que no estaba enamorada. Podía sospechar que la familia tenía planes para ella. Pero él llegó para alterar todos los libretos.

Cuando el padre de Hanna vio a su hija y a Bora conversando en el banco del jardín, temió que aquel fuese el inicio de un trabajo de demolición de la obra que, pacientemente, había construido junto a la familia de Andris. Por su parte, al *Vítez* Persay tampoco le hizo gracia ver a Bora embelesado con la hija de Jacob Gretz. En aquella ocasión, sin embargo, decidió no decirle nada. Lo mejor, pensó el *Vítez*, sería restarle trascendencia al asunto. Tal vez no fuese más que un galanteo sin importancia propio de la edad, del cual no recordaría nada la semana siguiente.

El padre de Hanna, en cambio, se sentía doblemente mortificado: por una parte, temía que aquel joven de modales refinados y porte aristocrático pudiera encandilar a su hija y apartarla del camino que ya le había trazado. Por otro, no podía evitar un incómodo sentimiento de vergüenza frente a su grupo de amigos y, particularmente, ante el *Vítez*; qué pensarían de su hija, la pequeña Hanna, entregada a aquellos bochornosos juegos de seducción a la vista de todo el mundo. Estaba furioso.

—No quiero que vuelvas a hablar con él —le dijo Jacob Gretz a su hija.

Hanna no contestó una sola palabra. Tal como solía hacer, asintió con la cabeza, no para mostrar su conformidad sino para hacer saber a su padre que había comprendido. Era aquella la manera que Hanna había encontrado para negar sin tener que discutir.

La semana siguiente, el padre de Hanna decidió ir al Hotel Gellért sin ella. Sencillamente, tomó el abrigo, se puso el sombrero, se despidió de su familia y salió solo. Hanna se sintió indignada y ofendida. Nada le gustaba más que acompañar al padre al hotel y esperarlo en los jardines mientras leía un libro o conversaba con alguna otra muchacha bajo el sol primaveral. Pero además le había prometido a Bora

que allí estaría. De hecho, no pensó en otra cosa durante toda la semana. Hanna esperó que su padre alcanzara la calle y sin que se diera cuenta su madre, en silencio, se escurrió por la puerta con el sigilo de un gato. Llegó al parque del hotel pocos minutos después de que el padre entrara en los baños turcos. Allí, sentado en el mismo banco en el que habían conversado la semana anterior, estaba Bora leyendo un libro bajo el sol. Hanna se sorprendió al verlo con aquella actitud distendida y placentera. Ella, en cambio, no podía disimular la ansiedad y la preocupación.

—Pensé que no vendría. Vi llegar a su padre solo. De hecho, estaba por ir a los baños también yo.

—Por favor, no se prive. Todavía está a tiempo...

Bora contestó con una sonrisa luminosa.

—No tengo ganas; prefiero quedarme a conversar con usted.

—No quiero crearle una situación...

Sin dejar de sonreír, Bora la interrumpió:

—Para eso vine; para esperarla a usted, tal como convinimos.

—Sucede que no puedo quedarme...

Hanna no sabía cómo explicarle que había tenido que escaparse de la casa. No fue necesario; Bora comprendió todo. Para ahorrarle la incomodidad y evitar que su padre la volviera a ver con él, le dijo:

—Salgamos de aquí. Caminemos.

Tenían poco menos de dos horas para que ella pudiera estar de regreso en la casa antes de que llegara el padre. El sol primaveral hacía que las cúpulas de Budapest brillaran con una luz dorada. Por primera vez cruzaron juntos el Puente de las Cadenas. Fueron a pie desde Buda hacia Pest. En el medio del puente se detuvieron a mirar el Danubio, en cuya superficie se replicaba el Parlamento invertido. Apoyados en el pasamanos se miraron a los ojos y, sin decir palabra, se preguntaron cómo habrían de seguir. Estaban en el medio del puente, también, en lo que a ellos concernía. Podían ver ambos extremos equidistantes. Solo tenían dos alternativas: avanzar o regresar. Aunque lo desearan, no podían quedarse para siempre a mitad de camino.

Las dos horas pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Tal como había prometido, Hanna estuvo de regreso en su casa antes de que llegara el padre y Bora volvió al hotel justo cuando el *Vítez Persay* salía de los baños.

A partir de entonces, todos los jueves, Hanna y Bora se encontraban de la misma forma, en el mismo sitio. Aquellas dos horas semanales se hacían cada vez más breves y las restantes ciento sesenta y seis eran un suplicio largo y empinado. El martirio no residía solo en el tiempo que permanecían separados, sino en aquella injusta clandestinidad, en la idea de una relación sin nombre ni futuro.

Forzados por las circunstancias, Hanna y Bora descubrieron en la amistad la razón que los unía ante la sinrazón que pretendía mantenerlos alejados. No puede alcanzarse una verdadera relación de amor entre un hombre y una mujer si no ha sido

templada en el crisol de la amistad. Existen normas morales, acuerdos y leyes que establecen las obligaciones que exige el amor conyugal e incluso el prenupcial. La amistad, en cambio, no está comprendida por la ley ni por la religión, no tiene una forma predeterminada ni responde a una condición establecida.

A diferencia de los lazos de parentesco sanguíneos, políticos o de cualquier otra relación humana, no hay estatuto que establezca la naturaleza de la amistad, las consecuencias que implica su comienzo o las que determina su fin. Es el único vínculo que no obedece a pautas escritas y, paradójicamente, es la relación más fuerte que puede unir a dos personas.

El lazo entre Hanna y Bora se consolidó con una mezcla de naturalidad y artificio, de la misma manera que brotan las flores tropicales en un jardín de invierno. Debieron crear las condiciones para que en aquel pequeño mundo clandestino pudiera nacer una unión pura y genuina. Se refugiaban en la amistad para que las ilusiones pudieran sobreponerse a las adversidades. Se profesaban el afecto de dos amigos varones, como si quisieran eludir el sentimentalismo y la atracción física para preservar la pureza de la amistad. Era, claro, un intento fallido para disfrazar ese amor condenado por ambas familias.

El *Vítez* Persay tenía una particular habilidad para hacerse el desentendido. Ese don era para él casi un oficio que le permitía sortear responsabilidades, tareas y obligaciones. Prefería pasar por inútil, distraído y desmemoriado si esa opaca fama le ahorraba trabajos domésticos. Pero en realidad no se le escapaba ningún detalle de la vida cotidiana. Igual que un águila, podía alcanzar la bóveda del cielo sin perder de vista las presas más pequeñas ocultas entre las matas. No hizo falta que el padre de Bora lo volviera a ver con Hanna para que supiera de los encuentros furtivos de su hijo.

Una tarde el *Vítez* invitó a Bora a que fueran juntos a practicar tiro. Siempre que iban al campo ponían a prueba la puntería en los barrancos que se formaban en la orilla de un arroyo seco. En la casa de la finca atesoraban una colección de armas que tapizaba una de las paredes de la sala. Todas, hasta las más antiguas, estaban en perfecto estado de funcionamiento. Había viejos arcabuces españoles, pistolas de pedernal con cazoleta de oro macizo, revólveres ingleses a tambor de transición, escopetas de caza con guarniciones de hierro labradas y una infinidad de puñales, espadas y bayonetas de las más diversas épocas y procedencias. El *Vítez* Persay mantenía una relación compleja con las armas. En el lugar más destacado de la pared, justo encima del hogar, estaba la pistola austríaca Lorenz con la que su padre se había suicidado en aquella misma casa. Una bella pieza de 1862 muy semejante a su antiguo propietario, Béla Persay. Letal, precisa y discreta, era la preferida del *Vítez*. La empuñaba sin complejos. Conservaba el arma en uso como un modo paradójico de mantener vivo el recuerdo del padre. La antigua Lorenz del siglo XIX con la que se había quitado la vida evocaba con cada nuevo disparo el espíritu del viejo Béla. Para el abuelo de Bora los hombres eran responsables de su conciencia, autores de su vida

y, en el mejor de los casos, de su muerte. Las desgracias de la existencia propia no se atribuían a vanos conflictos familiares ni a traumas abstractos e intangibles. La naturaleza del traumatismo era sólida como el acero de una espada y no gaseosa como las entelequias de diván, tan a la moda en las primeras décadas del siglo xx. Las cartas de suicidio tenían la dignidad del suicidio. De hecho, en la nota póstuma dirigida al juez, Béla Persay había escrito:

No se culpe a nadie. Cada quien vive su propia vida y muere su propia muerte.

Como si se fuesen a batir a duelo, el Vítez invitó a su hijo a que eligiera un arma. Bora recorrió la pared con la mirada y finalmente escogió una Parabellum 9mm, primera serie, de 1898. La descolgó de la pared y esperó a que su padre pronunciara las palabras que siempre le dedicaba a la legendaria Parabellum:

—*Si vis pacem...*

—... *para bellum* —completó Bora^[2].

En aquella ocasión la cita latina iba a ser, en efecto, una verdadera declaración de guerra. De manera que para no quedar en inferioridad de condiciones, el Vítez renunció a la vieja Lorenz con la que se había matado su padre y tomó una brutal Colt americana calibre 45. Fue entonces cuando Bora intuyó que aquella práctica de tiro no habría de diferenciarse de un duelo.

El hijo había superado la estatura del padre. Caminaban hacia el arroyo seco por el sendero abierto entre los romeros silvestres. El peso del arma en la mano hacía que el brazo derecho pendiera quieto, vertical, a plomo. Iban en silencio, esforzándose para no hablar antes de tiempo. Dos hombres armados dispuestos a discutir se abrían paso entre la hierba sin padrinos ni testigos de fe. Nadie que pudiera officiar de intercesor para que las cosas no se salieran de madre.

Cuando llegaron al barranco, el padre de Bora alineó sobre un tronco caído diez monedas, trabándolas de canto en las hendiduras de la corteza. Luego se alejaron quince largos pasos. Las diez coronas brillaban plateadas, extrañas, otorgando al paisaje agreste una atmósfera teatral, como si el tronco y la vegetación fueran una escenografía hecha por la misma mano que acuñó las monedas. Bora y el padre eran los protagonistas de la obra que se desarrollaba en el escenario de un teatro sin público. Uno era el espectador del otro y el dueño de su propio parlamento.

—Sé que te estás viendo con la hija de Jacob Gretz —lanzó el padre mientras cargaba el arma.

La respiración de Bora se interrumpió y luego se aceleró. Lo había sorprendido. El Vítez había hablado con tanta convicción que Bora no encontró un resquicio por donde desmentirlo. Pero además, él nunca le hubiese mentido a su padre. De todas formas, se sentía más ofendido que interpelado; no le gustó el modo en que se refirió

a Hanna como «la hija de Jacob Gretz». Había en esa frase varios elementos agraviantes y velados. Primero, que no la llamara por su nombre sonaba como un desprecio. Por otra parte, ¿qué significaba que se estuviera «viendo» con ella? Aquella expresión reducía a una aventura imprecisa y sin importancia su relación con Hanna. ¿Qué sabía él de sus sentimientos hacia ella? El modo en que se pronunció su padre se parecía a una acusación, como si hubiese algo delictivo en sus encuentros. Pero lo que más irritó a Bora fue la manera en que mencionó el nombre y el apellido del padre de Hanna: era una alusión solapada a su judaísmo.

Bora guardó silencio y se concentró en cargar el arma. Lo hizo con escrúpulo y a conciencia, tal como le había enseñado su padre. Introdujo el cargador dentro del mango y golpeó la culata con firmeza para trabarlo.

—Hanna —le recordó Bora—, se llama Hanna.

El padre percibió en la respuesta una moción de censura que revelaba algo de la naturaleza de la relación. Era más seria de lo que sospechaba. Extendió el brazo, alineó la primera moneda con el punto de mira, el punto de mira con el alza, el alza con el centro de la pupila derecha y el centro de la pupila derecha con la proa invisible del alma, tensa como el mecanismo del percutor. Bajó el párpado izquierdo y gatilló. La corona desapareció limpia como por obra de un mago. Ningún otro elemento se alteró.

—Evitemos los sentimentalismos. Me tiene sin cuidado qué sientes por la hija de Gretz. No quiero que te involucres con ella.

Bora entendió que al padre le era indiferente que tuviera una aventura con ella. Pero «involucrarse» era otra cosa. Concretamente, le estaba diciendo que no avanzara más allá.

—Somos amigos —dijo Bora mientras apuntaba.

En el mismo momento en que el padre soltó una carcajada, Bora disparó como si quisiera callarlo con un tiro preciso. La segunda moneda, deformada, voló por los aires junto con unas astillas del tronco. Hizo blanco, sí, pero hubiese preferido un disparo más limpio.

—Eso no es posible. La amistad entre un hombre y una mujer se desvanece debajo de las sábanas —sentenció el Vitez y volvió a accionar el gatillo para concluir el dudoso aforismo de manera estruendosa. La corona se deshizo en el éter igual que la primera.

—Eso no es cierto —protestó Bora.

—Compruébalo. Llévala a la cama —dijo el padre sin dejar de reír.

—¿Y cómo sabes que no lo he comprobado?

—Porque si así fuera jamás hubieses dicho semejante estupidez.

Bora no pudo responder nada. No tenía forma de rebatir la afirmación del padre porque, en efecto, no había hecho la prueba. Disparó y marró el tiro. La cuarta moneda permaneció en su lugar. La bala ni siquiera había rozado el tronco.

—Hijo, sabes que soy amigo de Gretz y que no tengo nada en contra de los judíos

—dijo a la vez que disparaba y derribaba la moneda que no pudo tocar Bora—
pero...

—¿Pero?

—... pero las cosas no están bien con ellos. No sé qué puede pasar. Las cosas no están bien.

Siempre eran los otros quienes tenían problemas con los judíos. Nadie en su círculo tenía nada contra ellos. Pero todos se referían a los judíos como si portaran alguna enfermedad invisible, asintomática pero tremendamente contagiosa.

—No me importa que sea judía —dijo Bora, y remató la frase con un tiro certero. Quedaban en el tronco cinco monedas.

—Pero a ella sí le importará que tú no lo seas —repuso en tono amable el padre, gatilló y volvió a dar en el sexto blanco.

—A ella no le importa.

—Yo no estaría tan seguro. Pero aunque así fuera, los padres de ella jamás permitirían que se case con un *goy*.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Bora, aterrado de que su padre hubiese hablado del asunto con su amigo.

—Porque conozco al viejo Gretz desde antes de que nacieras —contestó mientras disparaba y daba el tiro entre el tronco y la base de la séptima moneda. Aunque acertó el blanco, el *Vítez* hizo un gesto de desagrado con la mitad de la boca.

Bora, en silencio, giró la muñeca, apuntó con la empuñadura paralela al piso, disparó con furia y derribó con limpieza la octava corona. Su padre extendió el brazo y para dar fin a la conversación, concluyó:

—No quiero que vuelvas a verla —gatilló y con estupor pudo comprobar que la novena moneda permaneció impertérrita.

—No puedo prometerte eso —dijo Bora al tiempo que le pegaba a la corona que no había tocado la bala del padre. Solo quedaba una corona.

—No es un pedido. Es una orden —vociferó el *Vítez* con tono marcial y el tiro se incrustó en el tronco sin siquiera hacer vacilar el equilibrio de la última moneda.

Bora tenía en su índice la posibilidad de ganar el duelo.

—No necesito tu permiso —dijo, mirando al padre a los ojos y disparó sin dirigir la vista al blanco.

La moneda quedó perfectamente vertical, quieta. Ambos se quedaron en silencio. Cuando se acercaron, pudieron comprobar que la moneda presentaba un orificio perfecto del mismo diámetro de la bala. El hijo del *Vítez* tomó la moneda agujereada, la guardó en un bolsillo y repitió:

—No necesito tu permiso.

Un silencio absoluto se adueñó del campo luego de los diez truenos de pólvora que hicieron que los animales del bosque corrieran a buscar refugio. Solo un pájaro blanco se atrevió a volar sobre el arroyo seco sin que los hombres lo advirtieran.

En el sótano de la casa Persay el tiempo se había detenido. Las agujas del reloj de Andris se movían sin sentido; hubieran podido ir en una dirección o en la contraria. Era indiferente. Incluso, si de pronto el minutero hubiese girado en sentido opuesto a la aguja horaria, nada habría cambiado. La ausencia de ciclos tan sencillos como el día y la noche, la luz y la oscuridad, demostraba que el tiempo era una mera teoría incontrastable con la realidad del subsuelo.

Andris padecía la peor de las claustrofobias: no podía escapar de la celda de sus sombrías ideas. En circunstancias mucho más gratas, prefería el mar a las montañas. La extensión abierta de los paisajes marítimos le permitía a Andris expandir el pensamiento hacia el horizonte infinito. Las montañas, en cambio, le devolvían el eco de los fantasmas que habitaban dentro de su espíritu. Si unas relajadas vacaciones en los Alpes daban origen a las más profundas angustias, el encierro entre esas cuatro paredes oscuras lo sumía en la desesperación.

Andris necesitaba huir del sótano, pero ante la imposibilidad material de liberar ese impulso, su cuerpo producía todos los humores que el organismo necesita para escapar. El corazón de Andris latía con el ritmo y la frecuencia del de un velocista. Sudaba profusamente y tenía la respiración agitada como si, en efecto, se hubiese dado a la fuga. Sentía palpitaciones, cerrazón en la garganta y espasmos en el vientre. Creía estar al borde de un colapso fatal. Todo este cuadro no hacía más que aumentar la zozobra en una espiral que alimentaba el malestar con angustia y la angustia, con malestar. En esos momentos tenía la certeza de que iba a morir.

Hanna conocía el carácter hipocondríaco de su marido y sabía cómo tranquilizarlo. Sin embargo, en aquel escenario, le resultaba cada vez más difícil devolverlo a la calma. Por añadidura, no tenía en qué ocupar el pensamiento. Sometido a aquel presente perpetuo, Andris sentía que ya no había porvenir para él. Lo había perdido todo: la casa, el consultorio, las cuentas bancarias en Hungría y por entonces ignoraba qué suerte podían haber corrido las cuentas que tenían en el exterior. Para completar el cuadro anímico, su único y delgado nexo con la vida se lo debía a la generosidad de su peor enemigo.

Hanna se refugiaba en la escritura. Hubiese preferido leer a escribir. Pero como no tenía ningún libro a mano, entonces ella misma escribía las páginas que habría querido leer en esa situación. Tal vez, pensaba Hanna, en esto radicara la esencia última del oficio del escritor. Acaso los escritores buscaban dentro de su alma las páginas que necesitaban leer y que nadie había escrito aún. Hanna era una lectora compulsiva. Podía leer en cualquier lugar y circunstancia. Salvo en las bibliotecas. En los salones de la Biblioteca Pública de Budapest todo conspiraba contra la lectura: el silencio era tal que, por contraste, el leve rechinar de las maderas del piso bajo los pies parecía un movimiento telúrico; el zumbido de una mosca sonaba como el motor de un aeroplano; el susurro entre dientes de un estudiante parecía el griterío de una

horda salvaje. En cambio, el bullicio uniforme de los parques, el rumor del agua y el canto de los pájaros de los jardines del Hotel Gellért facilitaban las voces que surgen de la lectura con la misma naturalidad con la que se conversa con un amigo.

Durante la extensa estadía en el subsuelo, Hanna escribía la mayor parte del tiempo con un doble propósito: por una parte se había convertido en autora para poder continuar siendo lectora; por otra, había descubierto que sus páginas servían para rescatar a Andris del abismo. El encierro les había revelado a ambos la naturaleza de la literatura de manera mucho más clara que cualquier teoría surgida de la Academia de Letras de Budapest. Para el común de la gente, el ejercicio de la escritura era una muestra de refinamiento, cultura y sensibilidad; los libros adornaban el espíritu del mismo modo que una biblioteca decoraba una sala. Hanna pudo comprobar que en aquellos días de clausura las letras no eran una vana materia de polémica de salón, un floreo verbal o una tonta discusión de modas y corrientes; la escritura se había convertido en una cuestión de vida o muerte.

Hanna dibujaba en su anotador unas letras diminutas y apretadas para aprovechar al máximo el breve espacio entre los renglones. No temía a la página en blanco; al contrario, le daba terror la idea de quedarse sin hojas. Estiró el anotador cuanto pudo, pero un día, fatalmente, llegó a la última página. Continuó entonces en ambas caras de la tapa y la contratapa. Nada le daba más alegría que descubrir una nueva superficie libre: papeles sueltos en el fondo de las cajas, cartones de embalajes y hasta en las maderas de los cajones. Cualquier espacio servía para extender un texto: las paredes, el cemento del piso y hasta la palma de su mano. La escritura y la lectura se convirtieron en el único medio para evadir el encierro y alcanzar un estado semejante a la felicidad.

Algunos escritos eran breves como los aforismos y otros tenían la extensión de una *nouvelle*. A veces plasmaba recuerdos sencillos y vívidos, y otras dejaba que las palabras la llevaran por donde ellas quisieran. Hanna escribía y luego leía en voz alta para su marido. Por momentos levantaba la vista del texto y lo descubría llorando, conmovido por el relato y ya no por su propia desgracia. Otras veces le arrancaba carcajadas o gestos de asombro. Las historias de Hanna conseguían sacarlo de ese sótano oscuro y elevarlo a la superficie de la tierra y más allá, a mirar el mundo desde el cielo; podía viajar al pasado, imaginar el presente allí afuera y, otra vez, esperanzarse con un futuro. Andris no sabía cuánto había de cierto y cuánto de invención en las historias de su esposa. Tampoco quería saberlo.

Cuando Hanna leía, Andris se convertía en un niño. La literatura, por muy elevada que se pretenda, es, en última instancia, una actividad esencialmente infantil. De la misma forma en que una madre con sus cuentos consigue sofocar el llanto de su hijo, pacificar el alma y convocar al sueño, ella lograba morigerar la angustia de su esposo. Hanna era feliz: había encontrado un lector. Ahora tenía para quién escribir. Un escritor, se dijo Hanna, puede, en el mejor de los casos, llegar a miles de lectores. Pero alcanzar el corazón de uno solo justificaba la tarea. La existencia en el subsuelo

de pronto cobró un sentido para ambos.

Ninguno de los engolados escritores que pertenecían al selecto círculo de la letras húngaras podía dar testimonio del sentido de la escritura como Hanna y Andris. Los cuentos de Hanna no solo devolvían el sosiego y resultaban una vía de escape al cautiverio; no se trataba solamente de construir una realidad más grata que la que padecían. Por el camino paradójico de la ficción podían preguntarse acerca de la naturaleza de la verdad. Hanna descubrió que la literatura era la mejor forma de dominar el terror primitivo a la muerte. Eran conscientes de que existían pocas chances de sobrevivir a la ocupación nazi. Los textos de Hanna constituían una manera de mantener encendida la esperanza, pero también de pensar sobre la muerte, de enfrentarla con dignidad y lucidez.

Pero la felicidad de Andris era tan efímera como el tiempo que duraba la lectura. Igual que el opio, la necesitaba cada vez con mayor frecuencia y el efecto duraba cada vez menos tiempo. Luego caía en aquellos estados de terror incontenibles.

Arriba, la habitual armonía que imperaba en la casa comenzaba a resquebrajarse. Marga estaba molesta, temerosa, ofendida y, aunque no quisiera admitirlo, celosa. Desde que llegaron los huéspedes sentía que una plaga había hecho nido en los cimientos del viejo palacete. Alimañas silenciosas habitaban los subsuelos, se multiplicaban y desovaban racimos de recuerdos en los añosos pilares de la casa Persay. Marga intuía que la plaga invisible había atacado el entendimiento de su marido como los parásitos que se adueñan de la voluntad de sus huéspedes. Algo extraño y temible crecía en el sótano. Desde entonces, Bora se había retirado a un silencio de clausura. Miraba sin ver con los ojos vueltos a los laberintos de la memoria. Si Marga intentaba traerlo al presente, él se alejaba hacia otro lugar; vagaba como un nómada de un rincón a otro de la casa. No se lo veía cómodo en su sillón de la sala ni en la cabecera de la mesa donde solía pasar horas solitario y pensativo; tampoco se hallaba a gusto en el *secrétaire* del dormitorio en el que acostumbraba escribir cartas, ni en los bancos del jardín. Ya no disfrutaba quedarse en la cama leyendo durante la noche ni remoloneando al amanecer antes de levantarse. Marga no entendía que, en realidad, ella no era una simple testigo del malestar de Bora, sino que su misma presencia le resultaba irritante. Desde el día en que había llegado Hanna, el aire de la casa se había envenenado.

Marga era una mujer generosa y compasiva. Nunca hubiese vacilado en dar refugio a una familia judía. Pero la convivencia con Hanna y Andris le resultaba promiscua. La casa, la familia y el personal eran para Marga una entidad única, una suerte de organismo cuyas partes eran inseparables. Los huéspedes del subsuelo eran intrusos que ponían en riesgo la existencia de ese cuerpo viviente que se afirmaba en los cimientos, latía con el corazón de los moradores y se alzaba hasta el pararrayos cuyo mástil los protegía de la ira de Dios. La casa era para ella el único sitio seguro en Budapest; mucho más que la Catedral de San Esteban. Desde que había

abandonado el campo, su refugio en medio de aquella ciudad a la que nunca le había perdido el miedo era su cuarto: en él se sentía en comunión con Dios y en paz con su conciencia.

Marga era dueña de una belleza extraña, de una distinción a la que se consagraba con esmero. No porque estuviese particularmente preocupada por su aspecto, sino porque su cuerpo era el laboratorio en el que ponía a prueba el fruto de su trabajo. Descendiente de una familia noble venida a menos, Marga era parte de la rama caída de un árbol genealógico marchito. Desde muy joven había tenido que aprender varios oficios para ganarse la vida. Cuando se casó con Bora terminaron sus padecimientos económicos. Sin embargo, jamás dejó de trabajar y, sobre todo, de experimentar.

Marga guardaba el secreto de la juventud. O al menos creaba la ilusión de que podía detener el avance implacable de la vejez. Su aspecto era la prueba viviente: por entonces tenía más de cuarenta años pero el tiempo había quedado suspendido cuando cumplió los veinticinco. Marga fabricaba cremas para la piel que vendía a un pequeño grupo de clientas.

Aunque recibía ofertas cada vez más generosas por parte del dueño de un laboratorio cuya esposa solo usaba las cremas de Marga, ella se negaba a vender la fórmula porque, en rigor, no sentía que le perteneciera. Marga se había criado en el campo; más precisamente en la hacienda de los Persay. Su padre era el administrador de la mayor de las fincas y descendiente de los antiguos propietarios.

Marga estaba unida a esas tierras por generaciones cuyos restos, de hecho, descansaban en el viejo cementerio de cruces enclenques y lápidas torcidas que asomaban entre los álamos silvestres. Ella había nacido en ese mismo suelo en el que vivía y trabajaba con sus padres. En el pasado, hacía muchos años, se había desatado una guerra entre ambas familias. Con tono épico, las sucesivas generaciones invocaban el honor y el linaje. Pero en realidad, lo que estaba en disputa era la propiedad de aquellas fértiles extensiones.

La historia de las familias no es diferente de la historia de las naciones. Como sucede en todos los conflictos, más tarde o más temprano, el tiempo termina por recomponer las cosas. Los derrotados se sometieron con resignación y los triunfadores se mostraron más justos en épocas de paz que en tiempos de guerra. Los antepasados remotos de la familia de Marga habían quedado bajo el vasallaje de los Persay.

Con el paso de los años, los antiguos feudatarios se convirtieron en buenos empleados y fieles administradores. Pero además, los actuales dueños reconocían en los descendientes de los viejos enemigos a los pares de sus propios antepasados. En aquella época la heráldica no era un simple decorado sobre la pared de un hogar: los escudos eran escudos y las espadas, espadas. Las familias enfrentadas habían defendido esas mismas tierras y las habían regado con sangre azul. El cementerio era la prueba de la comunión de ambos linajes cuyas lápidas alternaban los apellidos como si fuesen una sola familia.

Desde que entró en la pubertad, Marga no pasaba inadvertida para nadie. Parecía hecha de los mismos elementos que constituían los campos. Su cuerpo tenía los suaves relieves de la pradera. La piel era del tono claro de las hayas y su figura se ondulaba como los maizales agitados por la brisa. Marga y Bora, desde pequeños, se atraían con la misma extraña fascinación con la que se vinculaban sus familias. Era una relación atravesada por generaciones, arraigada en las mismas tierras, cultivada por simientes verdaderas de cuyos frutos vivían ambos. Sus destinos estaban atados por la sangre, la tierra y la herencia.

Las dos familias eran conscientes de que en algún momento habrían de reunirse. Cuando el odio decanta y la sangre se escurre, quedan a la vista los pilares de los viejos puentes. Desde pequeños, Marga y Bora jugaban en los montes y se revolcaban en el barro como dos salvajes; se bañaban en el lago y luego se echaban al sol. A medida que crecían, sus cuerpos se atraían cada vez con menos inocencia. Conocieron el placer antes aun de saber cómo se nombraba.

Para los Persay, la potencial unión de Bora con Marga significaba que la familia pudiera hundir más profundamente las raíces en sus propias tierras. Semejante a las antiguas deidades magyares, Marga era el símbolo viviente de la fecundidad. La unión de ambos representaría un escudo familiar perfecto y legendario. Bora sería la espada enterrada en el campo —Marga—, de cuya unión surgiría el roble sólido de la abundancia y la perpetuación. Para la familia de Marga el casamiento con Bora significaría recuperar los títulos de propiedad de los dominios en los que nacieron y trabajaron, pero que nunca les pertenecieron. Sería el final perfecto para la vieja tragedia de dos familias vecinas, enfrentadas hasta la guerra por la posesión del suelo y vueltas a reunir luego de siglos por el amor de los vástagos. Un corolario que todos consideraban escrito.

Marga estaba investida por un halo místico. Era parte de la tierra; conocía los secretos de la hierbas, las flores, el polen y el nexo invisible que unía la naturaleza de las plantas con la de las personas. Sabía dónde radicaba la vitalidad, el eje de la eterna rueda de los ciclos que alternaba la vida y la muerte. Conocía los túneles sibilinos que unían la luz y las tinieblas. Preparaba pócimas. En las épocas de Árpád hubiese sido sacerdotisa pagana. Si hubiera nacido en cualquier otro lugar de Europa durante la Edad Media la habrían quemado por brujería. Por fortuna, en Hungría las brujas no fueron perseguidas. En el siglo x, el rey Colomán había decretado un edicto cuanto menos paradójal: *De strigis vero, quae non sunt, nulla quaestio fiat*^[3]. De acuerdo con esta suerte de aporía legal, al admitir la existencia de las brujas en el primer término y negarlas en el segundo, quedaban absueltas por la contradicción entre ambos. Esta tradición fue respetada por el primer rector de la Inquisición de Hungría, Paulus Hungarus quien, aun admitiendo la existencia de las brujas, también se negó a perseguirlas. Adujo a favor de ellas que veneraban al sol, y al ser este una advocación pagana del Altísimo, por carácter transitivo, adoraban a Dios y, por esa misma razón, debían ser respetadas. Marga reunía en su bella persona todas las

cualidades que los húngaros reconocían en las antiguas brujas. La eterna juventud conquistada gracias a las pociones que elaboraba en secreto colaboraba a su fama.

Como tantos otros, Bora había caído bajo el hechizo de Marga. Acaso influido por aquel halo que la rodeaba, el hijo del *Vítez* llegó a creer que, en efecto, ella había practicado algún conjuro para adueñarse de su voluntad. Desde que sus cuerpos adolescentes se habían fundido en las aguas del arroyo, él no conseguía pensar en otra cosa, como si aquel acontecimiento hubiese eclipsado a todos los demás sucesos de su existencia. Bora sentía hacia Marga una atracción primitiva que, aún después de haber conocido a Hanna, habría de mantenerse activa aunque imperceptible como la lava subterránea en los volcanes dormidos.

Arriba, en la casa Persay, se respiraba un aire tenso como la cuerda de un arco. Abajo, en el subsuelo, el ambiente era una boa que apretaba cada vez con más fuerza. Afuera, en la ciudad, la mayor parte de la gente intentaba permanecer indiferente. En la calle todo pretendía parecer normal. Incluso los puestos de control y las patrullas alemanas se habían integrado al paisaje con cierta naturalidad. A pesar de la presencia militar, no reinaba un clima de ocupación. Los niños formaban filas para que sus padres los alzarán a horcajadas sobre los cañones alemanes. Muchos miraban con simpatía los tanques y los camiones verde oliva; los soldados no eran vistos como tropas invasoras; al contrario, se los percibía como si hubiesen llegado para defender la ciudad. La guerra suele poner en evidencia de manera brutal la sinrazón del sentido común. La gente seguía yendo al teatro y a los baños termales; las tiendas, los cafés y los restaurantes funcionaban con normalidad, como si nada sucediera. La ciudad, hermosa igual que siempre, luminosa y oscura, gótica y bucólica, lóbrega y alegre, parecía un decorado largamente preparado para que se desarrollara la tragedia que pocos querían ver.

Nadie podía adivinar el futuro. Ni arriba, en los amplios ambientes de la casa Persay, ni abajo, en el sótano húmedo y opresivo, ni afuera en las calles despreocupadas. Nadie podía anticipar futuro alguno. Cada quien percibía el porvenir como si tuviese un contrato personal con el destino. Pero las bombas no discriminan. Si hubiesen podido mirar la ciudad desde un avión bombardero tal vez habrían tenido una idea más clara de cuán frágil es la existencia. Podía destruirse la ciudad entera igual que un hormiguero. Ni Bora ni Marga, arriba, ni Andris ni Hanna, abajo, podían torcer el rumbo de los acontecimientos. La suerte de los habitantes de arriba, de los de abajo y de los de afuera se decidía en las lejanas manos de aquellos que, a uno y otro lado del océano, deslizaban el índice sobre la superficie de un mapa. Al menos, esa era la percepción de Bora hasta que una mañana llamaron a la puerta de su casa.

A las diez de la mañana sonó el timbre. Fue un timbrazo breve, semejante a un error de la percepción.

—¿Sonó el timbre? —preguntó Marga para confirmar las dudas de Bora.

—¿Esperamos a alguien? —volvió a preguntar la mujer ante el silencio del marido.

El dueño de casa hizo un leve arqueado de cejas y una negación apenas perceptible con la cabeza. El timbre no volvió a sonar.

—Niños. Tal vez solo sean niños —musitó Marga con un rictus duro en la boca.

Bora caminó hasta la ventana y el corazón le dio un vuelco en el pecho. En la galería de la entrada pudo ver un grupo de soldados alemanes que observaban el frente de la propiedad mientras esperaban en la puerta. Bora no se movió de su lugar junto a la ventana. Marga se acercó a su esposo y miró a través del vidrio. Al rato se presentó en el salón el ama de llaves.

—Es el mayor Roderich Müller —anunció la mujer impertérrita.

—Que pase solo él —se apresuró a indicar Marga.

—No —interrumpió Bora—, yo los recibiré. Gracias.

El hombre caminó hasta el recibidor, se alisó el pelo con la palma de la mano, reemplazó el gesto de preocupación por una sonrisa amplia como quien se colocara una dentadura postiza y abrió la puerta de par en par.

—Mayor Müller, lo estaba esperando. Pensé que no cumpliría su promesa de visitarnos. Adelante, por favor, pasen.

—No quiero importunarlo, embajador. Si está ocupado, puedo regresar en otro momento.

—Al contrario, es un gusto recibirlo en mi casa. Pasen.

El oficial estaba acompañado por tres soldados. Les ordenó que esperaran en la puerta. Dos se cuadraron junto a las columnas del atrio y el restante en el centro, delante de la puerta.

—No es necesario que se queden ahí. Adelante —insistió Bora dirigiéndose a ellos.

—De ninguna manera. Pasaré solo yo. De verdad no quiero molestar.

Una vez en la sala, Bora le presentó a su esposa, quien permanecía petrificada en un sillón. A pesar de que habían pasado varios años, no bien la vio, el mayor advirtió que no era la mujer que él había conocido en Estambul.

—El mayor Roderich Müller; Marga, mi esposa —los presentó.

El alemán besó la mano de la mujer al tiempo que se inclinaba de manera teatral. El anfitrión lo invitó a sentarse en un sillón y ella le ofreció té. Hablaron las trivialidades de las que pueden conversar dos hombres que nunca fueron amigos ni llegaron siquiera a tener una relación estrecha. Se conducían de acuerdo con las reglas de protocolo como si aún estuviesen en Turquía. Sin embargo, había algo en la actitud del oficial que trasuntaba más que una visita meramente formal. El modo en que observaba a Marga, la manera en que escudriñaba todo como si quisiera establecer el plano de la casa, dejaba ver una curiosidad que iba más allá de la cortesía. El alemán recorría las paredes con los ojos y se detenía en las pinturas. Estaba buscando algo.

—Imagino que todavía pinta, ¿verdad?

—No tanto como quisiera.

—Su esposo es un gran artista —dijo el mayor a Marga.

Marga asintió sin pronunciar palabra. Estaba en pánico, blanca como las paredes.

—A propósito —carraspeó Roderich Müller con cierta reticencia—, quería hacerle una petición que espero no tome a mal.

Marga temió que su presencia fuera el motivo de la incomodidad del visitante. Por otra parte, no toleraba un segundo más la actitud torva del militar, de modo que aprovechó para escapar de la situación.

—Tal vez quieran hablar en privado —dijo la mujer mientras se ponía de pie.

—No, por favor, no es necesario que se retire —repuso el Mayor.

—No se preocupe, los dejo a solas —concluyó, al tiempo que abandonaba la sala sin dar lugar a que el militar continuara con sus fórmulas de caballerosidad.

Cuando se quedaron solos, el oficial cambió por completo el tono y sus gestos cordiales se tornaron secos y algo cínicos.

—Su esposa es muy atenta.

Bora comprendió que al mencionar a Marga, Roderich Müller estaba indagando por Hanna. Se hizo un silencio espeso.

—No me diga que enviudó —soltó de pronto el visitante.

—Divorciarse es el modo más complejo de enviudar.

—Oh, cuánto lo lamento. ¿Tiene hijos?

Bora advirtió que aquel era el inicio de un interrogatorio al que no estaba dispuesto a acceder. Se limitó a negar con la cabeza.

—Ella era judía, ¿verdad? —Disparó el mayor Müller.

—Sí —contestó Bora secamente.

—Ha hecho un buen cambio —dijo el oficial mientras elevaba la taza de té como si brindara.

—Oh, discúlpeme —se interrumpió a sí mismo el alemán—, tal vez ella también lo sea.

—No, no lo es.

—Me lo imaginé. No tiene el aspecto. Es muy agradable.

Bora no podía disimular el fastidio y la inquietud. El modo en que el oficial repetía «Oh» como un mal actor de una obra de teatro ordinaria le resultaba exasperante. El dueño de casa hizo un esfuerzo para recobrar la sonrisa y tomó la iniciativa:

—¿Qué me quería pedir, mayor?

—Oh, sí, claro. Me da un poco de pudor, pero realmente lo considero el mejor pintor de Hungría.

—Gracias. ¿Entonces?

—No veo ningún cuadro suyo en las paredes —dijo girando la cabeza en ambas direcciones.

—No acostumbro a exhibir mis propias pinturas. Habiendo tantos buenos artistas...

—Oh, admiro su modestia.

—No es modestia. Simplemente me resultaría un acto de soberbia poner mis propios cuadros en las paredes de mi casa.

—Hace muy mal en pensar de ese modo.

—Pero es mi modo de pensar.

Bora no terminaba de saber a qué había venido Roderich Müller.

—Soy un gran admirador de su pintura. ¿Podría ver alguno de sus cuadros? Me sentiría muy honrado de conocer su *atelier*.

El anfitrión quedó inmóvil durante varios segundos.

—A menos, claro, que prefiera guardar algún secreto.

Bora dirigió a su interlocutor una sonrisa amplia y sincera.

—Claro que tengo secretos; ¿qué pintor no los tiene? Pero no los descubrirá tan fácilmente —dijo. Se puso de pie y agregó—: Vamos a mi *atelier*, será un placer que conozca mi lugar de trabajo.

—¿De verdad sería capaz de hacerme semejante honor?

—Por supuesto. Sígame, por favor.

Cuando Marga escuchó el diálogo desde la sala contigua tuvo que sostenerse en el respaldo de una silla para no perder el equilibrio.

¿Qué es la traición? ¿Cuándo se inicia? ¿Quién la comienza? ¿En qué momento se consuma? ¿Se puede perdonar? La única certidumbre sobre la naturaleza de la traición, se decía Bora, es que, a diferencia de la ofensa, es irreparable.

Cuando Bora conoció a Hanna el universo se partió en dos. De un lado quedaron solo ellos. Del otro, las familias de ambos, la vieja mansión Persay, los escudos de armas, las armas, las haciendas, las ilusiones maternas, las finanzas, las inversiones, las Tablas de la Ley, el placer de la carne, la tranquilidad, la seguridad, las piezas dentarias del imperio, los abetos, la administración de los sembradíos, los viejos edictos que absolvían a las brujas, las brujas.

El mundo se había dividido de manera injusta, desproporcionada. No se trataba de dos hemisferios. El día en que Bora y Hanna se conocieron en los jardines del Hotel Gellért, el universo se partió entre la ínfima parte que ocupaban ellos dos y todo lo demás. El resto del mundo quedó al otro lado de un precipicio sin fin. El único puente entre ambos territorios era el de los recuerdos, el de la conciencia y el de los sentidos. Un puente incorpóreo y a la vez sólido, no como la piedra, sino, más aún, como la idea y la comprensión de la piedra. Desde un borde del universo podía verse el opuesto. ¿En cuál de ambos mundos se había originado la traición? ¿Dónde se había consumado? ¿Quién había traicionado a quién?

Hanna iba a casarse con Andris. Bora, con Marga. Era un hecho. Un solo hecho, no dos. La celebración de ambos matrimonios era parte de un mismo libreto. Las familias tenían todo preparado. El pasado y el presente señalaban aquel inexorable destino escrito por generaciones. Sin embargo, una pequeña contingencia hizo que en el camino de Bora apareciera Hanna y el universo se quebrara. No había voluntad terrestre ni divina que pudiera separarlos. La relación de Hanna y Bora rompió los diques de la amistad y ambos torrentes se fundieron en una inmensa masa irrefrenable. Estaban trágica y perdidamente enamorados.

La oposición de ambas familias era como una contención de ramas endebles frente a la presión de las aguas de una represa. Estaban dispuestos a escapar si era necesario. El padre de Bora y el de Hanna eran amigos en sentido más bien figurado. Todos los jueves compartían el baño turco, eran parte de un grupo de compañeros e incluso tenían algunos negocios en común. Pero la amistad entre ellos apenas si excedía el epicúreo encuentro semanal. Ninguno de los dos, en modo alguno, podía concebir que de pronto se convirtieran en parientes. Ni siquiera estaban dispuestos a compartir la indignación y la desdicha por la insensata unión de sus hijos.

Los motivos que esgrimían ambas familias para oponerse a la relación entre Bora y Hanna eran variados. Pero, en realidad, se reducían a uno solo: los padres de Bora se resistían a que su futura esposa fuese judía y los de Hanna a que su marido no lo fuera. Hanna, única hija del matrimonio Gretz, había sido criada en la esperanza materna de que se convirtiera en la perfecta esposa judía. Y la primera condición,

claro, era casarse con un judío. Podía, llegado el caso, no ser un hombre de negocios como su padre, ni un profesional como Andris. En el peor de los casos, podría no ser Andris. Pero sí debía ser judío.

De acuerdo con las enseñanzas de Maimónides, la mujer perfecta debía reunir al menos cinco cualidades: modestia, respeto, obediencia, generosidad y honra. Hanna reunía las condiciones. A su manera, claro. La educación religiosa que le inculcaba su madre incluía los menesteres domésticos, ya que cada una de las tareas del hogar era sagrada. La mujer perfecta tenía que educarse para educar a su hijos. Aprender a cocinar no solo significaba preparar los alimentos, era parte de un rito que delimitaba lo permitido de lo prohibido: las comidas, los materiales de la vajilla y los días de ayuno. La cocina era un recinto sagrado en el que se establecía la relación más elemental con Dios. Y aunque el judaísmo se transmitía por vía materna, había que acompañar a la sangre con educación.

—¿Por qué debería casarme con un judío? —preguntó cierta vez Hanna a su madre.

—Porque el pueblo judío debe perpetuarse. Es la ley.

—Mi hijo, si alguna vez lo tengo, nacerá de vientre judío, ¿qué importancia tiene entonces el origen del padre?

La sola idea de que Hanna pusiera en duda su deseo de ser madre era la peor herejía que podía cometer. El concepto de esposa judía incluía la maternidad. Lo único que quedó resonando en los oídos de la madre de Hanna no fue el origen del padre ni la herencia de su vientre, sino la temible incertidumbre expresada en una mera posibilidad: «si alguna vez lo tengo».

Los padres de Hanna jamás imaginaron que aquellas rebeldías adolescentes iban a pasar de las palabras a los hechos. Cuando esas ensoñaciones se corporizaron en la persona del hijo del *Vítez* Persay, la madre de Hanna creyó morir. Jacob Gretz no iba a permitir que su hija arruinara la salud de su esposa ni que pasara por encima de su autoridad.

Por su parte, el padre de Bora no era un hombre que repitiera los conceptos. Estaba acostumbrado a dar órdenes y si sus órdenes no se cumplían pasaba a los hechos. No discutía ni admitía apelaciones. La tarde en que padre e hijo fueron a practicar tiro, cada uno expuso su alegato. «No quiero que vuelvas a verla», dijo el padre. «No necesito tu permiso», contestó el hijo. Estaba todo dicho. Bora sabía que la razón última de la oposición del *Vítez* era el origen judío de Hanna. De hecho, en aquella misma charla se lo había manifestado: «Las cosas no están bien con ellos. No sé qué puede pasar. Las cosas no están bien». «Ellos» eran los judíos.

El *Vítez* era completamente franco con su hijo cuando afirmaba que no tenía nada en contra de los judíos. A Bora le constaba que su padre jamás había tenido una palabra agravante ni discriminatoria. Era cierto que había un clima cada vez más hostil hacia los judíos. Tal vez algunos años antes aquella discusión entre Bora y su padre no se hubiese planteado. Pero últimamente las cosas estaban tomando un curso

extraño.

Desde el rey Colomán en adelante, la mayor parte de los monarcas magyares había mostrado para con los judíos un espíritu de integración y convivencia poco frecuente en otros lugares de Europa. Hasta comienzos del siglo XX la comunidad judía vivió en paz y gozó de los mismos derechos que el resto de la población. Trabajaron el campo, colocaron los cimientos de la industria y participaron del comercio y las finanzas. De hecho, muchos de los arrendatarios de los campos de la familia Persay habían sido judíos. Los nexos entre los judíos más encumbrados y la vieja nobleza húngara se hicieron tan fuertes que no solo se movían con la mayor naturalidad en los salones de la aristocracia, sino que muchos de ellos obtuvieron títulos nobiliarios. Aunque pudiera resultar paradójico, buena parte de la colectividad judía se abrazó al nacionalismo magyar. El padre de Andris era uno de los miles de judíos que se destacaban en su profesión; más de la mitad de los médicos y abogados, un tercio de los ingenieros, periodistas, músicos y escritores eran judíos. Se habían convertido en parte fundamental del corazón y del pensamiento del imperio. Pero la razón europea comenzó a desquiciarse. En un abrir y cerrar de ojos se destruyó la convivencia de diez siglos y se sembró la semilla que poco más tarde daría el fruto que envenenaría al mundo entero.

El germen del odio no fue plantado por los Persay ni por los Gretz. Pero ambos padecían los brotes, cuyo polen maldito contaminaba todo lo que tocaba. En medio de aquella locura, contra la opinión de sus familias, contra la corriente nacional y contra el sentido en el que avanzaba el mundo, Bora y Hanna decidieron casarse.

Bora condujo al mayor del ejército alemán Roderich Müller hacia el *atelier* que estaba en el fondo de la casa. Atravesaron los salones sucesivos hasta el portal de cristales que daba a los jardines. Antes de trasponerlo, el militar se detuvo, giró trescientos sesenta grados sobre su eje y lanzó un elogio de cortesía al anfitrión.

—Hermosa casa —dijo.

—Gracias —contestó Bora, dejando que el visitante se tomara su tiempo para inspeccionar.

Por más que quisiera mostrarse amable, era evidente que el mayor estaba haciendo una requisa. Como un sabueso, interrogaba el aire con su nariz afilada y daba vueltas igual que un perro que buscara indicios de un hueso bajo la tierra. Observaba las placas de la *boiserie*, los cuadros y los muebles contra la pared simulando interés por la decoración de la sala. Cuando salieron al jardín, Müller examinó el terreno con el escrúpulo de un agrimensor, como si quisiera establecer la planimetría de la propiedad. Se paró en la pequeña galería bajo cuya sombra había un juego de mesa y sillas para el té y dirigió una mirada a la claraboya alargada que se abría por encima del zócalo. Era una pequeña entrada de aire y luz por la que respiraba la bodega bajo la cocina. Bora notó la curiosidad del oficial quien, por otra parte, no ocultaba su afán inquisidor. Estaba claro para ambos que aquella visita era, en efecto, un amable e informal allanamiento. A pesar de que no existía orden judicial ni obligaciones legales para ninguna de las partes, el dueño de casa quería evitar una requisa formal en el futuro. De manera que aceptó la silenciosa requisitoria.

—Creo que deberíamos celebrar este encuentro como corresponde. Por favor, acompáñeme a la bodega para elegir con qué brindar por esta feliz coincidencia —invitó Bora.

—Oh, claro, me parece una gran idea.

Ambos se dirigieron a la cocina ante la mirada aterrada del personal doméstico. Bora abrió la puerta de la despensa y pidió al militar que lo siguiera escaleras abajo. Descendieron por la angosta y empinada escalinata; una vez en la bodega, lo condujo hacia los estantes donde descansaban vinos añosos de diferentes regiones.

—Por favor, sería un honor que usted eligiera el vino.

—Oh, pero qué privilegio —dijo el amable investigador.

Roderich Müller dio una vuelta completa a la bodega aprovechando para escudriñar el perímetro de la cava que, de acuerdo con sus cálculos, ocupaba la misma superficie de la cocina. Pero rápidamente su atención quedó atrapada en las botellas cubiertas por un sudario de noble polvo húmedo. Había vinos de todas las regiones de Francia, Italia, España, Alemania, Portugal, Grecia y Rumania. El mayor se detuvo frente a los vinos alemanes y con una sonrisa complacida comprobó que no faltaba ninguna de las regiones viñateras de su país; estaban muy bien representadas Mosela, Pfalz, Rheinhessen, Rheingau, Württemberg y Baden.

—Tome el que prefiera —dijo Bora—; quién mejor que usted para elegir un vino alemán.

—Oh, no, de ninguna manera. Preferiría que me sorprendieran sus viñedos —dijo en un exceso de cortesía, no solo por mostrar su preferencia por un vino húngaro, sino por omitir ante su anfitrión que los planes del Führer incluían quedarse con Hungría y todos sus valles vitivinícolas. El mayor dio la vuelta a la estantería, se detuvo frente a los vinos locales y, como un experto, tomó una botella de Tokaji.

—Excelente elección; en tiempos de Luis XIV, este era el vino más apreciado en toda Europa —dijo Bora, a la vez que tomaba la botella que había extraído el militar y le quitaba el polvo con la palma de la mano, dejando al descubierto un vino blanco con reflejos dorados—. Este vino cura todas las enfermedades, incluso aquellas para las que la medicina no tiene remedio. Como el Riesling de Mosela, el Tokaji puede vivir más de cien años y quien lo bebe todos los días también.

La botella que había elegido el mayor era un Aszú de 1852. La etiqueta llevaba el apellido familiar y estaba fechada a mano. Bora había encontrado en los vinos un camino para desviar la atención del militar. Si las palabras no conseguían marearlo, el viejo Tokaji, dulce y ligero, completaría la tarea.

—Esta botella contiene el alma de mi familia. Mi bisabuelo elaboró el vino en los viñedos que teníamos en la región de Tokaj. Hace más de noventa años los viñateros de la finca pensaron las uvas que sus mujeres e hijos habían cosechado. El vino cumplió sus primeros veinte años en las barricas. Esta botella contiene el espíritu y el trabajo de tres generaciones.

Bora hablaba con una elocuencia actoral. En realidad, estaba haciendo esfuerzos para que su voz atravesara la pared del fondo de la bodega y alertara a Hanna y Andris, que estaban justo del otro lado del muro. Hanna demoró en distinguir las voces que apenas podían traspasar los ladrillos. Levantó la vista y le dirigió una mirada a Andris, que permanecía sentado sobre un cajón sin hacer nada.

—¿Escuchas? —murmuró Hanna.

—¿Qué...? —preguntó Andris en tono normal, cuando su esposa lo hizo callar con un gesto aterrado.

El silencio del sótano era desesperante. Por lo general, en el mundo de la superficie, el silencio era apenas un equilibrio de ruidos diversos que tendían a neutralizarse entre sí, en virtud de sus propias sutilezas. En el subsuelo, en cambio, regía una absoluta ausencia de sonidos, en contraste con la cual, un suspiro o el contacto de un pie contra el suelo resultaba atronador. Podían oír, incluso, el ruido de las articulaciones óseas, el latido del corazón y la contracción y la dilatación de los materiales de la casa. Por momentos, hasta sus propios pensamientos se tornaban audibles. De hecho, Hanna y Andris habían oído las voces pero supusieron que se trataba de la resonancia que adquirirían los recuerdos de conversaciones pasadas.

Durante aquellos días de encierro solían escuchar voces. El ejercicio de la escritura y el de la lectura, el de la imaginación y el de la rememoración ponen en

marcha los mecanismos de la dicción y de la audición. Mientras escribía, Hanna solía acompañar la sucesión de letras con un imperceptible movimiento de los labios y la lengua. Por su lado, cuando Andris leía los relatos de su mujer prestaba, in mente, diferentes voces a cada personaje. Muchas veces, creían escuchar sus nombres pronunciados por alguien. La percepción en ciertas circunstancias adquiere el carácter de las alucinaciones.

Cuando las voces de Bora y el mayor Müller atravesaron el muro, Hanna y Andris supusieron que se trataba de aquellos extraños sonidos con los que se habían acostumbrado a convivir. Hacía tanto tiempo que no escuchaban a otro ser humano, que la primera reacción de ambos al comprender que eran voces reales fue una dicha espontánea, como si el instinto gregario se hubiese impuesto sobre el de supervivencia. Luego sobrevino el pánico. El dueño de casa y el visitante estaban conversando en alemán.

Después de elegir el vino, Bora y Roderich Müller abandonaron la bodega. El militar pudo comprobar que no había nada extraño en la despensa bajo la cocina y subía, satisfecho, con el trofeo de un añejo Tokaji. ¿Qué más podía pedirle a la fortuna? Por otra parte, el oficial era un amante de la pintura y consideraba que Bora Persay era uno de los mejores pintores europeos. Como si el anfitrión hubiese adivinado el pensamiento de su inquisidor, una vez en la cocina, ordenó al personal que prepararan unos bocados para acompañar el vino: un plato de quesos, aceitunas, panes y huevas de salmón.

Cuando Bora y el mayor Müller llegaron finalmente al *atelier*, el personal ya había servido la mesa junto al ventanal que daba a los jardines. La amabilidad tenía un propósito: los manjares que había seleccionado tenían olores fuertes, pregnantes, especialmente los quesos franceses, de manera que se impusieran por sobre el aroma de las conservas con las que se alimentaban Hanna y Andris. Pero además, por mucho que cuidaran la higiene, el encierro concentraba una sumatoria de olores humanos. No era el hedor de las secreciones corporales, sino una mezcla inespecífica, propia de los lugares habitados, carentes de ventilación.

El sótano estaba separado del *atelier* por un piso de madera entre cuyos resquicios podían subir los olores. El sillón confortable, la mesa con el vino y las exquisiteces ayudaban a que el mayor, literalmente embriagado, no deambulara de aquí para allá metiendo sus narices en todas partes. Bora preparó un caballete delante de los ojos del militar y se dispuso a mostrarle sus pinturas de modo tal que todos sus sentidos quedaran a su merced.

El pintor seleccionó un grupo de cuadros que no hiriera la peculiar sensibilidad de la estética del Tercer Reich. Bucólicos paisajes de la campiña europea, en este caso de sus propios sembradíos; campesinos haciendo la siega y modestas casas al pie de las laderas de los cerros. Roderich Müller sostenía la copa en una mano mientras en la otra iban alternando distintos bocados. Los efluvios del vino, el perfume acre del queso Brie, el sabor de las aceitunas, el sol que entraba por el ventanal y entibiaba el

aire, la vegetación del jardín y los óleos sobre el caballete tenían retenido cada uno de los sentidos del militar.

—Oh, mi estimado embajador, no se imagina el gusto que me da ver sus cuadros. El espíritu de la campaña sintetiza el alma humana en su simpleza y en su grandeza.

Bora recibió el cumplido en silencio. Ni sus pinturas eran tan simples, ni el alma humana estaba exenta de complejidades, ni la grandeza adornaba el espíritu de la mayor parte de los mortales. Sabía a dónde quería llegar el mayor.

—Yo no soy un librepensador sino un militar. Sin embargo, me permito preguntarme: ¿qué pretenden los nuevos pintores, por así llamarlos? Escoria. Eso a lo que llaman pintura es estiércol esparcido sobre una tela —la expresión afable del oficial de pronto mutó en una mueca de furia desproporcionada para una simple conversación sobre pintura.

Para Bora no había discusión posible. Tenía su punto de vista sobre el arte y, de hecho, lo expresaba cada vez que tomaba el pincel. No tenía mucho más para decir. Descreía de los manifiestos, de los dogmas, de los principios de fe aplicados al arte. Consideraba que discutir sobre la función de las artes era retrotraerse al pasado. Era, en última instancia, una discusión religiosa. Los antiguos hebreos y luego los musulmanes prohibían la figuración; nada de la creación podía ser imitado por la imperfecta mano humana. Luego los iconoclastas extendieron la prohibición al cristianismo cuando León III mandó a destruir todas las representaciones de Jesús, María y los santos del Cielo. Desde la frontera izquierda del arte le decían a Bora que la verdadera pintura era la que abrevaba en el naciente realismo social. Desde la margen opuesta, los alemanes avanzaban con el realismo romántico, el realismo épico y el monumentalismo.

En París, mientras tanto, a la razón de los unos y la de los otros se opuso la razón deformada del fauvismo y el cubismo. Era una burla a los cánones, a las escuelas, a las academias, a la crítica, a las tradiciones y a los salones de los poderosos. Sin embargo, rápidamente el movimiento dio un giro completo y terminó deglutiéndose a sí mismo. Como en la representación de Saturno devorando a su hijo que plasmara Goya, el surrealismo hizo suyo el Manifiesto Comunista y, apegado al dogma, volvió a la razón, a los cánones, a las escuelas, a las academias, a congraciarse con la crítica, a las tradiciones y a decorar los salones de los poderosos.

Bora jamás hubiese sacrificado un minuto de su tiempo de pintor para discutir estas cosas con un colega; mucho menos con aquel oficial que se jactaba de no ser un librepensador. La palabra estiércol como crítica artística cargaba con la fuerza de todas las prohibiciones, de todas las masacres y de todas las profanaciones descargadas sobre el arte y los artistas a lo largo de la historia. No había nada que discutir con el mayor Müller.

Bora pintaba lo que sus manos y su corazón le dictaban sin pretender que su obra torciera el curso de la historia; no aspiraba a que sus cuadros fuesen un faro que esclareciera a sus contemporáneos ni un testimonio para las generaciones futuras. Lo

único que quería era pintar sin que nadie le ordenara qué ni cómo ni para qué. A Bora le resultaban indiferentes las opiniones del militar; lo tenía sin cuidado, incluso, el malentendido que le hacía ver en su pintura algún parentesco con los principios de la estética nacionalsocialista.

El mayor Müller repetía las consignas que dictaba el partido para todos los órdenes de la existencia. No obstante, aquella polémica que proponía el militar alemán tenía lugar en todos los salones a los que acudían artistas, críticos biempensantes o, para ponerlo en los mismos términos del mayor, librepensadores. Parecía aquella una conversación corriente. Pero ni el vino ni los manjares ni el sol tibio de la primavera ni los cuadros ni el presunto acuerdo sobre el criterio acerca del arte pudieron distraer al mayor de su cometido. Detrás de los buenos modales y el gusto por la pintura se ocultaba el verdadero Roderich Müller:

—Su esposa..., ¿cómo se llamaba?... ¿Hanna? Oh, sí. Si no me equivoco se llamaba Hanna, ¿verdad?...

—No se equivoca. Tiene usted una memoria prodigiosa.

Mientras hablaba, el mayor movía la pierna haciendo que el taco de su bota repicara continuamente en el suelo. Justo debajo de aquel listón, a unos cincuenta centímetros del pie del oficial alemán, estaban Hanna y Andris, quienes podían escuchar la conversación como si estuviesen en el mismo ambiente. Y no solo seguían la charla: también percibían el rumor del vino precipitándose en la copa, el crujido de la corteza del pan y hasta los leves carraspeos que soltaba Bora cada vez que su interlocutor lanzaba sus lapidarios conceptos sobre el arte. El matrimonio, aterrado, permanecía inmóvil. No se atrevían a mover un músculo. Las sutilezas de los sonidos que llegaban desde arriba les daban la medida exacta del ruido que podían emitir abajo: nada que superara el volumen de la respiración.

Andris alternaba entre dos sentimientos que se traslucían en el color de sus mejillas. Pasaba del rojo del odio al blanco del miedo. Bora le inspiraba odio y Müller, pánico. ¿Qué clase de perverso podía llevar a un oficial nazi al recinto debajo del cual escondía a dos judíos? ¿Qué juego macabro era aquel? ¿Acaso Bora vengaba la traición de ese modo? De nada hubiese servido explicarle que si había llevado hasta su propio *atelier* al oficial del ejército alemán era para disuadirlo de la idea de que podía estar ocultando a alguien.

—¿Puedo saber por qué se divorciaron?

—Es una larga historia.

—No se preocupe por mí, no tengo apuro. Podría quedarme aquí toda la tarde —dijo mientras paladeaba el añejo y noble Tokaji.

—¿Qué quiere saber exactamente? —preguntó Bora, para dejar en claro que así como permitió que allanara su casa, también estaba dispuesto a responder el interrogatorio.

—¿Qué lo llevó a casarse con una judía?

—Los hombres con frecuencia nos equivocamos.

—¿Cuál fue el error? ¿Casarse con esa mujer o casarse con una judía?

—El problema fue casarme con una judía —contestó Bora con una firmeza y una seguridad tal, que nadie hubiese pensado que mentía—. Sin duda fue un error.

El dueño de casa pretendía convencer a su inquisidor de que no tenía motivos para ocultar nada ni para mentir. Era un hecho incontestable que el germen del divorcio radicaba en los diferentes orígenes de Hanna y Bora. La presión de ambas familias fue tal que, finalmente, el matrimonio colapsó. El hostigamiento no solo se expresaba en la oposición; iba mucho más allá. Atravesaba el tiempo, la historia, pero también el futuro y la descendencia. Por supuesto, Bora no dijo nada de esto al mayor Müller. La última frase que había pronunciado era fuerte, categórica y verdadera.

Abajo, Hanna sintió que se le rompía el corazón. Una tristeza más fuerte que el miedo la sacudió en un espasmo. Quiso llorar. Pero no iba a cometer esa irresponsabilidad. La afirmación de su exesposo había sonado tan brutal y sincera, tan despectiva y cruel, que, desde ahí abajo, se oía como una conversación entre dos camaradas. Hanna quiso convencerse de que aquella sentencia de Bora tenía el propósito de liberarse de cualquier sospecha, aunque, en lo más profundo de su alma, ella sabía que había un fondo de verdad. Al fin y al cabo, si la locura había dividido el mundo por la mitad, por qué no iba a separar a dos personas. Andris se sintió humillado y furioso. Su protector, se dijo, en realidad estaba ejerciendo la más cruel de las revanchas. Aquel supuesto acto de filantropía era un castigo, una degradación intolerable y un desquite aberrante. Él, el simple dentista judío sin títulos de nobleza ni abolengo, no estaba dispuesto a tolerar más agravios.

—Voy a salir de este agujero inmundo —dijo.

Hanna se abalanzó sobre él para taponarle la boca con ambas manos. Entre lágrimas silenciosas y negando con la cabeza, le rogaba a su marido que no lo hiciera, le suplicaba que se callara.

Andris estaba fuera de sí. Intentaba liberarse de los brazos de su mujer dispuesto a que lo mataran. No podía tolerar un segundo más la deshonra. Aquel arrebatado de odio estaba guiado sin embargo por la más pura razón. Era un pensamiento frío y calculado. Una jugada de ajedrez. Si se entregaba al militar nazi, en el mismo acto, también entregaría a Bora Persay. Ambos habrían de morir. Estaba resuelto a llevarse a su enemigo a la tumba, a terminar de una vez con ese suplicio y a morir con honor.

En el preciso momento en que Andris iba a gritar, Hanna tapó su boca con la suya y lo besó. Lo besó con amor, con lujuria, con desesperación, con ternura, con entrega, con emoción, con alegría y con un enorme deseo de besarlo. Recorrió con su lengua los labios de Andris desde una comisura a la otra. Apretó su cuerpo contra el de él. En silencio, como en una danza, lo llevó hasta el suelo y, en posición horizontal, Hanna atrapó las caderas de su marido entre sus muslos. Tenían que silenciar los gemidos y los estertores. Hanna desnudó sus pechos y frotó los pezones dilatados, crispados y rojos sobre la boca de su esposo. Con el índice, Hanna escribió en la frente de Andris «te amo». El hombre, horizontal como estaba, se sacudió en un

llanto hecho de emoción y deseo. Era la vida que reclamaba la supremacía sobre la muerte. Era el amor en estado puro. Cuánto se querían. No merecían morir ellos ni el amor que se profesaban. Él, el dentista, el dentista judío sin títulos de nobleza, de pronto sentía que tenía algo más importante que el honor, el odio y el rencor. Hanna, ardiendo de placer, recorrió con la palma de la mano el abdomen tenso y magro de Andris, desajustó el cinturón cuidando de no hacer ruido con la hebilla y luego su boca siguió la huella que le había indicado su mano. De pronto, los conceptos arriba y abajo, cielo e infierno, se invirtieron. Mientras Hanna y Andris se elevaban, Bora debía soportar la ingrata compañía del mayor Müller mientras velaba por el encuentro de aquellos amantes bajo el Danubio.

Arriba, en el *atelier*, continuaba el interrogatorio. Abajo, las palabras llegaban como una letanía despojada de sentido.

—¿Cuánto hace que no ve a su esposa?

—Mi esposa es Marga. Si se refiere a mi exesposa, no la veo desde la última audiencia del juicio de divorcio. Han pasado muchos años.

—¿No ha vuelto a hablar con ella? Debió haber sido una separación muy hostil.

—Sí, lo fue.

—¿Quién traicionó a quién? —preguntó el mayor con un tono malicioso, mirando a Bora de soslayo con los ojos entrecerrados.

—No lo sé, mayor. Créame que no lo sé —contestó el anfitrión con una naturalidad que intentaba disimular la sorpresa que le había provocado la precisión. Ignoraba si realmente sabía algo o había arriesgado una causal, por cierto nada infrecuente en los divorcios.

—¿Sabe dónde está ella ahora?

Bora rio con espontaneidad, al tiempo que negaba con la cabeza:

—No, no lo sé. Y usted sabe que aunque yo lo supiera no se lo diría.

—No esperaba menos de un caballero como usted.

El mayor acompañó la risa y aprovechando la pequeña distensión, lanzó una nueva estocada:

—Pero si me dijera dónde está el nuevo marido de Hanna, tal vez mataríamos dos pájaros de un tiro.

Era la propuesta más abyecta que Bora había recibido en toda su vida. No podía imaginar una ruindad y una bajeza peor que aquella. El oficial del ejército alemán se ofrecía como el redentor de la traición para ofrendar una cabeza judía, la de Andris, a sus superiores. ¿Cómo había llegado a naturalizarse de ese modo la lógica de la cacería humana, de la delación y del asesinato a sangre fría? La repugnancia de Bora se tradujo en una náusea que debió esconder detrás de un carraspeo fingido.

El grado de corrupción espiritual de Roderich Müller era tal, que ni él mismo podía percibir la vileza de la propuesta. Sabía que así funcionaba la maquinaria de perversión moral del invasor. No era solo la sumisión por el terror; se había puesto en marcha un mecanismo que se iniciaba con las apelaciones altisonantes, los discursos

cargados de épica y heroísmo. Pero su resorte fundamental era la transacción, más grande o más pequeña, que ponía precio a las conciencias. Todo nuevo partidario adhería a cambio de una concesión real o simbólica. El mayor Müller estaba dispuesto a limpiar la afrenta que Hanna le había provocado a Bora, entregando al traidor.

—En ese caso sería matar un pájaro de dos tiros —corrigió el dueño de casa en el mismo idioma del militar.

—Oh, claro, tiene usted razón —dijo el mayor, ilusionado con que su proposición hubiera encontrado eco.

—Han pasado muchos años, mi estimado. La verdad es que no he querido saber nada de ella.

—¿Pero sabe que se ha vuelto a casar con un judío? —Atizó Roderich Müller mostrando a su interlocutor que en verdad contaba con información. Era un comentario intimidante. ¿Cuánto sabía en realidad el mayor? ¿Acaso tenía alguna noticia concreta? ¿Y si alguien había presenciado el momento en que Hanna y Andris habían sido trasladados hasta la casa Persay? ¿Era posible que algún integrante del personal los hubiese delatado?

—Budapest parece una ciudad grande; sin embargo, todavía es una aldea. Claro que lo sabía. Pero ignoro si siguen juntos y nunca supe dónde vivían.

—Comprendo —dijo el alemán sin encontrar un resquicio por donde seguir indagando.

Abajo, Hanna y Andris estaban sumergidos en un silencioso crisol en el que bullían y se mezclaban todos los sentidos y al que no llegaban las palabras. De pronto, aquel subsuelo frío, húmedo y oscuro había dejado de ser una cripta mortuoria para convertirse en un antiguo templo babilónico consagrado al placer. Hanna comprendió que el sagrado oficio de las sacerdotisas, el más antiguo del mundo, tenía por propósito enlazar los asuntos del Cielo con los de la Tierra y los del alma con los de la carne. Las deidades paganas no venían a anunciar la muerte sino a celebrar la vida. Aquel destierro en los subsuelos de Budapest era comparable con el cautiverio de sus ancestros en Egipto primero y en Babilonia después. ¿Cuántos de sus antepasados pudieron sobrellevar el yugo al sumarse al rito consagrado a Ishtar? La diferencia entre una sacerdotisa y una prostituta era una cuestión de fe. Hanna estaba dispuesta a oficiar de prostituta del templo si sus habilidades conseguían alejar a su marido de la muerte. Estas ideas eran puestas en acto sin que mediara el pensamiento. Pero eran ideas. Fue la manera que Hanna encontró para iniciar el éxodo, la salida de la cautividad, el modo de atravesar el desierto.

Como nunca antes lo había hecho, Hanna sometió a su marido al acoso implacable de sus muslos, redondos, tensos, mientras aprisionaba la cabeza de Andris entre sus piernas. Los carnosos labios inferiores de Hanna se frotaban perpendiculares contra los de Andris. En un diálogo silencioso entre bocas de diferente naturaleza, la lengua del esposo circunvalaba la pequeña protuberancia

erguida, envuelta en la comisura superior de aquellos labios mudos. Era la primera vez que Hanna se ofrecía por completo a un hombre; no lo había hecho con Andris ni tampoco con Bora. Hasta ese día había sido una mujer pudorosa. De pronto, Andris había pasado del impulso de entregar su vida al oficial alemán a entregarse a su esposa de una manera inédita para ambos. Hanna nunca hubiese creído posible semejante escena: era perfectamente consciente de que mientras se daba al sexo con su marido, su exesposo se hallaba a cincuenta centímetros de ella conversando con un soldado nazi. Estaba desnuda en un mismo recinto, separada apenas por unas tablas, con dos hombres que la habían poseído y con otro que la buscaba como un chacal para matarla. Aquella situación no le provocaba ninguna lascivia; el peligro cercano y la extraña promiscuidad no le agregaba excitación ni despertaba en ella ninguna morbosa fantasía. A pesar del arrobamiento, era perfectamente responsable de la sagrada misión que se había impuesto. El gozo al que se entregaba el matrimonio era semejante al éxtasis místico al que se encomendaban las religiosas en los conventos. Hanna apretaba el pubis contra la boca de Andris para darse placer y silenciar los gemidos.

Arriba, el mayor proseguía con sus indagaciones. En vista de que la botella de vino se había vaciado, Bora quería que aquella visita terminara de una vez. Para desviar el interrogatorio y apurar la conclusión de la charla, el anfitrión le recordó al visitante el motivo que había invocado para hablar a solas:

—Mi estimado mayor Müller, me dijo que la razón de su grata visita era hacerme una petición en relación con la pintura —dijo Bora, imaginando que el oficial estaba interesado en alguno de sus óleos. Desde luego, le hubiese regalado el que quisiera con tal de que se fuera lo antes posible.

—Oh, sí, mi querido embajador. Me da pudor decirlo, pero no hay nada que yo deseara más que... —Roderich Müller se vio interrumpido por una vergüenza auténtica que le invadió las mejillas.

—Por favor, dígame qué es lo que quiere.

—Quisiera que me retratara.

Bora enmudeció. Además del enorme fastidio que le provocaba la sola idea de que el mayor posara para él, no contento con ocupar la ciudad, pretendía invadir también su casa durante el tiempo que llevara la obra. No había manera de negarse. Decirle que no significaría un desprecio a las ínfulas cesarianas del pequeño comisario del Reich.

—Oh, desde luego, le pagaré lo que usted disponga —agregó ante el silencio del dueño de casa.

Abajo, ajenos por completo a la tragedia que se desarrollaba arriba, Hanna y Andris continuaban dentro de aquella coraza de placer. Allí adentro no llegaba la ocupación, la guerra, la persecución ni la muerte. Solo veían su propio reflejo, aumentado y deformado en la superficie acerada de aquel blindaje hecho de goce.

Hanna había alcanzado el éxtasis no una vez ni dos; los estremecimientos se

sucedían en una suerte de *crescendo* cuya cima siempre quedaba más alta. Andris era presa de un vértigo iniciático. Como un adolescente que acabara de descubrir el sexo, andaba a tientas sin saber qué hacer. No era necesario; Hanna se había convertido en la valquiria que manejaba las riendas de aquel galope frenético. Ella señalaba las cumbres, ascendía y debía esperar a que su marido la alcanzara.

Andris tenía los pantalones alrededor de los tobillos. Hanna, con la blusa desprendida y la falda por encima de la cintura, intentaba silenciar los labios de su esposo. Andris se dobló como un arco despegando la cintura del suelo; Hanna se elevó acompañando el movimiento y entonces sí, ambos alcanzaron la cúspide más alta.

En aquel momento supremo, la coraza que los protegía se expandió hasta los confines del sótano y, convertida en una burbuja frágil, se desvaneció. Jadeantes y empapados de sudor, se encontraron de repente con la dura realidad, con el frío, la oscuridad y el contacto con el suelo húmedo. En ese mismo instante volvieron los sonidos de arriba y las palabras de Bora y el mayor recobraron el sentido:

—Mañana, a esta misma hora, lo volveré a visitar —dijo con entusiasmo el oficial alemán.

Igual que Ícaro, Hanna y Andris se precipitaron desde el cielo y, en un abrir y cerrar de ojos, cayeron en aquel infierno negro y helado. Las palabras del mayor Müller tenían la resonancia de las pesadillas.

—Lo estaré esperando —dijo Bora con una cortesía ceremoniosa e impostada.

El anfitrión acompañó al visitante hasta la salida. Un silencio espeso y compacto se adueñó de arriba y también de abajo. Hanna y Andris se quedaron sin palabras, sin aliento. Desnudos. Vacíos.

La casa era testigo de una paradoja. Como si se hubiesen invertido los mundos, el cielo de pronto quedó abajo y el infierno, arriba. Hacía mucho tiempo que entre las paredes de las alcobas no se escuchaban gemidos de placer. Mientras la primavera daba sus retoños en el sótano, arriba, en el dormitorio, se cernía un invierno largo y triste. Ni Bora ni Marga recordaban cuándo había sido la última vez que habían tenido sexo; no porque no guardaran memoria sino porque ni siquiera pensaban en eso. Habían perdido el hábito. No sentían rechazo el uno por el otro; al contrario, Marga tenía la certeza de que no existía hombre más atractivo que su marido y Bora se mostraba con orgullo junto a su esposa. Pero cuando llegaba la noche, Marga se metía en la cama luego de la cena y se dormía de inmediato. Para Bora aquellas horas nocturnas eran las más productivas. Luego de fumar una pipa frente al hogar, se sentaba al escritorio y trabajaba hasta pasada la medianoche. Revisaba la contabilidad de los campos, llevaba las cuentas de la casa, hacía las listas de compras y luego leía uno o dos capítulos de algún libro. Cuando se acostaba, Marga ya estaba profundamente dormida. No se trataba, desde luego, de un mero problema de destiempo, aunque sus costumbres tan diferentes habían dejado de ser un detalle menor.

Ella, criada en el campo, se acostaba muy temprano. Él, hombre de ciudad, se encendía por las noches igual que las farolas del centro de Budapest. Cuando era joven, solía quedarse hasta tarde en alguno de los cafés cercanos al Teatro Liszt. Con la edad, Bora prefería la intimidad de su casa al ruido de los cafés. A pesar de los años de convivencia, los ritmos de ambos siempre fueron diferentes. Cuando vivían separados, Marga en el campo y Bora en la ciudad, se arreglaban para encontrarse a como diera lugar. El mismo día que habitaron bajo el mismo techo se desencontraron para siempre. Ella había perdido la tierra. Él la había perdido a ella.

En el sótano, en cambio, Hanna y Andris se aferraban al placer como la última tabla de salvación. Tanto que, por momentos, dejaba de ser una madera en medio del océano turbulento para convertirse en una balsa que navegaba en un lago cálido y soleado. Hanna y Andris se habían encontrado definitivamente. Unidos en cuerpo y alma, llegaron a conocerse como pocas veces pueden hacerlo dos personas.

Se amaban de todas las formas posibles; el amor para ellos no significaba una mera declaración o un sentimiento que comenzaba y terminaba en el espíritu, sino un amor en acto. Un amor empírico, material, duro y comprobable. Ninguno de los dos habría podido sobrevivir a la muerte del otro. Además de cónyuges, uno era la madre y el padre del otro, el hijo, el amigo, el confesor, el médico y el paciente. Uno era el otro y el otro, uno. Uno, tal como lo fue el pueblo judío en el exilio, en la diáspora, en Egipto y en Babilonia. Y en los campos de exterminio. Y en las cámaras de gas. Uno. El placer no era una afrenta a los muertos; al contrario, se había convertido en el más sentido homenaje que podían rendir a la humanidad pasada, presente y futura.

La tragedia de Hanna y Andris no se limitaba a los muros del sótano. No sabían dónde ni cómo se hallaba el resto de la familia que, por cierto, había tenido que disgregarse para poder escapar. Hanna se despidió de sus padres sin dramatismo, como si fuesen a verse al día siguiente. Un empleado del padre les ofreció refugio en su casa. Eso fue lo último que supo de ellos. No se atrevía a pensar siquiera qué les había deparado el destino.

La familia de Andris, por su parte, había resuelto cruzar la frontera hacia las montañas de Transilvania, donde tenían una casa de vacaciones perdida entre los picos nevados. Andris nunca contradijo a su padre porque sabía que no existía forma de hacerlo cambiar de opinión sobre una decisión tomada. Pero no creía que fuese una gran idea. Es más difícil ocultarse en un lugar desierto que en medio de una multitud. La soledad y la discreción de los pequeños poblados es una mera ilusión de los turistas. Los lugareños, en apariencia hoscos y reservados, observan todos los movimientos y son los primeros en propagar habladurías. Nadie puede vivir recluido sin depender de alguien. Andris se preguntaba cuánto tiempo podía pasar hasta que se supiera que la pequeña casa en medio de la montaña estaba habitada por sus propietarios judíos. Todo esto suponiendo que hubieran podido cruzar la frontera. Hanna y Andris no solo padecían esta incertidumbre sino algo peor: la preocupación de los padres por sus hijos es, por naturaleza, mucho más fuerte que la de los hijos por los padres. ¿Cuánto estarían sufriendo ellos por la suerte de Hanna y Andris? El solo hecho de pensar en la angustia sin límite de sus padres era un peso insoportable.

Ninguna familia está preparada para una disgregación súbita ni, menos aún, para una huida perentoria. El avance del nazismo fue como una marea lenta. Algunos miraban desde la costa hacia el horizonte intentando vaticinar el clima, comprender aquel fenómeno en ciernes que, poco a poco, iba apoderándose de la voluntad de la gente. Solo cuando sintieron el agua en los pies dirigieron la mirada hacia el suelo. Muchos pensaron que la marea no podía avanzar más allá; creían que a partir de ese punto solo había que sentarse a esperar a que volviera a bajar. Una vez más, la realidad se confundía con los anhelos. Vecinos, conocidos e incluso amigos, poco a poco, iban tomando distancia de los judíos. La antigua familiaridad se convirtió en desconfianza, la desconfianza en hostilidad y la hostilidad en odio. Entonces, con el agua hasta el cuello, los que aún podían, tuvieron que escapar de manera tumultuosa antes de que las olas furiosas los devoraran. Los unos veían cómo se ahogaban los otros; algunos se perdían en la lejanía y los menos conseguían asirse a una tabla.

En medio del naufragio apareció Bora.

Andris jamás le había propuesto matrimonio a Hanna: lo daba como un hecho. Por la misma tácita razón, Hanna no debió romper promesa alguna: jamás había sido consultada. El caso de Bora con Marga era diferente. Si bien no existía un compromiso formal, Bora le había hecho a Marga tantas promesas que ni siquiera hubiera podido recordar todas.

Marga ejercía sobre Bora un poder para él incomprensible. Cuando la razón no encuentra explicaciones suele apelar al pensamiento mágico. La religión se funda en el intento de responder los grandes interrogantes, mientras la superstición, los más pequeños. En general, la existencia cotidiana no es más que una sucesión de pequeños problemas, razón por la cual los hombres tienden a entregarse a la superstición antes que a la religión.

La relación de Bora con Marga estaba sostenida sobre dos pilares: la atracción carnal y la superchería. De hecho, Bora conjeturaba que la primera era consecuencia de la segunda. Imaginaba que el magnetismo que el cuerpo de Marga ejercía sobre el de él era producto de un conjuro. Por cierto, antes de conocer a Hanna, Bora no hubiese considerado siquiera la posibilidad de liberarse del hechizo.

Marga no ignoraba las creencias de Bora; al contrario, las alimentaba. De hecho, le resultaba divertido comprobar el poder que le otorgaba el más joven de los Persay. Por otro, sacaba un inocente beneficio de la situación. Por mucho que quisieran soslayarlo, resultaba evidente que él era el hijo del dueño del campo y ella, la hija del administrador. Los poderes mágicos de Marga servían para equilibrar el poder material de Bora. Para que la magia surtiera mayor efecto, Marga cultivaba su fama de bruja ante el heredero del terrateniente. Cada vez que se veían, ella le pedía que la acompañara a recolectar hierbas, frutos y hongos. Era parte de un ritual que siempre comenzaba y terminaba del mismo modo. Hasta que un día sucedió algo que cambió para siempre aquella relación sin nombre.

Al menos una vez al mes, Bora y su padre iban juntos al campo. En esas ocasiones, luego del almuerzo, mientras el *Vítez* dormitaba frente al hogar simulando fumar pipa, el hijo montaba a caballo e iba hasta la casa del administrador. Como si pudiese percibir con anticipación su llegada, Marga siempre lo esperaba bajo el alero con una canasta colgada del brazo, lista para salir. Él, sin apearse, le tendía la mano. Ella afirmaba un pie en el estribo y, de un salto, subía con la destreza de quien se crio en el campo.

Marga se acomodaba en la mitad delantera de la montura y dejaba que Bora rodeara su cintura con los brazos y tomara las riendas por delante de su vientre. La muchacha se ataba el pelo con una cinta y él pegaba su mejilla contra la de ella. El trote del caballo era la coartada perfecta para que los cuerpos se apretaran. Marga dejaba el torso flojo y, librada al balanceo del caballo, se entregaba a los dictados del jinete. Los muslos de ambos se frotaban como si no interviniese otra cosa que las

leyes de la física. Avanzaban a campo traviesa hasta el río, dejaban que el caballo hundiera el morro en el agua hasta saciar la sed y luego se internaban a pie en el monte de hayas.

Marga conseguía que Bora se liberara de la solemnidad, de las reglas de cortesía y que dejara al descubierto su lado menos correcto. Cuando estaban juntos, Bora recobraba la pueril brutalidad con la que se revolcaba con ella en el barro cuando eran niños. Por aquellos días, a ese espíritu juguetón se sumaban, además, los efluvios de la adolescencia. Con el cuerpo palpitante luego de la cabalgata, Bora veía cómo Marga se inclinaba para recoger algunas de las hierbas que crecían en los claros del bosque y ciertos hongos que brotaban al pie de los árboles. Marga se ponía en cuclillas, se levantaba las faldas por encima de las rodillas dejando ver sus piernas fuertes de campesina, apretaba los tallos entre los muslos y los arrancaba tirando de los cogollos. Juntaba los brotes en un ramillete y formaba atados enlazándolos con una hebra de la misma hierba. Marga nunca pronunciaba el nombre de las plantas que recogía. Era su secreto. Antes de guardar los ramos en la canasta, separaba uno y se lo daba a Bora.

—Estos hay que frotarlos en el vientre.

—¿Qué producen?

Marga sonreía y contestaba:

—Calma a las fieras y hace que dejen de hacer preguntas.

Bora trituraba los tallos entre las manos para que liberaran la savia, se desprendía la camisa y esparcía el néctar perfumado hacia el bajo vientre por debajo del pantalón. Marga fingía consternación con la boca abierta de espanto y sin dejar de sonreír, decía:

—¡Qué horror! No es necesario que lo hagas ahora.

—Sucede que las fieras acaban de despertarse y se están haciendo demasiadas preguntas.

Bora sentía un calor interior que se irradiaba desde el abdomen hacia el resto del cuerpo.

Como si no prestara atención a otra cosa que a su tarea, Marga caminaba hacia las hayas más añosas, se inclinaba sin flexionar las rodillas exhibiendo sus convexidades, estudiaba con escrúpulo el dibujo en la superficie de los hongos y antes de guardarlos, le ofrecía uno a Bora. Entre la gran variedad de hongos comestibles y medicinales había otros, cuya apariencia era casi imposible diferenciar de los primeros, capaces de matar a una persona en pocas horas. La mitología popular alimentaba el terror a los hongos. Se decía que familias enteras habían muerto envenenadas luego de haberlos comido; niños cuyos cadáveres habían quedado hinchados, azules e irreconocibles al pie de las hayas.

Bora, sonriente, negaba con la cabeza.

—Cobarde... —Le decía Marga, mordía el hongo, lo masticaba lentamente, lo tragaba con un gesto placentero y finalmente se relamía la comisura de los labios para

limpiar los restos esponjosos. Luego le volvía a ofrecer la mitad restante a Bora con el brazo extendido hacia su boca.

Sin dejar de sonreír, pálido y con el corazón en la garganta, Bora aceptaba el bocado de la mano de Marga. Le resultaba imposible establecer si ese sabor amargo era el del hongo o el del miedo. Una vez pasado el trance, a pocos minutos de haberlo comido, Bora sentía una euforia y una felicidad sin medida. No era solo el júbilo por haber sobrevivido. La belleza de Marga, las unturas en el bajo vientre, los efectos embriagadores del hongo y aquel entorno salvaje y fértil despertaban en Bora un ánimo báquico que lo despojaba de todas las inhibiciones.

De pronto, el cuerpo de Bora era un mero eslabón en una cadena que se iniciaba en el rumor del río, continuaba en las piedras de la orilla pulidas por los siglos, se enlazaba con los testículos del caballo hinchados con el fluido en el que se mezclaban los ancestros y la descendencia; era un enlace entre los rayos del sol cuya luz entraba a través de sus pupilas y se proyectaba sobre las caderas de Marga, la hembra de su misma especie, la que con sus manos esparcía el polen del universo sobre el vientre de él. Eso, ese breve instante, era la felicidad en su estado más elemental sin límite ni conciencia. La armonía de todas las cosas del mundo. Solo debía dejarse llevar igual que el pez por la corriente, el polen en el viento o los planetas por la atracción del sol. Como el esperma, diminuto, ínfimo, invisible, que arrastra en su impulso a la tropilla para que el caballo alcance por fin a la yegua y se perpetúe diminuto, ínfimo, invisible.

Bora podía percibir que aquello que lo atraía hacia Marga no era algo que nacía de él ni de ella; se trataba de un albur que los atravesaba a ambos como una cuerda a dos gemas de un collar infinito que incluyera todas las cosas del mundo e, inabarcable, se cerrara sobre sí mismo. Nada de esto se le manifestaba a Bora como un pensamiento sino como un estado de gracia. Recostado sobre la hierba, contemplaba el cuerpo de la hembra que paseaba su belleza dentro de su territorio. Atrapado por la fuerza de la especie, si en ese preciso momento otro animal de aspecto bípedo se hubiera acercado a ella, no habría dudado en matarlo con las manos, con los dientes, con la rama afilada que apretaba entre los dedos.

Marga se sentó sobre el pasto silvestre junto a Bora con las piernas cruzadas y extrajo de la canasta un pote que contenía una suerte de cera con la consistencia de la miel, la suavidad de la crema y un perfume floral. Doblada sobre sí misma, el escote de Marga se abrió como un telón dejando al descubierto el sendero estrecho que dividía ambos senos. Una frontera entre dos montes gemelos, altos y generosos. Marga vio cómo los ojos de Bora iban y venían como centinelas de un extremo al otro de la divisoria.

—¿Se te perdió algo? —preguntó Marga tapándose el escote con una mano.

Bora, en su fascinación infantil, buscó con la mirada los breteles del corset que mantenía tan altas y firmes las protuberancias que el vestido apenas podía contener. Llevado por la candidez, no pudo evitar la pregunta:

—¿Usas corset?

Marga sonrió con la ternura de una mujer frente a la inocencia de una criatura.

—No.

—No puede ser cierto —dijo Bora maravillado.

Entonces Marga metió la mano dentro del escote y extrajo un seno enorme, duro, coronado por un pezón morado, dilatado y erecto. Bora quiso hablar pero no le salió la voz. Con la mano contraria tomó el otro seno y también lo desnudó. Los músculos de los brazos de Marga se tensaban bajo el peso que sostenían.

—Jamás usé corpiño —dijo, hundió dos dedos en el pote con untura, la esparció por la palma de las manos y comenzó a frotarse describiendo círculos concéntricos en torno de los pezones.

—Si todas la mujeres usaran esta crema no tendrían que ponerse sostenes, ni corset, ni fajas.

Bora contemplaba aquel espectáculo con la fascinación de quien presencia un acontecimiento único como el paso incandescente de un cometa, la erupción de un volcán o el surgimiento repentino de una isla en medio del mar. Nunca había visto una mujer desnuda. Por una parte, disfrutaba de aquel momento y, por otra, temía que nunca más se repitiera, que jamás volviera a ser testigo de semejante prodigio. La lenta suavidad con la que Marga se ungía el perímetro de los pezones contribuía a prolongar el deleite.

Él permanecía recostado sobre la hierba, inmóvil, sin otro deseo que el de mirar. No quería perderse ningún detalle, debía recordar para siempre cada partícula de piel, cada contraste de colores y formas, la más mínima dilatación y contracción de la carne. Lo desesperaba la idea de olvidar un solo instante de esa sucesión de imágenes.

Mientras veía cómo Marga se frotaba con el ungüento que ella misma había preparado, Bora se preguntaba en qué consistiría el hechizo que había obrado sobre él. ¿Acaso una serie de rituales que incluían rogativas a un ídolo oscuro? ¿Le habría dado de beber algún brebaje o sería el efecto de uno de aquellos hongos y hierbas que le ofrecía para comer o untarse cada vez que se veían? En realidad, no se daba cuenta de que el conjuro estaba delante de sus ojos. Aquel elixir estaba compuesto por dos elementos: uno era la belleza. El otro, habría de experimentarlo muy pronto.

Sin que Bora lo esperara ni lo pretendiera, Marga se levantó la pollera, volvió a sumergir los dedos en el frasco y, con los pechos aún desnudos y brillantes por el aceite, comenzó a frotarse las piernas desde los tobillos hasta la ingle. La cara de Bora había quedado casi pegada a la rodilla derecha de Marga. Desde su posición podía ver los más mínimos detalles de la piel que se erizaba al contacto con las palmas de las manos. El sol iluminaba a contraluz un vello dorado, casi imperceptible, semejante a un aura que surgiera de los poros. Cada fibra, cada músculo estaba perfectamente delineado como por un cincel. Marga tenía un método en el que nada quedaba librado al azar. Esparcía el bálsamo sobre cada sector de las

piernas de manera diferente: las pantorrillas, en círculos; la cara anterior de los muslos con movimientos rectos, enérgicos, y la parte posterior dando ligeros golpeteos con el pulpejo de los dedos. Cuando se inclinaba hacia los tobillos, los pechos se apretaban contra los muslos. Bora observaba la escena con ojos de aprendiz.

Era una lección de anatomía femenina, el mapa que conducía al tesoro de un placer que aún desconocía. Bora suponía que las mujeres eran dueñas de un secreto que los hombres ignoraban. Y mientras miraba el cuerpo desnudo de Marga, albergaba la esperanza de que ella habría de revelárselo esa misma tarde.

Cuando terminó de untarse con el aceite, tomó las manos de Bora, las condujo como un lazarillo y con ellas se acarició los muslos. Le enseñó los movimientos para que él continuara el masaje donde las manos de ella no podían llegar.

Marga utilizaba su propio cuerpo como un campo de práctica. Movía los brazos de Bora de la misma forma en que lo haría un marionetista. Él, por su parte, estaba encantado de ser su juguete. Se dejaba llevar de aquí para allá sin ofrecer la menor resistencia. Tampoco avanzaba más allá de lo que ella le permitía. En el momento en que guio las manos de Bora hacia su cintura, Marga se dejó caer de espaldas sobre la hierba con la suavidad de una hoja otoñada. Lo hizo con tanta precisión que arrastró lentamente a Bora sobre su cuerpo. Como si fuese parte de una coreografía, terminaron el paso perfectamente dispuestos el uno sobre la otra. Cara contra cara, los labios de ambos quedaron separados apenas por el espesor del aliento. El muslo de Bora quedó aprisionado por las rodillas de Marga. Era el prisionero más feliz de la Tierra.

Luego se inició un movimiento suave, acompasado, semejante al ritmo de la cabalgata reciente. Bora era un gran jinete pero se reconocía completamente lego en esta nueva materia. De modo que así como él guiaba al caballo cuando paseaban, dejó que ahora fuese ella quien lo llevara. Ambos podían sentir partes de sus cuerpos que se buscaban entre sí con una voluntad propia, independiente de sus decisiones.

Bora se había desprendido caóticamente los botones del pantalón. Marga lo tomaba por las muñecas no para contenerlo, sino para organizar sus movimientos. Ella colaboró con su parsimonia para que pudiese bajarse los pantalones y la ropa interior sin enredarse. Aquellas partes que hasta entonces jamás habían participado de la amistad entre ellos, de pronto se sumaron a la relación, se presentaron sin mayor protocolo, piel contra piel, como dos desconocidos que se dieran la mano. El nuevo representante de Bora obraba como una suerte de embajador principiante que quisiera hacer su ingreso de manera precipitada. Ella se mostraba dispuesta a aceptar las credenciales del dignatario y recibirlo con la mayor hospitalidad. Pero había que seguir ciertos pasos. Marga le daba lecciones de ceremonial calmando los bríos con movimientos de piernas y manos o, llegado el caso, reconviniéndolo con un explícito susurro:

—Más despacio. No tan rápido...

En el mismo momento en que el calvo diplomático estaba por hacer su ingreso triunfal, Marga alejó a Bora con los brazos. Pálida, le dijo:

—¿Escuchas?

Bora no sabía a qué se refería. Ella giró la cabeza y pegó una oreja contra el suelo.

—Un caballo... Es un caballo que se aproxima.

Bora elevó el torso con los brazos extendidos y orientó sus oídos torciendo la cara como si fuese un perro. Entonces sí, pudo oír claramente el galope. Se incorporó de un salto y se vistió de manera tumultuosa. Tendió una mano a Marga para que se pusiera de pie, al tiempo que intentaba establecer desde dónde venía el caballo. Mientras se metía la camisa dentro del pantalón con la mano de plano, pudo distinguir un pequeño punto negro que aparecía y desaparecía entre los árboles cada vez más nítido.

—¡Es mi madre! —exclamó Marga en sordina.

Antes de que Bora terminara de recomponerse, ella ya estaba vestida, con el pelo perfectamente dividido en dos coletas y la ropa como recién planchada. Viendo el estado vergonzoso de su amigo, Marga lo ayudó a abrocharse los botones que, con el apuro, parecían multiplicarse. Cuando el caballo estuvo junto a ellos, la situación no podía ser más embarazosa; ella peleaba con la hebilla del cinturón de Bora, en tanto él intentaba ordenarse el pelo que le caía sobre la frente.

Sin apearse, la mujer desenfundó un rifle y apuntó al medio del pecho descubierto del joven, cuyas mejillas aún estaban rojas.

Bora intentó una explicación, pero solo consiguió emitir un balbuceo incomprensible.

—Levante las manos —lo interrumpió, seca, la mujer.

Bora obedeció. Entonces los pantalones cayeron como un telón. La madre de Marga miraba absorta aquellas rodillas temblorosas y desnudas. Bora creyó ver una risa contenida en los labios de Marga.

—Así que el hijo del terrateniente se aprovecha de la pobre hija de los empleados del campo.

—No, no, de ninguna manera... —Quiso excusarse sin encontrar argumentos.

Bora comprendió de inmediato que la condena sumaria no recaía solo sobre él, sino que esa situación bochornosa se proyectaba hacia el pasado. Era una humillación a todos los muertos que yacían bajo esas mismas tierras.

—¿Debo recordarle que el derecho de pernada fue abolido hace algunos siglos?

—No le voy a permitir... —dijo Bora con más grandilocuencia que elocuencia.

—¿Además cree que debo pedirle permiso para defender a mi familia? —dijo la mujer y amartilló el rifle.

—Ya está bien, mamá —intervino Marga con calma—, él no tiene la culpa.

La muchacha se interpuso en la línea de fuego obligando a su madre a bajar el rifle. Tomó a Bora de la mano y con el mismo tono parsimonioso, agregó:

—No me faltó el respeto.

—Bien —dijo la madre de Marga mientras enfundaba la escopeta—, ¿debo interpretar que tiene intenciones serias?

—Desde luego —contestó Bora con un entusiasmo que surgía más del alivio momentáneo que de la convicción.

—Entonces ya hablará con mi marido —dijo la mujer al tiempo que, con un gesto, ordenaba a su hija que montara tras ella.

—Por supuesto —confirmó Bora.

Marga recogió la canasta y trepó al caballo de la madre.

Bora vio cómo se alejaban las dos mujeres mientras se subía los pantalones. Cuando se quedó solo, cayó en la cuenta de la promesa que acababa de hacer a cambio de nada.

Andris odiaba todos y cada uno de los elementos que constituían el cautiverio. Odiaba el sótano. Odiaba las tablas sobre su cabeza y las paredes. Odiaba el cemento del piso y el camastro sobre el que dormía. Odiaba el silencio. Odiaba, más que a nadie, a su benefactor. Este odio constituía la fuente que se derramaba sobre todo lo demás. Odiaba a Bora con toda la fuerza de su alma. Lo odiaba tanto que confundía su generosidad con miseria y su misericordia, con crueldad.

Hanna sabía que resultaba imposible juzgar a las personas por sus intenciones. ¿Cuáles eran las íntimas razones de Bora al darles refugio? Aquella pregunta pertenecía al terreno de las conjeturas. Lo único cierto era que permanecían con vida gracias a la difícil decisión de Bora y de Marga.

Hanna padecía el cautiverio tanto como Andris. Pero a diferencia de su esposo, ella no guardaba ningún sentimiento de odio. Acaso su religiosidad fuese menos manifiesta pero mucho más profunda que la de su marido.

Tal vez ningún capítulo de la Biblia refleje la naturaleza de la fe como el Libro de Job, aquel que soportó con estoicismo el cruel destino que le impuso Dios. La figura de Job, el hombre recto al que Jehová sometió a las más duras pruebas a instancias de Satanás, sintetizaba el sentimiento de todos los judíos por aquellos días de muerte y persecución. Job, despojado de todos sus bienes, debió soportar la muerte de sus hijos. Frente a la peor tragedia que puede padecer un hombre, Job dijo con resignación:

Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.

Para sumar dolor al más atroz de los dramas, Job, enfermo y en la miseria, fue abandonado por su esposa. Solo, en medio de la devastación, Job interrogó a Dios:

Hazme entender por qué contiendes conmigo.

La tragedia bíblica de pronto se había desatado sobre el mundo. La gente de fe se hacía la misma pregunta de Job: «¿Por qué?».

Hanna no tenía ninguna respuesta a ese interrogante. Pero en aquellos mismos elementos sobre los que Andris proyectaba su odio, Hanna veía la mano del hombre dirigida por la voluntad de Dios.

Cada vez que ella se sentía excluida del mundo, se detenía a mirar los muros del sótano. La mano del hombre había extendido la plumada para que las paredes que la cobijaban estuviesen perfectamente derechas. Hanna había descubierto en un pequeño bajorrelieve de los ladrillos desnudos el nombre del hombre que les había

dado forma y los había cocido para ella: *Hans Lindel – Viena*. Se conmovió. Un desconocido fabricante de materiales de obra había dejado su nombre grabado para que supiera que alguien en Viena había pensado en ella.

Hanna elevó su mirada hacia las alturas y vio que una moldura surcaba la pared. No tenía ninguna función constructiva. Estaba allí solo para sus ojos, para que no se sintiera un despojo, un animal. La mano del hombre puso allí ese modesto ornato para que ellos pudieran reconocerse como humanos. Por el muro descendía una tubería. Era un tubo perfecto, antiguo y resistente que no dejaba que se filtrara una sola gota de agua. Pero no fue sino hasta la llegada del día de Janucá que Hanna y Andris, por primera vez en su reclusión, pudieron ver la luz.

Desde el momento en que Bora y Hanna se conocieron en los jardines del Hotel Gellért hasta que se casaron, pasaron siete largos años. Ambas familias hicieron todo lo posible para impedir que continuaran con aquella amistad. Llegaron a creer, incluso, que lo habían conseguido. El *Vítez Persay* nunca había visto con buenos ojos la inclinación de su hijo hacia las artes plásticas, a pesar de que él mismo era un gran amante de la pintura. Aunque nunca se hubiese atrevido a decirlo en voz alta, consideraba que él y los de su estirpe estaban para ser retratados antes que para pintar retratos de otros.

Si Bora hubiese tenido talento para la música o la literatura, tal vez habría acompañado la veta artística de su hijo. Para el padre, la pintura estaba más cerca de los oficios que de las artes. Los delantales manchados, las manos sucias, el olor de los solventes y la tosquedad de las herramientas no tenían el encanto de la madera noble de los instrumentos de cuerdas, ni inspiraban el respeto reverencial de una pluma elegante.

En el fondo de su alma pensaba que los pintores padecían una perturbación malsana que, como Caravaggio, los llevaba a sumergirse en lo más bajo de la naturaleza humana en tabernas y borracherías. En la vieja casa Persay eran mucho más importantes los personajes retratados que los pintores que habían hecho el trabajo. ¿Acaso alguien podía recordarlos?

De todas formas, el *Vítez* debía admitir que Bora tenía un talento especial. Varias veces le había hecho saber sus deseos de estudiar con un maestro en París o en Florencia. El *Vítez Persay* consideraba que si accedía a ese pedido al menos conseguiría que se alejara de la hija del viejo Gretz.

Lo que se inició como un breve viaje durante el receso del Liceo, se extendió durante un semestre. Desde Florencia, luego de estudiar con el maestro Versari, continuó viaje a París. Conoció la pintura de los maestros medievales y renacentistas y también la de aquellos que querían acompañar las ilusiones revolucionarias empuñando el pincel como si fuese un fusil. Cada vez eran más los artistas que sostenían que la pintura debía dejar de ser un mero ornato en las alcobas imperiales y los salones decadentes en los que se marchitaban las hediondas flores del rococó. El perfume embriagador de la revolución socialista se esparcía en aquellos lugares a los que todavía ni siquiera había llegado la Revolución francesa. Se hizo de pocos pero buenos amigos que, como él, eran estudiantes de pintura. La mayor parte de ellos creía que no se podía ser joven y artista sin desprestigiar el viejo canon en extinción. Bora, en cambio, expresaba sus dudas con silencio y estudio. Sus compañeros comprendían que el joven húngaro tenía un problema allí mismo donde residía su mayor mérito: el virtuosismo.

Bora era dueño de un talento privilegiado para el dibujo y la pintura. Había estudiado hasta la obsesión los misterios de la luz, el color, las sutilezas de la

expresión humana, los detalles recónditos de la naturaleza, la invisible temperatura del aire que matizaba los paisajes; en fin, podía afirmarse sin exagerar que la pintura de Bora contenía, en germen, la síntesis del misticismo medieval, el concepto del espacio renacentista, los secretos del color de los flamencos y el dramatismo de los románticos. Pero Bora tenía la convicción de que había llegado a la escena del arte en el momento equivocado. No despreciaba a sus excéntricos colegas como lo hacían los maestros clásicos y los críticos de la vieja escuela. Al contrario, examinaba el fenómeno sin pasiones ni prejuicios. Entendía perfectamente la intención de los nuevos pintores que, en términos generales, se sentían incomprendidos. Los entendía hasta tal punto, que a él le sucedía lo mismo: percibía que los jóvenes artistas de su generación no lo comprendían a él. Los nuevos vientos habían llegado para derribar el virtuosismo y destruir toda figuración conocida hasta entonces.

La correspondencia entre padre e hijo era dispar. El *Vítez Persay* recibía cartas y, en respuesta, enviaba a su hijo sobres con dinero. Por entonces, creía que Bora se había olvidado por completo de Hanna. Se equivocaba. No pasó un solo mes sin que le escribiera cartas cada vez más desesperadas. Cuanto mayor era la distancia y el tiempo que llevaban separados, en la misma proporción se iba consolidando el vínculo que los mantenía unidos.

Fue una separación tormentosa pero necesaria para ambos. No solo pudieron comprobar que no podían vivir el uno sin el otro; Hanna descubrió con su propia desolación que no tenía derecho de hacer sufrir a Andris alimentando esperanzas condenadas al fracaso.

Bora encontró en la melancolía la materia de la inspiración. Como si expresara su estado de ánimo, el otoño se convirtió para él en una obsesión; pintaba paisajes otoñales en plena primavera. Lejos de las autoproclamadas vanguardias, Bora plasmaba en las telas el autorretrato gris de su alma a través de los árboles desnudos.

Bora solía pasar las mañanas en alguno de los tantos bares de Montmartre. Durante aquellas horas de ocio, se sorprendía dibujando a Hanna en las hojas de un anotador. La relación que unía su mano con el lápiz era mucho más firme que la que mantenía con la memoria. Desde que había llegado a París, le sucedía algo desesperante: no podía recordar con precisión la cara de Hanna. Evocaba, sí, sus ojos negros, la boca encarnada, el pelo rojo; pero le era imposible unir en una composición mental todos aquellos elementos. Entonces dibujaba cada uno de los rasgos y los reunía en el papel. Así conseguía reconstruir la imagen perdida. Pero como en las pesadillas, no bien levantaba los ojos del dibujo, se le volvía a borrar de la memoria la cara de Hanna.

Durante aquellos días de separación pintó los más bellos retratos de Hanna y los más conmovedores paisajes de Budapest en otoño. Bora tuvo que ir a París para encontrarse con su ciudad, debió alejarse de Hanna para comprobar que no podía vivir sin ella y atravesó el más largo de los otoños para renacer como en la primavera.

El reencuentro de Bora y Hanna, que ambos creyeron eterno, duró lo mismo que un suspiro. Él no había terminado de instalarse nuevamente en Budapest cuando estalló la Primera Guerra. Bora llegó de París convertido en pintor y tuvo que volver a partir enfundado en un uniforme de teniente. Los jóvenes de su clase social, entrenados desde pequeños en la esgrima y luego en el manejo de armas de fuego, fueron enviados como oficiales. Hanna no acababa de darle la bienvenida a Bora cuando el abrazo de recibimiento se convirtió en uno de despedida. Las lágrimas de la alegría por el reencuentro se transformaron en lágrimas amargas. No era solo el dolor ante la nueva separación; no se trataba, como en la anterior oportunidad, de un viaje de estudios, sino de una dramática partida al frente de batalla. No sabían si volverían a verse.

Bora fue enviado a Kobarid, en el límite del Imperio austrohúngaro con Italia, al mando de una tropa de infantería. Según supo Hanna por boca de algunos de los soldados que estuvieron bajo su mando, Bora tuvo una actuación heroica y decisiva en la victoria. Pero no pudo festejar. Llegó al final de la batalla virtualmente muerto. Cuando descendía desde los Alpes al río Isonzo para atacar la retaguardia del ejército italiano, Bora sintió un fuerte golpe en la cabeza. El intenso dolor no le impidió combatir hasta entrar en Udine, donde se desplomó inconsciente. A los médicos de campaña que lo atendieron les costó descubrir que el hematoma que presentaba sobre el oído era, en realidad, una aureola sin sangrado que coronaba un imperceptible orificio de entrada. Tenía una bala alojada en el cráneo. No era posible retirarla sin producir daños colaterales en la cabeza y el oído. Bora quedó desahuciado sobre una camilla. Todos los pronósticos indicaban que no habría de pasar la noche. Cuando los médicos que lo atendieron entraron en la tienda del hospital de campaña donde estaba Bora, encontraron la camilla vacía. El muerto estaba fumando un cigarro bajo el sol del amanecer.

Bora tenía dos recuerdos de su participación en la guerra: una medalla y una bala italiana. Ningún otro. Jamás habló de la guerra. Nunca. Con nadie. Ni siquiera con Hanna. No existen recuerdos más activos y vigorosos que aquellos que se esconden detrás del velo misterioso de la amnesia.

Desde que bajaron al sótano, el reloj de Andris jamás se detuvo. Por momentos dudaba si las agujas marcaban las horas del día o de la noche. Algunas circunstancias —las odiosas visitas de Roderich Müller, por ejemplo— colaboraban para que pudieran restablecer el orden del tiempo. Hanna anotaba la fecha todos los días con el mismo escrúpulo con el que Andris daba cuerda a su fiel Omega cada doce horas de manera obsesiva.

El 25 de *Kislev*, que ese año coincidía con el 27 de noviembre del calendario gregoriano, Hanna y Andris iniciaron la celebración de Janucá. Como no tenían forma de ver el cielo ni de saber con exactitud en qué momento aparecería la primera estrella, establecieron como horario de inicio las ocho de la noche.

Andris había improvisado el candelabro de la menoráh con la tapa de una vieja caldera de hierro que había sido abandonada en el sótano. La pieza de fundición tenía una forma triangular que recordaba las antiguas januquiás medievales. Andris cortó cuatro velas por las mitad y alineó los ocho fragmentos sobre dos de los lados. En el centro colocó una vela entera, que serviría de *shamash*. Así, obtuvo las ocho velas correspondientes a cada uno de los ocho días festivos; la vela mayor, en el vértice, oficiaría de cuidadora para encender las demás.

Las familias de Hanna y Andris celebraban la Janucá de acuerdo con las tradiciones. Pero el sentido más profundo de las costumbres solo se comprende de manera cabal cuando las condiciones del momento se emparentan con aquellas que les dieron origen. Ellos dos eran la metáfora viviente del milagro de Janucá. Luego de la profanación del Templo por parte de los helenistas en tiempos de Antíaco IV Epífenes, las velas del tabernáculo, que tenían aceite para un solo día, ardieron durante ocho jornadas completas.

Ese lejano acontecimiento, en apariencia tan insignificante que ni siquiera aparecía mencionado en el Tanaj, era el que se conmemoraba durante los festejos de Janucá. De pronto, la celebración de las luces tenía para ellos un sentido nuevo, íntimo y personal que reunía en aquella reclusión varios puntos de la historia de sus ancestros con su propia historia. En primer lugar, era un milagro que hubieran podido escapar y que aquel que más motivos tenía para cobrarse venganza fuera quien les diera protección. Igual que la llama que ardió en el Templo con una exigua cantidad de aceite, el fuego de la vida permanecía dentro de ellos mucho más tiempo que el que la fatalidad parecía tenerles deparado.

Pero había algo todavía más profundo que el hecho de permanecer con vida: la posibilidad de encontrarle un sentido y entender algunos de los misterios de la existencia. A diferencia de las velas del Shabat, las de la Janucá solo debían ser encendidas para observar la luz, meditar sobre su naturaleza y celebrar su existencia; no para iluminar la casa. Durante los próximos ocho días no habrían de servirse de la luz sino, al contrario, serían ellos quienes servirían, cuidarían, mantendrían y

propagarían la luz de vela en vela.

Encerrados entre las cuatro paredes de aquel sótano al que no llegaban los rayos del sol, en medio de aquella noche perpetua, Hanna y Andris descubrieron la importancia de la luz en el precario menoráh hecho con la tapa descartada de una vieja caldera. Vislumbraron que no existía prodigio más grande que el de poder mirar la luz sin ver lo que la luz iluminaba. El pensamiento en estado puro, vuelto sobre sí mismo, sin otro objeto que la propia reflexión. No se trataba de ver la luz en sus reflejos, sino en su pura esencia. Era aquella una experiencia anterior a las palabras, inenarrable e intransferible. Ciegos de luz, encandilados por ideas brillantes como soles, durante ocho días anduvieron a tientas por el subsuelo. Con los ojos abiertos, no veían, sin embargo, nada más que una llama sin forma, un resplandor que se había apoderado de sus retinas y no les permitía fijar la vista ni el pensamiento en otra cosa que no fuese la luz. Y a medida que avanzaba la Janucá y encendían cada día una vela más, tanto menos disponían del don de la mirada. Y cuanto más ciegos, más podían ver en el fondo de sus almas y discernir su propia naturaleza.

Adán no comprendió la esencia de la luz el primer día de la creación sino la primera noche. Cuando se fue el día añoró la luz y, en el medio de la oscuridad, sintió miedo, pánico de que se hubiese ido para siempre. Era el mismo terror que experimentaron Hanna y Andris cuando bajaron al sótano y se cerró la claraboya sobre sus cabezas.

Igual que Adán en el ocaso, no sabían si volverían a ver la luz del sol. Era un pavor atávico que se remontaba al origen del hombre, al primer anochecer. Y así, en las tinieblas, Hanna y Andris concibieron la esencia de la luz. Nadie pensó tanto en la luz como Adán en aquella noche que, lleno de temor, la imaginó eterna. Dios vio que la luz era buena el primer día de la creación. Adán comprendió que la luz era buena cuando no la tuvo. ¿Hubo una alegría más grande que la del primer amanecer luego de aquella noche terrorífica? Sí. El segundo amanecer, cuando el hombre supo que había día y había noche y que se sucedían de acuerdo con un orden.

El primer hombre intuyó que más importante que la luz y la oscuridad, que la noche y que el día, era el orden. Podría soportar la noche eterna. Lo que le resultaría intolerable sería el caos perpetuo, la eterna incertidumbre. Y fue en aquella celebración de Janucá cuando Hanna y Andris, aun sin saber si habría un nuevo amanecer para ellos, encontraron el Cosmos, el equilibrio y el orden dentro de sus propios corazones con el candil de la januquiá improvisado con una chapa de hierro oxidado. Al finalizar el octavo día y con la extinción de la llama de las ocho velas, Hanna y Andris aprendieron a mirar con ojos nuevos.

Cuando Bora volvió del frente de batalla fue recibido como un héroe. A la consagración en París se sumó su destacada participación en la batalla de Kobarid. Ambos hechos habrían de significar el reconocimiento de sus compatriotas. Los ojos de la prensa, los críticos y los políticos se posaron sobre su atrayente persona. Era joven y talentoso. Representaba dignamente a su patria en el exterior como artista y, fronteras adentro, era un héroe de guerra.

No había terminado de desempacar y ya tenía propuestas para exponer en las galerías más importantes de la ciudad; los periódicos le dedicaban páginas enteras y los representantes del gobierno y de la oposición lo tentaban con cargos y candidaturas. Bora no se encandiló pero tampoco iba a dejar pasar las oportunidades que se le presentaban.

Antes de tomar cualquier decisión debía reencontrarse con Hanna. Ella era la razón más poderosa que había tenido para regresar, primero de París; luego, de la muerte. Podían instalarse en Francia con Hanna. Pero quería que sus hijos se criaran en Hungría.

Bora se había despedido de una adolescente y se reencontró con una mujer. Hanna vio llegar a un hombre adulto y aplomado con la cabeza envuelta en un vendaje. Fue un reencuentro diferente del que imaginaban. Suponían que, a pesar de la distancia física, nunca se habían separado. De hecho, no había pasado un solo día en el que no se hubieran escrito, en el que no pensaran el uno en el otro. Pero cuando por fin estuvieron frente a frente no supieron qué hacer ni qué decir. Así como el organismo rechaza el agua luego de haber padecido la sed extrema, la primera reacción fue de cautela. Bora no podía dejar de contemplar las facciones de Hanna en silencio como si quisiera reconstruir la imagen que había perdido en la memoria. Era mucho más hermosa de lo que la recordaba. No podía darse cuenta de si tenía el pelo más corto o más largo, aunque estaba seguro de que llevaba un peinado distinto. Hanna se perdió en la hondura de aquellos ojos de perro siberiano. No podía dejar de mirar hacia el fondo de ese abismo celeste como si buscara bajo las aguas de un lago profundo algo que se le hubiera caído. Buscaba cuánto había quedado de ella en él antes de la partida.

Demoraron el contacto físico. Postergaron el abrazo tanto como pudieron. Sabían que había tiempo. Toda la vida. Antes debían reconocerse. No el uno al otro, sino el uno en el otro. Recuperar la parte de sí que se habían legado en custodia mutuamente. Necesitaban comprobar cuánto había cuidado uno la parte que el otro se había llevado. Debían recuperar los fragmentos rotos durante el momento de la separación. Fue un trabajo lento, silencioso, reparador. Entonces sí, cuando volvieron a sentirse completos, íntegros, se fundieron en un abrazo. Hanna rompió a llorar. Era un llanto triste, desconsolado. Sabía que ese abrazo no habría de durar para siempre, porque aunque fuesen a estar juntos el resto de sus vidas, sus vidas no eran nada comparadas

con la eternidad. Lloraba porque ese amor era mucho más extenso que lo que ellos, en el breve tiempo y en el ínfimo espacio de los mortales, podían abarcar. Lloraba porque sabía que el amor habría de sobrevivirlos y, sin ellos, quedaría condenado a errar para siempre como un alma en pena. Lloraba porque, en el fondo de su alma, sabía que habrían de separarse. Igual que en el mundo de la física, cuando el amor supera el volumen de quien lo contiene, termina por desbordar y destruir todo a su paso. Ni siquiera los consolaba el hecho de saber que el amor de uno era correspondido por el otro en la misma proporción.

Hanna comprendía el sufrimiento de Andris porque él la amaba con la misma intensidad con que ella lo quería a Bora. Por entonces, Andris ni siquiera tenía el consuelo del amor recíproco.

Bora y Hanna hubiesen preferido no casarse nunca. No había contrato nupcial que pudiese traducir en términos jurídicos lo que ni siquiera alcanzaban a nombrar las palabras. Ningún juez, por más elevado que fuese el estrado, podía estar a la altura de ellos; no de ella ni de él, sino de aquello que los unía. Por encima, tal vez y solo tal vez, estaba Dios. Pero no era posible que se casaran por Iglesia ni, menos aún, en una sinagoga. Fue una boda triste, sin bendiciones. No tuvieron la bendición de sus familias ni la de un sacerdote.

La boda tuvo lugar entre las cuatro paredes de un juzgado en un trámite administrativo despojado de toda emotividad. El juez, un hombre adusto que no levantaba la vista del bibliorato, leyó un protocolo y, por fin, formuló a los contrayentes las preguntas de rigor. El requerimiento de los votos maritales sonaba en boca del juez con un tono admonitorio, como si fuese una interpelación destinada a saber si estaban realmente seguros de lo que estaban por hacer. E incluso, luego de que ambos dieran el sí, el magistrado los examinó por encima del marco de los anteojos como si guardara algún reparo. Aquella ceremonia podía haber sido un casamiento o una audiencia de divorcio.

A espaldas de los novios estaban ambas familias; de un lado de la sala se agrupaba la familia de él y, separados por el pasillo central que dividía las hileras de bancos, la de ella. No solo no se habían mezclado, sino que se hubiera dicho que estaban enfrentados. Si el *Vítez* Persay y Jacob Gretz alguna vez tuvieron una relación cercana a la amistad, en aquella ocasión se enfrentaban como dos generales enemigos. Se reprochaban en silencio haber sido incapaces de disuadir a sus hijos de tan peregrina ocurrencia. No se dirigieron una sola mirada durante toda la ceremonia. Apenas intercambiaron un frío apretón de manos y unas pocas palabras de cortesía. Bora y Hanna no veían la hora de que terminara, de una vez, ese suplicio.

El *Vítez* y su esposa dejaron la vieja casa familiar para que la habitaran Hanna y Bora. La razón declarada era la de cumplir el anhelo de pasar el último tramo de sus vidas en el campo. Pero en realidad era el modo de hacerles sentir a fuerza de aislamiento el desacuerdo con la boda. No iban a concederle a Hanna la gracia de considerarla parte de la familia. Los padres de Bora dejaron la casa como si se hubiese convertido en un leprosario. Se mudaron de un día para otro con la urgencia de quien abandona un barco antes de que se hunda. Bora había transformado la decepción y la tristeza en hostilidad. Decidió contestar el silencio con silencio.

El padre de ella sostenía la misma posición intransigente que el *Vítez* Persay. Pero la madre, frente al hecho consumado, no iba a oponerse a la felicidad de Hanna. Cuanto más cerrada era la actitud de su marido tanto más se acercaba ella a su hija. Llegó a sentir un cariño auténtico y profundo por aquel hombre que quería y cuidaba a Hanna más que su propio padre. Intentaba convencerse de que los rasgos de Bora contenían la indudable simiente de algún antepasado judío: la nariz aguileña y los ojos claros eran para ella las huellas de un ancestro esquenazi. Se consolaba, además, con la idea de que sus nietos serían tan judíos como el vientre del que habrían de nacer.

—Merecería ser judío —solía decirle la madre de Hanna a Bora, como si le regalara el mayor de los elogios.

Bora sonreía y contestaba:

—Digamos que pude haber pertenecido a esa secta de judíos que decidió ir detrás del rabino Yeshua.

La madre de Hanna nunca llegó a comprender que su hija jamás había renunciado al judaísmo ni Bora había abjurado del protestantismo. Al contrario, los sentimientos y las convicciones religiosas de ambos se habían acrecentado.

Pese a la debacle familiar que significó el casamiento, Hanna y Bora eran felices. Es decir, Hanna era feliz con Bora y Bora con Hanna. Sin embargo, ella sentía que había algo en la casa, una fuerza ancestral, un espíritu sombrío: no era bienvenida. Percibía con claridad que, igual que su familia política, el viejo caserón de Buda también la rechazaba.

Bora impugnaba estas ideas de su esposa con una actitud entre escéptica e indulgente. Cada vez que su marido intentaba convencerla de que la casa era simplemente eso, una casa, sentía que la trataba como si estuviera loca. Por otra parte, nada más alejado de Hanna que las supercherías. Era una mujer sensata, racional. Por esa misma causa, experimentaba un zozobra difícil de explicar por vía de la razón cada vez que la casa le hacía sentir su rechazo. Llegó a temer que el viejo caserón pudiera matarla. Las mayores locuras suelen protagonizarlas los sensatos. La gente racional es aquella que puede adecuarse con mayor facilidad a las circunstancias reales y concretas. La realidad nunca ha sido sensata. La historia de la

humanidad demuestra que el devenir no es el río manso en el que se bañaba Heráclito, sino, al contrario, un torrente traicionero, excesivo, que suele salirse de madre y arrasarlo con todo cuanto se interpone en su paso. Aquellos que viven en mundos de ensueño, los que tienen los pies despegados de la tierra, suelen ver desde las alturas los desastres que se avecinan y no solo tienen mayores chances de sobrevivir, sino que, aunque no se los tome en serio, advierten a los demás. Los juiciosos, afincados en tierra firme, se aferran a esa realidad desmadrada y sin siquiera darse cuenta, terminan siendo arrastrados por ella. La cordura, paradójicamente, en ocasiones nubla la razón.

Hanna, siempre con los pies sobre la tierra, no podía entender qué sucedía entre ella y la casa. Al principio, atribuyó esa sensación angustiosa a la novedad de habitar un hogar diferente de aquel en el que había vivido desde el día en que nació. Tal vez, se tranquilizaba a sí misma, aquella extrañeza habría de ceder con el tiempo. Pero a medida que pasaban los días, lejos de morigerarse, se acentuaba cada vez más. Pronto dejó de ser una mera impresión anímica; Hanna descubrió con temor que sus percepciones no se generaban dentro, sino fuera de ella. Concretamente, en la casa.

Poco a poco, aquel sentimiento expulsivo comenzó a traducirse en hechos concretos. Una de las primeras y más elocuentes manifestaciones fue que la puerta de entrada de la casa se resistía a abrirse cada vez que llegaba Hanna. A veces el tambor de la cerradura se trababa e impedía que girara la llave. Otras, la madera se hinchaba y le resultaba imposible separar la puerta del marco. Por una u otra razón siempre debía llamar para que le abrieran. Solo le sucedía a ella. Ni Bora ni el personal doméstico tenían dificultad alguna para entrar en la casa. Cuando comentaba esto con su esposo, él se reía y agitaba la mano delante de la cara como si quisiera aventar los fantasmas de su esposa. Intentaba convencerla de que la copia de la llave estaba defectuosa. Cuando Hanna le recordaba que ya había cambiado la llave con él, entonces Bora le decía que ella tenía varias habilidades pero ninguna para abrir puertas. Aunque pudiera parecerle una tontería, había mucha gente que compartía con ella el mismo problema: simplemente era un poco torpe con las puertas.

La única que tomaba en serio las preocupaciones de Hanna era Helen, el ama de llaves; al escuchar sus palabras bajaba la cabeza y permanecía en silencio. Helen sintió una enorme simpatía por Hanna desde el primer momento en que la vio. Guardaba para con ella una actitud maternal y siempre tenía una sonrisa a flor de labios. El cariño era recíproco; para Hanna, la vieja ama de llaves era una suerte de aliada en aquel ámbito hostil en el que se estaba convirtiendo la casa. Hanna percibía que Helen creía en sus impresiones, aunque por entonces no sentía la familiaridad suficiente para hablarlo con ella.

A las dificultades de Hanna para entrar en la casa se iban agregando episodios que, a simple vista, no eran más que pequeños trastornos domésticos, meras coincidencias incómodas. Solía suceder que al ingresar en la sala con la intención de sentarse a leer frente al hogar, el fuego se apagaba como si se quedara súbitamente

sin oxígeno. Esto ocurría cuando estaba sola. Bastaba que hubiese alguien más en el recinto para que los leños ardieran normalmente.

Las demás manifestaciones ni siquiera eran dignas de mención: puertas y ventanas que se cerraban cuando ella estaba en el jardín, de tal suerte que siempre quedaba fuera de la casa y debía golpear para que alguien le abriera. También podía ocurrir que objetos más o menos contundentes cayeran a su paso desde anaqueles y bibliotecas; no llegaban a lastimarla pero cada vez caían más cerca de Hanna. Siempre había explicaciones, claro: corrientes de aire, la vibración de las tablas del piso al contacto de los tacos, maderas que se dilataban y cerraduras que no funcionaban bien. Nada de lo que ella misma no pudiera convencerse. Hasta que sucedió algo que le hizo ver que la casa no estaba dispuesta a aceptarla.

Una noche, luego de la cena, mientras Bora leía en su estudio, Hanna, como de costumbre, se sentó frente al *secrétaire* del dormitorio para escribir en su cuaderno de notas. Desde algún lugar que no podía precisar, entraba un hilo de aire helado. Cuando se acercó al ventanal para comprobar que estuviera bien cerrado, Hanna creyó ver un leve movimiento en la cortina. Descorrió un poco el dosel para verificar si había quedado un resquicio en la claraboya. Se paró en puntas de pies para tomarse de una de las borlas que remataba la cinta, pero tampoco así alcanzaba el extremo de la cadena. Acercó un taburete, se subió encima de él e introdujo el torso entre el telón de pana, la cortina ligera y la cinta que las mantenía unidas. La base muelle de la peana cedió un poco bajo el peso de Hanna e hizo que perdiera el equilibrio. Quiso dar un paso para bajar antes de caerse, pero la cinta se le enredó alrededor de la garganta. De pronto, el cortinado y el taburete se convirtieron en un cadalso perfecto. Al trastabillar, la peana se tumbó y Hanna quedó colgada del cuello. Sintió que los ojos se le saltaban de las órbitas. Quiso gritar pero no pudo. Intentó sin suerte tomarse de la cuerda para sostenerse con las manos. Hanna había perdido la vista a causa de la compresión de las arterias y no podía respirar.

No la atormentaba especialmente la idea de morir, sino la de irse de este mundo de una manera tan banal. Además, pensaba, todos creerían que habría tomado la decisión de quitarse la vida o, peor aún, al no encontrar una carta de suicidio, tal vez culparían a Bora de su muerte. Su corazón tamborileó irregular y luego se detuvo.

Como un ángel caído del Cielo, Helen entró de pronto en el cuarto sin llamar a la puerta. Al ver aquel cuadro aterrador, el ama de llaves lanzó un alarido agudo y ensordecedor, al tiempo que corría en auxilio de Hanna, cuya cara estaba completamente azul. El grito alertó a Bora y al resto del personal. Helen no conseguía descolgarla pero al menos, al sostener el peso del cuerpo, aliviaba la presión de la soga. Cuando Bora llegó al dormitorio y vio la escena, tomó la espada que decoraba una de las paredes y con una sola lanzada cortó la cinta. Hanna cayó pesadamente sobre los brazos de su esposo. Estaba muerta. Como tantas veces lo había hecho durante la guerra, casi nunca con éxito, Bora la tendió sobre el piso boca arriba y cruzando ambas manos sobre el tórax de su esposa le dio tres golpes breves, secos.

Fueron suficientes para que Hanna recuperara la respiración, el pulso y, por fin, el color.

Algunos días después, ya repuesta, Hanna le contó a Bora la sucesión de acontecimientos que precipitaron el accidente. A medida que recomponía en la memoria los detalles del episodio, descubría que en el relato no había nada que escapara a una sencilla cadena de causas y efectos desgraciados pero perfectamente lógicos. Salvo uno: la llegada providencial de Helen. No se produjo nada que pudiera haberle llamado la atención: ningún ruido ni pedido de auxilio o indicio directo ni indirecto. Tiempo después, el ama de llaves le contó a Hanna que aquella noche dormía profundamente cuando una pesadilla la despertó. Había soñado lo mismo que estaba sucediendo en ese preciso instante en el dormitorio del matrimonio. Saltó de la cama, subió las escaleras como una exhalación y entró en el cuarto sin perder tiempo. Allí, frente a sus ojos, tenía lugar la escena que acababa de ver en sueños.

Luego de aquel episodio, Hanna no volvió a tener ningún otro incidente. De pronto la cerradura de la entrada principal dejó de trabarse, las puertas y ventanas que daban al jardín nunca más se cerraron inesperadamente y los objetos de la casa volvieron a su inerte existencia. Pero Hanna había comprendido perfectamente el mensaje.

A pesar de la tregua, sabía que ella y la casa Persay no estaban en paz. No imaginaba por entonces que el viejo caserón de Buda sería apenas el primer escollo que habría de desembocar en el divorcio.

Hanna había sufrido el rigor de la casa Persay. Durante su breve estancia en las tinieblas, fue la víctima propiciatoria del viejo caserón. Hanna permaneció muerta durante unos pocos minutos antes de que Bora la devolviera a la vida. No guardaba ningún recuerdo de aquella efímera incursión al otro lado de la frontera. La memoria es un atributo de la vida, de modo que mal podía evocar un acontecimiento sucedido mientras ella, literalmente, había dejado de existir. No podía dar testimonio del fugaz cruce del último límite, pero sí de lo que significaba volver a nacer. No era una metáfora.

Aquel episodio había marcado un antes y un después en un sentido mucho más amplio del que podía imaginar. Hanna tuvo una vida a partir del día en que nació hasta que murió colgada de los cortinados y otra diferente desde que volvió a nacer entre los brazos de su esposo. Acaso por un mandato elemental de la naturaleza, los individuos de todas las especies están obligados a separarse más tarde o más temprano del ser que les dio la vida. En el caso de Hanna fueron dos: su madre la primera vez y Bora, la segunda.

Hanna no volvió a hablar nunca más de aquel acontecimiento. Jamás se lo había mencionado a Andris y, por obvias razones, no iba a contárselo durante los días de encierro. Si Hanna tenía motivos para estar preocupada cuando vivía en la casa, se hubiera dicho que mientras permanecía dentro de sus entrañas oscuras le sobraban razones para estar aterrada. Sin embargo, no sentía miedo ni rencor; al menos no por la casa. Al contrario, por paradójal que pudiese resultar, guardaba bellos recuerdos de los años junto a Bora, de Helen, de los árboles del jardín y del perfume de la antigua caballeriza.

Desde el momento en que abandonó el hogar el día en que se separaron, Hanna sintió que la casa ya no tenía motivos para odiarla; finalmente, había conseguido expulsarla de acuerdo con el deseo de la familia Persay. Igual que en las guerras, la victoria de un ejército sobre el otro significa el fin de las hostilidades. Hanna pudo confirmar ese sentimiento desde la noche en que, después de tantos años, volvió a la casa. Así como en su momento el viejo caserón de Buda la sometió al peor de los suplicios, ahora se ofrecía hospitalario para darle protección.

La memoria suele ser selectiva. Cada vez que Hanna hacía un recuento de su vida junto a Bora, tenía la convicción de que había sido feliz. Recordaba las tardes de primavera en la galería del jardín y las charlas interminables con su marido. Por entonces Bora la consideraba su mejor consejera y la más leal amiga. Disfrutaban de estar juntos. A diferencia de la mayor parte de los matrimonios, que suelen dejar fuera de la casa los asuntos relativos al trabajo, ellos creían que ninguna preocupación de uno podía ser ajena al otro. Finalmente, el trabajo ocupa la mayor parte de la existencia.

Ambos amaban lo que hacían: para Bora, pintar no era un trabajo en el sentido

religioso del término; no implicaba ganar el pan con el sudor de su frente. Al contrario, sufría cuando pasaba un día sin sentarse frente al caballete. Hanna era una pieza fundamental en el trabajo de su esposo; no solo encontraba en ella la principal fuente de inspiración, sino que, durante los últimos tiempos, se había convertido en su modelo exclusiva. Y mientras posaba para él, conversaban de arte, literatura y, sobre todo, de aquello que ocupaba cada vez más tiempo material e intelectual en la vida de Bora: la política, una vieja tradición familiar.

Bora recordaba las sobremesas en las que su padre discutía acaloradamente con parientes y amigos sobre las cambiantes y trágicas circunstancias que atravesaba el país cíclicamente. A diferencia de su padre, Bora no adhería a aquel apotegma de Carl von Clausewitz según el cual la guerra es la continuación de la política por otros medios. Al contrario, desde que había intervenido en la guerra como teniente, sostenía que la política era la continuación de la guerra con otros recursos. La bala que tenía alojada dentro del cráneo nunca dejaba de recordárselo con una jaquecas insoportables. Cuando le tocó estar en el frente de batalla, Bora pensaba como un político. En las reuniones partidarias razonaba como un estratega militar.

Hanna combinaba el sentido práctico con la imaginación propia de una novelista, aunque despuntaba la prosa de manera íntima, casi secreta. El resultado de esta mezcla en las proporciones adecuadas solía ofrecer a Bora una mirada política infrecuente y novedosa. Un punto de vista femenino. Por otro lado, el arte y la política eran para él una misma cosa. No porque utilizara la pintura para manifestarse políticamente; al contrario, la política le había permitido extender las fronteras del arte desde que obtuvo su primer cargo como encargado de la difusión de la pintura húngara en el exterior.

Hanna trabajaba con él a la par. Lejos de ser una mera figura decorativa, como muchas de las jóvenes esposas de los políticos, ella acompañaba a su marido con iniciativas, ideas e incluso participaba de varias actividades. Hanna sabía cómo hacer para que Bora equilibrara sus dos ocupaciones sin que una relegara a la otra. Si su esposo pasaba varios días enfrascado en asuntos de comité, ella, lejos de presionarlo, encontraba la manera de que dejara el atril del político y regresara al del pintor.

Bora llegó a la política sin proponérselo. Alcanzó la función pública como un destino ineludible. La vocación suele ser un espejismo, una ilusión *a posteriori* que justifica la existencia y le da un sentido. Los apellidos que designan oficios no solo describen la ocupación de algún lejano ancestro, sino que, en muchos casos, signaron el trabajo de varias generaciones. Este destino marcado desde la partida de nacimiento en muchas familias del pueblo no era menos oracular en las clases altas. De ellas surgían los jueces, los clérigos, los oficiales y los gobernantes. De hecho, los hijos de los matrimonios aristocráticos solían repartirse aquel limitado abanico de posibilidades: uno era cura, otro militar, alguno magistrado y, claro, no faltaba el que padecía una enfermedad mental y así, a su modo, conseguía rebelarse al mandato.

El caso de Bora era particular. Eran cuatro hermanos. Él fue el único que

sobrevivió. Sus padres nunca le habían explicado con claridad cómo habían muerto los demás. La muerte, sencillamente, era algo que sucedía. Bora sabía que uno había muerto a los pocos días de nacer, que otro, también siendo un niño, fue víctima de una pulmonía fatal y que la tercera, una mujer, falleció antes de que él naciera aunque desconocía los motivos y las circunstancias. Era algo de lo que no se hablaba jamás. En el cuarto de los padres había un escritorio en cuya alzada había un pequeño altar para recordar a cada uno de ellos con ofrendas y flores. Helen, la vieja criada de la casa, cierta vez que Bora contemplaba el altar, le dijo que todos sus hermanos habían tenido las marcas inconfundibles de familia. Los varones tenían los mismos ojos transparentes de Bora; la niña era la mezcla exacta de los padres. Y no le dijo nada más. Abandonó el cuarto dejando que el pequeño Bora rindiera su homenaje íntimo a los hermanos. Eran tragedias irremediables, designios de Dios que nadie podía interpelar y a los que había que sobreponerse con la entereza de Job.

Lo cierto es que el *Vítez* Persay, tal vez sin ser consciente, había depositado en Bora todas las ilusiones que no se había resignado a enterrar con sus pequeños. El padre esperaba de su único hijo vivo la valentía de un soldado, la piedad de un sacerdote, la ecuanimidad de un juez y el poder de un gobernante. Pero al comprobar que la verdadera pasión de su hijo era la pintura, temió que hubiese sobrevivido solo el loco de la familia. El padre no se equivocaba con sus esperanzas pero tampoco con sus temores: Bora resultó tener algo de cada uno de aquellos moldes preestablecidos. Además de ser un artista que por momentos se alejaba de los cánones de la cordura, era un estudioso, una suerte de enciclopedia viviente de la historia de la pintura universal. Siempre supo hacerse respetar en una discusión o, llegado el caso, en la lucha cuerpo a cuerpo; así lo había demostrado durante la guerra como teniente de la reserva. Era dueño de un sentido de la justicia que excedía el espíritu administrativo de los abogados.

Curiosamente, entró en la política a través de la puerta de la pintura. Durante la brevísima Revolución de los Crisantemos, Bora fue nombrado ministro de los Bienes Culturales Húngaros en el Extranjero. Como tantos jóvenes, se dejó cautivar por el perfume de la flor que acabaría marchitándose apenas cinco meses más tarde. Fueron, sin embargo, cinco meses en los que el arte húngaro brilló como nunca en los salones de las capitales más importantes del mundo. No solo promovió a los nuevos artistas de su país, sino que, además, quitó el polvo y las telarañas que cubrían la obra de los pintores clásicos que habían sido condenados al olvido. Recuperó cuadros que se creían perdidos, restauró murales de autores húngaros, incluso con sus propias manos, en varios edificios públicos de diferentes ciudades. Jamás privilegió a un artista por sus creencias políticas, sus opiniones o su origen social. Nunca promovió una obra guiado por sus gustos propios, ni sacó rédito personal alguno de su cargo. Durante su gestión no hizo una sola muestra de sus cuadros, no participó de exposiciones ni vendió una pintura de su autoría. A diferencia de la mayor parte de los políticos, no consideraba que el arte debía ser una herramienta de propaganda de

los gobiernos, sino, al contrario, sostenía que eran los gobiernos los que debían promocionar al arte dentro y fuera del país. Para Bora, la cultura no debía ser un mero artículo decorativo en el marco del comercio entre las naciones, sino el fundamento, la esencia misma de un país. ¿Qué podía ofrecer al mundo un país sino, en primer lugar, su propia cultura? Las naciones ricas vivían de su cultura y la propagaban alrededor del mundo. Los países más pobres eran aquellos que se habían condenado a devorarse eternamente a sí mismos, vendiendo solo materias primas. El trabajo de Bora fue unánimemente reconocido.

La pintura lo condujo a la política y la política a la diplomacia. Tan exitoso resultó su programa de difusión en el exterior que tiempo después fue designado embajador en Turquía.

Luego de la derrota y la desaparición del Imperio austrohúngaro, la gente se hartó de la política y, más precisamente, de los políticos. Una vez disipadas las cenizas, se acallaron las explosiones y se calmaron las exaltaciones nacionalistas. Cuando bajó el polvo de los escombros, quedaron a la vista los muertos, las pérdidas económicas y los horrores de la guerra.

Los políticos quedaron desnudos frente a la consideración pública. Eran los culpables no solo de la derrota, sino los artífices de cada jalón que condujo a la guerra. Ellos habían mandado a la muerte a los hijos de Hungría. Debajo de los uniformes no había soldados, sino muchachos que en lugar de ser condenados al martirio debieron ser estudiantes, profesionales, trabajadores. Tenían una vida por delante para ofrecer al país y habían sido ofrendados en sacrificio por los políticos que morían viejos, gordos y ricos. Muchos argumentaban que no se podía confundir a la política, principio ordenador de las relaciones humanas, con los políticos, personajes más o menos corruptos, más o menos intrascendentes. Los políticos eran fútiles y pasajeros, mientras la política era un arte mayor, antigua como la humanidad y consustancial a ella. Bora, como tantos, comprendía que esto era una aporía sin solución, un galimatías para justificar la corrupción estructural, histórica.

Muchas veces se había preguntado Bora si dentro de él moraba un corrupto al acecho, agazapado para saltar en el momento oportuno. Jamás se había quedado con nada que le perteneciera a la comunidad; nunca había utilizado sus cargos en beneficio propio ni hacía promesas que no pudiera cumplir. De hecho, él mismo había estado en el frente de batalla y de milagro permanecía con vida a pesar de la bala que conservaba de recuerdo en la cabeza. ¿Pero acaso su participación en la guerra constituía un certificado de honestidad? ¿Cuántos políticos habían peleado en el frente y luego no vacilaron en corromperse? Más aún, encontraban en aquel sacrificio personal una suerte de derecho a cobrarse lo que la historia se negaba a pagarles. Excusas, miserables excusas.

Bora intentaba sin suerte que su vida pública no se mezclara con su vida privada. Hanna y Bora deseaban tener hijos. Sin embargo, por una u otra razón, terminaban

postergando aquel anhelo cada vez más poderoso. Y cuando por fin creyeron que el momento había llegado, le ofrecieron a Bora ocupar la Embajada húngara en Turquía. La tristeza por la postergación fue compensada con la alegría que les provocaba el nuevo destino. Además de la importancia que tenía aquella representación diplomática, Turquía era para ambos un lugar misterioso y fascinante. Imaginaban su próxima residencia como una larga luna de miel.

Las visitas de Roderich Müller se hacían cada vez más frecuentes. Por una parte, el oficial alemán parecía disfrutar de la fingida hospitalidad de los Persay; por otra, Bora quería terminar cuanto antes el retrato y dar por concluido el asunto. Al principio, las visitas se limitaban a una o dos veces por semana. Los remedios amargos es mejor beberlos de un trago. Bora decidió que sería mejor citar al mayor cuatro días seguidos que estirar las sesiones durante uno o dos meses. No era solo el padecimiento que significaba cada visita, sino la espera angustiosa entre una y otra. Bora inventó la excusa de un viaje inminente al campo y propuso a Roderich Müller que terminara de posar antes de la partida.

—Oh, claro, comprendo. Pero no quisiera ser un estorbo en sus actividades cotidianas. Puedo esperar a su regreso.

—Será un placer recibirlo, como siempre —dijo Bora con una amabilidad forzada.

Fueron cuatro días de pesadilla para Bora, Marga y el personal de la casa. Hanna y Andris, como en cada visita del mayor, se obligaban a reemplazar el terror por placer. Hanna era quien iniciaba aquellas ceremonias íntimas. Andris al principio se aferraba a la razón y a la cautela. Hanna, como una sacerdotisa babilónica consumada, conseguía catequizar su voluntad y elevarla hasta alturas nunca antes alcanzadas. De otro modo no hubiesen podido soportar la presencia del verdugo a escasos centímetros de sus cabezas. Como si padeciera un tic fatídico, el mayor no dejaba de sacudir la pierna derecha haciendo tronar el taco de la bota contra el piso. Entregados al placer, los amantes bajo el Danubio suspendían los sentidos y, concentrados el uno en el cuerpo del otro, conseguían anular los ingratos sonidos provenientes del exterior.

Marga sufría cada vez más las visitas del oficial de ocupación. Le tenía pánico. No se atrevía a mirarlo a los ojos ni a articular palabra en su presencia. A riesgo de parecer antipática, Marga debía abandonar el recinto en el que estaba el visitante. Cuando Bora le comunicó su intención de que el mayor viniera cuatro días seguidos para terminar cuanto antes, Marga se enfermó.

Todos los síntomas que presentaba eran, en realidad, las reacciones fisiológicas del miedo. Marga descubrió que el objeto del terror no era el mayor Müller, sino alguien mucho más cercano. Tenía miedo de sí misma. Temía que un gesto o una palabra involuntaria pudiera delatar el secreto. La atormentaba la idea de que la primitiva hostilidad hacia Hanna se impusiera sobre la piedad cristiana.

Ambos matrimonios y el personal habían soportado estoicamente las continuas visitas del militar. Como siempre, el mayor pasaba a la casa, mientras dos oficiales permanecían de guardia en el atrio. Bora había avanzado a paso firme en el retrato y, tal como calculaba, era aquella la última sesión de modelo vivo con el mayor. La conclusión de la pintura no requeriría de la presencia de Roderich Müller. Como si de

pronto hubiera notado que los Persay ya no soportaban su presencia, antes de pasar al estudio, el militar retomó su inicial ánimo inquisidor.

—¿Hay algún lugar de la casa que yo no conozca?

—Sí, por supuesto, varios. No ha conocido los dormitorios ni las dependencias del personal doméstico ni el garage ni el ático. Son más las partes que no conoce que las que sí. Si lo desea, puede recorrer la casa todas las veces que quiera —dijo Bora, esta vez sin disimular el fastidio.

—¿Le molestaría si lo hiciera con personal militar bajo mi cargo?

—Mayor Müller, ¿qué está buscando exactamente? Si me lo dijera, tal vez podría ayudarlo —repuso, Bora.

—Oh, mi estimado embajador, son tiempos difíciles. La seguridad de la población es mi prioridad. Es una casa grande; no sería descabellado pensar que un intruso, sin su permiso, claro, pudiera estar ocultándose en algún lugar.

—Si así fuera, mayor, yo no podría ignorarlo.

—Yo en su lugar no estaría tan seguro —dijo el oficial e hizo un silencio denso, incómodo.

De pie en medio de la sala, el militar dio una vuelta sobre sí mismo buscando algo que hubiera podido escapar a sus inspecciones y agregó:

—Me quedaría más tranquilo, sobre todo por su propia seguridad, si mis soldados hicieran una recorrida minuciosa.

De pronto, Roderich Müller posó sus pequeños ojos de ave sobre Marga y acercándose a ella le dijo con un tono insidioso:

—Espero que a usted tampoco le moleste.

Esa breve frase fue el golpe final del lento proceso de demolición que había iniciado el militar. No lo soportaba más.

Marga sintió que las fuerzas la abandonaban. Las piernas le temblaban sin que pudiera controlarlas y se le nubló la vista. En ese extraño estado limítrofe entre la inconsciencia y la extrema lucidez, Marga inició un soliloquio con las palabras que tenía anudadas en la garganta, como un collar que la estaba ahorcando:

—Terminemos con esta farsa, usted lo sabe todo y no hace más que prolongar la agonía. Ha venido a esta casa para martirizarnos hasta el último momento y luego acabar con todos nosotros. Usted, en su infinita maldad, disfruta al hacernos atravesar este calvario. Usted, con su perversidad sin límite, pretende que mi marido termine su retrato para quedarse con él y luego denunciarnos. Pero no le voy a dar ese gusto. No habrá cuadro ni requisa. Usted siempre supo que protegemos a Hanna Gretz y a su esposo debajo del estudio en el que todos los días posa con su diabólica estampa. Siempre lo supo y no solo quiere entregarlos a ellos y a nosotros para sumar otra infame medalla sobre ese pecho sin corazón, sino que además espera rapiñar un cuadro de mi marido antes de asesinarlo.

Bora miraba a Marga con unos ojos desesperados. Corrió hacia ella y la sostuvo entre sus brazos antes de que cayera al piso desmayada.

—Oh, por favor, recuéstela en el sofá y llamemos a un médico. No quería importunarlos de esta manera. Oh, mi querido embajador, cuánto lo lamento, no era mi intención... —dijo el oficial mientras ayudaba a Bora a llevar a Marga hasta el sillón.

—No se preocupe, estará bien.

—Creo que ha querido decir algo antes de perder el conocimiento. Lamentablemente no llegué a comprender —malició el soldado otra vez con tono inquisitivo.

—No sería nada importante; está muy fatigada y ha tenido un poco de fiebre durante los últimos días —dijo Bora, que tampoco entendió ni una de las tres palabras que pronunció Marga antes de desmayarse: «Terminemos con esta...», llegó a musitar de manera ininteligible y luego se desplomó.

Marga recobró el conocimiento momentos más tarde, mientras el médico la revisaba en el mismo sofá donde la habían acostado.

—Nada importante, solo necesitaba tranquilidad y reposo —concluyó el doctor.

Cuando comprobó que no había motivos para preocuparse, el militar volvió a ofrecer una disculpa y se dispuso a abandonar la casa para que la familia Persay pudiera recomponerse.

—No es necesario que se retire —dijo Marga con amabilidad—, por favor, para nosotros sería importante que mi marido terminara el retrato cuanto antes, así podemos ir al campo para tomarnos un necesario descanso.

El médico asintió:

—Unos días de campo sin dudas es mejor que cualquier remedio que yo pueda recetarle.

—En ese caso, si ustedes así lo prefieren... —dijo el mayor y se dejó conducir por Bora hacia el *atelier*.

Mientras el dueño de casa completaba los últimos trazos del retrato, Roderich Müller posaba en silencio. No volvió a mencionar la posibilidad de una nueva inspección.

Marga, en el sofá de la sala, pensaba en aquellas palabras que nunca llegó a pronunciar a causa del desvanecimiento. Estaba segura de que el militar sabía todo.

Bora no puso su firma en el frente sino en el revés de la tela del retrato de Roderich Müller. No era una pintura de la que pudiera sentirse orgulloso. ¿Cómo explicar que ese cuadro no significaba una muestra de adhesión sino que, al contrario, había sido un acto de resistencia, un artilugio para proteger la vida de dos familias? Muchas veces la posteridad necesita de explicaciones que no siempre se conocen. Las obras suelen ser más resistentes y duraderas que sus autores. Por esa razón, Bora dejó muy claramente expresada su opinión. El retrato era una sentencia lapidaria sobre el militar del ejército de ocupación.

Bora había retratado a la perfección el espíritu grotesco que caracterizaba al mayor. Estaba despojado de cualquier intención caricaturesca: se veía tal cual era. El autor intervino en la obra con su neutralidad. Bora dejó que Roderich Müller modelara de la forma que él considerara más fiel a su carácter. Era una pose épica en cuya intención de grandeza se exponían todas sus miserias y, sobre todo, su insignificancia. La mirada pretendía perderse en la infinitud de algún sueño heroico, pero se notaba, a las claras, que sus ojos estaban fijos en una pared cercana confiriendo a la expresión una evidente cortedad de miras. La mano derecha cruzada sobre el pecho intentaba el gesto de quien brinda su corazón; sin embargo, sus dedos finos y pálidos señalaban con petulancia las medallas que adornaban el uniforme. Era un cuadro que una persona con dignidad jamás exhibiría en una pared. Pero cuando el mayor vio la obra terminada, no pudo disimular una euforia infantil. Ahí estaba él, en todo su esplendor, extendiendo las fronteras de su ego, completamente sordo a los llamados del pudor.

—Oh, mi querido embajador. No tengo palabras. Es el retrato más maravilloso que he visto.

El militar no se refería, claro, a las cualidades del artista sino a las infinitas beldades del modelo. Se contemplaba en aquel espejo perfecto de la arrogancia. Era, exactamente, el retrato del engreimiento como nadie había logrado plasmarlo en una obra de arte. De hecho, el título que había pensado Bora para la obra era *Soberbia con uniforme de gala*.

Arriba, Bora y Marga festejaron la muda victoria sobre Roderich Müller. Abajo, Hanna y Andris, que habían escuchado la calurosa despedida del mayor, comprendieron que también ellos habían ganado su batalla íntima y secreta. Pudieron resistir el fuego enemigo resguardados por una extraña armadura forjada con la fundición del pecado y la fe. A pesar de la ocupación alemana y del encierro al que estaban obligados Hanna y Andris, en la casa, desde los profundos cimientos hasta lo más alto del pararrayos, se respiraba un aire de victoria y liberación.

Sin embargo, Marga no podía evitar un inconfesable sentimiento de culpabilidad. Había estado muy cerca de delatar a Hanna y Andris. De hecho, si no lo hizo fue porque el súbito desmayo se lo impidió. ¿Había estado verdaderamente dispuesta a

pronunciar ante el mayor Müller aquel discurso que balbuceó mientras se desvanecía, o se trató de un desvarío producto de la fiebre? Quizá, pensaba para sí, ella no era distinta de los delatores que proliferaban por esos días. Al fin y al cabo, Hanna siempre había sido su más odiada rival. En el fondo de su corazón, Marga estaba segura de que la había querido más que a ella. ¿Acaso no tenía suficientes razones para delatarla? Cada vez que pensaba en aquel episodio, sentía una espina atravesada en la garganta. Marga no podía soportar sola el peso de la culpa. Varias veces había albergado la idea de confesarse en la iglesia. Pero sabía que no podía poner en conocimiento de un cura semejante secreto que, además, involucraba a su esposo. Muchos miembros de la Iglesia húngara eran activos colaboracionistas de los alemanes. De modo que cada vez que pensaba en cumplir con el sacramento, no conseguía sino hundir más profundo el filo de la culpa: se sentía doblemente delatora.

Una noche, durante la cena, Marga decidió confesarse con quien en verdad correspondía. Inspiró profundamente como si el coraje fuese un elemento constitutivo del aire y le contó todo a Bora. Lo hizo en medio de una crisis de llanto. Reprodujo el breve parlamento que no había podido pronunciar frente al oficial nazi a causa del desvanecimiento. Su marido dejó que hablara y terminara de desahogarse.

Cuando Marga quedó en silencio con la cara oculta entre las manos, Bora se incorporó, caminó hacia el otro extremo de la mesa, se arrodilló junto a ella y, como un niño, apoyó la cabeza sobre el regazo de su esposa. No tenía la actitud de quien dispensa una disculpa, sino, al contrario, era él quien parecía pedir perdón. Nadie había elegido esa situación. Era aquella una circunstancia demencial que escapaba a todo cálculo de la vida cotidiana, excedía lo soportable y tornaba imposible el funcionamiento normal de una casa. En rigor, nada podía escapar al gigantesco sinsentido de la guerra. El mundo había enloquecido. No podía acusarse a Bora de haber iniciado la guerra; pero él, en su fuero íntimo, cargaba con la culpa de haber dejado que la guerra entrara en la casa. Había sido injusto con su esposa. Primero la había arrancado del campo para llevarla a la ciudad y ahora la sometía a convivir con un pasado del que ella nada quería saber.

—Mi amor... —le dijo Bora a Marga; hacía muchos años que no le decía de esa forma.

Pensó una larga explicación que pudiera devolver a su esposa la tranquilidad perdida, pero solo pudo repetir aquellas mismas breves palabras:

—Mi amor...

Así, de rodillas junto a ella, con esa pequeña frase le dijo todo lo que tenía para decirle, todo lo que ella quería escuchar. Esas dos palabras eran un pedido de perdón, una aceptación de disculpas, un llamado a la cordura y, sobre todo, una reafirmación sincera de aquello que los mantenía unidos.

Ambos estaban lastimados. Marga era consciente del dolor que Hanna había causado a Bora; por más que él no hablara de aquella vieja herida, sabía cuánto lo había hecho sufrir. Secretamente, Marga odiaba a Hanna. La aborrecía no solo por

haber lastimado a Bora sino, principalmente, porque era dueña de semejante capacidad de daño sobre su marido. Pero también comprendía que aquella traición no era un asunto clausurado para Bora. La vieja cicatriz estaba mal curada y Marga podía darse cuenta cada vez que volvía a supurar. El enigma de la traición sobrevolaba como un ave negra sobre su matrimonio. A Marga no le importaba entender qué había llevado a Hanna a engañar a Bora. Pero sabía que él vivía con ese dolor; no el de la infidelidad, sino el que le provocaba el repetido interrogante que aún permanecía sin respuesta: «¿por qué?».

Marga creía que si Bora develaba el enigma, podría cerrar al fin aquel capítulo. Tal vez había llegado el momento de aclarar todo.

—Hanna te debe una explicación. Quizá el destino la trajo aquí para reparar el daño que te ha hecho.

Bora levantó la cabeza del regazo de su esposa y la miró con los ojos llenos de intriga.

—Preferiría que no habláramos de ella. Me resulta embarazoso.

—¿Acaso debo recordarte que está viviendo en esta misma casa? ¿Qué podría ser más embarazoso?

Bora no terminaba de entender qué intentaba decirle Marga. Se incorporó, se sentó en una silla junto a ella y guardó silencio para que desarrollara la idea.

—Propongo cambiar papeles con Hanna durante un día. Yo permaneceré un día y una noche en el sótano y ella vivirá en la casa durante ese mismo período. Nadie notará el cambio.

Bora miró a Marga como si se hubiese vuelto loca. Era una frase breve que contenía, sin embargo, una compleja trama de ideas que la mujer fue desgranando una por una.

—¿Cuánto tiempo puede permanecer alguien encerrado en un sótano sin ver nada más que una misma cara día tras día? No podemos seguir actuando como si no estuvieran ahí abajo.

—Es la única forma de no levantar sospechas. Sería muy riesgoso que se notaran movimientos extraños en la casa. Así lo planeamos desde el principio y nadie ha descubierto nada. Ni siquiera Müller con sus mal disimuladas requisas.

—¿Realmente tenemos que pensar que él no sabe nada?

—¡Claro que no sabe nada! —Se molestó Bora, como si quisiera convencerse a sí mismo.

Marga bajó la cabeza y se llamó a silencio. No era momento para iniciar una discusión.

—No los hemos visto desde el día en que bajaron. Ni siquiera sabemos cómo están, si necesitan algo, si están vivos o muertos. Es inhumano fingir que no existen.

—De eso se trata exactamente. Es la mejor forma de protegerlos: continuar con nuestra vida cotidiana como si no existieran.

—A eso los estamos condenando: a la inexistencia. ¿Cuál es la diferencia entre la

inexistencia y la muerte?

—¿Y qué cambiaría un día en la vida de alguien? —se exaltó Bora.

—En esas circunstancias, un día es una vida.

—Si los descubrieran, no solo morirían ellos. También nos matarían a nosotros.

—¿Cuánto tiempo se puede soportar encerrado? ¿Cuánto tiempo se puede vivir con una duda? Un día y una noche. Ese es el tiempo que Hanna tendrá para volver a ver el cielo, para mirar otra cara y escuchar otras voces. Un día y una noche para reencontrarse con el mundo y volver a respirar un poco de aire libre antes de volver a sumergirse. Un día y una noche será el tiempo que tendrás para que, de una vez, te quite el puñal del corazón y te explique el porqué de la traición.

Bora sintió un dolor en el pecho y un latido en falso como si realmente el puñal estuviera ahí, entre la cuarta y la quinta costilla del costado izquierdo. Pudo percibir con claridad que la herida todavía permanecía abierta y sangrante como el primer día.

Bora agachó la cabeza y asintió. Marga, como tantas otras veces, tenía razón. En lo que a él concernía, sí valía la pena arriesgar la vida con la esperanza de quitarse ese peso de encima. Bora había combatido en la guerra, había visto la muerte cara a cara y tenía una bala alojada en el cráneo. Podía dar fe de que una mujer era capaz de causar más daño y dolor que una bala de 9mm. Por otra parte, era consciente de que detrás de términos como patria y libertad se ocultaban otros menos heroicos: negocios y dinero. Si había puesto en riesgo la vida por intereses ajenos, por el destino de unos pocos hombres a quienes ni siquiera conocía, ¿cómo no iba a arriesgarla para terminar de una vez con la larga batalla que se libraba dentro de su alma? Él tenía verdaderas razones. Pero Marga ¿qué motivos podía tener para exponerse de ese modo? Como si hubiese leído la pregunta en los ojos de Bora, Marga le respondió antes de que él hablara.

—No puedo verte sufrir. No puedo —dijo con la voz quebrada.

¿Existen razones más poderosas que el amor y que el odio? Precisamente esa era la duda que tenía Bora: ¿Marga obraba por amor hacia él o por odio hacia Hanna? El amor, al menos en términos ideales, está dirigido a la felicidad del ser amado; el odio, en cambio, está destinado a la destrucción propia de quien lo ejerce. Era fundamental para Bora saber qué sentimiento primaba en la decisión de su esposa para que la jugada, de por sí arriesgada, pudiera tener éxito.

—¿Por qué lo harías?

—Porque te amo y odio que esa mujer te haya lastimado.

A veces, las respuestas más claras suelen ser las más oscuras.

Bora asintió y volvió a sentir esa puntada en el costado. De pronto surgió, vívido e intacto, el recuerdo del momento en que descubrió la traición de Hanna. Estaba resuelto a conocer la verdad.

Hanna y Bora, cada uno por su lado, recordaban los años en Estambul como los más felices de su matrimonio. La residencia de la Embajada estaba en el lugar más maravilloso de la ciudad. Era una antigua construcción inglesa de madera distribuida en tres plantas. El dormitorio principal, ubicado en el segundo piso, tenía un balcón desde donde se veían los cinco minaretes de la mezquita de Sultanahmet. Frente a ella aparecía la cúpula imponente de la catedral de Santa Sofía. Protegidos por el Cristo Pantocrátor desde la salida del sol y por Alá a partir del anochecer, Hanna y Bora tenían la convicción de que su matrimonio se extendía mucho más allá de las breves fronteras de este mundo. Despertaban al alba con los primeros cantos de los imanes. Recordaban los desayunos frente al mar, las caminatas a lo largo de la costa y los paseos en barco desde el lado europeo hasta la orilla asiática de la ciudad a través del Bósforo.

Durante las mañanas y parte de la tarde, Bora se dedicaba al trabajo diplomático. En la hora mágica, cuando atardecía y el sol se proyectaba oblicuo, el embajador cargaba al hombro el caballete de viaje y buscaba un lugar a *plein air* para pintar los paisajes turcos. Muchos viandantes se detenían con sorpresa alrededor del atril. La pintura era una actividad infrecuente, reñida incluso con las tradiciones musulmanas. A pesar de los vientos republicanos y europeístas que soplaban por aquellos tiempos, en ciertos sectores turcos todavía la representación era vista como una ofensa a los principios del islam. Bora, que entendía perfectamente el turco, fijaba sus ojos de extranjero sobre el lienzo y no contestaba ninguna de las reconvenciones que, con mayor o menor elocuencia, le dedicaban al paso. Jamás estos pequeños incidentes pasaron a mayores; de hecho, quienes se detenían a observar no podían menos que admirarse del talento del artista que no solo parecía venido del extranjero, sino, a juzgar por su anacrónico caballete de viaje, de otra época.

Fue durante aquellos días cuando conoció a quien por entonces era el agregado militar de Alemania en Turquía, el mayor Roderich Müller. En varias ocasiones compartió encuentros diplomáticos con él y otros representantes de diversos países. Nunca habían tenido una reunión a solas. El embajador Persay no reparó demasiado en el alemán. En una de las recepciones que ofreció Bora en su residencia, el agregado militar quedó impresionado ante los cuadros que decoraban las paredes del caserón victoriano. Bora estaba habituado a recibir elogios. El mayor, que no acostumbraba ofrecerlos, no ahorró loas a la obra del anfitrión. Roderich Müller, amante de la pintura, jamás olvidó aquellos cuadros. El embajador de Hungría nunca más recordó al militar hasta el providencial encuentro, muchos años después, en el puesto de control de Budapest. En cambio Hanna sí lo recordaba y no precisamente con agrado. En aquella misma recepción, habían mantenido un diálogo tan breve como destemplado.

—¿Cómo es su apellido, señora Persay?

Hanna se lo quedó mirando con estupor y con su mejor sonrisa le contestó:

—Persay.

—Oh, me refiero a su apellido de soltera.

—Sucedé que soy casada.

En ese momento se acercó Bora, que había escuchado el diálogo, y para distender la conversación, terció:

—Tal vez no los había presentado. Ella es mi esposa, Hanna Gretz. —Y agregó con una sonrisa amable—: Hanna Gretz Persay —dijo esto y luego Bora prosiguió con su tarea de anfitrión.

Cuando Hanna y el mayor volvieron a quedarse solos, el agregado militar retomó su pequeño interrogatorio:

—Gretz es un apellido judío, ¿verdad?

Hanna se dio media vuelta sin contestarle y caminó hacia donde estaba su marido.

Roderich Müller nunca olvidaría las pinturas de Bora ni el desplante de su mujer.

Al cambiar el gobierno húngaro, Bora fue relevado de la misión diplomática turca y el matrimonio volvió a Budapest. Coincidió con la decisión de Turquía de trasladar la capital a la ciudad de Ankara. La idílica temporada en Estambul contrastaba con el aire que empezaba a respirarse en Hungría. Aquel desprecio que Hanna había recibido de parte del agregado militar alemán fue un anticipo de lo que sucedía en su propio país.

De pronto, ser judío tenía un peso y una dimensión diferentes. Podía percibir que mucha gente se dirigía a ella como si formara parte de una secta insidiosa o participara de una conspiración inconfesable. A medida que se tornaba más denso el clima en torno de los judíos, los miembros de la colectividad, hasta entonces completamente integrados a la sociedad, comenzaron a replegarse sobre su círculo. El país se fragmentó en diferentes facciones artificialmente creadas. Desde el gobierno y a través de los numerosos dispositivos del Estado se estableció una línea divisoria que llegó a fracturar incluso los lazos familiares. De aquel meridiano invisible no escapó siquiera el viejo caserón frente al Danubio; sin que sus habitantes lo advirtieran, el lento proceso de destrucción comenzó a abrir resquebrajaduras en la imperturbable casa Persay. La oposición de ambas familias al casamiento de Hanna con Bora de pronto cobró una nueva significación.

Hanna, poco a poco y forzada por las circunstancias, fue restableciendo las viejas amistades de su infancia que creía perdidas para siempre. Ante la brutal y creciente segregación, los judíos, incluso aquellos que por diferentes motivos estaban distanciados entre sí, tomaban una natural actitud de protección colectiva. De hecho, en un encuentro emotivo propiciado por la madre, Hanna y su padre finalmente se reconciliaron.

Por aquellos días tuvo lugar un hecho que habría de suceder más tarde o más temprano. Los hilos invisibles que manejan el destino de las personas a veces quedan

en evidencia, y lo que parece obra del Gran Demiurgo se convierte en la función de un mal titiritero. No existen los encuentros casuales. Las leyes de la política son similares a las de la física. A toda acción corresponde una reacción. Dos cuerpos no caben en un mismo espacio. Empujados por las circunstancias, acorralados, expulsados de diferentes ámbitos, a medida que se los segregaba, los judíos se reagrupaban.

El reencuentro de Hanna con sus viejas amistades, las reuniones de las familias, condujeron a que todos los torrentes se encauzaran hacia el mismo río. En ese decurso, Hanna y Andris volvieron a encontrarse luego de muchos años en casa de una amiga en común. Ella conservaba el mismo afecto por su amigo de la infancia. Se abrazaron como dos náufragos en una isla desierta; eran involuntarios actores de una misma tragedia que se avecinaba y muchos no querían ver. Quizá el propio Bora se resistía a creer que la historia volvería a encaminarse hacia un nuevo drama. Es poco frecuente soñar dos veces la misma pesadilla. Pero sucede.

Hanna no creyó necesario contar a Bora su reencuentro con Andris; hubiese significado otorgarle una importancia que, suponía por entonces, no tenía. Había un universo de recuerdos, de gente en común y de tradiciones de las que Bora no participaba y que, acaso con razón, Hanna suponía que a su marido ni siquiera le interesaba conocer. Estas reuniones en casa de amigos comunes empezaron a hacerse cada vez más frecuentes. Ella no solo se reencontró con su antiguo ambiente social, sino también con sus propias raíces judías.

El judaísmo no está hecho con la dura roca de las Tablas de la Ley. Hay algo más primario, elemental e intangible como el color del *borscht*, las dulces canciones de cuna en idish, el perfume del krein sobre el guefilte fish, la huella indeleble de las persecuciones grabadas en la memoria de las generaciones. Eran impresiones que Hanna no podía —y hasta entonces no necesitaba— compartir con Bora. Ella reencontró en Andris los elementos perdidos de su propia biografía. Y a medida que se iba cerrando el círculo sobre los judíos, más se replegaba Hanna sobre su historia personal.

Sin que pudieran notarlo al principio, Hanna y Bora comenzaron a distanciarse. No fue un movimiento abrupto, aunque tampoco progresivo. En rigor, no tenía que ver con la lógica del espacio, sino, antes, con la del tiempo. La percepción del pasado y del futuro poco a poco erosionó el presente que parecía perfecto. Por esa razón, en un comienzo, el alejamiento fue imperceptible para ambos. No hubo discusiones ni problemas; no estuvo en duda el amor, ni se presentó el menor atisbo de malestar en la convivencia. A pesar de que pensaban de manera semejante, eran esencialmente distintos. Nunca lo habían notado. Tal vez jamás hubiesen percibido las diferencias de no haber sido por las extrañas circunstancias que atravesaba el mundo. Él no llevaba en la sangre ni en la memoria el austero alivio del pan ácimo. Ella, en algún lugar, conservaba el hambre y la sed del desierto; sabía que la matzá quita el hambre pero aumenta la sed. Bora tenía sangre azul y una bala alojada en la cabeza. Los

linajes y las tragedias de uno y otro eran diferentes. Ambos sabían qué era la vida e ignoraban qué era la muerte, aunque la visión que tenían sobre una y otra era diametralmente opuesta. En circunstancias normales, ningún matrimonio se detiene en estas sutilezas existenciales. Sin embargo, la guerra convierte esas evanescentes diferencias en un abismo insondable. La vida y la muerte dejan de ser especulaciones de la razón para transformarse en un dilema urgente, inmediato, desesperado. La vida pasa a ser un cristal frágil y la muerte una posibilidad cercana. Sin que pudieran percibirlo, Hanna y Bora habían quedado separados por la línea invisible que dividía el mundo y atravesaba, también, la casa Persay.

Las personas nunca cambian; cambian las circunstancias. Y esa variación es la que modifica las relaciones entre las personas. Las guerras y las convulsiones sociales producen cataclismos semejantes a los movimientos telúricos: de pronto la tierra se abre en dos y determina quiénes quedan a uno y otro lado del abismo. Entonces Hanna y Bora fueron arrojados uno a cada lado del precipicio. Ella volvió a la pequeña isla del pasado. La misma en la que vivía Andris.

Bora vivía en un mundo seguro. Estaba seguro de sí mismo, de su talento, del reconocimiento social, de sus posesiones y de su honradez. Ni siquiera la posibilidad de una nueva guerra conseguía conmover ese aplomo. Estaba preparado para morir. Sabía matar. Bora suponía que aquella seguridad se extendía a todo lo que estaba bajo su cuidado: sus campos, su casa y su esposa. Hanna, en cambio, vivía en un mundo de incertidumbre. Luego de la mágica temporada en Estambul, se encontró con una Budapest diferente. No compartía ninguna de las certezas de su marido y su país no le ofrecía garantía alguna. Sentía que la mera voluntad de Bora no alcanzaba para protegerla a ella ni a su familia ni a sus amigos.

Andris era débil. Sin embargo, Hanna sentía que la fragilidad de su amigo de la infancia se complementaba con sus propias dudas y temores. Ambos experimentaban un sentimiento de comprensión mutua que no encontraban fuera de aquella amistad hecha con la piedra basal de la niñez, cuya materia suele ser más sólida que el diamante. Andris era el exacto opuesto de Bora: no solo le tendía la mano a Hanna para ofrecerle auxilio sino, además, para buscar en ella protección y amparo. Los encuentros siempre se producían en casa de amigos comunes. Por otra parte, las familias de Hanna y Andris conservaban la antigua amistad y seguían compartiendo negocios.

En contraste con su vida sentimental, Andris supo construirse una brillante carrera profesional: se había convertido en un odontólogo exitoso; tanto que ya ni siquiera debía ocuparse de la boca de los pacientes. Era dueño de la mayor fábrica de insumos para implantes dentales de Hungría. Había superado ampliamente la aspiración de quedarse con la cuarta parte de las piezas dentarias del Imperio austrohúngaro; de hecho, su anhelo había sobrevivido al desaparecido Imperio: abastecía al mercado interno, exportaba a Austria y a muchos otros países.

—Un Napoleón de los dientes —le dijo Hanna entre risas, repitiendo la misma frase que le había dedicado cuando él era estudiante. Ahora lo decía sin sarcasmo ni menosprecio: se sentía orgullosa de su viejo amigo.

—¿Napoleón? No, tonterías; un Julio César de las dentaduras postizas —corrigió Andris—, mi imperio dental se extiende desde Suecia hasta la Argentina.

—¿Argentina? —festejó Hanna con una carcajada, como si le hablara de una tierra tan lejana e irreal como Lilibut.

—Sí, Argentina. Allí también tienen dientes y diría que los usan más que nosotros.

Andris acompañó la risa de Hanna con una breve sonrisa. Si de algo no podían calificarse su apariencia y su actitud era de cesarianas. Conservaba la modestia y el tono vacilante de la niñez. Nunca había olvidado a Hanna. Aunque ahora ella era una mujer casada, él la seguía amando con la misma intensidad de la infancia.

Andris sabía que no tenía forma de competir con Bora. El esposo de Hanna era

uno de los artistas más reconocidos de Hungría. Por otra parte, su excelente gestión diplomática lo proyectaba como un político en ascenso. El origen noble de Bora no solo generaba una natural empatía con los sectores aristocráticos; dueño de una prédica republicana y una genuina sensibilidad social, logró trasponer el alto muro de su clase y extender su figura sobre las capas medias. De hecho, cuando Bora se postuló como diputado, fue elegido mayoritariamente por el círculo de profesionales y comerciantes al que pertenecía Andris. Él mismo lo habría votado si no hubiese sido su odiado rival. A pesar de los progresos profesionales y económicos, Andris nunca había dejado de tener una mirada autocompasiva. Desde pequeño, cada vez que se contemplaba frente al espejo, se consideraba poca cosa: demasiado flaco, enjuto y de una palidez rayana con lo enfermizo. Por otra parte, siempre había sido sumamente tímido, retraído e incapaz de exponer sus convicciones y defenderlas ante los demás. Había desarrollado un talento para evitar las discusiones. El aspecto frágil del odontólogo judío contrastaba con el porte atlético y la fuerte personalidad del hijo del *Vítez*.

Andris edificó su destino sobre la arcilla de sus inseguridades. Bora, en cambio, fue víctima del peso granítico de su propia seguridad. Jamás había experimentado celos y sostenía que solo servían para abonar la tierra donde echaba raíz la maleza del engaño. Se tenía en tan alta estima que suponía que nadie podría hacerle sombra. Estaba acostumbrado a que hombres y mujeres cayeran rendidos a sus pies. Allí abajo, a sus pies y bajo su sombra, sucedían cosas que él, siempre con la mirada fija en lo alto y a lo lejos, no alcanzaba a percibir. Bora era un hombre fuera de lo común y acaso por esa misma razón le costaba entender al común de los hombres. Nunca pensó que su esposa pudiese fijarse en otro y, mucho menos, en alguien como Andris.

Forzada por las circunstancias y contra su voluntad, Hanna se vio obligada a ocultar determinados aspectos de su persona y de su vida. Jamás imaginó, por ejemplo, que iba a tener que esconder su condición de judía. De pronto, los encuentros con sus antiguos amigos comenzaron a parecerse a una actividad clandestina. Poco a poco y a medida que el antisemitismo se extendía como una mancha de aceite, las reuniones sociales iban tomando la forma de pequeños mítines secretos en los que se hablaba a media voz, fuera del alcance de miradas y oídos extraños. Unidos por el pasado, veían con espanto el presente y temían por el futuro. Así, en el curso de aquellas reuniones, la relación de Hanna y Andris comenzó a teñirse de esa misma clandestinidad y secreto.

A los encuentros en casa de amigos comunes, se añadieron breves citas en la oficina que Andris tenía sobre la ribera de Pest. Estas visitas furtivas de Hanna no guardaban ningún propósito turbio; estaban tan despojadas de segundas intenciones que resultaba innecesario decírselo a Bora; hubiese significado otorgarles una entidad que no tenían. Al menos eso era lo que sentía Hanna. Andris, en cambio, esperaba esas citas con una ansiedad lindera con la desesperación. Contaba las horas que faltaban para el siguiente encuentro. La noche anterior no podía conciliar el sueño.

Andris vivía en una paradoja: la desdicha ante los acontecimientos sociales y políticos coincidía con sus efímeros instantes de felicidad. ¿En qué momento las cosas tomaron un giro inesperado para ambos?

Cada vez que salía a encontrarse con Andris, Hanna tomaba el abrigo y se despedía de Bora. No le daba explicaciones ni él se las pedía; se suponía que iba a casa de su amiga Anikó. Bora le ofrecía el auto y el chofer. Hanna prefería caminar. Quiso el azar que una tarde, Tibor, el chofer de la familia, pasara con el coche por la puerta de las oficinas de Andris en el mismo momento en que llegaba Hanna. Le sorprendió la actitud furtiva con que la mujer traspuso la puerta: tenía la cara metida entre las solapas del abrigo como si quisiera evitar que alguien pudiera reconocerla. Ella no lo vio. Tibor detuvo el auto y examinó la entrada presidida por una gran marquesina buscando algún indicio. Era el tipo de edificio de oficinas moderno y sobrio que por entonces comenzaba a florecer en el centro de Pest. Llevado por la curiosidad profesional, el chofer esperó a que Hanna entrara en el ascensor. Escudado en el uniforme, Tibor ingresó en el amplio *hall*, saludó al conserje y dirigió la mirada hacia el cartel que indicaba la ubicación de las oficinas. El portero no hizo ninguna pregunta; era normal que los choferes quisieran estirar las piernas mientras esperaban a los pasajeros. Tibor recorrió el letrero con una mirada sumaria y rápidamente encontró lo que buscaba: en el cuarto piso estaban las oficinas de Lasker Dental.

Como correspondía, todo el personal de la casa Persay conocía vida, obra y milagros de los patrones. No se trataba de una mera afición por las indiscreciones; al contrario, lo consideraban parte del trabajo. Tibor jamás habría podido considerarse un buen empleado si desconociera cada uno de los elementos del mecanismo del auto. Del mismo modo, debía conocer a la perfección el funcionamiento de la familia para la cual trabajaba: usos, costumbres, horarios y caprichos, nada podía quedar librado a la ignorancia. Tibor siempre parecía reconcentrado en el trabajo mientras conducía en silencio. Y en rigor, así era. Sin despegar la vista del camino, nunca perdía un solo detalle de lo que hablaban ni olvidaba cada uno de los nombres y lugares que mencionaban los pasajeros. Era parte de su oficio. Podía establecer nexos de situaciones pasadas y presentes, conocía los más recónditos secretos y en muchos casos era la cabeza y la agenda de su patrón. Recordaba cada una de las direcciones, sitios y lugares de destino a los que había ido. Sabía quién vivía en cada casa y qué relación unía a los habitantes con sus patrones. En realidad, «patrones» era una forma de decir; él solo reconocía como tal a quien llevaba el apellido Persay desde la cuna.

Tibor recordaba perfectamente quién era Andris Lasker y qué relación lo unía con la esposa de su patrón. Lo sabía incluso mejor que Bora. Hanna lo había mencionado en más de una oportunidad. El chofer había puesto especial atención en ese nombre. De hecho, no se sorprendió al ver el apellido de Andris en el tablero de la entrada.

Desde el momento en que Tibor vio a Hanna entrar en el edificio, supo que ese era el fin del matrimonio. Aquella mañana, el chofer contaba con tiempo de sobra; había llevado el auto a revisión mecánica y el trámite duró menos de lo previsto. De

modo que decidió montar una pequeña guardia frente al edificio desde el interior del Mercedes. Tal como supuso, a las once en punto vio salir a Hanna de la misma subrepticia manera con la que había entrado. La mujer apuró el paso hacia el puente y cruzó a pie rumbo a Buda. Como sucedía dos o tres veces por semana, a las once y media Hanna llegó a su casa. Horas más tarde, el propio Tibor la escuchó mentir. Sin que se le moviera un músculo de la cara, Hanna contó a Bora detalles del encuentro inexistente con su amiga Anikó. No era necesario que el chofer fuera con el cuento al patrón; Tibor sabía que más tarde o más temprano Bora descubriría todo. Pero no podía ocultar el episodio; hubiese significado una grave falta a su oficio. No se trataba de un acto de delación; tampoco lo impulsaba un sentimiento de lealtad ni un prurito moral. Era una obligación laboral. No tenía nada en contra de Hanna. Sencillamente debía informar a su patrón que algo no funcionaba bien, como lo haría si fallara, por ejemplo, la dirección del auto.

Cuando Tibor le dijo que necesitaba hablar con él, Bora supuso que quería anoticiarlo de algo relativo al coche. Una vez a solas en el garage, el chofer lo puso al corriente de las novedades. Le habló sin rodeos ni dramatismo:

—La señora le mintió —resumió Tibor como si le informara que el velocímetro no estaba marcando la velocidad precisa.

Bora, sin perder la calma, le pidió al chofer que se explicara. Tibor reprodujo en detalle la escena de la que fue testigo.

—La señora no estuvo en casa de una amiga sino en las oficinas de Andris Lasker.

Bora asintió con una sonrisa. Si había experimentado una leve inquietud al comienzo de la exposición de Tibor, cuando escuchó el nombre de Andris recuperó la calma. Era tan bajo el concepto que tenía del amigo de la infancia de Hanna, que no albergaba la idea de que pudiera ocultarle algo en relación con él. Seguramente se trató de un episodio sin importancia que su esposa ni siquiera consideró digno de mención. Tal vez hasta lo había olvidado. Hanna y Andris conocían mucha gente en común, tenían una larga relación familiar; de hecho, eran casi primos. Bora agradeció la preocupación a su chofer, lo despidió con una palmada en el hombro y continuó con sus asuntos.

Durante la cena, Bora se interesó en el encuentro de Hanna con su amiga y, sin ánimo inquisitorial, le preguntó si había hecho algo más luego de la visita a Anikó.

—No —contestó de manera evasiva—, ¿qué otra cosa podría hacer?

—Bueno, podrías haber pasado por la casa de tus padres. O de algún pariente. No lo sé; es solo una pregunta.

—No, no —respondió, y rápidamente cambió de tema.

Era verdaderamente extraño que no le dijera nada. Bora procedió con naturalidad y no preguntó más. Tuvieron una cena distendida, como siempre.

Esa noche Bora no pudo dormir. Tampoco la siguiente. Esperaba que llegara el día en que Hanna volviera a decirle que iría a casa de su amiga, cosa que finalmente

sucedió el jueves de la semana posterior.

—Voy a casa de Anikó —dijo Hanna, mientras tomaba el abrigo—, vuelvo al mediodía.

Bora le ofreció que Tibor la llevara, de acuerdo con las costumbres de la casa.

—Prefiero caminar —contestó, conforme a sus nuevos hábitos saludables.

Bora se despidió de su esposa como si nada sucediera; por dentro, se lo llevaban los demonios. No bien Hanna traspuso la puerta, Bora salió tras ella antes de que pudiera perderle pisada. Al entrar en el garage, Tibor, de pie junto al auto, le dijo:

—En su lugar no me arriesgaría a que me viera. Tal vez sería mejor que yo lo llevara en el auto.

—No —contestó Bora—, no es necesario.

Entonces ordenó a Tibor que le entregara las llaves del coche, la gorra, la librea y la dirección exacta del edificio.

Ataviado como un chofer, puso el auto en marcha y se dirigió hacia Pest. Cuando estaba cruzando el puente, pudo ver a su esposa que apuraba el paso por la senda peatonal. Hanna era incapaz de distinguir un auto de otro. En menos de cinco minutos Bora llegó a la puerta del edificio. Estacionó el coche a una distancia prudencial de la puerta y bajo la sombra de la visera, esperó aferrado al volante. Diez minutos después vio aparecer a Hanna desde la esquina. Con la cabeza oculta entre las solapas del abrigo, su esposa entró en el edificio.

De pronto nada era lo que parecía. Aquel mundo seguro y organizado en el que vivía Bora cimbró desde lo más profundo. Todas las certezas volaron como hojas muertas a merced de un temporal. ¿Quién era la mujer que dormía junto a él todas las noches? ¿Quién era él? Lo invadió un sentimiento de patetismo; disfrazado de chofer frente al volante del auto, una y otra vez se preguntaba por qué. No podía creer que estuviera representando la escena de una tragedia cuyo papel nunca imaginó para él. Jamás pensó que le tocaría ser parte del elenco de una obra lamentable y, menos aún, como un mero actor secundario. Pero la tragedia ya estaba montada.

No se movió de su puesto durante la hora y media que transcurrió desde que Hanna entró hasta el momento en que salió. Bora pudo ver cómo su esposa levantaba el cuello del abrigo de piel y escondía la cara entre las solapas. Puso el motor en marcha y se adelantó para llegar a la casa antes que ella.

Bora la recibió leyendo el diario sentado frente al hogar como si nunca hubiese salido. Le preguntó cómo le había ido en casa de su amiga Anikó.

—Bien —contestó escuetamente y se encerró en el dormitorio.

Si Bora hubiese procedido de acuerdo con el sentido común que solía esperar de los demás, habría tomado una decisión ese mismo día. Pero algo que no podía precisar se lo impidió. No le dijo nada a Hanna ese día ni el siguiente. Esperó a que llegara el jueves y, como la semana anterior, siguió a su esposa y montó guardia en la puerta del edificio.

Sentado al volante del Mercedes, disfrazado de chofer, se dejaba ganar por un

sentimiento hasta entonces inédito para él. Era una mezcla de autocompasión y extrañamiento. No podía reconocer a su esposa. Se desconocía a sí mismo. Las leyes que gobiernan la existencia y las que rigen el Universo dejaron de tener significado. Bora había extraviado la brújula del sentido común.

Todos los jueves a las diez de la mañana se repetía la misma escena sin variaciones. Hanna salía, él corría hasta el auto, se vestía con la ropa de Tibor y la esperaba en la puerta del edificio donde Andris tenía sus oficinas. Dentro del auto, al otro lado del vidrio, Bora miraba una y otra vez las dos breves escenas de la misma función teatral: la entrada y la salida de Hanna una hora y media después. El resto de la obra se lo tenía que imaginar. Bajo la librea de chofer, Bora revolvía la herida como si en algún punto disfrutara de ese dolor.

¿Hasta dónde quería llegar? ¿Qué otra prueba le hacía falta? ¿Qué más debía saber? ¿Qué detalles era necesario conocer? El engaño estaba consumado desde el momento en que Hanna, su mejor amiga, su esposa, la niña que había conocido en los jardines del Hotel Gellért, le mintió. ¿Para qué dejar que el puñal entrara más hondo cada día? Conocía la naturaleza humana. Había estado en la guerra. Tenía una bala en la cabeza. Vio morir a sus compañeros. Había matado. ¿Qué podía ser peor que lo que le había tocado vivir en el frente de batalla?

Bora despreciaba la estupidez y sabía que lo que estaba haciendo era estúpido. Solo debía sentarse frente a frente con Hanna, conversar calmadamente y establecer los términos del divorcio. No tenían hijos, lo cual, claro, facilitaba las cosas. Bora había ingresado en un estado de desconcierto semejante a la fascinación. Por momentos se comportaba como el espectador de su propia tragedia. En términos teóricos, no había razones para que siguiera viviendo con Hanna. No quedaba lugar para el amor ni, menos aún, para el perdón: lejos de abrir su corazón a Bora, confesar su yerro y disculparse, Hanna, cada día, profundizaba en el engaño. ¿Él habría estado dispuesto a perdonarla? No. La confianza es como la virginidad: no se puede recuperar una vez que se pierde.

La mentira de Hanna y la farsa que había montado Bora podían haber continuado para siempre. Pero ¿cuánto tiempo más estaba dispuesto a ser el único y furtivo espectador de esa pieza teatral cuyo escenario principal estaba vedado a sus ojos? ¿Qué sucedía durante esos encuentros? ¿Y si solo se trataba de una relación de amistad sin ninguna otra connotación? No tenía sentido. Él jamás había mostrado celos y no hubiese impedido nunca aquella hipotética amistad. ¿Qué se proponía Bora cada vez que seguía a su esposa y confirmaba, una y otra vez, el mismo itinerario? ¿Esperaba que aquella relación terminara de la misma silenciosa forma en la que había comenzado? Si acaso Hanna hubiera dejado de verse en secreto con Andris Lasker, ¿qué habría cambiado? El engaño estaba consumado.

Cada mañana, cuando abría los ojos, Bora esperaba que todo aquello no fuera más que un mal sueño. Pero esa ilusión era tan breve como el parpadeo que conduce a la vigilia plena. Le resultaba imposible convivir con esa pesadilla.

El jueves siguiente, Bora fue tras los pasos de Hanna y se dispuso a repetir la consabida escena. Como de costumbre, Hanna se cubrió la cara con el abrigo y entró en el edificio. Pero Bora, en lugar de ocultarse bajo la visera, se quitó la gorra y una vez que su mujer cerró las puertas del ascensor, decidió abandonar su butaca de espectador y entrar en escena. Sin premeditarlo, Bora descendió del auto, cruzó la calle e ingresó en el *hall*. Como lo haría un chofer ejemplar, saludó al conserje y con paso decidido se dirigió hacia los ascensores.

—Vengo a buscar al señor Lasker —dijo al pasar frente al mostrador. El portero asintió sin levantar la vista.

En la soledad del ascensor, Bora extrajo del bolsillo su pistola FN, comprobó que estuviera cargada y antes de llegar al cuarto piso volvió a guardarla. Una vez en el pasillo, se detuvo frente a la oficina en cuya puerta se leía Lasker Dental. Llamó con dos golpes suaves. Le abrió una recepcionista sonriente.

—Vengo a buscar al señor Lasker —dijo Bora sosteniendo el gorro de chofer bajo el brazo.

La mujer se mostró sorprendida. Andris no tenía chofer personal ni solía utilizar autos de alquiler. Sin dejar de sonreír, le explicó que el señor Lasker estaba en reunión, pero que le anunciaría su llegada. Con una sonrisa idéntica, Bora entró en la oficina.

—No se preocupe, no es necesario, yo me anunciaré personalmente —repuso Bora mientras ganaba el pasillo principal.

La recepcionista intentó tomarlo del brazo, pero él la esquivó con un movimiento de hombros. Mientras caminaba, Bora sacó la pistola y entonces la mujer, presa de un ataque de nervios, rompió a gritar. A su paso se cruzó con otros empleados. Ciego de ira, iba llevándose por delante a quien se interponía en su camino. Guiado por un instinto de animal al ataque, Bora llegó hasta la entrada del despacho de Andris quien, sorprendido por los gritos, abrió la puerta en ese preciso instante. Sin intención de golpearlo, Bora apoyó una mano sobre el pecho del dentista; venía con un impulso tal, que lo lanzó hacia atrás haciendo que cayera de espaldas. Al ingresar en el despacho, pudo ver a su esposa que, sentada en uno de los sillones, lo miraba con expresión demudada.

—Esto se acabó —dijo Bora mirando a Hanna y apuntando a Andris.

La mujer no entendió si la frase aludía a su matrimonio, a la vida de Andris o a ambas cosas a la vez.

El dueño de Lasker Dental no atinaba a incorporarse. Desde afuera llegaban gritos, corridas y palabras de pánico. Bora cerró la puerta, guardó el arma, extendió un brazo hacia Andris para ayudarlo a que se pusiera de pie y entonces, cuando ambos hombres estuvieron frente a frente, Bora le dijo al odontólogo:

—No permitiré que dé un paso más sobre mi honor como si fuese una alfombra de su mísero mundo de dientes postizos. Esta afrenta se lavará con sangre —dijo Bora. Se encaminó a la puerta y de pie bajo el dintel, antes de salir por donde entró,

sentenció—: Lo reto a duelo.

Ni siquiera le dedicó una mirada a Hanna.

Bora había retado a duelo a Andris pero no tuvo el valor para hablar con Hanna. En rigor, había desafiado a Andris para evitar enfrentar a su esposa. A partir del episodio en las oficinas de Lasker Dental, Bora dejó de hablar con Hanna. El matrimonio quedó suspendido en un limbo. Seguían viviendo bajo el mismo techo pero evitaban cruzarse. Bora se instaló en el cuarto de huéspedes y durante aquellos días apenas si salía de la habitación. Hanna comprendió que su esposo quería dejar la decisión del divorcio del lado de ella. El tiempo se detuvo. El único hecho que tenía un horizonte cierto era la fecha del duelo. La muerte se convirtió en el punto de reunión de los tres destinos. Alguno de los dos podía morir. Acaso para uno de los dos el trance duraría unos minutos, pero el duelo habría de cargarlo Hanna el resto de su vida. Faltaban siete días.

Bora, sin proponérselo, había honrado a su oponente; de acuerdo con las tradiciones del duelo, solo era lícito desafiar a quien perteneciera a la misma condición no solo social sino, antes, moral; es decir, a alguien que tuviese un honor que defender. En un duelo solamente podía derramarse sangre azul. Todas estas consideraciones pasaban por la atormentada cabeza de Bora; Andris, ajeno a las tradiciones propias de la nobleza, tenía otras preocupaciones. En primer lugar, jamás había empuñado una espada, nunca había disparado una pistola; ni siquiera se había tomado a golpes de puño. La lucha para él era otra cosa: provenía de una familia pobre que pudo acceder a determinada posición económica a fuerza de trabajo y sacrificio. Su abuelo y su padre habían debido pelear cada peldaño del costoso ascenso social. Andris mantenía una lucha cotidiana para conservar cada uno de los dientes sobre los que había edificado su pequeño imperio.

Bora, en cambio, no conocía las privaciones. Había nacido en cuna de oro y la lucha no estaba mediada por metáfora alguna. Al tener resuelta la situación económica, los combates se libraban en nombre del honor, categoría en la que se confundían la patria, el suelo y las tradiciones. Para cuidar el honor Bora había practicado esgrima desde pequeño; para defender la patria había aprendido a manejar las armas de fuego. Andris sabía que no tenía chance alguna de enfrentar a Bora. Certeza que, en silencio, compartía con Hanna.

El odontólogo podría haber declinado el duelo con solo haberse negado a recoger el guante. Pero hubiera significado renunciar al honor y, peor aún, dejar todo el peso de la culpa sobre los hombros de Hanna. A ella, por su parte, todo aquello le parecía una locura. Pero sabía que cualquier intento de mediación no haría más que avivar el fuego. Desde entonces no había vuelto a hablar con Andris y Bora no le dirigía la palabra. Lo más sensato que podía hacer era mantenerse recluida en silencio.

Bora experimentaba un irrefrenable deseo de matar a Andris. Esperaba con impaciencia que llegara el momento. Para él no se trataba de conseguir una satisfacción a primera sangre. Lo había retado a muerte. Bora se sentía humillado y

traicionado. Pero el sentimiento que se imponía en su espíritu era la perplejidad. ¿Qué había sucedido? En su nuevo cuarto había un espejo de pie. Bora pasaba largos ratos considerando su propia imagen. Quería dilucidar qué veía o, más precisamente, qué había dejado de ver Hanna en él. Ni siquiera se preguntaba qué atractivo podía haber descubierto en Andris; consideraba que no había en la desgarbada estampa del dentista nada que una mujer pudiera admirar.

Aquella perplejidad estaba hecha de incompreensión, impotencia y desconsuelo. Bora era incapaz de entender qué la había impulsado a engañarlo con ese hombre, cuya mísera existencia consistía en hurgar la boca de los demás.

El día siguiente al reto, un emisario de Bora se presentó en la oficina de Andris para completar las formalidades del duelo. Al odontólogo le correspondía elegir el arma. Andris desconocía la diferencia entre un revólver y una pistola. Tampoco sabía distinguir entre los diferentes tipos de espadas. Pensó para sí que lo mejor sería un arma de fuego. En primer lugar, podía existir la remota posibilidad, aunque más no fuera matemática, de que su oponente marrara el disparo. Pero sobre todo, era el modo más expeditivo de poner fin a esa comedia trágica. Si estaba destinado a morir, Andris prefería que fuese lo más pronto posible, sin someterse a una larga humillación. ¿Qué otra cosa más que el ridículo podía hacer el dentista blandiendo una espada? Todo esto pensó Andris. Sin embargo, por alguna razón que jamás pudo explicar, en el momento de elegir, dijo sin vacilar al emisario:

—Florete.

Era el arma que mejor manejaba Bora. Andris no tenía chance. Pero una voz misteriosa le había dictado la decisión.

Faltaban siete días para el duelo, eternos para Bora, breves para Andris. El odontólogo no informó a nadie de su entorno; no lo supo ni su familia ni sus amigos ni sus empleados de confianza. Solo anotició a su abogado, un viejo amigo de la familia, para que pusiera los papeles en orden en el caso nada improbable de que muriera y para que oficiara de padrino en el lance. Andris sabía que el abogado familiar era incapaz de revelar un secreto. El viejo letrado intentó disuadirlo con afecto pero sin éxito. Debió morderse los labios para no informar a las autoridades, acaso la única forma de detener aquella locura. Los duelos permanecían en un limbo legal: no estaban expresamente prohibidos ni permitidos; era una antigua tradición sostenida en códigos de honor que, en la aristocracia, se mantenía por encima de las leyes escritas.

Bora se había criado en aquel pequeño mundo de normas cerradas, rituales anacrónicos y mandatos inmutables. Una ofensa no era solo un agravio concerniente al honor propio; el honor se heredaba como el linaje y los títulos nobiliarios. Del mismo modo, una injuria era una mancha para el apellido y la memoria de los antepasados. La heráldica no era una lengua muerta; los escudos y las espadas que descansaban sobre los hogares cobraban vida cada vez que el honor los requería. Los viejos fantasmas que habitaban la casa Persay salían de los oscuros recovecos para

volver a señalar el destino de la familia. Aquellos espíritus, centenarios espantajos que moraron en el viejo caserón, susurraban en el oído de Bora y le hacían hervir la sangre azul.

Andris, en cambio, era un hombre convencional. Por completo ajeno a las armas, a los viejos códigos de nobleza, sordo y ciego a los fantasmas familiares, solía tener preocupaciones más pedestres. Compartía con Hanna aquel mundo hecho de elementos simples. Ambos sabían encontrar la belleza en los pequeños gestos de la gente común y corriente que, por lo general, pasaba inadvertida para Bora. El universo de Andris no estaba a la altura de las Bellas Artes de Bora. Era un mundo de piezas dentarias, de implantes y prótesis odontológicas. Pero aquel pequeño cosmos de atmósfera halitósica muchas veces servía para devolver, si no el honor, al menos la dignidad a una boca que no pudiera morder pan ni exhibir una sonrisa decorosa. Para Hanna, aquella habilidad en apariencia sencilla era también un arte mayor.

Bora se contemplaba en el espejo como si esperara de él la explicación a su tragedia. Andris, en cambio, se miraba en los ojos de Hanna. Indiferente al amor propio, solo pensaba en el amor de la señora de Persay. Ni siquiera le importaba morir. No sabía pelear, no tenía ninguna destreza física ni, mucho menos, la habilidad necesaria para matar. No lo atormentaba la idea de la muerte, sino la de perder la vida sin elegancia alguna. Imaginaba su caída tumultuosa, el gesto dolorido y la expresión ridícula postrera. No toleraba la idea de morir como un triste comediante frente a los ojos de Hanna.

Durante los últimos tiempos había demasiados héroes y ella intuía que aquel espíritu épico estaba llevando al mundo a un punto sin retorno. Nada anhelaba más que las cosas volvieran a la normalidad. Lejos de la megalomanía imperante, Andris era la personificación del hombre común. Bora, en cambio, era un príncipe idéntico al de las ensoñaciones de las adolescentes. Hanna había descubierto que aquel pedestal de belleza, abolengo, fortuna y tradiciones le resultaba inalcanzable. Bora, solitario, miraba el mundo desde arriba. Andris, igual que Hanna, disfrutaba de la llanura donde habitaban los mortales, de las pequeñas cosas, de los detalles y las minucias cotidianas que constituyen los efímeros instantes que a veces se parecen a la felicidad.

El reto a duelo era un acto anacrónico que incluía todo aquello de lo que Hanna necesitaba huir: la hostilidad, el enfrentamiento, los delirios de grandeza, el desprecio por la vida y la vacuidad de la idea de la muerte. En lugar de alejar a Andris, lo único que había conseguido Bora fue empujarlo a punta de espada hacia los brazos piadosos de Hanna. La actitud de su esposo le resultaba patética. Lejos de parecerle un acto honorable, para ella era un gesto de cobardía retar a muerte a alguien que jamás había empuñado un arma.

Los hombres suelen atribuir a las mujeres una fascinación por cosas que, en general, les son por completo indiferentes cuando no repudiables. Presuntos atributos de virilidad y poder tales como la fuerza física, la destreza para la pelea o la

disposición a humillar a quienes consideran sus rivales no son condiciones que las mujeres inteligentes suelen valorar. Los conceptos de victoria y derrota no coinciden en la percepción de hombres y de mujeres.

Bora esperó el día del duelo con ansiedad; Andris, con resignación. Por diferentes razones, ni uno ni otro practicaron con la espada. Bora porque no tenía necesidad. Andris porque no tenía espada. Bora podía haberse entrenado para matar a su enemigo con estilo. Andris, aunque más no fuera, para morir con decoro.

Era una mañana gris, destemplada. Una garúa fina, semejante a la niebla, confería a la escena un dramatismo teatral. Un pequeño grupo de hombres formaba un breve círculo en el claro abierto en medio de un bosque de abetos perteneciente a una de las fincas de los Persay. Andris Lasker tenía la prerrogativa de elegir la espada. Sin embargo, decidió ceder la ventaja. El dentista desconocía las virtudes o los defectos de los floretes exhibidos por los padrinos. En cambio, sabía de los honorables principios de Bora; al declinar la elección, evitaba poner en evidencia su impericia y se aseguraba de que el retador respondiera la gentileza resignando la mejor espada. Así lo hizo: Bora dejó para Andris el florete que hubiese querido para él.

Además de los padrinos, había cinco testigos: dos de cada una de las partes y uno imparcial. El abogado y amigo de la familia Lasker, que oficiaba de padrino, hacía esfuerzos por ocultar su preocupación e intentaba transmitir confianza a su ahijado dándole palmadas en los hombros. Conocedor de la jurisprudencia, en un momento se alejó con su contraparte y le recordó que la justicia podía condenar a quien diera muerte a otro en un duelo, que no era necesario ni prudente llevar el lance más allá de la primera sangre.

—Lo sé y me gustaría que así fuera —dijo el padrino de Bora—, pero para mi ahijado el honor está por delante de las leyes.

Andris no levantaba la mirada del suelo. Entregado a su suerte, quería que el duelo diera inicio cuanto antes y, en consecuencia, terminara lo más pronto posible. Miraba la arena de aquel silvestre coliseo entre los árboles y sentía lo que debía experimentar un cristiano antes de ser arrojado a los leones. El barro bajo las suelas de las botas era una macabra metáfora de su destino. Bora, mientras tanto, ensayaba algunas figuras blandiendo la espada en el aire. Lo hacía con tanta elegancia que parecían pasos de una coreografía. Andris, resignado, disfrutaba en su fuero íntimo de la exhibición que ofrecía Bora, como si con aquel espectáculo le estuviese dedicando una suerte de última voluntad. La función llegó a su fin cuando los padrinos ocuparon el centro de la escena y llamaron a los contendientes y a los testigos. El padrino de Andris leyó el código de honor y, luego, el de Bora expuso los términos del lance:

—Señores, el duelo es a muerte —concluyó.

Un silencio cerrado se impuso por un momento, hasta que se quebró bajo el primer cruce de las espadas.

Bora miraba el centro de los ojos de Andris como si quisiera ver cuál era el secreto que se escondía detrás de las pupilas dilatadas por el miedo. En lo profundo de los ojos de Andris, Bora descubrió todo lo que debe percibir un esgrimista: supo que su oponente estaba entregado como un cordero; que la muerte anidaba en su interior y lo impulsaba hacia la punta de su espada; que aquellos ojos no podían ver un mañana; que ya su conciencia era puro pasado. Y en ese pasado vio el rostro de Hanna. Un raptó de furia contenida hizo la primera aparición.

Bora podía matarlo de una sola estocada; pero no iba a darle el gusto de terminar tan pronto. En un movimiento veloz, invisible, el retador cortó limpio un mechón de pelo que caía sobre los ojos de Andris. El dentista no entendió lo sucedido hasta que se llevó la mano a la frente y vio el puñado de pelos en el barro. Los testigos de Bora se miraron entre sí y sonrieron. El padrino de Andris lanzó una mirada de protesta a su contraparte. No había sido una estocada honorable. Bora se alejó unos pasos para permitir que su contendiente pudiera reponerse.

Como un animal acorralado, Lasker se lanzó al ataque con unas zancadas largas y torpes, blandiendo la espada como si fuese un elemento contundente. Bora dio un paso al costado, giró media vuelta y vio cómo su oponente terminó abrazado a un árbol que detuvo su carrera. En esa posición, el desafiante podía haber atravesado el torso de su enemigo y dejarlo clavado en el abeto como a un Cristo. Pero se limitó a rasgar la tela de la parte posterior de la camisa dejando la espalda descubierta. Cuando Andris consiguió girar sobre sus talones y reubicarse, Bora repitió el movimiento y esta vez hizo volar todos los botones de la camisa. El pecho palpitante de Andris quedó desnudo.

En ese preciso instante, se escuchó el sonido de un motor que se acercaba. Los padrinos y los testigos desviaron la mirada en dirección al camino que delimitaba el monte. Los duelistas permanecieron quietos. Andris no estaba en condiciones de escuchar nada. Bora, en cambio, reconoció de inmediato ese sonido. Imperceptiblemente alterado, se dijo que tal vez debía matar a Andris en ese momento. Estaba por clavar la punta del florete entre las dos costillas que conducen al corazón cuando un auto frenó en medio del sendero a unos cincuenta metros del claro entre los árboles. Llovía.

Los padrinos detuvieron el lance y todos, salvo Bora, dirigieron la mirada hacia el coche. Desde la puerta del conductor descendió un chofer con uniforme. El hombre dio la vuelta por delante del *capot*, desplegó un paraguas, abrió la puerta trasera y ayudó a bajar a quien venía en el asiento del pasajero.

Como si se tratara de una ensoñación previa a la muerte, Andris vio cómo Hanna hundía los tacos en el barro mientras se acercaba bajo la lluvia. Un paso más atrás, sosteniendo el paraguas, venía Tibor, el chofer de los Persay. Padrinos y testigos observaban absortos la imprevista llegada de la mujer. No hizo falta que nadie forzara la imaginación para deducir que era ella la causante de aquella reunión de honor. Hanna se detuvo junto a los testigos y, sin más, dijo:

—No quiero interrumpir; por favor, prosigan.

Los padrinos guardaron silencio y solo cuando obtuvieron la conformidad de los duelistas determinaron que continuara el lance. Hanna se abstuvo de hacer comentarios o gestos. Pero se horrorizó in pectore al ver el calamitoso estado de Andris. El dentista no comprendía a qué había ido Hanna. Bora, en cambio, lo entendió de inmediato. Debía matar a su oponente antes de que se le enfriara la sangre. Andris se sintió avergonzado frente a la mirada de Hanna.

El aspecto del odontólogo era lamentable: la ropa hecha jirones y el pelo enmarañado por el paso de la espada le conferían la apariencia de un mendigo. Bora, en cambio, lucía impecable: perfectamente peinado hacia atrás, la camisa metida dentro del pantalón, las botas inmunes al barro, la mirada clara y la expresión compuesta lo hacían ver como un príncipe. Sin embargo, a los ojos de Hanna, Andris era un Cristo y Bora, su verdugo. Y por lo visto, el victimario estaba dispuesto a hacer pasar a su mártir por todas las estaciones del *via crucis*.

Sin mirar a su esposa, Bora se lanzó sobre Andris. Por un lado, lo impulsaba el ansia de verlo muerto; por otro, quería extender el escarnio para que todos lo vieran humillado antes de que le llegara la hora. Una vez más, Bora debió contenerse para no matarlo. En lugar de hundirle la espada, con un breve movimiento de la mano, le marcó en la frente un perfecto signo de interrogación. La pregunta que el dentista no podía leer estaba dirigida a Hanna. Aquel signo habría de durar menos en la piel de Andris que en el alma de Bora. Hanna entendió perfectamente el mensaje. Miró a su esposo con un gesto de indignación y desprecio infinitos. Estaba escribiendo con sangre en el cuerpo del amigo de su infancia la más cruel de las cartas que un hombre puede dedicar a una mujer. Por primera vez, Bora sintió que Hanna odiaba a alguien. Él era el depositario de aquel sentimiento que, le constaba, ella jamás había experimentado hasta entonces. Un balde de vergüenza cayó de pronto sobre la espléndida humanidad de Bora. Miraba a su oponente con la súbita piedad que acababa de contagiarle su esposa. Solo entonces, Bora comprendió que cuanto más honda era la humillación que le provocaba a Andris, más se agigantaba el odontólogo frente a los ojos de Hanna.

Al principio Bora pensó que su esposa había llegado para salvarle la vida a Andris; descubrió luego que, en realidad, estaba ahí para salvar los rescoldos de honor que aún le quedaban a él.

La herida que le acababa de provocar al amigo de su esposa había quedado borroneada por la sangre y la lluvia. Bora detuvo la mirada en la frente de Andris y se sintió el más miserable de los hombres: por aquellos días, hordas de salvajes marcaban las casas y las tiendas de los judíos. El signo de interrogación que sangraba entre las cejas de Andris ahora se dirigía a Bora. Herido por su propia espada, derrotado, bajó los brazos y dejó caer el florete sobre el barro. Sin atreverse a pronunciar palabra ni a mirar a los presentes, se dio media vuelta y se alejó bajo la lluvia por el sendero.

Hanna había conseguido salvar la vida de Andris y la dignidad de quien aún era su esposo. En su marcha sin rumbo aparente, acaso Bora no percibió que sus pies lo estaban llevando hacia el fin del camino que atravesaba el bosque: la casa de Marga.

Había pasado mucha agua bajo el puente desde aquel lejano día del duelo. Muchas otras lluvias lavaron las heridas de entonces y el tiempo se encargó de borrar la cicatriz de la frente de Andris. Pero aquel signo de pregunta jamás desapareció del corazón de Bora. «¿Por qué?», se preguntaba una y otra vez cada día de su vida. Y ahora, después de tantos años, Marga le ofrecía a su esposo la última oportunidad para que Hanna le respondiera la pregunta.

En un acto de piedad extraño, Marga propuso a Bora cambiar el lugar con Hanna por veinticuatro horas. Ella iría al sótano con Andris y Hanna pasaría un día en la casa, arriba, con Bora. Un día y una noche era suficiente tiempo para saldar viejas cuentas. Un día y una noche que serían un respiro, una bocanada de oxígeno, una breve inversión de ambos mundos que, tal vez, permitiera poner las cosas en su lugar para siempre.

Marga estaba dispuesta a prestarse como prenda de paz: su marido tendría la chance de encontrar una respuesta al interrogante que lo atormentaba; Hanna obtendría un día de libertad, la posibilidad de reencontrarse con la luz del sol; Andris podría ver una cara diferente, escuchar una nueva voz y, acaso, conocer algún secreto. Marga repitió la propuesta a su esposo:

—Estoy dispuesta a cambiar papeles con Hanna durante un día entero. Müller ya no tiene nada que hacer aquí; no volverá. Nadie notará la diferencia.

—Es una locura —dijo Bora con un hilo de voz, casi sin convicción.

—¿Qué capítulo de toda esta historia no es una locura? —preguntó Marga a la vez que se incorporaba y tomaba una cigarrera de plata de la mesa. Ella jamás pensó que habría de convertirse en una fumadora; siempre había sentido un profundo desprecio por las mujeres de la ciudad que tenían esa costumbre a su juicio frívola y poco femenina. Pero a su pesar, Marga se había convertido en una mujer de la ciudad.

—¿Acaso es normal que tu exesposa viva en esta casa con su actual marido? —dijo ella mientras extraía un cigarrillo y luego buscaba el encendedor dentro de la caja en la que Bora guardaba las pipas y el tabaco—. ¿Es normal que la mujer que te mintió y te lastimó duerma en esta misma casa junto al hombre con el que te engañó? —se preguntó antes de encender el cigarrillo.

Envuelta en el humo de la primera bocanada, Marga prosiguió con su cuestionario:

—¿Acaso no es una locura que yo le dé refugio a la mujer a la que debería odiar?

Sin que su marido pudiera responder una sola de las preguntas, continuó:

—¿O crees que es una situación común y corriente que escondas en tu propia casa al hombre al que pudiste haber matado, poniendo ahora en riesgo tu propia vida y, te recuerdo, también la mía?

Marga se dejó caer en el sillón, cruzó las piernas y con el cigarrillo entre los dedos se quedó mirando a Bora. Esperaba una contestación.

Bora agachó la cabeza, asintió y luego musitó:

—Sí. Es cierto. Todo esto es una locura.

—¿Entonces?

—No es una decisión que podamos tomar solo nosotros.

Marga dejó escapar una breve carcajada:

—Hanna pagaría para pasar un día aquí contigo.

Guardó silencio, le dio otra calada al cigarrillo y con las palabras cargadas de humo y malicia, completó:

—Y sobre todo, una noche.

A Bora le resultó un comentario gratuito e inadecuado; sin embargo, Marga había tocado un nervio sensible. La frase contenía un enigma: Hanna lo había engañado, había forzado el divorcio y, finalmente, se casó con el hombre que ella eligió en lugar de Bora; ¿qué interés podía tener en pasar una noche con su exesposo, cuando ella había resuelto no volver a pasar ninguna otra noche con él? ¿Qué sabía Marga que él ignoraba? Como si le hubiera leído el pensamiento, su mujer decidió agregar un poco más de confusión:

—Es notable la incapacidad de los hombres para entender a las mujeres. Pero es cierto —retomó Marga el comentario de Bora—, no es una decisión que esté solo en nuestras manos; depende también de ellos.

Bora dijo con sarcasmo:

—¿Y qué se te ocurre, organizar una tertulia abajo o una cena aquí arriba para que lo conversemos entre todos?

—No es necesaria la ironía. Es una decisión que ellos deben meditar con tiempo, sin presiones ni apuro —dijo la mujer como si ya tuviese el problema resuelto.

Entonces Marga aplastó el cigarrillo en el cenicero, tomó papel y pluma y se concentró en la escritura. Era una carta dirigida a Hanna, de mujer a mujer. Cuando puso punto final, se incorporó, salió del cuarto, se puso el abrigo, atravesó el jardín y entró en el *atelier* de Bora.

Era una noche sin luna, oscura y fría. Una vez dentro, Marga se quitó los zapatos para no sobresaltar con los tacos a los huéspedes que tal vez dormían allí abajo, plegó el papel en tres y lo introdujo entre dos tablas del piso como si fuese la angosta boca de un buzón. En el *atelier* había un silencio aterrador. No había indicios de vida. Estaba forcejeando con la hoja, que se trababa con el canto de los listones cuando, de pronto, alguien invisible se la arrancó de los dedos y la hizo desaparecer debajo del suelo.

Un sentimiento de horror empujó a Marga fuera del *atelier*. Comprobó no ya que estaban despiertos, sino que estaban vivos. Pero no era esperable ni sensato que hubiesen tomado la carta con la misma ingenuidad con la que un pez muerde una carnada.

Había sido un día dramático en el subsuelo de la casa Persay. En realidad el término «día» era una convención cada vez más difícil de conciliar entre Hanna y Andris. El día de uno no siempre coincidía con el del otro. No solo porque era imposible diferenciarlo de la noche, sino porque durante los últimos tiempos sucedía que mientras uno permanecía despierto, el otro dormía. Llamaban día a los períodos de vigilia y noche, a los de sueño. Al principio, Hanna y Andris se iban a dormir juntos aunque uno de los dos no estuviese cansado. El que primero abría los ojos al día siguiente despertaba al otro y se levantaban al mismo tiempo. Algo similar sucedía con las comidas; aunque no tuviesen hambre, se daban ánimos para sentarse a la mesa y comer juntos. «Mesa» también era un eufemismo para referirse no solo al cajón de madera sobre el que comían, sino a la ceremonia de compartir la comida. Intentaban mantener los ritos habituales y establecer rutinas que hicieran de aquel cautiverio una vida más o menos semejante a la que tenían antes.

El baño diario no era solo una norma de higiene imprescindible en ese ámbito reducido donde el aire era un bien escaso, sino, además, una suerte de bautismo cotidiano en el que no solo se mantenía limpio el cuerpo, sino que el agua fría les daba una sensación de pureza y vigor. Por otra parte, consideraban indispensable mantener un aspecto presentable. Luego del baño, Andris se afeitaba, se peinaba y se las arreglaba para recortarse el pelo sin más auxilio que una navaja y un pequeño espejo de mano.

Marga había tenido la infinita delicadeza de incluir entre la cantidad de ropa que había preparado para Hanna varios lápices labiales, rubores y hasta cremas para la piel que ella misma fabricaba. El matrimonio había sabido preservar la dignidad a partir de los más mínimos gestos de cuidado del uno hacia el otro. Hanna y Andris se habían convertido, literalmente, en concubinos; es decir, convivían dentro del mismo cubo. Siempre se ocuparon de mantenerlo aseado y ordenado; ponían especial cuidado en el sanitario que habían improvisado con un cajón al que le habían practicado un orificio cuyo centro coincidía con el caño cloacal al que destinaban grandes cantidades de agua de la única canilla que había, para conservarlo limpio.

Durante la mayor parte del tiempo, la vida cotidiana de Hanna y Andris en aquel pequeño mundo cúbico se organizaba en torno de estos rituales. Pero durante los últimos tiempos las cosas habían empezado a desarreglarse. Todo había comenzado con un pequeño e inofensivo resfrío que atacó a Andris; nada importante: unas líneas de fiebre, dolor de huesos, debilidad y una molesta congestión respiratoria.

Andris se vio forzado a guardar reposo y, como sucede durante las enfermedades, el decaimiento físico le impedía acomodarse a los ritmos diarios: dormía la mayor parte del hipotético día y durante la noche conjetural el cuadro empeoraba. Según la creencia generalizada, suponían que la noche era la noche porque coincidía con el aumento de la fiebre; sin embargo, descubrieron que la temperatura corporal subía de

acuerdo con la percepción: creía que era de noche cuando Andris tenía sueño. Solía suceder que ambos estuvieran seguros de que era de noche, pero, de pronto, ciertos movimientos en el *atelier* les revelaban que, en realidad, era de mañana. Pudieron comprobar que el organismo funciona de acuerdo con la percepción del tiempo y el espacio y no necesariamente conforme al tiempo y el espacio en sí.

Durante la enfermedad de Andris, Hanna mantenía las rutinas no solo para cuidar a su esposo, sino para obligarse a conservar alta la moral. Temían que sucediera lo que finalmente aconteció: el decaimiento físico se transformó en un nuevo derrumbe anímico. Una sombra de barba oscureció primero el aspecto y luego el temple de Andris. Al principio no podía levantarse; más tarde no quería siquiera intentarlo. Con el argumento de que el agua fría favorecería la aparición de nuevos gérmenes, el aseo se hizo cada vez más espaciado hasta que el aire se tornó irrespirable para Hanna.

Antes de retirarse por completo, la enfermedad dejó sembrada su malsana semilla en el ánimo de Andris. Los hábitos que habían pulido con tanto esmero de pronto se herrumbraron. Andris dormía cuando estaba cansado y se despertaba a cualquier hora; comía si le venía en gana o se sometía a largos ayunos. Hanna se ofrecía para afeitarlo, pero él defendía su barba, larga y desprolija, como quien se aferra a un grillete de desidia.

Hanna asistía con espanto al desmoronamiento de su marido. Ya había ensayado todas las fórmulas posibles para devolverle el ánimo; había escrito sobre cuanta superficie pudiera contener palabras, pero las narraciones que antes lo transportaban a otros universos ya no conseguían desplegar sus alas abatidas. Las habilidades de sacerdotisa babilónica de Hanna tampoco tenían efecto alguno. Desde que el cuerpo de Andris había dejado de ser un templo para convertirse en un cúmulo de ruinas, tampoco el sacramento del placer servía para sacarlo de la oscuridad.

—No lo soporto más —dijo Andris como para sí, antes de meterse en el camastro y dejarse caer en un sopor abismal.

Andris no dormía; se sumergía en unos profundos estados de inconsciencia para huir de sí mismo. Hanna se acostó a su lado, lo cobijó entre sus brazos como a un niño pequeño y le cantó una hermosa canción de cuna en idish. Era la melodía más dulce del mundo. Hanna se durmió con lágrimas en los ojos y un rictus de angustia. Cuánto quería a ese hombre desgarrado e indefenso. No podía verlo en ese estado. Cuánto lo quería. Bora era capaz de matar por ella. Andris, en cambio, había estado muy cerca de morir. Mientras lo abrazaba, recordaba su figura torpe el día en que se entregó mansamente a la espada de Bora.

Había en los hombres algo de locura e inocencia infantil, incluso en los actos más grandilocuentes. Los hombres, de pequeños, jugaban a la guerra y se batían con armas de juguete. De grandes, seguían jugando a la guerra con armas verdaderas. El mundo estaba gobernado por niños que se creían adultos. Hanna se durmió abrazada a ese hombre cuya única culpabilidad era la inocencia mientras le cantaba una canción de cuna:

Schluf main Kind, main Klein, main táiers
Oi, dalú, lalú
Maj shóin tzi di Sheine óign
Oi, dalú, lalú
In América is dain tote, dáiner, zinúñu...

(Duerme mi niño, mi pequeño, mi querido,
Oi, dalú, lalú
Cierra tus lindos ojos
Oi, dalú, lalú
En América está tu padre, el tuyo, hijito...)

Hanna, que se había dormido profundamente, se despertó con una angustia indecible. No podía precisar cuánto tiempo había pasado desde que entonó la canción de cuna hasta que la ganó el sueño. Estaba mareada, confundida y un mal presagio le oprimía la garganta. En medio de la penumbra, notó que Andris se había liberado del abrazo. Giró esperando encontrarlo del otro lado del pequeño catre, pero tampoco estaba ahí. Un leve rechinar de maderas acompasado provenía de arriba. Tenía la impresión de que algo se cernía sobre su cuerpo, pero la oscuridad era tan densa que no conseguía penetrarla con los ojos aún adormilados. Buscó los fósforos a tientas y con la manos temblorosas consiguió encender uno. Lo que vio fue el espectáculo más horroroso que jamás hubiera presenciado.

La llama del fósforo vaciló y luego se apagó a causa de la corriente de aire. Había llegado a ver la figura de un hombre que se abatía sobre ella. Hanna deseaba que aquella visión fuese solo una pesadilla. Encendió otro fósforo y sin mirar hacia arriba se apuró a prender el candil. Una sombra se balanceaba contra la pared. Cuando por fin comprendió la escena tuvo que taparse la boca para no dejar escapar un alarido.

Mientras ella dormía, Andris se había escurrido de los brazos de su esposa y, con el mayor sigilo, se había colgado de una viga del techo. Con un pantalón había improvisado una soga y uno de los cajones se había convertido en un pequeño patíbulo. Los pies de Andris se movían como el péndulo de un reloj, a poca distancia del suelo. La cabeza estaba volcada hacia un lado y la lengua, azul, asomaba desde la comisura de los labios.

Hanna se incorporó y con sus escasas fuerzas se abrazó a las piernas de su marido y lo levantó en vilo. Era demasiado peso y no tenía forma de liberar el nudo. Pero al menos consiguió que la tela del pantalón descomprimiera un poco la garganta de su esposo. Hanna se debatía entre gritar para pedir auxilio a los de arriba o continuar sola con sus infructuosos intentos para liberar a Andris. El cuerpo todavía estaba caliente y creyó percibir un resuello en el momento en que lo elevó. Ella había pasado por un trance idéntico, víctima del cortinado del dormitorio, en esa misma casa.

Recordó el día en que Bora la descubrió colgada del barral de la cortina y la creyó muerta. Aunque no podía mover ni un párpado, ella escuchaba y comprendía cada una de las palabras de quienes acudieron en su ayuda. La fatídica experiencia le hizo ver que era imposible afrontar esa tarea sola. Entonces apeló a la única persona que podía auxiliarla: Andris.

Abrazada a sus piernas largas y huesudas, temblando por el peso que soportaba para no dejarlo caer, le habló:

—Mi amor —le dijo—, mi amor —repitió—, no me dejes. Me harías mucho daño. Yo no podría seguir sola. Ni aquí ni en otra parte. No podría. Me obligarías a seguirte. No quiero morir, mi amor, no quiero pensar en morir. Me matarías de pena.

Hanna hablaba con la voz quebrada por el llanto y el esfuerzo. Ya no podía seguir sosteniéndolo. Con las mejillas rojas y las venas del cuello y la frente a punto de estallar, Hanna, como pudo, prosiguió con un hilo de voz:

—¿Recuerdas los dos patos en el lago? Recostados en la orilla veíamos cómo volaban, idénticos, uno junto al otro. A donde iba uno, iba el otro. Si ella bajaba al agua, él nadaba a su lado. Cuando él caminaba junto a la orilla, ella iba un paso atrás y luego remontaban vuelo, siempre juntos. Era inconcebible, no para ellos sino para el universo, que pudieran separarse. Imaginar un pato sin el otro era la imagen de la desolación. ¿Te acuerdas, mi amor? Los mirábamos en silencio. Nunca dijimos una palabra. Pero yo vi el brillo de la tristeza en tus ojos, te vi llorar en tu interior y me

enamoré para siempre. Yo, en cambio, no pude evitar un llanto franco. No dijimos una sola palabra. Pero ambos imaginamos sin mencionarlo la muerte de uno de los patos. Y ambos lloramos no al pato muerto, sino al que quedaría solo. Mi amor —dijo Hanna con sus últimas fuerzas—, no me dejes. Te lo ruego.

Entonces Hanna sintió un temblor semejante a un movimiento telúrico en las piernas de Andris. Como un volcán que se activara desde el magma y expulsara una súbita fumarada, Andris rompió a toser. Mientras Hanna lo elevaba con renovadas fuerzas, él consiguió interponer sus manos entre la tela del pantalón y el cuello. Ella hizo un recorrido sumario con la mirada en torno del cuarto y descubrió un cuchillo cerca de sus pies. Estiró la pierna hasta alcanzarlo y lo acercó con el extremo de los dedos. Sin soltar a su esposo, Hanna liberó un brazo y con un movimiento preciso levantó el cuchillo, y lo estiró hacia Andris. Él lo tomó por la hoja y con el filo rasgó la tela hasta que finalmente se rompió y cayó al suelo.

Hanna deseaba besarlo, abofetearlo, decirle cuánto lo necesitaba, insultarlo, deshacerse en un llanto de pena y felicidad. Vivir. El nexo de Hanna con la vida era poderoso, bíblico, hebreo. Creía en el Dios vivo en oposición a los dioses de la muerte, a cuyos pies se inclinaban los antiguos egipcios y levantaban pirámides funerarias. El vínculo de Hanna con el mundo de los vivos era tan fuerte que había conseguido traer a su marido desde las tinieblas. Extenuados, permanecieron acostados en silencio durante horas. Así, en esa misma posición estaban cuando vieron que, de pronto, surgía un papel entre dos maderas de la viga que había servido de cadalso.

Hanna se trepó sobre el cajón. En puntas de pies, alcanzó el extremo de la hoja y terminó de pasarla por la ranura. Ambos tuvieron la inmediata certeza de que aquella carta que venía desde lo alto no podía ser sino de Dios.

Y tal vez no se equivocaban.

El momento en el que Hanna y Andris recibieron la carta de Marga fue providencial. Si hubiese sucedido el día anterior, tal vez no habrían aceptado el ofrecimiento. Pero bajo esas circunstancias dramáticas, consideraron que la aparición de aquella esquila no era obra de la mera voluntad humana. Solo Aquel que tenía el don de verlo todo era capaz de haber dispuesto las piezas del destino de esa forma. Esa convicción fue la que impulsó a Hanna a tomar el papel sin dudarlo. Jamás pensaron en la posibilidad de que pudiera tratarse de una burda trampa del mayor Müller; no porque aquella alternativa estuviese fuera de sus cálculos, sino porque, pensaron, el mal no se presenta de ese modo.

Por primera vez desde que estaban en el subsuelo sintieron que alguien se acordaba de ellos. Aunque no resultara sensato suponer que los dueños de casa se hubiesen olvidado de su existencia, aquella inquietante idea siempre estaba tácitamente presente.

Para Andris, la carta significó una respuesta directa e inmediata a su intento de acabar con todo. El suicidio se le había impuesto como la única salida posible. La carta de los Persay irrumpió como una puerta hacia otro escenario. Hanna y Andris necesitaban tanto como el agua y el aire oír otras voces, ver otras caras y, sobre todo, imaginar un desenlace; sea cual fuere.

Ambos eran conscientes del riesgo que significaba que Hanna saliera del sótano. Pero acababan de comprobar que, por entonces, el mayor peligro convivía con ellos ahí abajo. Andris ya tendría tiempo para atormentarse con la idea de que Hanna pasara un día y una noche con su peor enemigo. Pero ahora necesitaba ver el exterior aunque más no fuese a través de los ojos de su esposa.

La falta de noticias era una tortura cotidiana. Ignoraban las alternativas de la guerra y el nuevo mapa del mundo. No tenían modo de saber a qué distancia del sótano se encontraba el conflicto. Se preguntaban, incluso, si aún continuaría la guerra. ¿Y si hubieran ganado los alemanes? ¿Cuánto tiempo más podían permanecer escondidos? Temían haber sido condenados a reclusión perpetua por sus propios protectores.

Hanna traería novedades. Buenas, malas o, seguramente, de ambas. Como fuere, no podían continuar al margen de la realidad. Hasta el escenario más sombrío serviría para que pudieran imaginar un destino. Había algo peor que un futuro aciago: la falta de un porvenir. Desde que habían descendido a ese pequeño Hades solo había un presente incesante, extenso y oscuro como una caverna sin fin. Aquellas veinticuatro horas serían una hendidura en la roca, un resquicio desde donde atisbar la superficie.

Hanna temía que Andris se mostrara de acuerdo con ella solo por no frustrar la única posibilidad para que volviera a ver el mundo. De pronto albergó la idea de que su estadía con Bora podría significar un nuevo y mayor tormento para su esposo. No sabía siquiera cómo expresarle estas dudas sin resultar ofensiva. No fue necesario;

Andris adivinó las cavilaciones de su esposa y se adelantó a liberarla de cualquier remordimiento. No tenía motivos para sentirse culpable. Al contrario. También él necesitaba establecer contacto con otra persona para no enloquecer. Aunque fuera la mujer de su peor enemigo. Precisaba saber si aún era parte del género humano, si todavía era capaz de tender un nexo con otro que no fuera Hanna. Llegó a preguntarse si el lenguaje para comunicarse con su esposa seguía siendo el mismo que empleaba el resto de los mortales.

Andris no solo quería enterarse de las grandes noticias que anunciaban los diarios en titulares tamaño catástrofe, sino también las pequeñas novedades mundanas: cómo estaba el clima; si aún funcionaban los baños turcos o continuaba abierto el café al que iba todas las mañanas; qué obra estaban dando en la Ópera; qué películas se habían estrenado últimamente; cuáles eran los nuevos actores de moda en el teatro. ¿Y el fútbol? ¿Seguían jugándose los torneos? ¿Quién estaba ganando? ¿En qué posición estaba su equipo, el Ferencváros?

Andris era un apasionado del fútbol. Suponía con cierta tristeza que Marga no podría contestar estas últimas inquietudes. Seguramente ella compartiría con Bora su desprecio por el fútbol. La aristocracia en general y los Persay en particular aborrecían los sentimientos primarios que el fútbol despertaba en el común de la gente o, más precisamente, en la gente como él. Para ellos los deportes verdaderos eran la esgrima, el ajedrez y el tenis, aunque veían con cierto resquemor que este último se estaba volviendo bastante popular. Hanna, a su regreso, habría de contarle todas aquellas novedades. Ella sabía cuánto le gustaba el fútbol; de hecho, en más de una ocasión lo había acompañado a ver al Ferencváros.

Andris estaba más entusiasmado que su esposa con la salida. Sabía que ella lo llevaría en el pensamiento cada minuto que permaneciera afuera. Todo lo que Hanna pudiera ver y enterarse lo compartiría con él de regreso en el sótano. Hanna, pese a que estaba feliz con la posibilidad de volver a ver el mundo, intuía que no todos serían momentos gratos. Temía pasar de una celda a otra. Ella sabía que a pesar de los años, Bora todavía estaba lastimado. Pero el entusiasmo de Andris era razón suficiente para asumir el riesgo. Hacía apenas unas horas pendía de una viga más muerto que vivo y ahora, de pronto, mostraba un ánimo rayano en la euforia. Hanna debía lidiar con la inestabilidad emocional de su esposo, por entonces tan frágil y voluble.

Solo cuando tuvo la certeza de que Andris estaba sinceramente convencido de su propio entusiasmo, de que se trataba de una persuasión profunda y no de un mero raptó de euforia fugaz, Hanna se dispuso a responder la propuesta. Tomó la misma carta que habían recibido y sobre el reverso, con letra grande y decidida, escribió:

Sí, aceptamos. No nos alcanzará la vida, sea mucha o poca, para agradecerle.

Hanna

Arriba, Marga y Bora dispusieron todo para la ocasión. Debían preparar cada detalle de forma que no se notara ningún movimiento inusual. No resultaría sencillo el manejo del personal doméstico. Los únicos que sabían de la presencia de los huéspedes ocultos en el sótano eran Helen, el ama de llaves, y Tibor, el chofer. Pensaron en la posibilidad de enviar al campo a los empleados que vivían en la casa y dar licencia a los que no. Era, sin embargo, un plan arriesgado: semejante movimiento de personal no podría pasar inadvertido para quienes vigilaban la casa. Por otra parte, los propios criados se harían muchas preguntas. Tal vez fuera más sensato establecer una suerte de zona de exclusión dentro de la casa a la cual solo podrían ingresar los partícipes del secreto. El perímetro natural deberían ser las habitaciones privadas: el dormitorio principal, el pequeño escritorio contiguo y el altillo que estaba sobre el cuarto. De hecho, no tendrían por qué dar ninguna explicación: no sería la primera ni la última vez que el matrimonio pretendía guardar intimidad sin ser molestado. Helen se ocuparía de servirlos y de mantener a raya, fuera del perímetro, al resto del personal.

A través de la pequeña claraboya del altillo Hanna tendría una vista privilegiada de Budapest. Desde el sitio más elevado de la casa se veía el viejo puente: de un lado del Danubio, los torreones del Bastión de los Pescadores, la aguja de la Catedral de San Esteban y las cúpulas del palacio; en la orilla contraria se levantaban los domos del parlamento y los edificios del centro de Pest. Aunque no se veía exactamente su casa, Hanna podría contemplar las copas de los árboles del parque frente al que vivía.

Si se rebatía un poco la claraboya oval que presidía el ático, llegaba la brisa del río, el rumor de las barcazas, el perfume de las flores de los jardines de Buda y el sol tibio a través del vidrio. Era el mejor regalo que Marga y Bora le podían hacer a Hanna después de tantos meses de encierro.

Un día perfecto. Así lo imaginaba Bora. Desayunarían en el dormitorio, como en los viejos tiempos. Luego ella podría darse un largo y reparador baño con agua caliente, sales aromáticas y espuma. Se pondría ropa limpia, perfumada, y así, otra vez radiante, ellos, a solas, podrían entablar un diálogo íntimo, franco y distendido. Más tarde la dejaría sola en el escritorio para que pudiera poner la radio o el tocadiscos. Tendría, además, la biblioteca a su entera disposición. Si lo deseaba, podía escuchar las noticias o poner música mientras leía. Bora sabía cuánto disfrutaba de la lectura y de los conciertos de Liszt, Mozart, Beethoven y Dvorak. Ahí estaban todavía los discos que habían comprado juntos.

Al mediodía almorzarían trucha con vino blanco, el plato preferido de Hanna, y luego cerezas con café. A la tarde, Bora saldría a caminar y dejaría que Hanna durmiera la siesta a sus anchas en la cama, enorme y confortable, que habían compartido tantos años. Por primera vez en meses podría acomodar la espalda en un colchón mullido, al cobijo de un suave edredón. A las cinco de la tarde tomarían el té

en el ático, pequeño y acogedor, junto a la claraboya desde la cual ella se reencontraría con Budapest.

Bora la vería, como tantas otras veces, con su pelo rojo iluminado por el sol, recortada contra el crepúsculo reflejado en el río. En ese momento, en ese preciso instante, él haría un largo silencio y, por fin, le haría la pregunta postergada durante todos esos años: «¿Por qué?». Entonces, ella suspiraría, asentiría como si supiera que más tarde o más temprano llegaría la pregunta y, liberándose de una carga que había llevado sobre sus espaldas tanto tiempo, le explicaría en forma clara y pausada cada una de las razones de su decisión.

Bora la escucharía tranquilo, comprensivo y piadoso. Era tan sencillo, ¿por qué había demorado tantos años en decírselo? Qué alivio infinito para ambos. Qué sentimiento de liberación. Él sonreiría y, tomándole la mano como a una hija, la perdonaría. Sin rencores, en paz entre ellos y cada uno consigo mismo, podrían volver a mirarse a los ojos francamente.

A la noche compartirían una cena frugal, como le gustaba a ella, beberían *champagne*, brindarían por la verdad, la amistad y la reconciliación y, finalmente, se irían a dormir. En este punto, Bora vacilaba; la imaginación escapaba de la voluntad y se dejaba llevar por la fantasía. Tal vez se abrazarían, sus labios se buscarían, los cuerpos se atraerían como en los viejos tiempos, pero él, en un gesto magnánimo, sin ofenderla, la convencería de que eso sería una locura. Hanna se llamaría entonces a la sensatez, asentiría con los ojos fijos en la boca de Bora y se despedirían con un resignado «buenas noches» dicho a media voz.

Ella se acostaría en la cama y él, en el sillón del escritorio. No dormirían. Pensarían el uno en el otro, refrenarían el impulso de levantarse en medio de la noche ante el llamado de los cuerpos para reencontrarse y reconocerse luego de tantos años. Él podría devolver el favor a Andris, pagarle con la misma moneda, aunque más no fuera por una noche. Pero jamás caería tan bajo. Una vez más, Bora demostraría ante Hanna la superioridad moral sobre a Andris y le haría ver a ella su error irreparable.

Pero la vida suele tomar caminos inesperados. La existencia de las personas es la suma de pequeñas circunstancias imprevistas. Ni Bora ni Hanna sospechaban que aquellas veinticuatro horas serían tan dramáticamente diferentes de lo que habían imaginado.

El intercambio de mujeres fue casi un operativo comando. Bora dispuso cada movimiento con la resolución del teniente que había sido. Ordenó a Helen, el ama de llaves, que se ocupara de reunir al personal doméstico en la cocina con una excusa cualquiera. Tibor, por su parte, montó una guardia en la puerta de la casa para anticiparse a la circunstancial llegada de alguna visita imprevista. No esperaban a nadie ese día, pero el mayor Müller solía aparecer sin anunciarse.

Bora y Marga fueron al *atelier* y mientras ella vigilaba las ventanas vecinas que daban al jardín, Bora entró en el taller. Con un enorme esfuerzo, consiguió mover el pesado aparador que ocultaba la tapa de madera del sótano. Luego introdujo los dedos entre dos listones e intentó levantar la cubierta. Él solo no podía. No tenía previsto ese retraso. Recorrió el taller con la mirada buscando algo que sirviera de cuña. Marga, desde la puerta, miraba inquieta cómo Bora luchaba sin éxito contra la claraboya. Comprendió cuál era la dificultad, de modo que caminó hacia el pequeño desván donde guardaban las herramientas de jardinería, tomó la vara para desmalezar y en el momento en que estaba por alcanzársela a Bora, escuchó una voz que le decía imperativa:

—¡No lo haga!

Marga sintió que el corazón se le detuvo. Un hombre salido de la nada caminaba raudo hacia ella. Tardó en comprender lo evidente: era el casero que hacía las tareas de jardinería. No debía estar ahí; de hecho, Bora lo había mandado de compras con una extensa lista como para que se entretuviera un buen rato.

—¿La puedo ayudar? —dijo con la amabilidad habitual—. Yo lo haré, no es necesario que se ensucie las manos. No termina uno de arrancar las malezas y vuelven a crecer con más fuerza.

Marga, quien de vez en cuando se ocupaba de arreglar el jardín, le dijo que ella lo haría. En ese momento Bora salió del *atelier*. Debía mantener alejado al casero para que no notara los movimientos en el interior. Intentando disimular la sorpresa, le preguntó si ya había hecho las compras que le encargó.

—Sí, claro, está todo en el cuarto de herramientas. ¿Le traigo algo?

—No, no —se apuró a atajarlo Bora, a la vez que intentaba pensar con velocidad.

—En realidad, sí. Necesito los pinceles —se corrigió Bora, con un gesto de súbita urgencia.

—¿Qué pinceles? —preguntó el casero.

—Los pinceles que le encargué junto con los óleos.

—¿Qué óleos?

Entonces el casero metió la mano en uno de los tantos bolsillos del pantalón de fajina y extrajo la lista. La repasó, negó con la cabeza y se la dio a Bora.

—Pero qué tonto, ¿cómo pude olvidarme de anotar lo más importante?

—No es ningún problema, si quiere puedo ir ahora mismo.

—Me haría un enorme favor.

Antes de volver a salir, le preguntó a Marga si de verdad no precisaba ayuda con las malezas. Ella negó con una sonrisa impaciente. Solo entonces, el casero salió del jardín.

Otra vez solo en el *atelier*, Bora introdujo la barra de metal entre las maderas, hizo palanca y finalmente consiguió levantar la tapa. Allí abajo, con gesto desesperado, estaban Hanna y Andris quienes, por primera vez en meses, volvían a ver una cara diferente de la de ellos mismos. La luz natural que llegaba atenuada hasta el sótano los encandiló. Pero las lágrimas que de pronto les anegaron los ojos no fueron únicamente producto de la claridad.

Bora corrió a buscar la escalera que descansaba contra una estantería y la deslizó hacia abajo. Hanna y Andris se fundieron en un abrazo más prolongado de lo que aconsejaba la cautela. Ella se despidió con un emotivo «hasta pronto» y por fin emprendió el ascenso. Entonces Bora cambió posición con Marga; él tomó la guardia en la puerta que daba al jardín y ella entró en el *atelier*. Las manos de ambas mujeres se enlazaron y con un leve impulso, Marga ayudó a subir a Hanna. Por primera vez sus cuerpos establecieron contacto. Hanna, como una niña, se echó a los brazos de Marga. Contra su voluntad, rompió en un llanto compuesto de diversos elementos. Por una parte, se dejó llevar por el instinto gregario, la primitiva atracción de la manada que mantiene unidos a sus miembros entre sí; por otra, un sentimiento de gratitud infinita que no cabía en ninguna palabra.

El acto de Marga excedía la filantropía e iba mucho más allá de la generosidad con la que albergaba a la exesposa del marido en su casa. Es natural esperar ayuda y protección de un amigo. Pero ellas, ambas lo sabían, eran enemigas. Aquel apretado abrazo entre rivales era un testimonio íntimo de la resistencia con la que el común de la gente se sublevaba a la división que se había instalado en la sociedad y en el mundo. Marga la separó suavemente y le dijo:

—Tenemos poco tiempo.

Luego le explicó que debían cambiar la ropa entre ellas por si alguien la veía salir. Bora cerró la puerta que estaba entornada y entonces ambas mujeres se desnudaron. La urgencia era más fuerte que el pudor, pese a lo cual, no pudieron evitar la curiosidad. Se examinaron mutuamente de soslayo. Hanna se detuvo en los senos enormes y redondos de Marga, en sus muslos turgentes y las pantorrillas fuertes de campesina. Hanna estaba mucho más flaca y pálida que cuando había llegado a la casa. No presentaba, sin embargo, un aspecto enfermizo; al contrario, había algo escultórico en su complexión: tenía la firmeza y la blancura del mármol. Marga se sorprendió por la figura juvenil de Hanna: todavía era dueña de un cuerpo adolescente. Por razones diferentes, ambas creyeron entender qué había visto Bora en cada una de ellas. Hanna se hizo un sencillo rodete y se cubrió el pelo con un pañuelo que traía Marga.

Con las ropas cambiadas, las mujeres se despidieron y esta vez fue Hanna la que

ayudó a Marga a afirmarse en la escalera. Cuando Marga llegó al subsuelo, Bora entró en el *atelier*, volvió a colocar la cubierta de madera en el piso y sin mirar hacia abajo corrió el pesado aparador que tapaba la puerta-trampa.

Ahora eran Hanna y Bora quienes, después de tanto tiempo, volvían a estar frente a frente. Contuvieron un mutuo impulso de abrazarse y se saludaron con una formalidad impostada. No había tiempo para cortesías. Bora se asomó al jardín, se aseguró de que no hubiese ningún movimiento y entonces ambos salieron del *atelier*.

Hanna miró el sol hasta cegarse, se llenó los pulmones con el aire tibio y perfumado del parque y, embriagada de aromas y destellos, tuvo que tomarse del brazo de Bora para mantener el equilibrio. Quería atesorar todas las sensaciones para compartirlas con Andris cuando regresara al día siguiente. Atravesaron el jardín por el sendero de grava y luego de pasar por la galería entraron en el salón. Hanna intentaba detenerse a cada paso como si viera el mundo exterior por primera vez. Bora la conducía casi a la rastra para evitar la exposición. Desde la cocina llegaron las voces del personal reunido en torno de Helen, la vieja ama de llaves. Como si en verdad estuviera ebria y no comprendiera el riesgo, Hanna frenó con la punta de los zapatos para escuchar la conversación. De pronto, la voz humana le resultó el sonido más sublime, como si aquel diálogo trivial de las domésticas fuese el área de una ópera celestial. Para Bora, en cambio, la proximidad del personal era una amenaza cierta.

Estaban por alcanzar la escalera cuando una de las mucamas entró en el salón y se atravesó delante de ellos. Bora intentó disimular el sobresalto. La mujer, de acuerdo con las normas de la casa que impartía Helen, bajó la cabeza en señal de respeto, murmuró un saludo inaudible sin levantar la vista del suelo y siguió su camino. Ya fuera porque Hanna llevaba puesta la ropa de Marga, ya porque no resultaba verosímil que el dueño de casa estuviera del brazo con otra mujer en plena sala o por ambas razones, la empleada no advirtió la sustitución.

Este inesperado percance hizo que Bora alumbrara una certeza: Hanna era invisible. Estaba fuera de las expectativas del personal la posibilidad de que otra mujer que no fuese Marga pudiese pasearse por la casa. De hecho, la doméstica que se cruzó con ellos la había mirado y, contra la más dura evidencia, creyó que era Marga. Bora apuró el paso arrastrando a Hanna escaleras arriba hasta ingresar en la zona de exclusión que Helen había establecido.

No bien entraron en el cuarto, Hanna se lanzó sobre la cama y se echó boca abajo como si quisiera fundirse con el colchón. Luego giró sobre su eje, abrió los brazos y se quedó mirando el techo con los brazos abiertos. Reconoció en el cielo raso todas y cada una de las marcas que vio cada noche al acostarse y cada mañana al levantarse cuando fue la dueña de casa. A pesar de que el cuarto había sido pintado, aún podía descubrir las irregularidades de las molduras, los pequeños defectos en el encuentro curvo que unía las paredes con el techo, las pequeñas manchas de humedad que brotaban una y otra vez atravesando el yeso, la pintura y el tiempo.

Recordaba la felicidad que le provocaba dormir y despertarse en aquel que había sido su cuarto. No guardaba ningún sentimiento de rencor hacia la casa; incluso se atrevió a contemplar el barral del cortinado y la soga que estuvo a punto de terminar con su vida. No pudo dejar de establecer un nexo entre aquel lejano episodio y el reciente intento de suicidio de Andris. Sin embargo, no se dejó ganar por pensamientos oscuros. Se dijo que eran dos hechos completamente inconexos que, por cierto, respondían a causas diferentes. Desde que el subsuelo les había dado cobijo y protección, Hanna se había reconciliado definitivamente con la casa y estaba convencida de que la casa también estaba en paz con ella.

Todo esto pensaba Hanna cuando entró en el cuarto Helen con una bandeja. Traía un desayuno humeante: una tetera, pan recién salido del horno, manteca y dulce de cerezas. Todo lo que le gustaba a ella. Hanna se levantó de la cama y con una sonrisa de felicidad corrió hasta el ama de llaves. Ella se apuró a dejar la bandeja sobre el *secrétaire* y se estrecharon ambas manos. Entonces Hanna la acercó y dejó que la abrazara.

—Mi pequeña Hanna... —dijo con voz dulce Helen mientras le acariciaba el pelo rojo con el revés de la mano. Iba a seguir hablando, pero al verla tan delgada, pálida y agotada, el corazón se le oprimió y debió contener un acceso de llanto que disfraczó con una sonrisa.

Helen conservaba intacto el cariño por Hanna. Guardaba un gran afecto y lealtad hacia Marga, pero nunca sintió por la segunda esposa de Bora el amor maternal que le despertó aquella niña de aspecto frágil desde el lejano día que la conoció.

—No has cambiado nada, mi pequeñita.

—Tú tampoco, Helen, querida; estás igual que siempre.

Ambas decían la verdad. No eran frases de cortesía. La edad de Helen era una conjetura que no se compadecía con su apariencia. Bora asistía a aquel reencuentro no sin extrañeza y cierta incomodidad. Helen tenía adoración por Bora; había permanecido más tiempo con él que su propia madre. De hecho, ella lo había criado. ¿Cómo podía perdonarle a Hanna lo que le había hecho a él? Helen mostraba mayor comprensión hacia Hanna que hacia él. No entendía el porqué de esa disculpa tácita. ¿Acaso lo consideraba el culpable de la traición de Hanna? Helen trataba a la exesposa de Bora con la dulzura con la que se le habla a una niña que necesitara consuelo; le pidió que se recostara y como en los viejos tiempos le sirvió el desayuno en la cama. Antes de retirarse del cuarto, Helen le lanzó una mirada severa a Bora como advirtiéndole que no hiciera ni dijera nada impropio. Aún de pie en el vano de la puerta, el ama de llaves susurró a Hanna:

—Cualquier cosa que necesites, mi pequeña, yo estaré cerca.

Hanna asintió con la boca llena de pan y felicidad.

Bora, sentado en el sillón giratorio del *secrétaire*, la miraba con una mezcla de ternura y lejana familiaridad. Daba gusto verla comer con ganas, disfrutando del té caliente y el colchón mullido.

—No te preocupes —le dijo Hanna a Bora—, no voy a pasarme todo el día en la cama. Solo necesito acomodar un poco los huesos.

—Por supuesto. Puedes hacer lo que te plazca. ¿Quieres que te prepare un baño caliente de sales y espuma para cuando termines de desayunar? —preguntó Bora, adivinando cuál sería la reacción de Hanna, sobre todo después de tanto tiempo de tener que asearse con agua fría.

Hanna debió morderse los labios para no gritar con todas sus fuerzas «¡Sí!». Se limitó a asentir con la cabeza con una expresión de euforia infantil.

—¿Qué más puedo pedir? —dijo, como si Bora le hubiese revelado una verdad insondable. La respuesta a la vieja pregunta filosófica era tan sencilla; ¿qué es la felicidad?: una taza de té, pan con dulce de cerezas, agua caliente y un baño de sales y espuma. Sin embargo, Bora tomó la frase al pie de la letra y contestó:

—¿Qué más? Bueno, libros, música; en fin, conoces la biblioteca y la colección de discos.

Era tal la alegría de Hanna que, se dijo, si tenía que morir al día siguiente lo aceptaría con alegría. Sin embargo, la sonrisa que llevaba dibujada en la cara le duró hasta que recordó a Andris. Mientras ella disfrutaba de ese momento de dicha, él continuaba en el sótano sin una cama digna ni la posibilidad de darse un baño caliente. Se sintió profundamente egoísta. Bora percibió el cambio en la expresión y pudo adivinar en qué estaba pensando Hanna.

El dueño de casa se incorporó, caminó hasta el baño y se dispuso a llenar la bañera. Esparció las sales en la base de la superficie enlozada y dejó caer un hilo de líquido jabonoso para hacer espuma debajo del chorro de agua. Al rato volvió al cuarto. Hanna había terminado de desayunar y permanecía tendida en la cama, ahora con un gesto algo sombrío. Bora retiró la bandeja. Hanna se incorporó, caminó hacia el ventanal y abrió las cortinas para ver la ciudad.

—¡No! —La detuvo Bora, a la vez que volvía el cortinado a su lugar—. Alguien podría verte. Hay otras ventanas enfrente.

Hanna quedó con la mano tiesa y temblorosa. Era cierto.

—Luego subiremos al altillo. Desde la claraboya del ático podrás ver la ciudad sin problema. Hasta allí arriba no llegan miradas indiscretas.

Hanna asintió y caminó hacia el baño. Antes de cerrar la puerta le dijo a Bora en un suspiro:

—Daría todo lo que tengo por salir a la calle y caminar, pasear, ver el río desde el puente...

Aquella frase no era una mera expresión. Ella y su marido eran ricos, tal vez tanto como Bora y Marga. Sin embargo, todo ese dinero, que ciertamente estaba a buen resguardo en un banco suizo, no valía nada. Los alemanes les habían confiscado sus bienes en Hungría, pero en Suiza guardaban moneda en efectivo, bonos y títulos por mayor valor que las propiedades, obras de arte y joyas que tenían en Budapest.

Hanna se encerró en el baño. Al ver la bañera humeante y el espejo empañado

recuperó la alegría. Entró en el agua muy lentamente; hacía tanto tiempo que no tenía contacto con el agua caliente, que debía acostumbrarse al ardor. Cuando al fin pudo tenderse en la bañera, miró en derredor y se conmovió al pensar que Bora había dispuesto todo para ella. Ese hombre al que había lastimado tanto ahora la trataba como tal vez no se merecía. Sumergida entre la espuma, recordaba los días felices en la casa Persay que, una vez más, volvía a abrirle las puertas.

Bora permanecía sentado en el sillón giratorio del *secrétaire*. Un pensamiento del cual no podía deshacerse se había instalado en la cabeza de Bora desde que se toparon en la sala con la sirvienta. Luego, el comentario de Hanna antes de entrar en el baño reforzó su loca ocurrencia. Cuando su exesposa por fin salió del baño envuelta en toallas, Bora le dio la espalda y se dispuso a dejarla sola en el cuarto para que se cambiara.

—Puedes elegir la ropa que quieras del ropero de Marga —dijo Bora señalando el placard. Antes de retirarse hacia el escritorio, se detuvo y, sin mirarla, agregó:

—Ponte un vestido elegante. Es un día precioso. Vamos a salir de paseo.

Marga y Andris eran dos perfectos desconocidos. Esta sensación de extrañeza se hizo palmaria cuando cruzaron las primeras palabras. La información que tenía uno acerca del otro la habían obtenido a través de sus respectivos cónyuges. Eran referencias cargadas de rencor y parcialidad, atravesadas por pasiones encontradas. Ni Marga era la bruja de los cuentos de Hanna, ni Andris era el patético imbécil al que tantas veces se había referido Bora. En contra de sus propias expectativas, ambos se cayeron en gracia.

Marga descubrió que la carga de hostilidad que traía consigo en realidad era una suerte de recado que le había encargado Bora. Ella bajó predispuesta a conocer al triste monstruo que tanto daño le había hecho a su esposo y se encontró con una persona amable, de sonrisa franca y actitudes cordiales. Aquel hombre que llevaba meses de encierro sin ver la luz del sol, que estaba atravesando la temporada más horrorosa de su vida, todavía mantenía la dignidad en su apariencia, la cortesía en el trato y la gratitud en cada gesto. No hablaba de sí mismo como una víctima ni hacía referencia a sus penurias. Incluso, cuando Marga le preguntó por la herida que tenía en el cuello, Andris tuvo el decoro de inventar un accidente. El hombre ponía énfasis no solo en mostrarse entero, sino que, lejos de hablar de las privaciones que padecían, solo tenía palabras de gratitud.

Marga y Andris establecieron una empatía natural. Había en la cara de Andris, en sus ojos cansados y en su mirada que se esforzaba por no parecer triste, una expresión de bondad y belleza que impresionó gratamente a Marga.

Andris valoró la medida de Marga, sus frases precisas y medidas. La voz grave, cálida, se le antojó semejante a un cello. Le sorprendió la tersura de la piel sin imperfecciones; recordó que alguna vez Hanna le dijo, no sin malicia, que Marga había hecho un pacto con el demonio para no envejecer y que preparaba unas cremas cuya fórmula era un secreto de brujas. Sin embargo, la cara típicamente húngara de Marga, redonda de facciones delicadas, ojos grandes y nariz pequeña, no tenía nada de demoníaco ni le recordaba en modo alguno a las brujas.

Marga y Andris sabían que no podrían ser amigos. La relación que inauguraron era una suerte de parentesco sin nombre ni estatuto que los situaba en una posición simétrica y, en cierto modo, familiar. En su caso particular, la amistad entre ellos dos resultaría más incestuosa que la intimidad entre parientes. A medida que se conocían, transitaban una cornisa cada vez más estrecha y peligrosa. Marga supuso *a priori* que aquella jornada en el subsuelo habría de resultar un sacrificio interminable, pero conforme se aclimatava a las inhóspitas condiciones del sótano, más cálida le resultaba la compañía de Andris.

A veces no hay nada más profundo y auténtico que una conversación trivial. La vida, finalmente, no es otra cosa más que una suma de minucias que, por circunstancias aleatorias, se convierten en hechos trascendentales. Sentados frente a

frente, cada uno sobre un cajón de madera, hablaban sobre cuestiones sin importancia. Eso era lo que necesitaba Andris; ella lo infirió y dejó que él tomara las riendas de la charla. Si Marga hubiese sido un aparato de radio, y suponiendo que llegara una frecuencia hasta allí abajo, Andris la hubiese sintonizado en una estación de música ligera y frivolidades, lejos de las noticias. A pesar de que le resultaba imperioso saber qué sucedía afuera, no quería que su amable anfitriona tuviese que asumir el incómodo papel de la agorera que venía a anunciar tragedias. Las palabras de Marga eran un bálsamo, un pequeño remanso en medio de la adversidad.

Marga, por su parte, a medida que iba tejiendo la conversación con la seda de la ligereza, descubría su propia soledad. Cuánto tiempo hacía que no se entregaba al grato encanto de la vacuidad. No tenía amigas; de hecho, ella no pertenecía a la ciudad. Se había criado en las fincas de los Persay y su única amiga había quedado en el campo. La vida en la campiña le forjó un espíritu solitario. Por otra parte, Bora despreciaba las frivolidades; las conversaciones con él siempre tenían un tono algo solemne y despojado de humor. Solía transitar la ironía y el sarcasmo, pero carecía del gracejo popular y el gusto por el chiste fácil y efectivo. Era incapaz de burlarse de sí mismo. Andris, en cambio, era dueño de una timidez cercana a la parodia. Todo el tiempo se reía de sus incapacidades, nunca se refería a sus méritos y cuando mencionaba sus logros, los hacía aparecer como meros accidentes u acciones ajenas a su voluntad.

Andris sabía que su imperio dental tenía algo paródico, contrario a la épica a la que Bora era tan afecto. Resultaba imposible que Andris no despertara un sentimiento de ternura y un maternal instinto de protección en las mujeres. Por primera vez en mucho tiempo, Marga se reía con ganas, por momentos a carcajadas. Había contenido la risa durante años. Desacostumbrada a ese movimiento muscular tan común, le dolía la mandíbula por la falta de práctica. En un momento, Andris emprendió un desopilante monólogo en el que se describía a sí mismo como un Napoleón de los dientes y se refería a ellos como si fueran la moneda de curso legal, Marga se rio hasta las lágrimas. Entonces descubrió que la risa estaba obstruida por un antiguo dique de tristeza que le oprimía la garganta. Estuvo a punto de pasar de la carcajada al llanto pero se refrenó; las lágrimas neutralizaron la risa y, de pronto, su expresión quedó congelada en una mueca vacía. Andris se dio cuenta de todo. Guardó silencio y le dedicó una sonrisa de comprensión.

En ese instante se generó un clima de intimidad perfecto. ¿En qué momento aquellos dos extraños tuvieron la impresión de que se conocían desde siempre? Marga y Andris, iluminados por la vacilante luz del farol, hablaban con la franqueza de los confidentes. La conversación nunca varió de tono; sin que el hilo de la charla se modificara de manera abrupta, los temas triviales fueron tomando un matiz íntimo y personal. Marga descubrió que hacía mucho tiempo necesitaba que alguien la escuchara. Tenía tantas cosas para decir. Andris lo percibió. Tomó una de las botellas que hasta entonces no habían abierto con Hanna, la descorchó y sirvió un vino blanco

perfumado en dos vasos de latón. Brindaron en silencio. El choque del metal contra el metal fue como la rúbrica de un pacto sólido, mucho más resistente y duradero que los que se celebran al brindar con copas de cristal.

Bebieron el primer sorbo y Marga de pronto abrió su corazón como los pétalos de una flor que acabara de ser regada. Entonces dejó salir todo lo que había guardado en su fuero íntimo durante años.

—Yo no pertenezco a esta casa. Yo nací y me crié en el campo. Siento que me estoy marchitando día a día —dijo Marga a modo de prólogo.

Como si estuviese sentada sobre un tronco al borde del arroyo, Marga cerró los ojos y se transportó al bosque de abetos que se veía desde su vieja casa de la finca. A medida que bebía y hablaba, con cada palabra, con cada trago, se iba liberando de un peso tan antiguo como su tristeza. Marga le confesó a Andris que ya no había quedado nada de aquella muchachita que corría descalza entre la hierba. Desde que se había mudado a Budapest, se había convertido en una sombra que iba y venía por la casa como un animal en cautiverio.

—Fue como el proceso inverso de la vida de una mariposa. Conocí el vuelo y luego quedé confinada dentro de la crisálida. Nunca más pude ver la luz. Yo sé perfectamente lo que es el cautiverio —dijo la mujer, sin despegar los párpados.

Marga contó a Andris que dejó de ser la que era el día en que la arrancaron del campo. Ella era parte de la tierra y no concebía la vida lejos de la tierra. Igual que Hanna y Andris, Marga también se sentía prisionera en el viejo caserón de Buda.

—Desde el día en que me casé con Bora, no volví al campo nunca más. Ni siquiera he podido acompañarlo a la casa de la finca. Si volviera no podría regresar aquí.

Marga tenía una relación consustancial con la tierra. Igual que el bejuco, su espíritu comenzaba a echar raíces en dirección al suelo ante el solo perfume del humus. Con voz amarga y resignada, le dijo a Andris que Bora la había arrancado de manera brutal, de un día para el otro. Como una rama de hiedra cuyas raíces hubiesen sido cortadas por el filo de una pala y desprendida del tronco que la sostenía, así llegó Marga al caserón de Buda, exhausta, triste y marchita. Se encerró durante tres días en el cuarto, sola y a oscuras.

—Fueron tres días de ayuno y encierro. Era el tiempo que necesitaba para que las raíces se acostumbraran al nuevo suelo y las heridas dejaran de doler —dijo y luego bebió hasta vaciar el vaso. Andris le sirvió más vino.

Marga contó a Andris que debió acostumbrarse a la oscuridad y al aire estancado de la casa. Al principio, ni siquiera salía al jardín: la vegetación entre los muros le resultaba un paisaje carcelario. Odiaba la ciudad. Se compadecía del río aprisionado entre las contenciones de cemento y los puentes. Detestaba las cúpulas que sobrepasaban las copas de los árboles. Aborrecía todo aquello que componía el orgullo de los habitantes de Budapest.

Sin abrir los ojos, Marga se imaginaba sentada a orillas del arroyo. Un temblor de

frío y melancolía la estremeció y buscó el abrigo de sus propios brazos. El cuerpo de Marga estaba hecho con los mismos elementos del campo. La sensualidad y la disposición al placer se regían por las mismas leyes que hacían que el pico del colibrí se ajustara a la campana de las heliconias.

En la ciudad todo estaba en conflicto. La obligada vecindad, tan próxima y promiscua, generaba una tensión y un estado de disputa latente, constante. La indiferencia era, en rigor, hostilidad contenida. Nada funcionaba de acuerdo con la lógica elemental del campo. Para quien se había criado en el paraíso, tomando el fruto del árbol para comer, la ciudad resultaba un infierno; el mercado le parecía un cementerio en el que las frutas y las verduras eran veladas en cajones y las reses colgaban como ajusticiados.

Marga de pronto se llamó a silencio. Andris no quiso interferir en sus recuerdos íntimos. La acompañó callado y quieto. Abrazada a sí misma, oprimiendo con sus brazos los pechos redondos, masivos, a los ojos de Andris, Marga era la estampa viviente, pagana, de la fertilidad. Sin embargo, había perdido aquella sensualidad que surgía de lo profundo de la tierra. Aquella imagen deífica parecía confinada al oscuro encierro de un templo. La distancia que existía entre una y otra Marga era la misma que separaba a la Venus viva, que ofrecía placer a los dioses, de la Venus muerta, transformada en ídolo de piedra dentro de los santuarios. En eso se había convertido Marga. Conservaba la bella imagen de la muchacha que se entregaba abierta y desnuda como una flor entre las flores; pero había sido arrancada de raíz de aquel lejano paraíso.

—Los fantasmas de la familia me tienen cautiva —dijo Marga con los labios, endurecida por la amargura.

Lejos del campo, Marga vivía para la casa. Igual que las plantas que decoran los ambientes interiores, Marga comprendió la lógica y el ritmo del viejo caserón. Del mismo modo que antes servía al campo y trabajaba la tierra, ahora servía y trabajaba para la casa.

—No puedo tener hijos —dijo Marga con un llanto controlado.

Como sucede con los animales en cautiverio, el vientre de Marga se negaba a dar descendencia.

—Los médicos dicen que no hay nada malo en mi cuerpo, que todo está donde debe estar y funciona como debe funcionar. Pero no he podido tener hijos.

El vientre de Marga no daba frutos y, desde que vivía en la casa, su cuerpo había dejado de sentir placer.

La única concesión que hizo Marga en toda su vida fue abandonar el campo. Era parte del pacto entre las familias, una promesa que había hecho a su padre. Por otro lado, se trataba de un mandato que estaba escrito en todos los libros sagrados: la mujer debía seguir al esposo. Y el lugar del esposo era el viejo caserón de Buda, cerca del Danubio. Entonces Marga contó a Andris el final de una historia que él había protagonizado.

—El mismo día del duelo, de aquel vergonzoso duelo que mantuvieron, Bora vino directo a mi casa. Empapado, con la mirada extraviada y sin preámbulos, Bora le pidió mi mano a mi padre. Mi padre pensó que se había vuelto loco. Tuvo que recordarle que él ya estaba casado. Entonces Bora le dijo: «Es un papel. Solo un papel que ya no tiene importancia alguna. Pero si le importan tanto los papeles, volveré a buscar a Marga con la sentencia de divorcio». Fue el día más feliz de mi vida y a la vez el más triste. Nunca he podido dejar de amar a Bora. Ni un solo minuto —concluyó Marga, abrió los ojos y fue como si se hubiese roto un encantamiento—. En fin —dijo—, aquí estamos usted y yo. Y arriba están ellos dos. Seguramente tendrán algunas cosas que hablar también.

Andris estaba conmovido. Luego del relato de Marga se sintió menos incomprendido, menos solo, y sospechó que ambos pertenecían a una misma patria que no coincidía exactamente con la cambiante forma del mapa de Hungría.

Entonces, Andris tomó un lápiz del bolsillo interior del saco y un resto de papel del fondo de una caja y comenzó a escribir. Luego plegó el papel en dos, tomó la mano de Marga y se lo puso en la concavidad de la palma.

—Es el número y la clave de la cuenta secreta del banco suizo. Si algo nos pasara a Hanna y a mí, quisiéramos que dispusieran de ese dinero. Es mucho; aunque sin duda no alcanzaría para retribuir todo lo que han hecho por nosotros.

—No, no, por favor, no...

—Sí, es lo único que le pido. Si algo nos ocurriera, el dinero quedaría sin dueño. Solo personas como ustedes podrían darle un destino noble.

Entonces Marga liberó su mano de la de Andris, rompió el papel y dejó caer los fragmentos al suelo. Con tono oracular, le aseguró que ellos no morirían y luego, con una severidad cercana a la indignación, le dijo que ni ella ni Bora podían aceptar dinero a cambio de la protección que les estaban dando.

—Aquí nadie va morir. Y, en última instancia, si algo les pasara a ustedes, lo mismo nos sucedería a nosotros. Pero nadie va a morir —insistió.

Marga habló con tal seguridad que aquellas palabras no sonaron como una expresión de deseo ni como una profecía, sino como una orden que el destino debía acatar. Entonces Andris, por primera vez, pudo ver a la bruja a la que tantas veces se había referido Hanna. Una hermosa y noble bruja.

Hanna, de pie frente al ropero, supuso que la frase que Bora dejó flotando en el cuarto era una manera de decir, en sentido figurado, que aquel día, después de tanto tiempo de encierro, sería como un paseo. De todas formas, decidió seguirle la corriente y eligió la ropa que consideró más adecuada para un hermoso día de sol. A pesar de la diferencia de complexión, el talle de Hanna era el mismo que el de Marga. Se puso un vestido amarillo, salpicado de flores pequeñas, y unos zapatos blancos rematados en un moño.

Se miró en el espejo rectangular de cuerpo entero por primera vez en mucho tiempo; se encontró muy flaca. De todas formas, Hanna estaba conforme con su aspecto. El vestido entallado le acentuaba las curvas que todavía podía exhibir. El taco de los zapatos destacaba las pantorrillas. Tomó un sombrero redondo de ala diminuta, del mismo tono que el vestido, y se lo puso inclinado de lado. Se sentó al tocador y buscó entre los lápices de labios hasta encontrar uno rosa pálido. Se pintó los labios, se puso apenas un poco de rubor y una leve sombra de ojos.

Estaba feliz. Cuánto tiempo hacía que no tenía un espejo grande, buena luz para arreglarse, cosméticos y un ropero a su disposición. Tal vez en otro momento y bajo otras circunstancias, Hanna hubiese considerado que frente a las breves horas de libertad que tenía, todo aquello era una frivolidad y una pérdida de tiempo. Sin embargo, se dijo, tal vez los grandes pensamientos, las reflexiones trascendentes, estaban reservados para aquellos que no padecían apremios. En su caso, todo tenía el carácter de una última voluntad.

Nada le hacía disfrutar tanto de la existencia, incierta e impredecible, como las pequeñas cosas; nunca pensó que desearía para sí algo tan insignificante como una vida cotidiana simple y rutinaria. Bora llamó a la puerta con dos golpes tímidos. Hanna caminó hacia el otro extremo del cuarto intentando no hacer ruido con los tacos, giró el picaporte y lo hizo pasar.

La expresión de Bora lo dijo todo. Hanna estaba hermosa. Seguía siendo tan bella como aquel lejano día en que la descubrió en los jardines del Hotel Gellért. Ese largo silencio y la mirada sorprendida de Bora fueron un halago que Hanna agradeció con una sonrisa y un leve rubor en las mejillas.

—Es un bello día soleado, pero sopla un viento fresco. Deberías ponerte un abrigo.

Hanna torció la cabeza e hizo un gesto de desaprobación. La broma ya se estaba volviendo reiterativa. Era como burlarse de un preso. Ante la quietud de Hanna, Bora abrió el ropero y eligió un abrigo: descolgó un tapado corto con cuello de piel. Lo extendió e invitó a Hanna a que se lo pusiera.

—Me gustaría que aprovecháramos el día para almorzar en un restaurante. Luego podríamos salir a caminar e ir de compras.

Bora hablaba como si fuesen el matrimonio Persay del pasado. Por un momento,

Hanna pensó que se había vuelto loco. Pero un sentimiento de felicidad y vértigo le provocó un hormigueo en el vientre.

La mujer, que tanto conocía a Bora, intuyó que, en efecto, él tenía un plan. Hanna todavía conservaba una enorme admiración por la inteligencia de su exesposo y le inspiraba una confianza ciega como en los viejos tiempos.

—Por favor, no me hagas ilusionar. ¿De verdad vamos a salir a la calle?

—Por supuesto, ¿por qué no?

En sus años de formación militar, Bora había aprendido diversas tácticas de distracción. Los grandes generales fueron geniales ilusionistas. Desde los ejércitos de terracota de los chinos, cuyo sentido era hacer ver al enemigo miles de soldados donde no había ninguno, hasta las formaciones de tanques de utilería para engañar a los pilotos desde el aire, la guerra era, en esencia, un sistema de ilusiones. Bora sabía que la percepción está determinada por las expectativas. La realidad, finalmente, es lo que el entendimiento espera de ella. Se percibe aquello que se acomoda a lo conocido; lo que no se amolda al juicio previo, como por arte de magia, tiende a desaparecer. El pensamiento rechaza la sinrazón. Cuando algo carece de sentido, el espíritu intenta, de manera automática, construirlo de acuerdo con sus recursos usuales. Una palabra escrita con las letras levemente desordenadas es leída como si estuviese correctamente escrita. Lo mismo sucede con los rostros de las personas. Si nos topamos con el panadero que vemos a diario en un ámbito diferente al de la panadería, de pronto nos invade el desconcierto, lo conocemos pero no sabemos quién es. Como su fisonomía nos es familiar, de inmediato creemos que debe ser conocido también para los demás y establecemos que ese simple comerciante es un personaje famoso, un político o un actor. Para confirmar nuestra falsa certeza, preguntamos a quien está con nosotros: «¿Quién es ese hombre?» en la seguridad de que todos lo conocen.

El reciente episodio con la sirvienta, quien no dudó en ver a Marga en la persona de Hanna, confirmaba la hipótesis de Bora. Si salían a la calle tomados del brazo, todos verían al matrimonio Persay porque, esencialmente, ellos habían sido el matrimonio Persay. El lenguaje, por otra parte, facilitaría el engaño: es la mujer quien lleva el apellido del marido, de modo que la gente vería en Hanna no a Hanna, sino a la señora Persay.

Bora estaba realmente convencido de que ese viejo número de ilusionismo era infalible y no le resultó difícil persuadir a Hanna. Era fundamental que ellos mismos creyeran que eran marido y mujer y procedieran con la mayor naturalidad de acuerdo con esa convicción. Debían, sí, ir a pie. Sería un enorme riesgo que salieran en auto y los detuvieran en un puesto de control, tal como había sucedido en el viaje hacia la casa.

Cuando Bora abrió la puerta y salieron al atrio, Hanna debió aferrarse del pasamanos de la escalinata; sintió un mareo. Estaba encandilada. Hacía mucho tiempo que no podía mirar más allá de la breve frontera de una pared. Los músculos

oculares no acertaban a enfocar el infinito del cielo, como si fuesen elementos de una lente fotográfica herrumbrada. Por primera vez en meses, Hanna volvía a ver las calles de Budapest.

Era una mañana templada. Casi no se veía gente en aquella tranquila zona de Buda. Caminaban tomados del brazo con paso calmo. Antes de llegar a la esquina, en una de las casas vecinas, una doméstica lustraba los broncees de la puerta; la mujer detuvo por un instante la tarea y saludó amablemente a la pareja. Ambos devolvieron el saludo no sin cierta natural indiferencia. Luego se cruzaron con un desconocido que ni siquiera les prestó atención. Y así, a medida que iban avanzando, comprobaban que ese paseo era un hecho extraordinario solo para ellos.

Hanna veía Budapest como si la recorriera por primera vez, la descubría con ojos de turista: nunca había visto una ciudad tan bella. A un lado, las casas majestuosas de Buda; al otro, el Danubio en cuyas aguas se reflejaba el Puente de las Cadenas. En la otra orilla, el palacio del Parlamento. Cuando se acercaron al puente, pudieron ver el puesto de control alemán; el mismo en el que habían sido detenidos cuando Hanna y Andris iban ocultos en el baúl del auto. No había forma de cruzar de Buda hacia Pest sin evitar los puntos de vigilancia diseminados en ambas márgenes del río.

El control estaba destinado principalmente a los autos, que debían superar una barrera manejada de acuerdo con el ojo del guardia. La mitad de los coches que entraban en el puente eran detenidos para inspeccionar solo la documentación. Un tercio de esa cantidad era sometido a una requisa minuciosa. Los peatones, en general, apenas eran objeto de un escrutinio sumario. Pero eran menos los que cruzaban a pie que los que lo hacían en auto. De modo que, aunque no necesariamente les requirieran documentos, era imposible eludir la mirada los guardias.

Hanna y Bora emprendieron el ingreso al puente. En el momento en que pasaban por el puesto de control, los centinelas estaban distraídos revisando la documentación de un coche. Aunque los militares no les prestaron atención, Bora creyó prudente saludarlos como correspondía. Uno de ellos devolvió el saludo casi sin mirarlos. Avanzaron tranquilamente cuando, de repente, el otro suboficial corrió hacia ellos.

—¡Un momento! —les gritó, interponiéndose a su paso.

Entonces Bora reconoció al mismo soldado que lo había detenido cuando venía con Hanna y Andris escondidos en el auto. Hanna empalideció. Bora pudo sentir el temblor de su cuerpo en el brazo.

—¿Sí, soldado? —preguntó Bora con una sonrisa amable.

—Debo detenerlos... —dijo con tono marcial.

Bora lo interrogó con el gesto, sin articular palabra.

—Lamento demorarlos, pero no puedo dejarlos pasar sin antes pedirles una disculpa. Señor embajador, fue una torpeza de mi parte requisar el auto aquella vez, sucede que yo no sabía...

—Por favor, soldado, no tiene por qué disculparse. Después de todo es su deber.

Qué buena memoria, pasó mucho tiempo desde entonces.

—Nunca olvido una cara —contestó orgulloso el guardia.

—Ya veo —asintió Bora.

—En unos minutos tiene que llegar su amigo, el mayor Müller. Él estará encantado de saludarlos —dijo el soldado, como si quisiera congraciarse con su superior y reparar la falta anterior para con ambos.

—Me encantaría, pero nos están esperando para almorzar. Déjele mis saludos al mayor. No faltará oportunidad para encontrarlo. Por cierto, tal vez de regreso pueda verlo.

—No lo creo. Él pasa por el control para supervisar y solo permanece unos minutos.

—Qué pena —dijo Bora con un gesto de contrariedad que escondía el alivio de saber que el regreso no implicaría el riesgo de cruzarse con el mayor Müller.

Por fin, emprendieron el cruce del Puente de las Cadenas.

Entraron en un restaurante popular sobre la avenida Andrásy. Eligieron una mesa apartada en un rincón del fondo, lejos de las ventanas. Desde la cocina llegaba el perfume de la páprika y las carnes ahumadas. Jamás habían estado en ese lugar: una fonda típica de aquellas en la que era imposible no comer bien. Pero, además, se trataba del tipo de bodegón al que jamás iría gente del círculo de Bora. Era improbable que pudieran encontrarse con un conocido. Hanna estaba feliz. Por mucho que quisiera evitarlo, no podía dejar de recordar las primeras salidas con Bora. Él se sentía como un adolescente durante la primera cita. Igual que una pareja que saliera por primera vez, Bora intentaba encontrar el momento más apropiado para la pregunta crucial. En su caso, sin embargo, la declaración, en forma de interrogante, no habría de apuntar al futuro de la relación, sino, al contrario, al pasado. Sabía exactamente cuáles eran las palabras pero no se decidía por el momento.

«¿Por qué?». Aquella extraña salida giraba en torno de esas dos sencillas palabras. Hanna pidió pollo ahumado. Bora, el popular sekei goulash. Bebieron un vino ordinario servido en jarra que tenía, sin embargo, el delicioso sabor de las tabernas. «¿Por qué?», iba a preguntar Bora, en el mismo instante en que el camarero arruinó el momento íntimo, interponiendo el brazo con la bandeja entre ambos. Hanna cerró los ojos e inhaló profundamente como si quisiera atesorar aquellas fragancias diversas para compartirlas luego con Andris.

Junto con el primer bocado, Hanna le preguntó a Bora si había ido al cine últimamente. Él le mencionó un par de títulos y nombró algunos actores no sin cierto desgano. Le recordó que habían decretado estado de sitio, que aunque todo tuviera una apariencia de normalidad, Budapest era una ciudad ocupada.

—¿De verdad? —preguntó Hanna con amarga ironía.

Bora se sintió infinitamente estúpido. Luego, se hizo un silencio incómodo, cuya tensión hacía imposible pronunciar por el momento aquellas dos palabras: «¿Por

qué?». Bora pensó que lo mejor sería aplazar la pregunta para el café, durante la sobremesa. Hanna no se atrevía a indagar sobre el curso de la guerra; le daba pánico recibir malas noticias. Prefería enterarse a través de pequeños rodeos sobre la vida cotidiana de la ciudad, la actividad social, la moda, los espectáculos. Todas esas noticias, en apariencia frívolas, eran las manifestaciones más visibles y concretas que se derivaban de los titulares tamaño catástrofe de los cuales Hanna nada quería saber.

Bora se daba perfecta cuenta de las urgentes y vitales inquietudes de su exesposa. De modo que aceptó el juego. Le informó, también de manera elíptica, sobre el estado actual y las perspectivas más o menos inmediatas del conflicto. Intentaba no presentarle a Hanna un panorama sombrío, a pesar de que las expectativas no eran precisamente esperanzadoras. En medio de aquella conversación en la que aludían a la tragedia mundial por sus aristas menos escabrosas, la pregunta «¿Por qué?» hubiese sonado ínfima y carente de toda importancia.

Cuando terminaron de comer, el camarero retiró los platos y se hizo uno de aquellos silencios que marcan los climas, los cambios de tema. Bora detuvo sus ojos en los de Hanna: seguía siendo tan hermosa como el día en que entablaron la primera charla. Iba a decírselo, pero prefirió evitar que ella pudiese interpretar segundas intenciones. Se lo sugirió de manera tácita:

—No has cambiado nada.

—Tú tampoco.

Aquel brevísimo diálogo era, en realidad, una síntesis de la relación desde el primero hasta el último día. Se remitía a los hitos que marcaron el rumbo del matrimonio hasta el divorcio: el momento en el que se conocieron, el que se enamoraron y el que decidieron casarse en contra de las opiniones familiares. Era un recordatorio de la extensa luna de miel en Estambul y de la convivencia en la casa Persay. Ese pequeño intercambio de palabras significaba también un silencioso y mutuo reproche, el dolor de la traición y el penoso trámite de la separación.

Era el momento de la pregunta. Con la intención de que Hanna pudiese extenderse en la respuesta, antes de pronunciar el postergado «¿Por qué?», Bora preguntó:

—¿Café?

—No —dijo Hanna—, prefiero caminar.

Bora, desconcertado, no tuvo más remedio que pedir la cuenta y atragantarse con el interrogante una vez más.

El sol empezaba a ocultarse detrás de las cúpulas. Hanna y Bora recorrían tomados del brazo los mismos lugares por los que solían pasear durante las primeras salidas. No lo hacían de manera premeditada; caminaban sin rumbo y los pasos los conducían por los sitios que marcaron cada momento de la historia de ambos: el Hotel Gellért, el sendero peatonal del Puente de las Cadenas y el parque en el que se ocultaban de la mirada de sus familias. Pasaron, incluso, por la puerta del edificio donde Andris tenía

sus oficinas y en el que Hanna mantenía los encuentros secretos mientras estaba casada con Bora.

De pronto se levantó un viento frío. El centro de la ciudad se volvió oscuro, sombrío y solitario. Desde que se había impuesto el estado de sitio, casi no había iluminación. Los edificios públicos permanecían en penumbras y el tránsito de los autos dejaba lugar a las patrullas alemanas que circulaban sin luces. Hanna sintió que se le oprimía el corazón. El día estaba llegando a su fin. Faltaban dos horas para el toque de queda. Bora se dijo que era tiempo suficiente para que Hanna pudiese darle una explicación que cerrara de una vez la vieja herida. En el preciso instante en que iba preguntarle «¿Por qué?», Hanna dijo con tono imperioso:

—Volvamos, por favor. Tengo mucho miedo.

—Por supuesto —dijo Bora y una vez más se quedó con la pregunta a flor de labios.

Hanna había entrado en pánico. Caminaba con paso apurado, miraba a uno y otro lado y cada vez que se cruzaban con una patrulla alemana las piernas le temblaban. La angustia se transformó en un malestar insoportable: sintió que se ahogaba, que el corazón le iba a estallar, que iba a desmayarse.

—Me siento mal —le dijo a Bora, blanca como un papel.

Si Hanna se descomponía en ese momento sobrevendría una tragedia. Bora imaginó el desvanecimiento en plena calle, la llegada de una patrulla, el aviso a una ambulancia, el traslado al hospital, la identificación y el fin abrupto de la estrategia. Bora hizo que Hanna se afirmara sobre su brazo y la calmó:

—No hay nada que temer. Ya estamos muy cerca. No hay por qué apurarse. El cielo está estrellado, disfrutemos de la noche.

Hanna se daba cuenta de que Bora quería distraerla. Hacía tanto tiempo que no veía las estrellas. Pero lejos de tranquilizarse, la infinita intemperie nocturna le hizo sentir la vulnerabilidad ante el Universo. De pronto, tuvo la necesidad imperiosa de volver al sótano. Se vio a sí misma como una rata. Pensó en su cara delgada y angulosa, en su porte pequeño y su actitud huidiza y sintió un profundo desprecio por su propia persona. Se dijo que nunca más saldría a la superficie. Se miró las manos y creyó ver en los dedos las repugnantes garras de un roedor.

—Siento que voy a enloquecer —le dijo a Bora, al borde de la desesperación.

—Falta muy poco, ya llegamos.

Estaban ingresando al puente. Bora le pidió un último esfuerzo. Debían pasar por el puesto de control; era imperioso que se calmara, que caminara con paso sereno, sonriera, saludara y mantuviera la compostura.

—No puedo, no puedo —dijo en un resuello.

—Sí, claro que puedes.

Bora no terminó de pronunciar aquellas palabras cuando Hanna recuperó súbitamente los colores de las mejillas, enderezó la postura, recuperó el aliento, sonrió y con voz firme se sumó al saludo de su exesposo al pasar frente al control.

—Buenas noches —contestó el guardia alemán con amabilidad, pero sin prestarles demasiada atención.

Al transponer finalmente el portón de la entrada de la casa, lejos de calmarse, Hanna volvió a entrar en pánico; todavía debía llegar al dormitorio sin ser vista por el personal. Bora volvió a suplicarle que se tranquilizara, abrió la puerta y con la mayor naturalidad la condujo escaleras arriba. Una vez en el cuarto, Hanna se desplomó sobre la cama. A medida que recuperaba el aliento y la calma, iba reconstruyendo en la memoria cada momento de la salida. No quería olvidar un solo instante, una palabra, un aroma o la más pequeña impresión. Por fin se incorporó y con una sonrisa clara, luminosa, le dijo a Bora:

—Gracias.

Cuando las palabras no alcanzan, es preferible que tampoco sobren. Aquella breve expresión fue mucho más elocuente que un alegato.

Bora asintió con una sonrisa amarga como diciendo «no hay nada que agradecer». Hanna comprendió esa parte del gesto, aunque no el porqué de la expresión sombría.

—¿Estás bien? —preguntó Hanna.

Bora permaneció en silencio. Miró al suelo con las manos en los bolsillos y le dio la espalda. Aquella actitud era una respuesta significativa. Hanna, apoyada sobre los codos, lo observaba con una mezcla de sorpresa y preocupación; no se atrevía a hablar. Se hizo un mutismo escénico. Ella, recostada sobre la que había sido su cama; él, de pie mirando una ventana cerrada. Ambos, una vez más después de tantos años, solos, completamente solos en un mismo cuarto. Entonces sí, Bora se volvió hacia ella, se arrodilló en el piso para estar a su altura y con ese mismo gesto de amargura, por fin le preguntó:

—¿Por qué, Hanna? —Apoyó los codos en la cama y asumiendo la posición de quien se prosterna en el reclinatorio de una iglesia para conocer los designios de Dios, repitió—: ¿Por qué?

Hanna tenía toda la noche para responder.

Al menos, eso supuso Bora.

No fue necesario que Bora hiciera ninguna aclaración. Hanna comprendió exactamente el sentido de la pregunta, pequeña en su contextura sintáctica, inabarcable en su dimensión existencial. Tendida sobre la cama, la mujer quedó con la expresión congelada, como si le hubiesen vaciado un balde de agua helada. Con la mirada perdida en un punto situado fuera de este mundo, Hanna no atinaba a moverse ni a articular palabra. Bora, de rodillas junto a la cama, miraba a su exesposa con ojos implorantes. Parecía la composición de una pintura medieval cargada de dramatismo religioso. Bora había esperado durante años ese momento y ahora la vida le daba esta oportunidad, acaso la última.

Por fin, Hanna salió del pasmo, se sentó en el borde de la cama y sacudió la cabeza como si quisiera quitarse algunas ideas molestas. Un gesto duro, desconocido, se le dibujó en los labios. Hanna habló con una voz irreconocible para Bora:

—Ahora comprendo. Todo era parte de un plan: la salida del sótano, el paseo, el almuerzo; todo era un número montado para llegar a este punto. —Hanna hablaba con una indignación contenida—: ¿Cómo pude haber sido tan estúpida? Ingenua de mí. Estaba tan feliz. Qué idiota fui. Y yo pensé que era un acto desinteresado. ¡Todo un filántropo! —gritó Hanna, sin pensar en las consecuencias.

Se puso de pie y caminando alrededor del dormitorio como una fiera, continuó con su soliloquio:

—¿Cuándo comenzó el plan? ¿En qué momento? La carta de Marga, el cambio de esposas, la salida; todo fue parte de un perversa maquinación. ¿Querías interrogarme? ¿Era necesario que lo hicieras con los mismos métodos de Roderich Müller?

Hanna iba de aquí para allá, mientras se preguntaba en voz alta:

—¿Cuándo se inició el plan? ¿Acaso fue hoy, ahora o, peor, el día que decidiste ocultarme en el sótano? ¿También eso era parte del plan? ¿Era necesario que me tuvieras cautiva, que quisieras reducirme a un despojo para poder quebrarme como a una rama seca? Ahora descubro que jamás nos diste protección; nos encerraste como ratas para doblegarnos, para torturarnos, para que yo confesara como un prisionero sometido a tormentos. ¡Tantos días con sus noches para llegar a este punto!

Bora, de rodillas al lado de la cama, negaba en silencio, absorto.

Hanna se detuvo, se llevó ambas manos a la cabeza como si acabara de descubrir una conspiración y continuó:

—Hubiese sido más digno morir. Hubiese sido incluso más decente que nos entregaras. No te atreviste a matar a Andris en el duelo. No te atreviste a matarme a mí. Tenías que disfrazar el más ruin de los actos como una escena de altruismo y generosidad.

Bora, en un espasmo, rompió a llorar como un niño. Lloraba convulsivamente, se ahogaba. No sabía llorar. Nunca antes había llorado. Ni siquiera recordaba haber

llorado de niño. Era un llanto contenido no durante toda su vida; era el llanto de generaciones. No podía decir nada en su defensa.

Hanna, de espaldas a Bora, prosiguió:

—¿Fue un plan concebido por ambos? ¿Ahora mismo la bruja de tu esposa está interrogando a Andris? ¿Qué clase de monstruos son? Esta es tu venganza. ¿Estás conforme ahora? Aun suponiendo que yo fuera culpable de algún cargo, ¿existe proporción entre mi crimen y tu condena?

Bora lloraba cada vez con más intensidad y tristeza, como si cada palabra fuese una puñalada. Sentía que acababa de perder lo que más estimaba: el honor, la honra y la dignidad. Deseaba morir en ese mismo momento. Tal vez hubiese muerto de pena si Hanna no se apiadaba.

—Quiero que sepas que yo no soy lo que tú piensas. Y deseo que tú no seas lo que yo pienso que eres. No me alcanzaron los días de encierro, que no han sido pocos, para convencer a Andris de que tú eras una buena persona. Que nos habías dado refugio de manera desinteresada. No me tienes que explicar que desde que estamos aquí, tu vida y la de Marga corren el mismo peligro que las nuestras. Tal vez yo te deba una explicación, no lo sé; tal vez me la debas tú a mí, pero no es el momento ni el lugar. Ignoro si habrá otra oportunidad y otras circunstancias. Quizá ninguno de nosotros sobreviva a esta locura; no hay forma de saberlo. Pero si hay un futuro o existe otra vida, será en ese futuro o en esa otra vida el momento de saldar nuestras cuentas.

Bora pretendía ahogar la vergüenza en un mar de lágrimas con la cara oculta entre las manos. Hanna se sentó junto a Bora y con su voz habitual, continuó:

—La vida es cruel. Yo lo comprendo. Tú tienes todo el derecho a preguntarte por qué. Pero yo tengo preguntas más urgentes. No sé dónde está mi familia. Ignoro si mis padres continúan con vida. Me pregunto cada día si volveré a ver otra vez la luz del sol o si habrá un porvenir para Andris y para mí. No sé si tendremos hijos. Tú tienes el enorme privilegio de preguntarte por el pasado. Yo, en cambio, apenas si puedo guardar una mínima luz de esperanza sobre un futuro que nunca va más allá de mañana.

Entonces Bora se puso de pie, se limpió la cara con el puño de la camisa como un niño y con un hilo de voz, al borde de la afonía, dijo:

—Si pudiera volver el tiempo atrás y reescribir mi vida, cambiaría algunas palabras, quizá unos pocos párrafos o, incluso, algún capítulo menor. Si Dios me diera la posibilidad de retroceder y elegir un instante de mi existencia, sería uno muy preciso: el día en que te conocí. Y no cambiaría un solo momento.

»He sido tan feliz. Te quise tanto. Es imposible decidir sobre el presente y sobre el futuro. A veces tenemos la ilusión de que somos dueños de nuestro pasado. Pero en realidad, somos sus esclavos. El pasado es tan real como la luz, aunque, como ella, también es intangible. Nos ilumina pero no lo podemos cambiar.

»Mi pregunta no fue un reproche; mucho menos una venganza. Solo quise saber

qué cataclismo nos ha extinguido. No a ti. No a mí. Sino a lo que éramos tú y yo. Si supieras cuánto he pensado en ti en estos años... Amo a Marga. Ella es una buena mujer. Ella sufre si me ve sufrir. No somos monstruos. El mundo se ha convertido en un lugar extraño. ¿Qué quedará de nosotros? ¿Qué quedará de Hungría? ¿Qué será del mundo? ¿Quién puede saberlo? Solo sé una cosa: si yo muriera ahora mismo, lo único que me sobreviviría sería la pregunta que acabo de hacerte. Nada más.

Ahora era Hanna quien lloraba. Bora la abrazó como se abraza a una hija. Hanna le retribuyó el abrazo y así, extenuados, confundidos, sellaron un pacto de paz.

—Debemos descansar —dijo Bora—, yo dormiré en el sillón del estudio. Tú, en la cama.

Bora salió del cuarto y cerró la puerta. Se fue como se va la luz de las velas al soplarlas.

Hanna durmió con un sueño profundo y reparador. Bora, en cambio, no pudo pegar un ojo en toda la noche.

Aquella breve excepción a la regla produjo un cambio en el mecanismo invisible que regía las leyes hasta entonces inamovibles de la casa Persay. Una vez que Hanna volvió al sótano y Marga regresó a la superficie se produjo un movimiento telúrico que sacudió los cimientos del viejo caserón. Un vendaval se adelantó a los acontecimientos.

Habían pasado pocas semanas desde aquellos episodios cuando Hanna y Andris se despertaron sobresaltados a causa de un repentino alboroto que provenía del *atelier*. Pudieron percibir que alguien abría la puerta desde el jardín y, luego, un estruendo de pasos que iban y venían. Aguzaron el oído y distinguieron la voz de un hombre que conversaba con Bora. Tenía un fuerte acento extranjero que podía ser alemán o nórdico. Ambos hombres conversaban en tono enérgico pero en sordina, como si quisieran evitar que escucharan la conversación. Sin embargo, era tal la sensibilidad auditiva que habían desarrollado Hanna y Andris, que entendieron cada una de las palabras. Tenían la sangre congelada:

—Debo llevarlos ahora mismo —dijo imperativo el visitante.

—¿No deberíamos tomar alguna precaución antes? —objetó Bora, en tono vacilante.

—No, no. Es ahora o nunca. Tengo todo preparado para el traslado.

—Cuando dice «ahora», ¿a qué se refiere?

—Ya. En este mismo momento. Tengo un coche esperando afuera y no puedo dilatar más el trámite.

—¿Tiene los papeles? —preguntó Bora.

—Sí, claro —contestó el extranjero.

—¿El dinero para el traslado?

—Está todo resuelto —dijo el hombre en el límite de la paciencia.

—De acuerdo —murmuró Bora lleno de dudas.

Hanna y Andris entraron en pánico. No podían creer lo que escuchaban. Bora estaba por entregarlos. Hablaban de papeles, de dinero.

La charla estaba concluida. Andris tomó la pieza de fundición de hierro con la que había improvisado la januquía convirtiéndola ahora en un elemento de defensa. Después de tanto tiempo no iba a rendirse sin resistir, aunque fuese lo último que hiciera. Luego, oyeron cómo los ocupantes corrían de manera brutal el pesado mueble que cubría la entrada del sótano. Estaban atrapados como ratas. Inmediatamente vieron cómo se movía la tapa de madera y, luego de forzarla con una barreta, consiguieron removerla. Andris se acercó a la claraboya, tomó la pieza metálica como un arma contundente y se agazapó en posición de ataque. Hanna dijo unas oraciones en idish y recordó el cielo azul y las aguas del Danubio tal como los había visto el día en que salió a pasear con Bora. Quería que aquel fuese su último recuerdo.

De pronto asomó desde el techo la cabeza de Bora, colgando al revés como un murciélago albino: tenía las mejillas rojas y la frente surcada por venas. Andris calculó el impacto del hierro en la nuca, tomó impulso y en el momento en el que iba a descargar el golpe, Hanna detuvo en el aire el brazo de su marido.

—Rápido, tienen que salir ahora mismo —les dijo Bora, mirándolos al revés.

El matrimonio vaciló. Entonces Bora les gritó para sacarlos del pasmo:

—¡Han venido a rescatarlos! ¡Conseguimos tramitar los papeles, los pasaportes y un salvoconducto a Suecia!

Alguien que estaba con él deslizó la escalera hacia abajo.

Hanna y Andris, inmóviles, no atinaban a articular palabra. No podían mover un músculo. Cuando la felicidad supera la capacidad del espíritu, desborda y se precipita como un sentimiento semejante a la angustia. Un temblor que se originaba en Hanna y se extendía hacia Andris como un arco voltaico derivó en un llanto incontrolable. Se abrazaron con alegría, miedo, ilusión e incertidumbre. ¿Cómo continuaría la vida? Ante el estado de conmoción del matrimonio, intervino el visitante:

—Mi nombre es Gustaf Olsson, soy funcionario de la Embajada sueca en Budapest. Por favor, confíen en mí. Gracias a los oficios de mi buen amigo, el embajador Persay, he podido tramitar para ustedes sendos *Schutz Pass*^[4]. Deben hacer y decir exactamente lo que yo les pida que hagan.

Hanna y Andris confiaron de inmediato en aquel hombre de frente amplia y mirada diáfana. Asintieron en silencio, a la espera de sus instrucciones.

—Ahora saldremos de aquí y entraremos en mi auto que está estacionado afuera. Lo haremos rápidamente, pero intentando no llamar la atención.

El matrimonio tomaba nota in mente y afirmaba con la cabeza sin interrumpirlo.

—A partir de ahora, ustedes son suecos. Han nacido en Estocolmo. Cuando crucemos los controles mostraremos estos documentos que así lo acreditan —entonces Olsson extendió a Andris ambos pasaportes. El hombre los tomó y los guardó en el bolsillo del saco.

—Si en alguno de los controles, húngaro o alemán, pusieran en duda la autenticidad de los documentos, no deben preocuparse; lo harían aunque fueran genuinos. Solo querrán un soborno. Se lo daremos sin discutir.

—Pero aquí no tenemos dinero —interrumpió Andris.

—Eso no es problema. Ya tendrán la posibilidad de reintegrarlo al embajador Persay cuando sean libres —dijo el sueco, con una sonrisa tranquilizadora.

Bora negó con la cabeza y dirigiéndose a Hanna y a Andris, les dijo:

—Es importante que confíen en el señor Olsson y hagan solo lo que les indique. Mi amigo ha sacado del país a cientos de personas en las mismas circunstancias. Estarán bien.

Andris había permanecido tanto tiempo ahí abajo sin ver la luz del sol que ahora, por paradójico que pudiese resultar, no se atrevía a sacar la cabeza a la superficie.

—Debemos abandonar este lugar ahora mismo —dijo Olsson, mientras Tibor

bajaba al sótano asistido por un ejército de domésticas munidas con elementos de limpieza. Aunque Hanna y Andris no pudieran percibirlo, había un olor intenso, impreciso y muy penetrante.

Helen, el ama de llaves, fue la última en descender. Corrió hacia Hanna y la abrazó con todas sus fuerzas.

—Mi pequeña, mi chiquita —repetía una y otra vez mientras le acariciaba el pelo rojo. Hanna se afirmó fuertemente al cuerpo de Helen. En ese momento, algo le dijo que sus padres habían muerto. Hanna quería abrazar a su madre, necesitaba los brazos de su mamá. Helen lo sabía y entonces la besó como se besa a una hija. Andris, que permanecía un paso más allá, comprendió todo. Por primera vez sintió la intemperie helada e incommensurable de la orfandad. Todavía no habían salido del sótano y ya empezaban a tomar conciencia de la magnitud de la tragedia en la que, hasta entonces, no se habían atrevido a pensar.

Hanna se resistía a dejar aquel sótano que los había protegido; miraba el farol que los iluminó durante aquella noche eterna sin vacilar; el camastro, apenas separado del suelo por cartones y madera, que les dio cobijo y en el que rindieron culto, sagrado y a la vez herético, a Ishtar; detuvo su mirada en la solitaria moldura que surcaba la pared y que, en su delgada belleza, les recordaba que eran humanos; agradeció en silencio a la canilla herrumbrosa que les proveyó agua; se despidió de los viejos cajones de madera que oficiaron de sillas; del noble caño cloacal que, con caridad de mártir, había recibido sus excrecencias sin obstruirse jamás; por último, se acercó a la pared de ladrillos desnudos, acarició con el pulpejo del índice el sello del fabricante y agradeció a un desconocido Hans Lindel de Viena que, sin saberlo, no solo los había acompañado con su nombre, sino que sus ladrillos, rojos y perfectos, les habían dado protección y cobijo. Hanna miró por última vez aquel pequeño y entrañable hogar antes de que las domésticas volvieran a convertirlo en un olvidado depósito y, por fin, subió detrás de Andris.

Luego de permanecer más de seis meses recluidos, Hanna y Andris sintieron vértigo y temor frente a la libertad.

La vida suele plantear paradojas. Pocos días después de que Hanna y Andris consiguieran abandonar Hungría gracias al salvoconducto sueco, Bora y Marga quedaron atrapados en la casa Persay a causa del sitio de Budapest que establecieron los rusos a sangre y fuego. Las tropas soviéticas avanzaban desde Pest. Los alemanes establecieron la resistencia en la parte más elevada de Buda. El Danubio era la divisoria. La casa Persay estaba en la primera línea de fuego: el frente quedaba expuesto a la artillería rusa y el contrafrente, al de los cañones alemanes, cuyas balas pasaban silbando por encima del tejado del antiguo caserón. Desde que el ejército rojo había tomado el aeropuerto de Ferihegy, los aviones alemanes despegaban y aterrizaban en los parques circundantes al Castillo, justo detrás de la casa Persay. Budapest estaba sitiada.

Los rusos impusieron un cerco inexpugnable. Ya casi no había alimentos en la despensa de la casa. Cuando se comieron hasta las últimas conservas, Bora debió carnear el viejo caballo que había quedado en la casa; el frío del invierno hizo que la carne se mantuviera por varias semanas. Las vísceras servían para atraer gatos, por entonces un manjar inestimable. Las ratas no eran fáciles de cazar ni, menos aún, de ser valoradas como alimento. No tenían comida, pero sí una bodega con los mejores vinos del mundo. Bora ya había apreciado el sabor de la carne de los repudiados roedores durante la primera guerra. Al tratarse de delicadas carnes blancas, tanto la rata como el gato se dejaban acompañar mejor por los vinos de la cuenca del Rin. El vino tinto, en cambio, era mucho más adecuado para la carne de caballo.

En una oportunidad, Bora descubrió al personal devorando con las manos una rata hervida. La estaban destrozando con los dedos y se la disputaban como salvajes. Bora rara vez abandonaba la corrección para dirigirse a la servidumbre, pero en aquella ocasión no pudo evitar un acceso de furia. Avergonzado, el personal, que hacía un círculo en torno de la olla, se disculpó:

—No tenemos otra cosa para comer.

—¿Y ustedes creen que nosotros comemos caviar? El problema no es comer rata; finalmente, es carne como cualquier otra. El problema es convertirse en rata. No tenemos comida, pero sí cubiertos. Se han agotado las provisiones pero no la dignidad.

Entonces Bora invitó a todo el personal a que se sentara a la mesa principal y pidió a Marga que pusiera la mejor vajilla. El dueño de casa y su mujer prepararon la comida y la presentaron como se debe presentar una cena. Ellos se encargaron de servir a los sirvientes el manjar de rata más delicioso que jamás habían comido, acompañado con vino blanco. Aquel acto sirvió para que la casa Persay volviera a ser una casa y no un refugio de vagabundos.

La ciudad era un caos. Cada vez que cesaban los bombardeos, la gente, desesperada, salía a buscar cualquier cosa que pudiera servir para comer o hacer leña.

Entre el avance ruso y la resistencia alemana, los habitantes de la ciudad huían de Buda hacia Pest o de Pest hacia Buda, de acuerdo a dónde cayeran las bombas. El tránsito de un lado hacia el otro finalizó cuando los alemanes dinamitaron todos los puentes. Y así, poco a poco, Budapest iba quedando en ruinas como una dama elegante atacada por la lepra. Cientos de personas que habían dejado sus casas al otro lado del río deambulaban como almas por las calles de Buda sin tener adónde ir.

A veces es preferible afrontar la peor de las certezas que estar condenado a una incertidumbre perpetua. Todas las dudas de los Persay finalizaron con un estruendo apocalíptico una mañana muy temprano. Bora estaba leyendo en el *secrétaire* del cuarto envuelto en una *robe de chambre*. La tenue luz matinal entraba por la ventana a través de las cortinas apenas descorridas. Marga permanecía en la cama, cuando, de pronto, una explosión los encegueció, los dejó sordos y absortos. Si hubiesen tenido que determinar cuál había sido el origen del estallido habrían afirmado que se produjo justo en el centro de sus entrañas.

A Bora le sangraba la nariz y a Marga, los oídos. Pero ni siquiera percibieron ese detalle. Bora miró hacia arriba y, al disiparse la nube de polvo, vio el cielo abierto y diáfano de la madrugada. Marga, acostada en la cama, se preguntaba seriamente si ahí arriba no debería haber estado el techo. Junto a la cama, estaba la mesa de noche y junto a la mesa de noche, la pared. La mesa de noche estaba intacta. Pero no había pared. La cama estaba al borde de un abismo. Bora había tenido menos suerte; aún sostenía el libro entre las manos, pero el *secrétaire* se había caído por el precipicio hacia la calle.

Igual que una casa de muñecas, la residencia Persay carecía de frente. Marga comprendió que era hora de levantarse. Lo hizo cuidando de no caer al vacío. Mecánicamente se dirigió al ropero. Lo buscó por todas partes, dando vueltas sobre sí misma. No había rastro alguno del ropero. En una silla estaba la ropa que se había sacado por la noche. Se vistió a cielo abierto. Bora llevaba un traje debajo de la *robe de chambre*. Se quitó la bata de seda, extendió una sábana de la cama sobre el piso y dentro de ella puso lo poco que quedaba en el cuarto. Algo de ropa, unos libros, retratos familiares y unos zapatos. Hizo un atado con la cobija y sin perder la serenidad le dijo a Marga:

—Es hora de irnos.

Fue aquel el último día del matrimonio en Budapest. Sorteando escombros, cadáveres y objetos humeantes e irreconocibles, atravesaron lo que quedaba de la ciudad con el atado al hombro. Eso fue todo lo que pudieron salvar.

Se alejaron bordeando el Danubio, aturcidos, hacia ninguna parte.

La perplejidad luego de la bomba que destruyó la vieja casa Persay se prolongó en Bora mucho tiempo después de la llegada a la Argentina. De hecho, no recordaba más que pequeños destellos del cruce del océano en barco, la llegada a Buenos Aires y el viaje en tren hasta Unquillo, un pequeño pueblo entre las sierras en la provincia de Córdoba. Llegaron con las mismas cosas que pudieron rescatar dentro de la sábana. Alguien, Bora no recordaba quién, se había apiadado de ellos y les regaló una maleta bastante gastada, para no tener que cargar con el bochornoso atado. No tenían nada más que eso.

El antiguo palacete de Buda, las propiedades en Pest, los viñedos, los sembradíos, los animales, los campos con sus ríos y sus bosques, las cuentas bancarias, el Mercedes azul, las bibliotecas con sus libros, los cuadros familiares, los que había pintado Bora, los muebles, las joyas de Marga, las cremas, las plantas de la finca con las que las fabricaba, la finca, todo, en fin, había sido destruido o incautado. Lo único que pudieron salvar Bora y Marga fueron sus propias vidas. Y por muy poco.

Bora no tenía ni una moneda en los bolsillos. Sin embargo, la aristocracia no era algo que pudiera caber en una billetera que, por cierto, tampoco tenía. Llevaba la prosapia en el semblante, en el modo de mirar, de fumar y de expresarse. Bora Persay jamás había experimentado el sentimiento de la pobreza. Le era tan ajena que ni siquiera supo verla cuando debió convivir con ella. Marga, que la conocía de sobra, reconoció de inmediato la cara de esa vieja e indeseable compañera. Ella, al menos, sabía sobrellevarla.

Aun sin un cobre, Bora estaba convencido de que nada había cambiado. Para él la falta de dinero era un hecho pasajero e intrascendente, como cuando, en el pasado, por alguna razón administrativa no le era posible retirar efectivo del banco. Podía esperar un día, un fin de semana; podía ir a la guerra y vivir como el más pobre de los soldados, pasar hambre, frío y penurias. No percibía la falta de dinero como un hecho trágico ni definitivo. Él era rico aunque no tuviese una sola moneda. No era esta una metáfora de dudoso gusto como aquellas que miden la riqueza en amigos, amor o salud. No. Él estaba convencido de que era rico, económicamente rico, subjetiva y objetivamente rico. La riqueza era inherente a su persona. Tenía cara de hombre rico, actitudes de hombre rico, pensamientos de hombre rico; solo existía un pequeño detalle, un hecho menor e intrascendente: no tenía dinero. Pero eso no tenía ninguna importancia.

Todavía aturdido por la explosión, Bora ignoraba por completo cómo y por qué habían ido a parar primero a Buenos Aires y luego a Córdoba. Si le hubiesen dicho que habían sido despedidos hasta el otro hemisferio a causa de la explosión, lo

hubiese creído. En realidad, todo fue una silenciosa gestión de Marga. En la desesperación, una tarde dejó a su esposo en el miserable hotel en el que se hospedaban en Buenos Aires a poco de bajar del barco, y averiguó cómo llegar a la Embajada de Hungría. Idea que Bora, con entero sentido común, jamás habría aprobado: Hungría estaba gobernada por aquellos que los habían obligado a escaparse. No solo no habrían de ofrecerles nada, sino, al contrario, corrían el riesgo de que los consideraran disidentes y tomaran alguna represalia. Las mujeres suelen pensar con una intuición superior a la inteligencia. Marga necesitaba conversar con alguien que hablara su mismo idioma. Y que fuera mujer. Cuando se anunció en la Embajada, al ser reconocida inmediatamente como húngara, le ofrecieron una entrevista con el secretario del embajador.

Mientras esperaba en la recepción, se acercó a una empleada administrativa que encorbaba la espalda en un escritorio y se ocultaba detrás de unos anteojos inmensos. En un susurro, Marga le preguntó si hablaba húngaro. La mujer miró a izquierda y derecha como si quisiera comprobar que realmente se dirigía a ella, se aseguró de que no hubiera nadie más en el recinto y asintió con la cabeza. Marga supo de inmediato que esa tímida joven de lentes era la persona que buscaba. En tono confidencial, le explicó sin ambages cuál era su situación. La empleada comprendió perfectamente. En silencio, casi en puntas de pie, caminó hasta el escritorio, tomó papel y pluma y anotó el nombre de ella y el de Bora.

—Déjeme un número de teléfono, yo me comunicaré con usted —murmuró la empleada.

Marga tomó la tarjeta del hotel en el que se alojaban y se la entregó. La muchacha la guardó en un bolsillo del discreto traje sastre que llevaba.

—Ahora retírese y no mencione su nombre a nadie más —le dijo en secreto.

Marga se dirigía a la salida cuando se cruzó con el empleado que la había recibido. El hombre le hizo saber que el secretario del embajador la estaba esperando.

—Oh, debo pedirle mil disculpas, pero se me ha hecho tarde. Volveré mañana si no tiene inconvenientes.

El empleado la miró con extrañeza al ver cómo apuraba el paso hacia la calle.

Al día siguiente, tocaron a la puerta de la habitación del hotel en el que se alojaban Bora y Marga. Ella se apresuró a abrir antes de que lo hiciera su esposo quien, abstraído en la lectura como estaba, ni siquiera había atinado a levantar la vista del libro. De mala manera, con fastidio, la dueña del hotel le dijo que tenía una llamada telefónica. Debía bajar a la recepción y hablar desde el único aparato que había. Marga corrió escaleras abajo y tomó el tubo de baquelita negro como quien se aferra a la última esperanza. Era la empleada de la Embajada.

—Por favor, necesito que esta misma tarde, a las siete en punto, me espere en Plaza San Martín, junto al monumento —dijo apurada, como si temiera que la pudieran escuchar y colgó.

Sosteniendo el tubo, Marga memorizaba: «siete de la tarde, Plaza San Martín,

monumento».

Sin decir nada a Bora, Marga salió del hotel una hora antes y preguntó cómo llegar a la plaza. No terminaba de acostumbrarse a las distancias de Buenos Aires y no podía gastar los escasos ahorros en el tranvía. Caminó a paso firme de Constitución a Retiro y llegó al monumento cinco minutos antes de la hora. En ese preciso momento vio a la empleada de la Embajada con el mismo traje sastre que llevaba el día anterior. Marga salió a su encuentro. La mujer abrió la cartera, extrajo un sobre grande de papel madera y se lo dio. Marga lo tomó y comprobó que era más pesado de lo que suponía.

—No lo abra ahora. Regrese al hotel. En el sobre encontrará todo lo que necesita. No vuelva a la Embajada ni comente nuestro encuentro con nadie.

Marga estaba por agradecerle aún no sabía exactamente qué, cuando la mujer le dijo.

—Pertenezco a una organización que ayuda a los húngaros disidentes en la Argentina; obviamente, sin el conocimiento de la Embajada. Es importante que el embajador Persay, por el momento, no sepa nada de esto —dijo estas palabras, oteó a uno y otro lado y se fue por donde había llegado.

Marga volvió al hotel. Cuando Bora bajó al patio a fumar un habano como todas las noches, la mujer, sola en el cuarto, abrió el sobre y desplegó el contenido en la superficie gastada de la mesa: había un manojito de llaves, dos pasajes a Unquillo, Córdoba, las indicaciones para llegar a una chacra llamada «Dos Luceros», quinientos pesos y un documento que decía en castellano:

Mediante el presente, se autoriza al matrimonio conformado por el Sr. Bora Persay y la Sra. Marga de Persay a residir en la finca Dos Luceros, ubicada en la parcela 156 de la localidad de Unquillo. Asimismo, se autoriza a las personas antes mencionadas a hacer uso de las instalaciones y usufructuar el huerto y la granja. Por su parte, los moradores se comprometen a conservar el buen estado de la propiedad, producir las mejoras necesarias en la finca y la vivienda, y mantener productivos el huerto y la granja. Este permiso de usufructo se mantendrá hasta el momento en que el propietario de la finca dé por finalizado el convenio.

En el lugar de la firma había un impreso en el que se leía: «Finca Dos Luceros S. A.» No había nombre propio alguno.

Marga apenas si podía comprender algunas palabras sueltas. Bajó al patio y le mostró la nota a su marido. Bora, que era un buen diplomático, hablaba el castellano con algunas dificultades pero lo podía comprender y leer perfectamente. Se lo tradujo en voz alta a Marga y cuando finalizó, sonrió, lo plegó, se lo devolvió a su mujer y continuó fumando como si nada.

—¿Entonces? —preguntó Marga llena de intriga.

—Entonces nada. Ese papel no tiene ningún valor legal.

Marga superó el abatimiento con un súbito arrebató de indignación. Tomó a Bora del brazo y le dijo:

—No me importa si ese papel tiene o no valor legal. Los pasajes sí los tienen, el dinero es dinero real y las llaves suenan como llaves. Nos vamos.

Bora dio otra calada al cigarro y mientras expelía el humo le dijo:

—Como quieras. Me da igual.

Un pequeño milagro había obrado desde que Bora y Marga llegaron a Córdoba. Mientras más flacas se veían las bíblicas vacas de la economía familiar, más saludable y animada lucía Marga. Cuanto mayor aridez mostraban las cuentas, más fértil y sensual se tornaban el aspecto y la disposición de la mujer del pintor. Como si la ondulante geografía de Unquillo se le hubiese hecho carne, el cuerpo de Marga volvió a llenarse de curvas y estremecimientos. El contacto con la tierra, el campo, la música de los riachos que discurrían sobre las piedras, el aire de las sierras, el polen, le devolvieron las sustancias que constituían su elemental naturaleza.

Una pequeña casa entre las sierras, unos pocos animales, un caballo, un hombre. No necesitaba nada más; el resto lo daba la tierra, lo fabricaban sus manos y surgía de su cuerpo.

El vientre de Marga revivió, sus pezones se volvieron enormes, duros, encarnados, apetecibles. Las caderas se le redondearon como las grupas de una yegua. Bora rejuveneció a instancias de su mujer, que, ya madura, había vuelto a ser la muchachita con la que se revolcaba junto al río. Pasaban tardes enteras entrelazados en el bosque, bajo un árbol o en la fresca galería de la casa; en la cama del dormitorio, desde cuyas ventanas se veían las sierras verdes y frondosas, o en el sillón del living junto a una salamandra de hierro.

Una de aquellas tardes, Marga se levantó de la cama cubierta solo por un tul de sudor, se contempló desnuda frente al espejo de frente y de perfil, se midió con los brazos en jarra el diámetro de la cintura, luego sopesó con ambas manos sus pechos inabarcables y le dijo a Bora, que aún jadeaba desnudo sobre la cama:

—Será un varón. ¿Cómo quieres que se llame?

Antes de que su esposo pudiera contestar, Marga se envolvió en una bata y salió al campo: debía recolectar las plantas para fabricar ungüentos que mantuvieran el embarazo con salud y colaboraran con la economía de la familia Persay, cuya simiente había germinado en las nuevas tierras y empezaba a dar el primer retoño.

Marga volvió a ser una mujer fecunda; no solo esperaba un hijo, sino, además, encontró la manera de llevar dinero al hogar. Muchas de las plantas que usaba en Hungría crecían también en las suaves laderas de las sierras de Unquillo; algunas, desconocidas para ella, tenían propiedades semejantes y otras presentaban cualidades novedosas. Los resultados de las nuevas cremas eran notables: las arrugas desaparecían en pocas semanas, la piel recuperaba la turgencia y, detrás de los pliegues mustios, volvía a aparecer la juventud como si se descorriera el telón de un antiguo teatro. Marga descubrió que el éxito de sus nuevas cremas no solo residía en la eficacia; las mujeres argentinas dedicaban muchos más recursos a cuidar la apariencia que las húngaras. Las clientas de Marga en Budapest eran mujeres ricas sin más ocupaciones que contemplarse en el espejo. Las argentinas, en cambio, eran las esposas de los dueños de los campos, pero también las mujeres que vivían en las

modestas quintas y chacras vecinas. Pronto la fama de las cremas de Marga trascendió las breves fronteras del pueblo hasta hacerse fuerte en la ciudad de Córdoba. Un farmacéutico le propuso fabricarlas a mayor escala en su droguería y venderlas no solo en su negocio, sino distribuirlas en otras perfumerías de la provincia. No aceptó; solo las fabricaría ella en su casa y se las vendería a él para que hiciera con ellas lo que mejor le pareciera.

Marga, además, introdujo en Córdoba los perros Vizsla Magyar. Acostumbrada a criarlos en la finca de las afueras de Budapest para los cazadores que establecían su coto en los campos de los Persay, no le fue difícil despertar el interés de los monteros que cazaban en las sierras. Rápidamente descubrieron las cualidades del Vizsla que combinaba olfato, fortaleza y agilidad.

Marga se convirtió en una verdadera atracción en Unquillo. Las mujeres llegaban a la casa para comprar sus cremas, los hombres para interesarse por sus perros de caza y, de paso, admirar sus deíficas formas paganas. A pesar de los esfuerzos de Marga, el matrimonio vivía muy modestamente.

A Bora le preocupaba la educación de su hijo. Formado en el liceo austrohúngaro, temía que la educación pública argentina no estuviese a la altura de su sangre azul. A Marga, estas consideraciones la tenían sin cuidado, aunque simulaba compartir la inquietud con él. Antes que el aprendizaje del francés, el inglés y el alemán, a Marga le importaba que su hijo aprendiera a hablar el castellano, cosa que a ella le resultaba virtualmente imposible. Aunque su esposo creyera que Argentina era un destino pasajero, Marga había decidido quemar las naves el mismo día en que llegaron.

Marga fabricaba cremas, criaba perros, cultivaba la huerta, vendía los frutos de la tierra, limpiaba la casa, hacía la comida y muy pronto habría de criar un hijo. Pero también hacía los trabajos de albañilería. Embarazada como estaba, se trepaba a los techos, reemplazaba las tejas rotas, limpiaba las canaletas de desagüe, reparaba las paredes derruidas y las pintaba. Para los vecinos era como asistir a un número de circo: mientras ella permanecía montada a horcajadas en la cima del techo a dos aguas, los hombres que pasaban la saludaban desde abajo y se quedaban conversando con ella, que apenas si los entendía, con cualquier excusa para admirar sus pechos portentosos asomando desde el escote. Para ella, todas esas labores no significaban un sacrificio; al contrario, esa era la vida a la que estaba acostumbrada en el campo. El sufrimiento había comenzado cuando tuvo que mudarse a la casa Persay: un cautiverio de lujo que detestaba con toda la fuerza de su alma. No quería cambiar su nueva vida por ninguna otra. La única razón que la había llevado a abandonar el campo era el amor que sentía por Bora y la promesa que había hecho a sus padres. La existencia en Unquillo era la que siempre había anhelado.

A Bora, entregado a la contemplación, le parecía un milagro que una sola persona pudiera hacer tantas y tan diversas tareas. Por si fuera poco, Marga llegaba a la noche exultante y pletórica de bríos juveniles. A diferencia de las noches en la casa de Budapest, Bora se acostaba más temprano y antes de que el sueño le arrebatara a su

esposa, se metía en la cama con ella; desde que llegaron a Córdoba, no había pasado un día sin que terminaran entrelazados en la cama como adolescentes.

Bora solo tenía dos trajes: uno claro y otro oscuro. Marga se encargaba de que ambos estuvieran siempre disponibles. En los días cálidos Bora usaba el traje blanco y, siempre de acuerdo con el protocolo, después de la siete de la tarde se cambiaba y se ponía el traje oscuro. Era su modo de mostrar sus respetos y agradecimiento a sus vecinos, ofreciéndoles la misma consideración que dispensaba a presidentes, cónsules y embajadores. Siempre saludaba a los modestos quinteros con una pequeña reverencia y les dedicaba un «*Bonjour, Madame; Bonsoir, Monsieur*». Los aristocráticos ojos de Bora no se detenían a ver que sus únicos dos trajes estaban algo raídos y demasiados brillosos por el roce. Aunque no se cruzara con nadie en todo el día, siempre estaba vestido como para ir a una recepción.

Bora se paseaba por la huerta, cercada por un enclenque alambre tejido, como quien recorre los jardines del palacio de Versailles. Rodeado por gallinas, pasaba las horas leyendo bajo la maltrecha galería de la casa con la misma actitud con la que leía en la Biblioteca Nacional de Budapest. Si tenía unos pesos en el bolsillo, iba hasta el almacén de ramos generales del pueblo y sentado a una mesa desvencijada bebía café de filtro como si estuviera en la terraza del Hotel Meurice. Al anochecer, encendía la vieja salamandra herrumbrada y contemplaba el fuego a través de la piedra mica ennegrecida.

—El fuego siempre es fuego, arda donde arda. Lo importante es que no se apague —le decía Bora a Marga mientras alimentaba la boca de metal con leños.

Bora cuidaba que las chispas de la salamandra no tocaran el suelo como si fuese roble de Eslavonia y no un cerámico barato e incombustible. Iba y venía por la modesta casa de la chacra con las manos enlazadas detrás de la espalda, como cuando mascullaba una idea pictórica en la mansión de Buda.

Un día, viendo que el vientre de su esposa estaba muy crecido y que las tareas eran demasiado pesadas para su estado, le dijo:

—Deberíamos pensar en contratar un matrimonio de caseros.

Marga sonrió con ternura, asintió, cargó un atado de leños al hombro y continuó con sus tareas. No quería que nada rompiera el ensueño en el que vivía su marido y descubriera que, en realidad, los caseros que cuidaban la chacra de Unquillo eran ellos.

Marga había observado con preocupación que desde que llegaron a la Argentina, Bora no había vuelto a tomar un pincel ni a mencionar la posibilidad de pintar. Debía, sin embargo, ser sumamente cuidadosa; si bien le daba mucho trabajo mantener la casa y la economía familiar, le resultaba mucho más difícil apuntalar el frágil mundo de espejismos en el que vivía Bora. No porque sintiera piedad por su marido ni porque pensara que había perdido la razón. Marga sabía que el espíritu de los artistas en general y el de los pintores en particular respondía a una lógica diferente de la del resto de los mortales. El ejercicio de la pintura requería de un nivel de abstracción de la realidad semejante al de la alienación. A Marga le resultaba más sencillo construir paredes que mantener en pie aquel mundo de ilusiones en el que vivía Bora.

Marga percibía que dentro de aquel hombre que se conducía como un embajador sin cartera en medio de las sierras agrestes, que les hablaba en francés a los peones rurales, que hundía los zapatos italianos en los fangales, que creía habitar un palacio europeo enclavado en una chacra de provincias, se estaba gestando algo trascendental. Bora estaba tan embarazado como ella. Marga podía adivinar que cuando caminaba pensativo y silencioso, algo se estaba abriendo paso en su espíritu. Y sabía que su marido expresaba sus mejores ideas a través de la pintura. Sin presionarlo ni mencionar su olvidado oficio, intentaba despejarle el camino hacia el atril.

Si le sobraba un poco de dinero, Marga iba a la pinturería artística de la ciudad y compraba un pomo de óleo. Una semana llevaba un color y la siguiente, otro, hasta completar los colores primarios, el blanco y el negro. Luego siguió con los pinceles. Marga, con sus propias manos, fabricó una paleta de madera. Para respetar la disposición de la casa Persay, puso en condiciones un viejo depósito ruinoso y lo acondicionó como *atelier*.

Un día Marga sacó a Bora de la nube de ensoñaciones en la que vivía y lo condujo del brazo hasta el taller. Cuando abrió la puerta, el pintor quedó obnubilado. Tenía frente a sus ojos el *atelier* con el que soñaría cualquier pintor: un amplio ventanal por el que entraba la luz y desde el cual se veían las sierras con su infinita gama de verdes; las paredes, blancas y altas, multiplicaban la luminosidad; una mesada de algarrobo rescatada del olvido, sobre cuya tabla había portalápices con carbonillas, sanguinas, pinceles y espátulas. Más allá, una caja de madera abierta exhibía los pomos de óleos, acuarelas y frascos con tinta china. En el centro del galpón, vertical, un caballete antiguo, idéntico al que tenía Bora en su viejo *atelier*. Marga lo había conseguido en una compraventa, usado pero impecable.

Bora caminaba con los ojos abiertos de asombro. No podía creer que ese lugar fuese el depósito abandonado al que ni siquiera se podía entrar a causa de la cantidad de trastos y el olor a estiércol de animales diversos. Siempre con las manos enlazadas por detrás de la espalda, Bora examinaba los pinceles, las pinturas y las tintas. En

algunos casos, los materiales se veían de una calidad superior a la de los europeos.

—Esto es maravilloso —dictaminó por fin Bora—, no tengo palabras. Sencillamente maravilloso.

Los ojos de Marga se iluminaron. Estaba a punto de parir y era indispensable que Bora retomara su viejo oficio y empezara a vender cuadros. Aunque al principio tuviera que malvenderlos o incluso dejarlos en consignación en una mueblería. Necesitaban ganar dinero.

—Maravilloso —repitió Bora como si hubiese presenciado algo prodigioso pero que le era completamente ajeno. Sin tocar nada, salió del *atelier* y volvió a meterse dentro de aquella nube de tinieblas en la que no cabía nadie más que él.

Marga se tomó el vientre con ambas manos, respiró profundamente y evitó tragarse el llanto para no compartirlo con su hijo. Un alarido de incompreensión estremeció las sierras. Todos lo oyeron.

Salvo Bora, que contemplaba quién sabía qué detrás de la mica de la salamandra.

Ya había pasado la fecha del parto y Marga seguía embarazada. El pequeño Béla ya no cabía dentro de Marga; Marga no cabía en su propia angustia y Bora, que había huido de su cuerpo, era una ausencia de traje y corbata que iba y venía por la casa. Como si Marga hubiese decidido detener el tiempo hasta que las cosas se encauzaran, hizo una suerte de pacto con su hijo para que se quedara dentro de ella un poco más. Esperaba un milagro. No quería ir al hospital; sabía que algo estaba por ocurrir y temía que la dejaran internada y sin posibilidad de colaborar con el destino, que intuía venturoso. Por momentos tenía unas contracciones irrefrenables, dolorosas, y, por otros, su vientre entraba en unos estados de quietud que la llenaban de pánico.

En el momento en que Marga le imploraba en un susurro a su hijo que tuviera paciencia, al otro lado de la ventana vio que alguien se acercaba por el camino de grava que unía la tranquera con la casa. Era un hombre regordete, de traje y sombrero, aferrado a un maletín. El corazón de Marga latió con fuerza. El pequeño Béla se revolvió en el vientre cuando sonaron tres golpes en la aldaba de bronce. Con enormes dificultades, Marga se incorporó, caminó hasta la entrada y abrió la puerta.

—¿El señor embajador se encuentra? —preguntó el hombre que, encandilado, intentaba ver dentro de la casa.

Nadie había llamado de esa forma a Bora desde que habían abandonado Hungría.

—¿Quién lo busca? —preguntó Marga.

—Es... es un asunto personal —titubeó el hombre.

—Soy la esposa —aclaró ella.

—¿El señor Persay se encuentra? —repitió, como si ese último dato no tuviera ninguna importancia para él.

Era una pregunta a la que Marga no sabía qué contestar. Hacía varios días que Bora no se encontraba a sí mismo. De hecho, en ese mismo momento deambulaba de aquí para allá como buscándose en algún lugar de la casa.

—Adelante, pase, por favor —invitó Marga, a la vez que abría la puerta de par en par.

El visitante quedó absorto al descubrir el vientre de la mujer. Era de un tamaño y una prominencia sobrenaturales.

—Felicitaciones —dijo el hombre sin poder despegar la vista de aquel abdomen colosal—, ¿de cuánto tiempo está? —preguntó con más curiosidad que cortesía.

—De diez, casi once meses —contestó Marga sacudiendo la cabeza mientras sacaba cuentas, en un español incomprensible.

El hombre respondió con una carcajada hecha de miedo.

—Por favor —dijo ella—, póngase cómodo.

—Está bien así —declinó el recién llegado sin dejar de abrazar el maletín.

Marga, que casi no podía moverse, se disculpó y fue a buscar a Bora. Lo buscó por toda la casa sin éxito hasta que de pronto lo descubrió desde la ventana del

cuarto; caminaba por la huerta con una rama como si se tratara de un cetro real. Bajó por las escaleras sosteniéndose el vientre, salió de la casa y, finalmente, volvió con Bora del brazo.

Al verlo ingresar, el visitante se puso de pie, ensayó una reverencia y con la mano extendida hacia él, le dijo:

—Señor embajador, es un honor saludarlo.

No bien escuchó esas palabras, Bora cambió su actitud ausente y como si se hubiese roto un ensalmo pareció volver en sí. Por fin alguien se dirigía a él como correspondía. Bora estrechó la mano del desconocido y lo interrogó con la mirada.

—Soy el doctor Peralta, abogado —dijo mientras le extendía una tarjeta que confirmaba los datos—. Vengo a transmitirle un encargo. No soy más que un simple mensajero.

La cara de Marga se desencajó. Temió lo peor. Ellos nunca conocieron a los dueños de casa. Jamás habían firmado un contrato de trabajo que los acreditara como caseros ni, menos aún, como inquilinos. Marga supuso que los propietarios se habían aprovechado de ellos. Ahora que la casa estaba virtualmente reconstruida, les mandaban un abogado para que los desalojara. Luego de meses de trabajo y esfuerzo, después de haber dejado como nuevos la chacra, el depósito y la vivienda, venía un patético leguleyo con una orden de desalojo en el maletín.

—Por favor, tome asiento —le dijo Bora al visitante—. ¿Qué puedo ofrecerle? Siéntase en su casa.

—Solo agua, por favor.

Bora miró a Marga y retransmitió con los ojos el deseo del visitante. La mujer volvió a tomarse el vientre como si fuese un peso ajeno que debía cargar y caminó, bamboleándose, a la cocina.

—¿En qué lo puedo ayudar, doctor?

—Un cliente desea encargarle una pintura.

Marga, que escuchó todo desde la cocina, mirándose el abdomen musitó a su hijo: «¡El milagro!». Regresó expectante, con la jarra, el vaso y unas galletas. Ahora sí, debía ser más cuidadosa que nunca. Tenía que proceder con Bora como si estuviese frente a un cervatillo huidizo. Habida cuenta de la completa falta de interés que había demostrado su esposo en el flamante *atelier* que ella había acondicionado para él, temía que, en el estado en el que estaba últimamente, echara de la casa al representante de su anónimo cliente.

Bora guardó silencio, se incorporó y caminó alrededor de la sala con las manos detrás de la espalda.

—¿Puedo saber quién lo envía?

—Imposible. Ni aunque quisiera. Realmente no lo sé. Me han contratado a título confidencial.

—¿Y cómo puedo estar seguro yo de la seriedad de la propuesta?

—Espero no se ofenda: mi cliente le envía este modesto adelanto —dijo el

abogado, a la vez que abría el maletín y vaciaba su contenido sobre la mesa: diez fajos de billetes envueltos con sus correspondientes precintos bancarios. Mil pesos moneda nacional.

Marga hizo la conversión a florines y luego calculó cuánto significaba esa cantidad de dinero en la Argentina. Si no se equivocaba, les alcanzaba para vivir seis meses holgadamente.

—Como le dije, solo se trata de un anticipo. En caso de que aceptara, usted dirá cuánto restaría por el total y mi cliente le pagará contra entrega de la obra.

—Vea, doctor Peralta, no acostumbro a trabajar por encargo. No me gusta que me condicionen...

—Entiendo —interrumpió el abogado—; me adelanto a aclararle que mi cliente me ha dicho que no pone condición alguna; puede pintar lo que usted desee.

Marga observaba lívida. Su marido no se daba cuenta de la situación en la que estaban. El destino había depositado en sus manos una llave de oro. No podía dejar pasar esa oportunidad. Bora, cruzado de brazos, se llevó el índice a la barbilla.

—Debería pensarlo —sentenció.

—Debo volver con una respuesta. Y tiene que ser hoy.

Bora contempló el dinero y sacudió la cabeza ensayando un gesto de duda en el límite de la negativa. Entonces Marga comprendió todo. Orgullo. Todo era una cuestión de orgullo. Su negativa a aceptar que no era embajador de nada, que era pobre, que no tenía una parcela donde caerse muerto; el ceremonial y el protocolo para nadie y para nada, todo era una cuestión de orgullo. Lo único que sí tenía, la única cosa en el mundo de la que era dueño, era su talento de pintor. Y estaba a punto de negar no ya un trabajo digno, un dinero necesario y el comienzo de una nueva carrera; estaba negando su propia persona como un Pedro de sí mismo. Marga se dio cuenta de todo. Entonces decidió tomar la palabra.

—¡No puedes aceptar ese trabajo! —le dijo en húngaro, pero de modo tal que el visitante se diera cuenta por su tono y sus gestos de que ella se oponía—. No puedes negociar tu talento. Este hombre se quiere aprovechar de nosotros; ve que estoy embarazada, sabe que estamos recién llegados y que necesitamos dinero. Entiendo que es una suma importante que nos permitiría vivir durante un buen tiempo sin apremios. Comprendo que necesites comprar trajes nuevos. ¿Pero a cambio de qué? ¿Por qué no valoras mi trabajo? Mira a tu alrededor. ¿Quién ha levantado las paredes? ¿Quién las pintó? ¿Quién puso esta casa en condiciones? ¿Para qué transformé un depósito ruinoso en un *atelier*? ¿Para que negocies tu arte a cambio de... dinero?

—¡Orgullo! Eso se llama orgullo. Eres demasiado orgullosa para aceptar que no puedes hacer todo el trabajo, mantener la familia, tener un hijo y criarlo. ¿Acaso crees que puedes hacerlo todo tú sola? —dijo Bora también en húngaro—. Está muy bien que tengas tu orgullo. ¿Y el mío? ¿Te has dado cuenta que desde que llegamos aquí no he podido hacer nada? ¿Te has dado cuenta de que necesitamos el dinero? ¿Acaso condenarías a Miguel Ángel por haber pintado la Capilla Sixtina a cambio de dinero?

¿Con qué piensas pagar la comida, la ropa y la educación de nuestro hijo? —dijo señalando el vientre enorme de Marga—. ¿Qué más podíamos pedirle al destino? ¿Cuántas veces la fortuna puede llamar a nuestra puerta?

Bora, agitado, se acomodó el pelo que se le había volcado sobre la frente e intentando recuperar la calma se dirigió al abogado:

—¿Para cuándo necesita el cuadro? —preguntó Bora, ahora en castellano.

—Mi cliente no ha fijado una fecha.

—¡Veo que mi opinión ni siquiera cuenta! —dijo Marga en húngaro y se retiró de la sala dando un portazo. Exhausta, se sentó en una silla de la cocina y lloró de alegría. Una contracción punzante y auspiciosa como la flecha de un ángel le hizo ver que, ahora sí, era hora de parir.

Béla Persay nació al anochecer de aquel mismo día. Vino con un pan de mil pesos bajo el brazo. A pesar de que había permanecido diez meses y tres días en el vientre de su madre, era un niño perfectamente saludable, según determinó el médico del pueblo que asistió el parto. Al verlo en los brazos de Marga, se comprendía el porqué del tamaño de su vientre: pesaba seis kilos con cuatrocientos gramos. Tenía los ojos negros de su madre y el mate pálido de la piel de su padre. Los pechos colosales de Marga estaban en la misma escala de la voracidad del pequeño Béla.

Esa noche se produjeron dos alumbramientos en la humilde casa de Unquillo: el de Béla y el del cuadro que le habían encargado a Bora. Asaltado por un arrebató de inspiración, el pintor desplegó un papel madera de embalaje sobre la mesa de la cocina y, envuelto en el humo de la pipa, hizo el primer boceto en carbonilla.

Era noche cerrada. Al otro lado de la ventana no se veía más que una penumbra infinita e impenetrable. Sin embargo, Bora clavó sus ojos de perro siberiano en aquella negrura y luego dibujó en el papel un paisaje serrano que solo él podía ver. Sin alejarse demasiado de su esposa y de su hijo, pasó la noche dibujando y tomando apuntes en un cuaderno.

A la madrugada, el llanto de Béla despertó al gallo antes de tiempo; ambos parecían competir para ver quién tenía los pulmones más poderosos. Con las primeras luces, Marga se levantó no sin dificultades y puso la pava al fuego para hacer el desayuno.

—Yo me encargo —le dijo suavemente Bora y le pidió que volviera a la cama.

—No estoy enferma —contestó Marga—, solo tuve un hijo de seis kilos y medio y me dejó dormir casi dos horas. Estoy bien.

La mujer se acercó a la mesa, miró el boceto y, como si de pronto padeciera de visión doble, vio repetida la imagen de la ventana sobre el papel madera. Era el paisaje que se veía desde la cocina, reproducido a la perfección hasta en los mínimos detalles.

—¿Lo hiciste durante la noche?

—Solo una parte.

Entonces Marga descubrió que Bora no tenía el don de ver en la oscuridad. Había estado concibiendo ese cuadro desde el mismo día en que ella quedó embarazada. Tenía la memoria visual de los pintores consumados. Podía haber hecho ese mismo boceto con los ojos cerrados. Mientras se paseaba como un enajenado de aquí para allá, guardaba en las retinas todos los detalles. Calculó distancias, proporciones y perspectivas. Estudió la luz en los diferentes momentos del día, los tonos de cada arbusto, la sombra de las piedras y la densidad del aire. Era mucho más que una memoria fotográfica. Bora era dueño de una percepción diferente a la del resto de los mortales.

—¿No quieres descansar un poco? —preguntó Marga mientras le acercaba un té.

—No estoy cansado, solo hice un boceto.

Había pintores que no podrían hacer un dibujo semejante no en una noche, sino en toda una vida.

—Estaba pensando que deberíamos comprar esta casa —le dijo Bora a Marga, como quien comenta una trivialidad. En ese momento Bora encendió un fósforo para revivir la pipa. La mujer comprendió que, en realidad, con ese pequeño fuego, él también decidió quemar las naves como antes lo había hecho ella.

Marga asintió en silencio: debía pintar muchísimos más cuadros para comprar la casa, suponiendo que estuviese en venta.

—Primero deberíamos saber quiénes son los dueños. Todavía no los hemos conocido —le dijo Marga, mientras bebía el primer sorbo de té.

—No deja de ser gracioso: no conocemos a los dueños de la casa ni a nuestro mecenas. Este es un país verdaderamente extraño.

El llanto hambriento e indignado del pequeño Béla interrumpió la conversación. Marga dio un mordisco a una tostada y corrió a calmar el hambre de su hijo.

Bora enrolló el boceto y salió hacia el *atelier*. Por primera vez probó la banqueta y acomodó el caballete a su altura. Debía ser un cuadro importante. Tomó el mayor de los lienzos que había comprado Marga y se dispuso a prepararlo. Abrió el frasco de trementina, aspiró el perfume penetrante y junto con los vahos lo invadió una sensación de felicidad primaria.

Por primera vez desde que dejó Hungría se sintió feliz. Había atravesado dos guerras, tenía una bala alojada en la cabeza, había visto morir a sus compañeros, padeció la invasión de su país, sufrió la traición de la mujer que amaba, presencié la destrucción de su ciudad y la de su casa, le fueron incautados todos sus bienes, lo había perdido todo, debió exiliarse en un país extraño, lejano e inabarcable y aun así, tenía motivos para ser feliz.

El pequeño Béla crecía en la misma proporción en la que Marga volvía a su tamaño anterior, como si su hijo la estuviese devorando día tras día. Madre e hijo disfrutaban de las mañanas templadas en la galería de la casa. Bora pasaba toda la mañana pintando y luego del almuerzo hacía alguna excursión por los cerros o iba a conocer los pueblos vecinos. Llegaba al anochecer y luego de la cena continuaba pintando hasta entrada la madrugada. Sus ojos se llevaban mejor con la iluminación de los tubos fluorescentes que con la luz natural. Durante el día se ocupaba de la forma y durante la noche, del color.

Marga y Bora asumieron el enigma del mecenazgo y el de la identidad de los dueños de la casa en la que vivían con la misma respetuosa resignación con la que se acepta el misterio de la existencia. Tal vez, en el fondo, no querían saber. Como le había ocurrido a Bora a lo largo de toda su vida, a cada momento de felicidad le sucedía un hecho trágico. Acaso para no romper la regla, en uno de sus habituales paseos diarios habría de tener lugar un descubrimiento aciago.

Bora había comprado una antigua camioneta Chevrolet de 1928. «No es vieja, es experta», solía decir Bora de ella con orgullo. Sus ruedas con rayos de madera habían aprendido a meterse en el barro, a trepar pendientes y a serpentear cerros sin ninguna dificultad. Le gustaba mucho más manejar la *pickup* destartalada que viajar en el asiento trasero del Mercedes, como lo hacía en el pasado. Un pasado que, por entonces, le parecía tan lejano y ajeno como una vida anterior. Con la Chevrolet solía aventurarse a campo traviesa para encontrar paisajes agrestes. En la caja de madera cargaba el caballete, la banqueta y las valijas repletas de pinturas.

En una de aquellas excursiones, desde la falda de una sierra, descubrió una vista que parecía la obra de un Dios posimpresionista. Si para Galileo el Universo estaba escrito en caracteres matemáticos, para Bora el mundo había sido creado a partir de una paleta de colores primarios. En medio de una hondonada rodeada de cerros, junto a un río claro de lecho de piedra, se levantaba una casa de estilo normando. Las maderas cruzadas que surcaban el frente, el tejado que imitaba la pendiente de las montañas, la chimenea alta y voluminosa en medio de aquel entorno, de pronto retrotrajeron a Bora a los paisajes de la campiña europea.

Necesitaba acercarse un poco más para conseguir el encuadre adecuado. A medida que se aproximaba, se hacían cada vez más graves y hostiles los ladridos de unos doberman oscuros e idénticos entre sí. Aunque permaneciera fuera de la propiedad, no podía armar el caballete y ponerse a pintar la casa sin el permiso del dueño. Avanzó con la camioneta hasta un pequeño arco de madera sin tranquera que indicaba el límite de la finca. No bien se acercó, los perros corrieron a mordisquear los neumáticos y los ladridos se transformaron en gruñidos amenazantes. Bora hizo sonar la bocina, pero nadie salía. Detuvo el motor, puso el freno de mano y descendió

de la camioneta. Caminó sin mirar a los perros que le mostraban los dientes y no se le despegaban de los talones. Olfateaban con curiosidad el olor de los Vizsla Magyar que Bora tenía impregnado en los pantalones. Cuando los perros comprendieron que el visitante era el líder de una jauría, dejaron de ladrar, bajaron la cabeza y sacudieron brevemente la cola rabona en señal de respeto.

Sin trasponer el arco, Bora golpeó las palmas para anunciarse. Entonces, desde un pequeño galpón que estaba en el fondo de la finca salió un hombre vestido como los típicos lugareños. Ambos estaban separados por una distancia de unos setenta o cien metros. A medida que se iba acercando, Bora pudo distinguir una barba rubia y larga, más propia de los campesinos europeos que de los locales quienes, por lo general, solían estar bien afeitados. A cada paso que daba, más familiar le resultaba. El modo de caminar, el porte y los rasgos que se empezaban a distinguir entre la sombra del ala del sombrero hizo que surgiera un recuerdo perturbador en la memoria de Bora. Cuando el hombre llegó hasta la entrada, con gesto amable y pronunciación germánica, preguntó:

—¿Sí? ¿En qué lo puedo ayudar?

Bora no podía articular palabra.

—¿A quién busca? —volvió a preguntar el dueño de casa.

—¡Müller! ¡El mayor Roderich Müller! —dijo Bora en alemán.

—¿Perdón? No hay nadie que se llame así en esta casa.

—Soy el embajador Persay, ¿me recuerda?

—No. No recuerdo haberlo visto antes —respondió en castellano con un tono alemán imposible de disimular.

—Turquía, Budapest... —titubeó Bora.

—No sé de qué me habla —sonrió el hombre, a la vez que negaba con la cabeza.

Bora conocía mejor que nadie la fisonomía de Müller; además de su memoria visual prodigiosa, él lo había retratado. Recordaba cada pliegue de los párpados, los destellos claros de los ojos y los surcos de la frente. Y por más que el mayor intentara ocultarse detrás de esa barba tupida, no podía disimular las facciones y los gestos tan característicos en él. Bora estudió la casa y el parque cuidado y florido que la circundaba; bajo la sombra de una pérgola de glicinas había una impecable camioneta Ford Woody, cuyos detalles de madera en los laterales le conferían una apariencia rural y cierto lujo sobrio. Era el auto de quien desea pasar inadvertido pero sin privarse del confort y de una discreta elegancia. A pesar de que había transcurrido poco tiempo desde el fin de la guerra y el exilio posterior, Bora tenía la impresión de que había pasado un siglo. El hombre no tenía, sin embargo, una actitud esquiva ni, mucho menos, hostil; al contrario, no daba muestras de querer escurrirse como era de esperar. Dirigió la mirada hacia la camioneta y se detuvo en el contenido de la caja:

—¿Es un caballete de pintor? —preguntó—. Oh, soy un apasionado de la pintura. Lamentablemente, no me ha sido dado ese don. ¿Usted pinta?

Bora asintió con un gesto adusto. No era necesario que le contestara. ¿Hasta

dónde podía llegar el cinismo de ese hombre? ¿Cuál era el límite? Era la misma actitud perversa que mantenía durante las insufribles visitas a su *atelier* de Buda. Tan descarada era la actuación, que por un momento, Bora llegó a dudar; ¿era el mayor Müller o estaba siendo víctima de un error de la percepción?

—Oh, pero no me ha dicho en qué puedo ayudarlo.

—Quería preguntarle si me permitiría pintar el paisaje de su finca.

—Oh, pero claro, eso me haría feliz. Como le dije, adoro la pintura. Para mí sería un honor.

Todo tenía para Bora el carácter alucinatorio de las pesadillas. Era una tortura volver a ver esa misma cara, oír esa voz, aquellas inflexiones inconfundibles. Pero a la vez, una duda profunda le obnubilaba el entendimiento. El hombre se dirigía a él como si jamás lo hubiese visto. Bora le hablaba en alemán y él insistía en responder en castellano, dejando en evidencia que entendía perfectamente cada palabra.

—¿Vive cerca de aquí? —preguntó el dueño de casa con cierto tono inquisitorial.

Bora no contestó.

—Oh, permítame presentarme: Rodolfo Kesell. ¿Su nombre...?

—Bora Persay —contestó, aun a riesgo de parecer un estúpido—. Vea, *Herr Rudolph*...

—Oh, no, no; Rodolfo, por favor, mi nombre es Rodolfo —interrumpió el hombre de barba, quien, por primera vez se mostró inquieto.

—No deseo importunarlo... —dijo Bora con genuinos deseos de meterse en la camioneta y salir de allí lo más pronto posible.

—Pero por favor, no es ninguna molestia. Adelante; lo invito a pasar a mi modesta casa.

Tironeado de un brazo por el horror y del otro por la curiosidad, Bora aceptó la invitación.

Sentados frente a frente en sendos sillones, el hombre que se presentó como Rodolfo Kessel miró a los ojos a Bora y le preguntó con amabilidad y sin dejar de sonreír:

—Hay algo que usted me quiere preguntar. Hágalo, por favor, sin rodeos. ¿Qué quiere saber?

—Quiero que me diga si usted es Roderich Müller.

—Ya le he dicho que no —contestó sin fastidiarse.

—¿No era usted oficial de ejército alemán?

El hombre soltó una pequeña carcajada:

—Oh, no. Claro que no.

—¿Fue agregado militar de Alemania en Turquía?

—Jamás he estado en Turquía.

—¿Usted no estuvo en Budapest durante la guerra?

—Ni durante la guerra ni en ningún otro momento. No conozco Budapest. Hace muchos años me fui de Europa, antes de que se desatara la guerra.

—¿Usted es judío?

—Me inquieta un poco su pregunta. Nadie podría asegurar que no tenga algo de sangre judía.

En ese momento Bora se sintió un miserable, un inquisidor; jamás pensó que él podría hacer semejante pregunta a alguien. Estaba realmente confundido. Si todo aquello era una representación, estaba ante el mejor actor del mundo. Bora miró alrededor y se detuvo en los cuadros y los retratos de las paredes. Había fotos de ese mismo hombre, más joven y sin barba, en diferentes lugares y distintos años. Bora se incorporó y fue hasta la pared donde estaban las fotografías enmarcadas y bastante amarillentas. Allí estaba esa persona idéntica al mayor Müller: «Faro de Mar del Plata, 1933»; «Catedral de Córdoba. 1936»; «San Carlos de Bariloche, 1941»; «Ciudad de Mendoza, 1942»; «Plaza San Martín, Buenos Aires, 1944». En todas las fotos aparecía el tal Rodolfo Kessel en primer plano con el paisaje de fondo de cada uno de los lugares consignados sobre el paspartú.

—Vivo aquí desde 1932 —dijo el hombre.

Bora, de pie junto a la pared, no atinaba a hablar. Había algo extraño, casi onírico en esas fotos, en aquella escena.

—¿Siempre vivió aquí en esta casa?

—Oh, no, claro que no. Desde que llegué a la Argentina, recorrí casi todo el país. Viví en Buenos Aires, en un pueblo cercano a Mar del Plata, en Mendoza y nunca se sabe dónde terminará uno.

—¿Puedo saber en qué trabaja?

—Bueno, no es sencillo...

—Por favor, le pido disculpas, no tiene por qué contestarme —dijo Bora.

—He venido con algún dinero de Alemania cuando en este país estaba todo por hacerse. En fin, compré algunas propiedades, construí en parajes despoblados que hoy son pueblos. Usted sabe, el dinero llama al dinero...

Bora dedujo de aquella afirmación que su interlocutor vivía de la renta de algunas propiedades y tal vez fuese prestamista. Pero no podía dejar de percibir que había algo muy extraño en todo.

—¿Quién era ese tal Roderich Müller? —preguntó a bocajarro el dueño de casa.

¿Qué podía contestarle?

—No tiene importancia... —se limitó a responder Bora.

—Oh, sí, la tiene para mí. Si usted afirma que tengo una suerte de sosías, me gustaría saber quién es.

Sin entrar en pormenores, Bora Persay le contó quién era el mayor Müller. No puso calificativos ni le dio detalles escabrosos. Le expuso casi como si se tratara de una crónica aséptica su relación con el militar alemán desde el momento en que lo conoció en Estambul hasta la última visita que le hiciera a su casa de Budapest. Le contó que lo había retratado y, deliberadamente, le dijo que el mayor sospechaba que él estaba protegiendo judíos en su casa.

—Es una historia fascinante —le dijo Kessel—, alguien debería escribirla. No le preguntaré si usted ocultaba judíos en su casa, pero créame que me ha dejado con la intriga.

—La existencia es una intriga —se limitó a contestar Bora.

—¿Nunca pensó que tal vez el mayor Müller lo supiera todo y decidió no denunciarlo? Imagino que él, en la posición que ocupaba, debería contar con mucha información.

Bora suspiró sin negar ni afirmar.

—La gente a veces procede de manera extraña, muchas veces de forma contraria a sus convicciones —concluyó Kessel.

El anfitrión se puso de pie, se acodó en el hogar y en tono confidencial, le dijo al visitante:

—Cuántas coincidencias. Hace un rato le dije que me fascinaba la pintura pero nunca tuve el talento de los artistas. Probablemente le parezca un acto de soberbia, pero hace algún tiempo, encargué a un pintor que me retratara.

Bora sintió que se le congelaba la sangre.

—Era un gran pintor, a mi juicio uno de los mejores, aunque poco conocido. El hecho es que hizo un excelente trabajo, pero, por razones que no vienen al caso, he perdido contacto con él antes de que yo pudiera pagarle —continuó el alemán.

El corazón de Bora palpitaba furiosamente.

—El mundo de los pintores debe ser pequeño. Tal vez usted tenga más posibilidades que yo de cruzarlo en alguna parte. Quizá si yo le diera el dinero, usted podría saldar esa deuda. La verdad es que no soporto las deudas.

—No, yo no... —balbuceó Bora.

—Permítame que le muestre el cuadro —exclamó aquel que se hacía llamar Rodolfo Kessel.

—No, no...

—Oh, claro que sí, me gustaría que me diera su opinión profesional.

Entonces, en un movimiento rápido, el hombre abrió la puerta de una pequeña despensa en el bajo escalera y, entre una multitud de cuadros apilados, sacó uno envuelto en papel madera.

—No, por favor... —imploró Bora como si quisiera despertar de una pesadilla.

Rodolfo Kessel rompió brutalmente el papel y el retrato quedó descubierto.

Bora, absorto, miraba el cuadro sin comprender. Era su pincelada, era su paleta de colores, era su composición; pero no era el cuadro que él había pintado, como si su propio pincel hubiese profanado la pintura. Todo tenía un aire alucinatorio: la casa que parecía haber sido transportada desde la campiña alemana; los doberman idénticos, diabólicos; aquel hombre que por momentos era el mayor Müller y por otros no; las fotografías que consignaban, obsesiva e inútilmente, el lugar y la fecha en las que habían sido tomadas; el cuadro del tal Kessel. Todo parecía una adulteración gigantesca y torpe.

El dueño de casa tomó un sobre en el que se advertía la forma de un fajo de dinero y se lo extendió a Bora.

—Por favor, libéreme de esta deuda insoportable, se lo suplico —dijo el hombre, como si se refiriera a algo mucho más trascendente.

Bora alejó al hombre de un empujón y salió de la casa. Puso en marcha la camioneta y al cruzar el puente que pasaba por sobre el río, se detuvo, descendió y corrió a mojarse la cara con el agua helada. Tenía un dolor de cabeza insoportable. Sentía que iba a enloquecer.

Una idea horrorosa se alojó junto a la bala que tenía en el cráneo.

Bora no le contó ni una sola palabra a Marga. Convivía con aquel secreto íntimo que no lo dejaba dormir. A medida que pasaba el tiempo, el recuerdo de los hechos se tornaba más sombrío. Reconstruía ese encuentro y cada nueva hipótesis que formulaba era más tenebrosa que la anterior.

¿Cuántas veces pueden coincidir dos personas en un mundo tan extenso? Con frecuencia, una cadena de causas y efectos se oculta detrás del disfraz del azar. Cada vez se oían con más frecuencia los rumores de que el gobierno argentino había abierto las puertas del país a numerosos criminales de guerra. Según se decía, muchos jefes y oficiales nazis se habían instalado en la provincia de Córdoba y en la Patagonia.

Por momentos, Bora dudaba de que aquel encuentro hubiese tenido lugar. ¿Y si había sido un mal sueño o una alucinación a causa de la vieja herida que tenía en la cabeza? No se atrevía a volver a la casa tras el cerro. A cada coartada del tal Kessel, Bora oponía una refutación: las fotos con las fechas, podían ser burdos montajes que hasta un aprendiz de fotografía era capaz de fraguar. Tal vez el cuadro había sido repintado para ocultar el uniforme debajo de un traje civil de óleo. ¿Pero quién podía haberse tomado semejante trabajo? ¿Para qué? ¿Por qué el empeño de ese hombre en darle dinero?

Una conjetura torturaba la conciencia de Bora. Habida cuenta de la pasión de Rodolfo Kessel por la pintura, ¿por qué no pensar que él era el anónimo mecenas que compró sus cuadros? Era evidente que tenía mucho dinero. Según se comentaba, varios oficiales alemanes habían escapado con verdaderas fortunas rapiñadas en las ciudades ocupadas.

Por otra parte, ese hombre le confesó que tenía numerosas propiedades. ¿Y si era el dueño de la casa en la que vivía él con su familia? La finca del alemán estaba al otro lado de la cadena de sierras que delimitaba el valle. Era perfectamente posible que fuese el propietario de varios de los lotes de aquella zona. A Bora no se le había escapado otro detalle: cuando Kessel abrió la puerta de la despensa, pudo ver una gran cantidad de cuadros envueltos. Desde que entrara en contacto con su anónimo benefactor, le había vendido casi una decena de pinturas. ¿Y si todos esos cuadros eran los que él había pintado?

La sola idea de que su suerte estuviese en el puño de Roderich Müller le resultaba insoportable. Cuantos más cabos unía Bora, más convincentes le parecían sus presunciones. Si bien su incógnito mecenas le permitía vivir con cierta comodidad, no era menos cierto que administraba las compras y los pagos de modo tal que los Persay nunca tuvieran excedentes. Bora no contaba con ingresos mensuales fijos, no podía planificar compras a plazos ni conseguir créditos bancarios. Dependía de la caridad o el capricho de su benefactor desconocido. Por momentos, su cliente se comportaba como un hombre generoso y atento, y, de pronto, desaparecía durante

largas temporadas. Solía suceder que no bien cobraba, Bora se quedaba sin dinero; debía ponerse al día con las deudas, los gastos y las compras. No tenía idea de cuándo ingresaría el próximo pago. Entre el anticipo de un cuadro y la entrega podía pasar demasiado tiempo, incluso mucho más de lo que le demandaba a Bora concluirlo. Ocurría con frecuencia que después de una compra, su cliente dejaba de dar señales de vida como si a él y a su representante, el tal doctor Peralta, se los hubiese tragado la tierra.

Antes de recibir la desagradable sorpresa de que el mayor Müller, Rodolfo Kessel o quienquiera que fuese, era su vecino tras la sierra, Bora albergaba la sospecha de que el abogado no tenía ningún representado, sino que, acaso, él mismo fuese el comprador. Tal vez era un inversor, un *marchand* de poca monta o un simple revendedor. Esta última posibilidad no desvelaba a Bora Persay; eran las reglas del juego. Pero no podía tolerar la idea de que un criminal de guerra fuese su mecenas.

Bora se preguntaba una y otra vez qué motivos podía tener para ayudarlo. Tal vez hubiese varias razones. Quizá, mediante aquel acto, intentara despojarse de algún cargo de conciencia y reparar, de manera más simbólica que real, parte del daño. Sin embargo, pensaba, esa gente no solía tener conflictos de conciencia ni problemas para conciliar el sueño. El corrupto necesita infectar a los demás, no solo porque esa es la naturaleza misma de la corrupción, sino para encontrar cómplices necesarios y esparcir al viento la semilla envenenada.

El pequeño Béla crecía en aquel entorno paradisiaco. Marga, sentada en la galería de la casa, veía feliz cómo corría entre los árboles junto con los cachorros de pelo anaranjado como el sol del atardecer. Era la vida que siempre quiso para ella y el ámbito perfecto para criar un hijo. Nada podía ser mejor. Bora, desde la ventana del *atelier*, contemplaba la escena y se preguntaba si tenía derecho a destrozar aquella pintura bucólica de un plumazo. Si comprobaba que el dueño de la casa era Roderich Müller, no podían seguir viviendo allí un día más. En caso de que también él fuera el anónimo mecenas, estaba dispuesto a devolver hasta el último centavo aunque no recuperara uno solo de los cuadros.

Ahora bien, aunque tenía la respuesta, Bora no dejaba de preguntarse qué era más cruel, si criar a su hijo con dinero espurio o arrancar a su familia del paraíso. Si se confirmaban sus sospechas quedarían en la calle. Sin un centavo ni la posibilidad de tener un techo, tampoco tendría la posibilidad de montar un nuevo *atelier*. ¿Por qué la vida lo llevaba siempre al extremo del abismo?

Antes de tomar una decisión debía despejar toda sombra de duda. Decidió llevar adelante, aunque más no fuera in pectore, un juicio sumario a Müller. Convertido en fiscal, defensor, testigo, perito, juez y parte, Bora se propuso llegar a un veredicto. Necesitaba arribar a una sentencia no para decidir sobre el futuro de aquel hombre, sino, antes, sobre el suyo propio.

En primer lugar, como perito, debía establecer con absoluta precisión si aquel hombre era, en efecto, el mayor Müller. Sus conclusiones sobre las fotografías y el

retrato señalaban al acusado como el autor de un fraude para adulterar su verdadera identidad. El juez de su conciencia determinó que ese hombre era Roderich Müller. Despejado este primer punto, ahora debía ser realmente justo con él. Y la justicia no siempre coincide con los sentimientos de las partes.

Bora tenía que tomar el caso Müller como un juicio singular. No podía juzgarlo como si el militar representara a todos los alemanes. Los soldados nazis habían asesinado a miles de húngaros, y aunque el mayor Müller pertenecía al ejército alemán no era «el» ejército alemán. No le constaba que él hubiera matado u ordenado matar a algún civil. No solo no tenía forma de saberlo sino, al contrario, por incapacidad o acaso deliberadamente, el oficial alemán nunca revisó el sótano bajo el *atelier*.

Las palabras de aquel que se hacía llamar Rodolfo Kessel aún resonaban en los oídos de Bora, cuando, sentados frente a frente, le había dicho: «¿Nunca pensó que tal vez el mayor Müller lo supiera todo y decidió no denunciarlo?». La pregunta insidiosa de Müller podía estar disimulando la más pura incapacidad detrás de un inexistente espíritu humanitario.

En ese momento, Bora se convirtió en el abogado defensor del militar y preguntó al juez que habitaba en su conciencia: ¿y si realmente Müller sabía que él estaba protegiendo a su exesposa? En ese caso, no solo les había salvado la vida a Hanna y a Andris, sino, también, a él, a Marga y a todo el personal de la casa. Bajo aquellas circunstancias, un acto despojado de toda grandeza como el de omitir la delación ¿no podría considerarse como un acto, si no heroico, al menos arriesgado? En última instancia, si un superior o aun un subordinado descubría que el mayor había omitido denunciar el ocultamiento de judíos, podía exponerse a gravísimas sanciones. ¿En aquel juicio personalísimo era admisible aplicar los principios generales de la moral y la ley? ¿El juez Bora Persay tenía autoridad para condenar en su alma a aquel que le había salvado la vida?

Entonces, Bora volvió a intervenir como fiscal: tal vez el motivo por el cual el militar decidió no matarlo en ese momento no fue otro que darle tiempo a que terminara el retrato. Müller los había salvado merced al miserable afán de verse inmortalizado en el cuadro que pintaba Bora.

Frente a esta última afirmación, el defensor Persay opuso: ¿acaso alguien tenía forma de distinguir si Müller había actuado por compasión o por cálculo personal? Y en cualquier caso, ¿qué cambiaría? El hecho objetivo hubiese sido el mismo: les había salvado la vida.

El fiscal volvió a intervenir: Müller no le había salvado la vida a nadie; al contrario, había llevado a la muerte a cientos de húngaros. En última instancia, había evitado matar a Bora y a sus protegidos. Nadie está obligado a matar. Matar es el delito; no matar es la regla. El defensor, en su conciencia, dijo que eso es así en las frías tablas de la ley, en el mundo de las ideas. En la realidad, durante la guerra, las cosas funcionan de manera diferente. El mayor tenía la orden de matar; desobedecer

esa orden podía conducirlo a la muerte a él mismo. El máspreciado bien de un ser humano, más aún el de aquel que lleva armas, es el honor. Asesinar a civiles indefensos, mujeres, niños y hombres desarmados es un acto indigno para un militar, contrario a las reglas elementales del honor. Un soldado debe resistirse a cumplir órdenes inhumanas aun si la desobediencia implicara su propia muerte. Un crimen en tiempos de paz es un crimen. Un crimen en tiempos de guerra es un crimen de guerra.

El juez que habitaba en la conciencia de Bora Persay llegó a un veredicto. La sentencia sumaria se resumía en una palabra; el mayor Müller había sido declarado culpable. La condena, paradójicamente, recaía, en primera instancia, sobre el propio Bora, quien debía abandonar la casa y devolver el dinero. Sin embargo, una instancia superior de su conciencia decidió suspender la condena hasta tener el veredicto del tribunal de alzada: el que integraban el mismo Bora Persay y Marga. La última palabra, la sentencia definitiva, debía surgir de la decisión de ambos. Conociendo a su esposa, Bora no guardaba esperanzas de que el fallo pudiera ser revocado.

Durante la cena Marga había adivinado en el silencio de Bora el preanuncio de una de aquellas noticias que nadie quiere recibir. Envuelto en una nube oscura, casi no probó bocado. El pequeño Béla miraba cómo su padre hacía girar el tenedor entre sus dedos. No se atrevía siquiera a mirar a su hijo. Bora se debatía entre dos abismos: por un lado, necesitaba liberarse de aquel secreto que ya no cabía en su pecho; por otro, sentía que no lo asistía el derecho de arruinarle la vida a su familia. Pero también era consciente de que si su esposa se enteraba por otro medio de quién era el mecenas, cosa que habría de suceder más tarde o más temprano, nunca se lo perdonaría. Marga se apuró a darle de comer a su hijo, luego levantó la mesa, liberó a Béla de la silla alta, lo alzó en brazos y lo acostó. Cuando bajó, Bora fumaba una pipa frente a la salamandra:

—Muy bien —dijo ella, estoy preparada. Te escucho.

Bora asintió y agradeció a Marga con la mirada que lo ayudara a liberarse de ese secreto. Entonces le contó todo. Fue crudo, no ahorró detalles. Marga lo escuchaba sin aliento. Si tomaban la decisión que les dictaba la conciencia, debían volver a cero. No acababan de sobreponerse a una tempestad y los sacudía un terremoto. Habían perdido todo lo que tenían del otro lado del océano y ahora, con un hijo a cuestas y en un país lejano, volverían a quedarse con las manos vacías. Todo el esfuerzo por construir un futuro quedaría sepultado bajo un aluvión de barro venido del pasado.

Marga permaneció en silencio. Pensaba. Asentía y negaba como si estuviera manteniendo una dura discusión consigo misma. Por fin, arribó a un veredicto. Pero no era el momento para darlo a conocer. Decidió aplazar el fallo hasta el día siguiente:

—No es hora para tomar decisiones. La noche no contribuye a pensar con claridad. Vámonos a dormir. Mañana será otro día.

Sin embargo, Marga le dio a Bora una pista sobre cuál sería el rumbo de la causa.

—Mañana, al alba, haremos lo que hay que hacer. Iremos a casa de Roderich Müller y despejaremos todas las dudas —completó Marga.

Entonces Bora sintió que una mano invisible le ponía una soga al cuello.

Marga durmió con el sueño de los justos. Bora, en cambio, se mantuvo en una insoportable duermevela. Con paso vacilante, transitaba la frontera incierta entre el sueño y la vigilia. Por momentos caía en una ciénaga pesadillesca; cuanto más se esforzaba por salir, más se hundía en un sueño negro y espeso. Se le aparecía la cara barbada del mayor Müller, las fotografías que había visto en la casa y la ocupación alemana de Budapest. De pronto, retornaban Hanna y Andris, de quienes no había vuelto a tener noticias luego de que huyeran con Gustaf Olsson. En su visión, desesperados, extendían los brazos hacia Bora implorando que no los abandonara. Desde la bruma, el mayor Müller arrojaba al matrimonio a las llamas del infierno de

Brueghel. Entonces Bora, como sacudido por una descarga eléctrica, volvía a cruzar el límite hacia la vigilia. Pero lejos de poder aventar los fantasmas de las pesadillas, aquellas mismas imágenes se traducían en pensamientos perfectamente lúcidos y claros.

Bora recomponía la sucesión temporal de los hechos y se preguntaba si Hanna y Andris habrían podido escapar de Hungría, si había hecho bien en dejarlos en manos de Olsson, si estaban vivos o muertos. Suponiendo que hubiesen salido de Hungría, ¿dónde estarían viviendo, en qué condiciones? Bora no quería pensar siquiera en la posibilidad de que hubieran sido capturados por los nazis.

Mientras transitaba aquel oscuro desfiladero hacia el amanecer, no podía evitar flagelarse con la idea de que Hanna y Andris hubiesen sido deportados a Auschwitz como tantos cientos de miles de judíos húngaros. De hecho, según pudo saberse luego del fin de la guerra, de los ochocientos mil judíos que vivían en Hungría, solo habían sobrevivido doscientos mil. Cualquiera de las representaciones del infierno que se habían pintado desde la Edad Media hasta entonces no alcanzaba a expresar el horror de los campos de exterminio.

En un raptó de clarividencia, Bora alumbró una idea: ese hombre que se hacía llamar Kessel, pero que sin lugar a dudas era el mayor Müller, debía saber cuál había sido la suerte de Hanna y de su esposo. De hecho, su trabajo en cada visita a casa de los Persay era averiguar si el matrimonio judío se ocultaba en la residencia. Si Andris y su esposa habían sido descubiertos y deportados, Roderich Müller no solo no podía ignorarlo; él mismo debió haber ordenado la deportación. Ese pensamiento trajo algo de paz a su espíritu: tal vez lo perdieran todo, pero, al menos, podría conocer el destino de Hanna y Andris.

Bora se levantó en silencio para no despertar a Marga, buscó en un cajón de la cómoda una pistola Ballester-Molina, la cargó y la dejó preparada y oculta debajo de la ropa que habría de ponerse al día siguiente. Volvió a acostarse y por fin se durmió.

Bora y Marga terminaron de desayunar y dejaron al pequeño Béla al cuidado de una vecina que vivía en una quinta lindera. Béla solía jugar con los hijos de ella como si fueran los hermanos que no tenía.

Los Persay estaban resueltos a conocer toda la verdad y afrontar las consecuencias. Sin decir nada a su esposa, Bora guardó la pistola cargada en el bolsillo interior del saco claro. Puso en marcha la vieja Chevrolet, dejó que calentara el motor y, mientras tanto, calculó cada palabra, cada acto; no iba a pedir explicaciones ni respuestas; con el derecho que lo asistía, iba exigirle al tal Kessel que confesara quién era en realidad y si había enviado a la muerte a Hanna y a Andris.

No había un camino que uniera la chacra en la que vivían los Persay con la casa del alemán. En rigor, aquella construcción normanda parecía estratégicamente aislada del mundo. Para acceder a ella era forzoso salirse del camino, cruzar el muro natural

de cerros remontando el cauce de un río seco, atravesar una pradera y entonces sí, empalmar un sendero que conducía a la entrada de la propiedad. Unos nubarrones densos amenazaban precipitarse torrencialmente desde las cumbres.

Bora debía decidir rápidamente si cruzaban antes de la tormenta o aplazaban la visita hasta que escampara. Una lluvia fuerte al otro lado de las sierras convertiría el empedrado liso y natural que formaba el lecho seco en un rápido caudaloso que arrastraría la camioneta río abajo. Bora oteó hacia el cielo, olió el aire como un perro y puso primera.

La vieja Chevrolet ascendía con la obcecación de una mula. A medida que subía, la camioneta se bamboleaba, los elásticos rechinaban y Marga debía sujetarse fuertemente de la manija del tablero. Cuando alcanzaron el cauce pedregoso del río, los encandiló un resplandor y el estruendo de un trueno sonó muy cerca de ellos. Un rayo había caído a sus espaldas. El viento golpeaba contra el parabrisas plano, vertical como la vela de un barco, y dificultaba el avance. Unas gotas de lluvia que sonaban como pedradas sobre el techo formaron de pronto una pesada cortina de agua. Estaban a mitad de camino entre los cerros. Marga, que conocía mejor que Bora los secretos del clima en el campo, le dijo a su esposo que acelerara: la tormenta estaba detrás de ellos; debían adelantarse y cruzar antes de que comenzara a llover en las sierras que estaban al frente. Si la tormenta alcanzaba la parte alta del cauce seco por el que avanzaban, rápidamente el río se convertiría en una trampa mortal.

Bora pisaba el pedal del acelerador hasta el fondo, pero solo conseguía que el motor entregara más fuerza que velocidad. Ambos pudieron ver cómo las nubes avanzaban en la misma dirección que ellos, los sobrepasaban y se ubicaban de frente. Entonces, descubrieron con terror que una masa de agua terrosa, alta y coronada por una cresta de espuma dorada avanzaba justo hacia la camioneta con la fuerza de una catarata.

Bora aceleró, giró el volante hacia la derecha, bajó el cambio y tomó la empinada pendiente de la orilla para salir de la cuenca por la que venía el aluvión. Las ruedas giraron sin conseguir agarrarse al suelo y el motor carraspeó como si fuera a quedarse sin aliento. Bora puso la primera, administró la tracción con el embrague y el acelerador, hasta lograr que los neumáticos mordieran las piedras.

El agua era un dragón encrespado que avanzaba con la boca llena de espuma y devoraba todo a su paso. Sintieron que el monstruo de barro tocaba con su aleta lateral el paragolpes trasero. La camioneta giró y en el instante en que estaba por ser arrastrada por la corriente, con las últimas fuerzas del motor, alcanzó la orilla firme y alta donde el agua ya no llegaba. Detrás de ellos, pasaba un alud que había arrancado árboles enteros y rocas que rodaban entre el lodo.

Llovía torrencialmente cuando, por fin, llegaron hasta la entrada de la propiedad de aquel hombre que se hacía llamar Rodolfo Kessel.

Bora se sorprendió de que los perros no ladraran ni salieran a su encuentro. Tal vez, el hombre los había puesto a resguardo en el galpón del fondo. Cuando

avanzaron por el sendero, tampoco vieron el Ford Woody debajo del alero. Era extraño que hubiese salido sin dejar a los perros al cuidado de la entrada.

Bora golpeó las manos para anunciarse. No escucharon ninguna respuesta. Tal vez el ruido de la lluvia y el del río que sonaba amplificado entre los cerros no le permitieran oír. Empapados, Bora y Marga corrieron hasta la casa y se refugiaron debajo de la galería. Las puertas, las ventanas y las celosías que daban al corredor estaban aseguradas con cadenas y candados. Rodearon la propiedad y en todo el perímetro se encontraron con el mismo cuadro: todas las aberturas cerradas. Bora corrió hacia el galpón que estaba en el otro extremo e intentó mirar a través de un resquicio entre las maderas. No llegaba a distinguir nada. Vio que las puertas no estaban aseguradas. Empujó levemente una de las hojas. Las bisagras chirriaron; en ese momento pudo escuchar un resuello, un murmullo como de voces en sordina. Cuando la puerta dejó de moverse, también cesó el rumor. Alguien se ocultaba ahí adentro.

Bora hizo señas a su esposa, que se había quedado en la galería de la casa, para que no se moviera de su lugar. Extrajo el arma del bolsillo, abrió la puerta con el codo y se quedó quieto para facilitar la retirada de quien pudiera estar en el interior. En el mismo momento en el que se volvió a mover el portón, se oyó un alarido agudo y luego un gruñido. El viento terminó de abrir la puerta. Entonces quien estaba adentro salió y, enfurecido, se abalanzó sobre Bora.

Fueron dos disparos a corta distancia. Se desplomó pesadamente sobre un charco formado por la lluvia. Un hilo de sangre que salía desde la boca se mezcló con el agua. Marga, desde la galería de la casa principal, miraba aterrada sin comprender. Bora guardó la pistola en el bolsillo y se aseguró de que no se moviera. Era un jabalí que había quedado atrapado en el galpón. Acorralado, hambriento y aterrado, el animal pudo haber matado a Bora. El hombre asomó la cabeza empapada hacia el interior y entonces comprobó que estaba completamente vacío.

Bora volvió hacia donde estaba Marga y golpeó una y otra vez la puerta principal ubicada en el centro de la galería. No contestaba nadie. Los candados, cerrados desde afuera, indicaban que la casa estaba deshabitada. La lluvia comenzó a amainar. Hubo algo más de claridad. Bora tomó otra vez la pistola, le pidió a Marga que se alejara, retrocedió unos pasos y disparó sobre el candado, que se desintegró. La puerta clausurada era la misma por la que el alemán lo había invitado a pasar a la casa en su anterior visita. La bala había dañado también el picaporte.

Bora no tuvo que hacer demasiados esfuerzos para que cediera la cerradura. Adentro estaba todo en penumbras. Cuando se acostumbraron a la oscuridad, Marga y Bora pudieron comprobar que la casa estaba vacía. No había absolutamente nada. Solo se advertían las aureolas claras en las paredes en los lugares donde antes había muebles.

Bora caminó hasta la pared donde había visto las fotos colgadas. Aún permanecían los clavos, pero no se veían las marcas rectangulares que debían haber

dejado los cuadros con las fotografías. Resultaba evidente que habían sido colgados hacía poco tiempo, que todo aquello no era más que una escenografía mal montada. Bora fue hasta la despensa bajo la escalera en la que el dueño de casa guardaba los cuadros. Nada; el pequeño cuarto estaba vacío. Bora ya no albergaba ninguna duda de que el hombre que vivía en esa casa era el mayor Müller. Al ser descubierto había huido como una rata.

Bora se lamentaba de que no hubiera dejado nada que pudiera probarle a su esposa que en esa casa, en efecto, se escondía el oficial nazi.

—Pensarás que me he vuelto completamente loco, pero puedo jurarte que...

—No es necesario que jures nada. Está todo muy claro —lo interrumpió Marga, ciertamente aliviada.

—¿Y ahora...? —balbuceó Bora, girando sobre su eje, como si buscara aunque más no fuera un pequeño indicio.

—Y ahora regresamos a la casa. Comeremos jabalí durante un buen tiempo —sentenció Marga, mientras caminaba hacia la presa inesperada.

Luego de la desaparición de Roderich Müller no volvió a presentarse el abogado del supuesto mecenas. Bora y Marga vivían en una suerte de limbo existencial: ignoraban quién era el propietario de la casa que habitaban y se resistían a usar el escaso dinero que aún les quedaba hasta no conocer su procedencia. Bora nunca dejó de pintar, con la esperanza de conseguir nuevos clientes. Marga debía sostener la economía de la casa, como cuando llegaron al país. Ambos daban por hecho que el incógnito benefactor era el oficial nazi y que tras su repentina huida, tampoco volverían a tener noticias del doctor Peralta.

Una mañana, mientras preparaba el almuerzo, Marga vio al otro lado de la ventana la inconfundible figura del abogado. Igual que el primer día, el hombre avanzaba por el camino de grava abrazado al portafolios marrón y gastado en el que solía traer el dinero. Antes de que llegara a la casa, la mujer corrió a su encuentro. Temía que Bora lo descubriera y descargara en él la furia contenida que guardaba hacia su representado. Sabía que su esposo no lo dejaría ir sin que le dijera dónde estaba Roderich Müller.

Marga se quitó el delantal, salió de la casa y alcanzó a atajar al visitante antes de que llamara a la puerta.

—No puede llegar así como así, de la nada, aparecerse un día y desaparecer el siguiente. ¿Quién es usted? No tiene derecho a tratarnos como si fuéramos... — Marga, con su castellano elemental, intentaba sin suerte buscar las palabras apropiadas.

—No comprendo —dijo el abogado, refiriéndose a la ininteligible pronunciación de la mujer y a su actitud inesperadamente hostil.

—¡Por favor, váyase de esta casa y no vuelva más! —dijo Marga en un grito ahogado para que su esposo no la escuchara.

—Muy bien, así lo haré si lo desea, pero debo cumplir en informar al embajador Persay...

—Estimado señor, usted debe informarme no una, sino varias cosas — interrumpió Bora, que apareció desde el *atelier* empuñando la pistola—. Por favor, Marga, déjanos solos —dijo a su esposa en húngaro.

La mujer bajó la mirada, fue hasta donde estaba el pequeño Béla, lo alzó en brazos y entró en la casa.

El abogado, que había visto el calibre del arma, estaba pálido como un papel.

—Le pido que se calme, por favor. Solo debo entregarle un sobre y me iré.

—Usted no irá a ninguna parte —dijo Bora—, por favor, entre —invitó al visitante, señalando con el caño de la Ballester-Molina hacia el *atelier*.

—No puede obligarme... —dijo el doctor Peralta, con el portafolio delante del pecho como si se tratara de un escudo.

—Fíjese cómo sí puedo —interrumpió el anfitrión, al tiempo que amartillaba la

pistola.

Ambos se encaminaron hacia el taller.

—Tenemos mucho que hablar —murmuró el pintor una vez dentro, mientras a sus espaldas cerraba la puerta.

—Por favor, siéntese.

—He estado sentado muchas horas, necesito estirar las piernas.

—Siéntese si no quiere estirarlas para siempre. Se lo suplico.

Entonces sí, con la puerta trabada y el visitante hecho un ovillo hundido en el sillón, Bora dejó el arma sobre una repisa lejana y se sentó frente a él.

—¿Quién es usted?

—Peralta, el doctor Ignacio Peralta, abogado.

—¿Quién lo envía?

—No lo sé, ya se lo he dicho el primer día que estuve aquí.

—¿Conoce a Roderich Müller?

El visitante hizo un gesto de sorpresa.

—Le repito la pregunta, ¿conoce a Roderich Müller?

—No.

—Mayor del ejército alemán...

—No, no.

—Agregado militar en Turquía...

—No, no lo conozco.

—¿Conoce a Rodolfo Kessel?

—Mire, le suplico que me deje ir. Entiendo que usted ha debido conocer mucha gente alrededor del mundo. En lo que a mí concierne, nunca he ido más allá de Montevideo...

—Por favor, le ruego me conteste lo que le pregunto. ¿Conoce a Rodolfo Kessel?

—No.

—¡Entonces, ¿quién lo envía?!

—¡No lo sé! Solo hago mi trabajo. Me dieron un sobre para usted. Me pagan por eso y no sé quién es el cliente. Créame que no me resulta agradable venir hasta aquí.

El abogado, envuelto en sudor, se despegó el portafolios del pecho, lo apoyó sobre los muslos, liberó las hebillas, lo abrió, extrajo un sobre y se lo extendió a Bora.

—No puedo seguir aceptando dinero sin saber de quién es.

El abogado lo miró con sorpresa:

—No me parece que sea dinero.

Era cierto, exaltado como estaba, Bora no había notado que era un sobre muy delgado, pequeño y liviano. El pintor, sorprendido, lo tomó y entonces el visitante aprovechó para incorporarse rápidamente y apuró el paso hacia la puerta.

—Ya he cumplido, buenos días.

—Usted no va a ninguna parte —dijo Bora y obstruyó la puerta con el cuerpo—,

siéntese.

El doctor Peralta obedeció. Como un perro amaestrado, hundió sus cuartos traseros en el sillón.

Bora tomó un plumín del tablero y lo usó como un cortaplumas para rasgar el sobre. Adentro había dos pasajes a Buenos Aires a nombre de él y de su esposa, dos reservas en el Plaza Hotel y dos invitaciones a la galería de Arte Viau, sin ninguna especificación más que la indicación de la vestimenta: «Etiqueta».

Bora interrogó al abogado con la mirada. El doctor Peralta se encogió de hombros. Ambos entendieron que no tenían nada más que hablar. Todas las respuestas que buscaba Bora estaban en el contenido del sobre. Si de verdad quería conocerlas, debía empezar a empacar. El tren a Buenos Aires partía a la madrugada del día siguiente.

Bora recorría Buenos Aires como si la visitara por primera vez. Tal era el estado de confusión y perplejidad con el que había desembarcado a su llegada desde Europa, que miraba la ciudad como si nunca antes la hubiese pisado. En los palacios con techos de pizarra negros de Retiro y en los cafés de Recoleta podía reconocer algunas pinceladas parisinas. Detrás del Plaza Hotel se imponía la escala neoyorquina del edificio Kavanagh. En Avenida de Mayo vio cómo se intercalaban Madrid y Barcelona a lo largo de una sola calle. En los alrededores de la Plaza Miserere descubrió algunos rincones de Estambul. El azar guio sus pasos hasta Monserrat. En la esquina de avenida Belgrano y Defensa, Marga y Bora quedaron paralizados mientras elevaban la vista hacia lo alto del edificio Wulff. En sus paredes verticales y oscuras, sobre los hombros de los atlantes de piedra negra, en sus cúpulas siamesas descubrieron su lejana Budapest. Por entonces ignoraban que ese edificio colosal había sido la sede de la legación austrohúngara en la Argentina hasta la caída del Imperio.

Bora y Marga no podían vislumbrar ni siquiera aproximadamente la razón que los había llevado a Buenos Aires. No sabían quién había pagado los pasajes y la *suite* del hotel, ni se figuraban quién podía ser el pintor que había tenido la deferencia de invitarlos a la inauguración de la muestra. Acaso no quisieron saberlo. Pero ambos comprendían la importancia que tenía para Bora comenzar a transitar, aunque más no fuera como invitado, el circuito de las galerías. Debía conocer a sus colegas, a los coleccionistas de arte y a los *marchands* del país. Bora y, más aún, Marga confiaban en su talento. Solo era cuestión de que su nombre empezara a circular por los sitios adecuados. Él nunca fue afecto a los *vernissages*, pero la carrera diplomática lo había templado para tolerar estoicamente la fauna carente de todo interés que pululaba en las inauguraciones.

Necesitaban ropa de etiqueta. En Budapest, Bora supo tener una verdadera colección de *smokings* que podía contar por docenas. Marga no guardaba apego por los vestidos, pero las múltiples actividades sociales de su marido la obligaban a tener un guardarropa cuantioso y bien surtido. Sin embargo, ambos llegaron a la Argentina poco menos que con lo puesto. Había otro problema: se negaban a utilizar los ahorros hasta que no pudieran comprobar su procedencia. Las escasas reservas probadamente genuinas, originadas en el trabajo de Marga, no alcanzaban para comprar ropa para ambos. Entraban a los negocios de la avenida Santa Fe entusiasmados por los diseños y salían espantados por los precios. Ajustando mucho el presupuesto, apenas alcanzaba para un vestido largo sin demasiado lujo. Estaban perdidos. De pronto, descubrieron que habían viajado a Buenos Aires para nada.

Sin rendirse ante la evidencia, Marga propuso a Bora que comprara solo el *smoking*. No era necesario que fuesen los dos. De hecho, ella no tenía ningún problema en esperarlo en el hotel.

—De ninguna manera —la interrumpió.

Fue una sentencia inapelable.

Marga se detuvo frente a la vidriera de un negocio de ropa de mujer. Sabía que el límite de la paciencia de Bora se había agotado. Le dijo que si prefería la esperara afuera, que no iba a someterlo al suplicio de hacerlo entrar en una tienda femenina. Quería, aunque más no fuera, darse el gusto de probarse un vestido. Bora asintió y aprovechó para encender un cigarro. Caminó de ida y vuelta hasta la esquina. Recordaba como una amarga ironía que le había regalado a Tibor dos de sus trajes porque el corte había quedado un poco anticuado. Cuando volvió a mirar dentro del negocio, quedó absorto. Del otro lado de la vidriera pudo ver a su esposa mirándose en el espejo ante el gesto de aprobación de la vendedora. Estaba hermosa: el vestido color coral, austero y despojado, copiaba la silueta de Marga: el busto generoso, la cintura entallada, la tela que acariciaba el piso como los etéreos pedestales que discretamente sostenían a las cariátides griegas. Se la veía feliz como una niña. Qué bella era. Por primera vez en su vida, Bora se sintió pobre. Mirando a su mujer al otro lado del vidrio, se le llenaron los ojos de lágrimas. Prefería morirse de hambre a que Marga se despojara del vestido y saliera con las manos vacías.

En el momento en que Marga volvió al probador, Bora entró en la tienda, se acercó a la vendedora y señalando hacia donde estaba su esposa, le susurró:

—Lo llevo.

La muchacha sonrió y contestó:

—Su mujer se va a poner muy contenta.

—No lo creo —murmuró Bora mientras hacía un gesto para que la vendedora bajara la voz. Pero fue inútil.

—Estoy vieja pero no sorda —dijo Marga en húngaro del otro lado de la cortina.

—¿Y quién te dijo que es para ti? Puede ser que estés vieja, pero no es mi caso. Si algo me sobra, son mujeres —contestó Bora en castellano para conseguir la complicidad de la vendedora.

Antes de que Marga saliera del probador, su esposo ya había pagado. Era un precio mucho más razonable del que esperaba. No le alcanzaba para comprar un *smoking*, pero al menos no se había quedado con los bolsillos vacíos. Ambos salieron felices de la tienda.

—Muy bien —dijo Marga—, ahora vamos por tu traje.

Bora sonrió. Sintió una mezcla de vergüenza propia y ajena al tener que explicarle con todas la letras que tal cosa ya no era posible. Marga lo miró con ternura y le dijo:

—Para una bruja nada es imposible.

Entonces sacó de la cartera una tarjeta que le había dado la vendedora:

Casa Martínez
Alquiler de ropa para hombres
Jacqué – Smoking – Frac

Bora estaba maravillado. No podía creer que alguien pudiera alquilar un traje. En otro momento le hubiese parecido inconcebible ponerse ropa usada. Pero bajo aquellas circunstancias, caminó resuelto a solucionar lo que ahora, tarjeta en mano, le resultaba un problema menor.

Faltaba media hora para el inicio de la inauguración. El jacqué alquilado de Bora parecía cortado a medida. En realidad, no era difícil que la ropa le quedara perfecta; tenía las proporciones del *Uomo vitruviano*. Fumaba acodado en el balcón de la habitación del hotel mientras el sol se ocultaba detrás de las copas frondosas de los árboles de la Plaza San Martín. Intentaba no pensar. Se resistía a formularse las preguntas cuyas respuestas tal vez no quisiera conocer. ¿O sí las sabía?

¿Cuánto tiempo puede vivir un hombre sin atreverse a mirar dentro de sí? Bora se había retratado varias veces a sí mismo. Aquellos autorretratos que le devolvían su propia imagen invertida le revelaban una expresión que no podía ver en el espejo. Sentía un inconfesable e infantil terror por esos cuadros. Jamás se hubiese atrevido a colgarlos. De hecho, los guardaba con la tela contra la pared, como si se sometiera a una eterna penitencia. Bora veía en los autorretratos lo que se negaba a mirar cuando volvía la mirada sobre sí. ¿Cuántos años puede una persona desconocer aquello que siempre supo y nunca quiso admitir?

Bora, en lo más profundo de su alma, sabía que era una noche crucial. La noche más importante de su vida. Pero mientras sostenía el cigarro entre los dedos con la vista perdida en el reloj de la Torre de los Ingleses, quería convencerse a sí mismo de que tenía la mente en blanco. Igual que un hombre con los ojos vendados frente al pelotón de fusilamiento, sabía todo aunque no pudiera verlo.

Marga permanecía de pie dentro del cuarto. No quería sentarse; temía que se le arrugara el vestido. Estaba deslumbrante. Era perfectamente consciente de que su función en Buenos Aires era impedir que Bora huyera antes de tiempo. En efecto, había adivinado el pensamiento de su esposo. En ese preciso instante, Bora estaba considerando seriamente la posibilidad de cambiarse, abandonar la habitación y volver a Córdoba antes de que vinieran a buscarlos para ir a la galería. Estaba por quitarse el moño de un tirón, cuando llamaron a la puerta.

—Los espera un auto; por favor, los acompaño —dijo el botones.

Bora obedeció como si aquel muchachito de librea fuera el portador de la palabra de Dios.

Mientras avanzaban a lo largo del pasillo alfombrado hacia el ascensor, Marga se ubicó detrás de su esposo como un guardia que quisiera impedir que huyera. Guiado por el botones y escoltado por su mujer, Bora caminaba como un reo hacia el cadalso.

En la entrada los esperaba un Mercedes Benz negro con un chofer de uniforme que los recibió de pie junto a la puerta trasera abierta. Por primera vez en mucho tiempo, Bora volvió a ser el embajador Persay. Era un diplomático que partía hacia una misión desconocida. Se decía que no había razón para dejarse ganar por el pánico. Había estado en la guerra, tenía una bala en la cabeza; fue representante en el parlamento. Un hombre fogueado como él no podía sentirse inquieto por el hecho simple y banal de ir a un vernissage.

Intuía, sin embargo, que por primera vez era el único soldado de una guerra íntima y propia, que debía pelear por su destino. Por otra parte, la bala que lo aquejaba y de la cual necesitaba liberarse no era la que tenía en el cráneo, sino la que tenía alojada en el alma desde hacía tanto tiempo.

Avanzaban por una ciudad encendida, alegre, pérfida e indiferente a los asuntos pendientes del viejo mundo. Y aquella sensación de alocada juventud que irradiaban las calles atestadas de gente aligeraba un poco el incierto pesar de Bora.

El Mercedes se detuvo frente a una entrada pequeña y oscura. Era un acceso de servicio. El chofer descendió del auto, dio la vuelta y abrió la puerta trasera. Sin comprender, primero descendió Bora y luego Marga, ayudada por su esposo. De pronto se sintió infinitamente estúpido. Vestidos de etiqueta, habían gastado sus últimos ahorros para que los hicieran entrar por la puerta trasera como si fuesen el personal de limpieza. ¿Qué mente perversa había ideado aquel número patético? ¿Para eso habían viajado desde Córdoba dejando al pequeño Béla al cuidado de una familia vecina? Todo esto pensaba Bora, al tiempo que era virtualmente arriado por el chofer.

Aturdidos, avanzaban por un pasillo oscuro. Alguien, a quien no alcanzaban a distinguir, se había sumado al chofer y, literalmente, los empujaban a lo largo de aquel corredor sombrío y helado. De pronto, los obligaron a subir unos escalones y se detuvieron en una suerte de tarima de madera semejante a un cadalso. A pesar de que la oscuridad era absoluta, pudieron notar que el chofer se había retirado. En su lugar, habían quedado otras dos personas que los retenían, uno a cada lado.

En ese momento se descorrió un telón que tenían delante y una luz brutal los encegueció. Entonces, frente a ellos estalló un aplauso estruendoso, multitudinario y prolongado. Descubrieron que estaban en un escenario. Abajo, un centenar de hombres y mujeres vestidos de gala aplaudían de pie. Cuando se acostumbraron a la luz, Bora y Marga pudieron distinguir quién era el pintor, el verdadero protagonista de la muestra. En la pared principal de la galería, ambientada como un teatro, había un enorme afiche que reproducía, en escala gigante, un autorretrato y, debajo, la firma del artista que surcaba el muro de extremo a extremo: Bora Persay.

Solo entonces el pintor homenajeado miró a quien estaba a su diestra. El reflector iluminó a la mujer de pelo rojo que aún conservaba los mismos destellos del sol tibio en los jardines del Hotel Gellért en la lejana Budapest. Junto a Hanna, de pie y sin dejar de aplaudir, estaba Andris, flaco y desgarrado como siempre, el traje parecía varios números mayor que su delgado talle. Entonces el esposo de Hanna se dirigió hacia donde estaba Bora y lo estrechó en un abrazo apretado y prolongado como la distancia que separaba la Argentina de Hungría.

—Gracias —le susurró Andris entre lágrimas.

—Gracias —contestó Bora con la voz quebrada.

Eran, pese a todo, dos hombres enfrentados. Esa convicción íntima e impronunciable hacía más emotiva la escena. Con ese abrazo declaraban una tregua.

Acaso perpetua, pero tregua al fin. El abrazo de los dos hombres era una proeza de esas dos mujeres que asistían a su silenciosa hazaña. Como si no hubiese público, los cuatro se fundieron finalmente en un solo lazo hecho de brazos y recuerdos que disolvió para siempre el arriba y el abajo que los había mantenido separadamente unidos durante tanto tiempo.

En las paredes estaban todas las pinturas que Hanna y Andris le habían comprado a Bora en secreto desde que llegaron a la Argentina. De inmediato comprendieron quiénes eran los dueños de la casa de Unquillo y los anónimos mecenas.

Había pasado mucha agua bajo los puentes. Bajo el Puente de las Cadenas que unía Buda con Pest y bajo el puente Alsina, por sobre cuyo asfalto castigado trepidaba el auto que conducía a Bora desde la provincia de Buenos Aires hacia la Capital.

Había pasado una vida. Una vida extensa que se aproximaba al final del camino. Sentado en el asiento trasero, Bora contemplaba las luces de las fábricas de Pompeya tras la bruma del Riachuelo. La niebla se le mezclaba con el velo acuoso de sus ojos ancianos. Miraba el reflejo de las barcas quietas en las aguas oscuras y no podía evitar el recuerdo de las farolas del Bastión de los Pescadores de Budapest sobre el espejo caudaloso del Danubio.

Cada tanto, Bora debía enjugar las lágrimas —vestigios de una catarata mal operada— con un pañuelo que ocultaba siempre entre la concavidad de la mano y el interior de la manga del saco como un mago de vodevil. Desde que había entrado en la vejez los ojos de Bora lloraban sin pausa ni tristeza. El inicio de ese llanto espontáneo, mecánico, había coincidido con la muerte de Marga, a la cual se había resignado, pero de la que nunca pudo reponerse.

Marga había vivido feliz, agradecida y enamorada de su esposo hasta el último día. Murió como quiso: de vieja, mientras trabajaba en la huerta con las manos en la tierra. Cayó como una flor fecunda que dio su fruto entre las flores jóvenes y amarillas del zapallar. Había criado al pequeño Béla, quien tuvo una infancia alegre y una adultez tormentosa. El hijo del matrimonio se había convertido en un prófugo profesional: era periodista y ocupó diversas corresponsalías en diferentes países, siempre escapando de su propia biografía. Pero esa es otra historia.

Desde el día en que enterró a su esposa, Bora decidió abandonar la chacra de Unquillo y se mudó a una casa pequeña, con un jardín florido en Adrogué, en el sur de la provincia de Buenos Aires. Vivió con austera dignidad de su oficio de pintor.

Mecido por el movimiento del coche que avanzaba sobre las capas arqueológicas de asfalto y empedrado, Bora iba a encontrarse con el pasado. Era aquel un viaje a las oscuras y remotas profundidades de su existencia. Por fin iba a dilucidar el capítulo hasta entonces indescifrable de su vida. Más allá del puente, en el extremo opuesto de la ciudad, lo esperaba Hanna.

El chofer del auto cada tanto musitaba algo al espejo retrovisor. Hacía comentarios de circunstancia sobre la niebla, el estado de las calles y la humedad que, combinada con la baja presión, anticipaba una lluvia torrencial. Con los ojos vidriosos vueltos sobre sus recuerdos, el embajador asentía sin prestarle atención. Pensaba en ella. En Hanna. Recordó la primera vez que la vio en el parque del Hotel Gellért. Evocaba su figura juvenil, su cara iluminada por el sol de la primavera húngara que derretía la escarcha sobre el césped y encendía su pelo rojo como si toda ella fuese un delgado cirio adolescente. Hanna. Hanna. Cuántas veces se había sorprendido a sí mismo musitando el nombre de su exesposa como un matemático

desvelado en la elucidación de un teorema irresuelto.

El embajador no pretendía saldar cuentas ni restañar viejas heridas. No lo impulsaba ningún ánimo de redención. No buscaba perdonar ni recibir disculpas. Solo quería una respuesta. La respuesta a la pregunta que se hizo cada día de su vida: «¿Por qué?».

Necesitaba una explicación para aquel interrogante que no lo había dejado vivir y que ahora precisaba para poder morir en paz. Ya era hora de poner el punto final a la trama inconclusa cuyo desenlace inminente aún ignoraba. Tal vez él también le debía una respuesta. Se trataba de una pregunta que, en rigor, se debía responder antes a sí mismo: ¿Mientras estuvieron casados, él había sido un hombre bueno? ¿Había sido un hombre justo con ella?

A diario cruzaba el puente sobre el Riachuelo en ese mismo auto algo destartado al que, de acuerdo con un curioso eufemismo, se lo llamaba con el término francés «remise». Con la misma sutil ironía, Bora insistía en apodarar Tibor al chofer. Era una pequeña humorada íntima cargada de un amargo sarcasmo que el embajador se dedicaba a sí mismo. Un modesto homenaje a Tibor, el chofer de la familia Persay que había manejado el primer Mercedes que entró en Hungría.

Mientras el auto atravesaba la ciudad de sur a norte aquella noche prematura de invierno, aquel Tibor del suburbio percibió que había algo fuera de lugar. No era frecuente que Bora saliera tan tarde. El chofer manejaba con una mezcla de curiosidad y preocupación. Cuando llegaron a Pompeya, al pasar por la plaza frente a la iglesia, Bora le pidió que se detuviera un momento. Tibor estacionó junto al cordón, ayudó a bajar a su pasajero y se quedó de pie junto al auto mientras el viejo se acercaba al puesto de flores y volvía con un ramo de rosas rojas. Ante la silenciosa curiosidad de su chofer, Bora se apiadó y le dijo con ese acento extranjero que jamás lo había abandonado:

—A mi edad, si un hombre le lleva flores a una mujer, lo más probable es que el lugar de la cita sea el cementerio...

El embajador había hablado con tanta seriedad que Tibor no sabía si era una muestra más de su humor sardónico o si el verdadero destino del viaje era el cementerio de la Recoleta y no el bar La Biela a donde solía ir a tomar un café. Bora se secó los ojos con el pañuelo, acomodó el papel celofán alrededor de las flores y continuó la frase:

—Pero no es el caso...

El embajador guardó un silencio enigmático, carraspeó y, por fin, concluyó en tono confidente:

—Tengo una cita con mi primera novia.

Tibor rio con ganas.

En el mismo momento en que Bora entraba en el auto con el ramo de flores, en el otro extremo de la ciudad, Hanna se consideraba frente al espejo. Había pasado casi un cuarto de siglo desde la última vez que se vieron. Hacía mucho tiempo que Hanna

había dejado de prestar atención a las arrugas que, paralelas como los renglones de una hoja de cuaderno, se encimaban en su frente conforme se sucedían los años. Desde que había enviudado, perdió el interés en las arrugas, aunque nunca en su aspecto; al contrario, a sus setenta y nueve años era una mujer elegante. Pero sus ojos ya casi no percibían los signos sutiles de la vejez. Si la juventud es una virtud que se va perdiendo a medida que pasa el tiempo, también es cierto que la percepción colabora para afrontar esa pérdida irremediable. Los ojos se vuelven piadosos con los pequeños detalles del deterioro progresivo hasta que dejan de ver las marcas de la piel casi por completo. Aunque no las viera bien, Hanna sabía perfectamente que allí estaban todas las arrugas que se había sabido ganar a lo largo de la vida.

El pelo anaranjado como el fuego se había apagado hasta quedar del mismo blanco de las cenizas. Hanna se había teñido de castaño caoba porque no había tinte que pudiera imitar su antiguo color natural. Y aunque existiese, aquel rojo ígneo hubiera resultado impropio para una mujer de su edad. Las pecas juveniles que entonces le conferían un aire aniñado eran ahora manchas que se extendían como archipiélagos en el mapa ajado de la piel de las mejillas, los hombros y las manos.

Hanna conservaba intacto el negro profundo de sus ojos y la expresión vivaz y penetrante de la juventud. Ninguna de las sucesivas tragedias que debió atravesar habían conseguido que perdiera una inocente alegría todavía infantil y un sentido del humor irónico aunque despojado de toda malicia. Era, sobre todas las cosas, una mujer buena. Emitía bondad como los rayos del sol emiten calor.

Luego de que Olsson les allanara el camino para escapar de Hungría, Hanna y Andris emigraron, también, a la Argentina. El Napoleón de los dientes pudo recuperar los ahorros que tenía en Suiza y rápidamente reconstruyó su imperio dental allí, en el fin del mundo. Llegó a tener una empresa mayor aún que la que había construido en Europa y exportaba insumos odontológicos a todo el mundo. Hanna y Andris supieron de la presencia de Bora y Marga a través de la empleada de la Embajada de Hungría; también ellos eran parte de la organización que ayudaba a los inmigrantes húngaros. Decidieron comprar los cuadros en secreto para que el amor propio de Bora no lo obligara a despreciar la ayuda. La casa de Unquillo, bautizada «Dos Luceros» en homenaje al matrimonio Persay, la habían comprado para ellos y, por la misma razón, Hanna y Andris jamás se presentaron como los propietarios. No fue un gesto de retribución al acto humanitario que Bora y Marga habían tenido para con ellos cuando los ocultaron en el sótano de la casa Persay. Lo hubiesen hecho de cualquier modo.

Hanna miró el reloj de pie que con su péndulo acuciante presidía la sala. Faltaban cinco minutos para la hora de la cita. No había vuelto a ver a Bora desde la inauguración de la muestra que ella había organizado para él en la galería Viau. Debería sentirse nerviosa como una adolescente. Sin embargo, un sentimiento de paz la acompañaba desde el principio del día y le quitaba ansiedad a la espera.

Desde que enviudó, Hanna había aprendido a convivir con el juez implacable de

su propia conciencia. Y con el silencio, que es casi lo mismo. Mucha gente cree estar en paz con su conciencia porque, en rigor, carece de ella. La mayor parte de las personas es incapaz de juzgarse a sí misma. Suele confundirse el insomnio con la culpa y la capacidad para conciliar el sueño con la tranquilidad de la conciencia. Al contrario, los espíritus viles, carentes de toda capacidad de juicio sobre sí, pueden dormir bajo cualquier circunstancia. Hanna había traicionado a Bora. Era un hecho cierto y admitido por ella. Se había juzgado a sí misma en todas las instancias posibles que otorga el tribunal superior de la conciencia. Y ahora estaba dispuesta a comunicar el veredicto final a Bora.

Mientras esperaba que se hiciera la hora, Hanna no podía desembarazarse de una duda incómoda: ¿correspondía que una mujer viuda, que aún padecía el duelo por la muerte de su marido, recibiera a un hombre en su casa y a la noche? El hecho de que hubiesen estado casados no era un atenuante; al contrario. Solo ella sabía de las tormentas que ese hombre aún desataba en su espíritu.

El auto se estacionó en la puerta del elegante edificio en avenida Alvear. Bora descendió, caminó hacia la entrada acariciando los tallos del ramo de flores y, por fin, posó el índice tembloroso en el timbre.

Estaban en paz. No había cuentas pendientes ni rencores. Tenían una larga noche por delante. Tal vez ahora sí Bora podría conocer la respuesta a la pregunta que lo había acompañado durante toda su vida.

Luego podría morir en paz.

El portero uniformado abrió la puerta.

—Adelante, por favor. La señora lo está esperando.



FEDERICO ANDAHAZI. Nació en Buenos Aires en 1963. Estudió Psicología en la Universidad de Buenos Aires y trabajó como psicoanalista. En 1997, tras haber sido premiado en numerosos concursos literarios, publicó la novela *El anatomista*, obra con la que ganó el Premio de la Fundación Fortabat. Este libro se convirtió en un rotundo éxito de ventas y se tradujo a más de treinta idiomas en más de cuarenta países. Igual suerte tuvo la novela *Las piadosas* en 1998, año en que también publicó el volumen de cuentos *El árbol de las tentaciones*.

En 2000 publicó *El príncipe*, en 2002 *El secreto de los flamencos* y en 2004 *Errante en la sombra*. En 2005 publicó la novela *La ciudad de los herejes* y escribió el folletín *Mapas del fin del mundo* en colaboración con los lectores del diario *Clarín*, siendo esta la primera experiencia de escritura colectiva publicada en un periódico.

Es uno de los autores argentinos cuyas obras fueron traducidas a mayor número de idiomas en todo el mundo.

Notas

[1] Bora, en húngaro: huracán. <<

[2] Si quieres la paz, prepárate para la guerra. <<

[3] Sobre las brujas, ya que no existen, no se harán indagaciones. <<

[4] Pasaportes protegidos. <<